Mona Kasten



DESEAR



AGAIN

Ella había perdido la ilusión.
Él le devolvió la sonrisa.

5

Jude Livingston lo ha perdido todo: sus ahorros, su dignidad y su sueño de convertirse en una actriz exitosa. Devastada, se muda con su hermano a Woodshill y allí se encuentra con Blake Andrews. Jude y Blake fueron una vez pareja hasta que ella se marchó a Los Ángeles, y Blake no ha logrado recuperarse de la decepción.

Jude se da cuenta de que el chico de gran sentido del humor del pasado se ha convertido en un hombre destrozado.

E, incluso si la atracción entre los dos es tan fuerte como antes, tendrán que preguntarse si están listos para arriesgar de nuevo sus corazones…



Mona Kasten

Desear

Again - 5

ePub r1.0
Titivillus 27.11.2020

Título original: *Dream Again*
Mona Kasten, 2020
Traducción: Andrés Fuentes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Desear

Dedicatoria

Playlist

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis lectores, sin los cuales nada de esto sería posible.

Playlist

Ghost Of You de 5 Seconds of Summer

Want You Back de 5 Seconds of Summer

Easier de 5 Seconds of Summer

Think About Us de Little Mix

Forget You Not de Little Mix

Gimme de Banks

Till Now de Banks

What A Time (feat. Niall Horan) de Julia Michaels

So Far Away de Agust D, SURAN

Don't Throw It Away de Jonas Brothers

Vulnerable de Selena Gomez

Too Young de Louis Tomlinson

Falling de Harry Styles

Adore You de Harry Styles

The Archer de Taylor Swift

Afterglow de Taylor Swift

Don't Give Up On Me de Andy Grammer

How Do You Sleep de Sam Smith

Entertainer de ZAYN

You Send Me de Sam Cooke

1

Odiaba el invierno y todo lo relacionado con él: el frío y la nieve, tener que llevar diez capas de ropa, las bufandas, los gorros y la electricidad estática en el cabello. Si por mí fuera, sería verano todo el año. Cuanto más calor hacía, más feliz era yo.

Y precisamente por eso me sentía en ese momento muy pero que muy infeliz.

A finales de enero todo estaba cubierto de nieve en Woodshill, Oregón. Y si ya de por sí el invierno me resultaba insoportable, ahora, además, tenía que salir de la pequeña estación de autobuses y recorrer a pie media ciudad cargando con una bolsa de viaje, una mochila y una maleta.

«No hace falta que vaya a buscarte, Jude —había dicho el memo de mi hermano—. Mi casa está a sólo diez minutos.»

No me hagas reír, a diez minutos… Llevaba ya más de media hora peleándome para abrirme paso por la nieve amarronada y medio fundida. Tenía los zapatos empapados, las manos y las orejas congeladas y, según el móvil, todavía debía caminar más de diez minutos para llegar.

Sin pensármelo dos veces, decidí que había llegado el momento de tomarme un descanso y entré en el primer café que encontré. Un tipo me miró extrañado cuando pasé el umbral tirando del equipaje y maldiciendo en voz alta. Lo miré a mi vez con una expresión tan furibunda que él apartó la vista, pasó junto a mí y se marchó. Yo no solía ser tan agresiva. Pero llevaba en danza más de veinticuatro horas porque me mudaba desde otro estado, con tan sólo unas pocas pertenencias y unos sueños rotos como equipaje.

Me acerqué a la barra jadeando y me aparté de un soplo el mechón de pelo rubio arena que se había escapado de la gruesa gorra de lana y me cubría el ojo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó la camarera sonriéndome.

Era el primer ser humano que me miraba con amabilidad desde hacía varios días. La habría abrazado.

—Un *caramel macchiato* extragrande, por favor. Con mucho sirope. Y mucha espuma. Y una cucharadita de amor, si es posible.

Ella parpadeó un par de veces.

—Por supuesto. Enseguida —respondió escribiendo el pedido en un vaso.

Me quité los guantes con los dientes y rebusqué en el bolsillo posterior del pantalón el poco dinero que me quedaba: dos dólares y medio. Hice una mueca y coloqué el dinero sobre la barra.

—Supongo que esto no bastará, ¿verdad? —Todavía llevaba el guante colgado de la boca, por lo que mis palabras fueron casi ininteligibles.

—No, pero aceptamos tarjetas de crédito —contestó ella señalando con la barbilla el aparatito que parecía burlarse de mí con sus destellos.

—Por desgracia no llevo la tarjeta —mentí. Se me cayó el guante de la boca al suelo.

—Pues, entonces, lo siento, pero no voy a poder servirte —dijo la camarera torciendo compasiva los labios. Cuánto me había equivocado con ella.

Me incliné para recoger el guante del suelo y, al hacerlo, se me resbaló la bolsa de viaje del hombro y me arrancó, de forma dolorosa, un mechón de cabello. Solté otro taco.

—Cárgalo a mi cuenta —oí a mis espaldas.

Me di media vuelta y quedé frente a una chica guapísima. Llevaba una boina *beige* bajo la cual asomaba un cabello negro y ondulado. Tenía el rostro de un elfo y unos radiantes ojos azules que me dieron algo de envidia. Aunque me sentía satisfecha de mis ojos castaños, los suyos eran realmente arrebatadores. Seguro que era capaz de cautivar a la gente con ellos. Tal vez era lo que estaba haciendo en ese instante, pues necesité unos segundos para comprender lo que acababa de decir.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí —contestó ella, y se volvió hacia la camarera—. Y para mí un té con leche, por favor, y un café negro. Traigo dos vasos para llevar.

Colocó dos grandes vasos que parecían de bambú sobre el mostrador.

—¿Tu nombre? —solicitó la camarera, de repente otra vez la amabilidad personificada.

—Everly.

La joven sacó una tarjeta de crédito y la colocó sobre el aparato, que emitió un breve pitido. No me podía creer lo que estaba ocurriendo. Debía de ser mi

ángel de la guarda, un regalo caído del cielo para compensar las últimas semanas de mierda.

—Estoy pensando si debería abrazarte, Everly —dije haciendo un gran esfuerzo por reprimirme.

La muchacha me sonrió.

—No hace falta. La próxima vez me invitas tú.

—Para eso, además de tu nombre, necesito también tu número de teléfono. O tu nombre en Facebook. O en Instagram —respondí buscando el móvil.

Everly se detuvo sorprendida, y su sonrisa desapareció. Conocía esa expresión. Tenía la costumbre de dirigirme a los desconocidos de forma abierta y despreocupada, y cuando se asombraban por ello solían poner esa cara. Se me pasó por la cabeza disculparme, pero Everly ya había dirigido su atención hacia otro lugar. Miraba interesada mi bolsa.

—No eres de aquí, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No. Acabo de llegar de California. Donde, por otra parte, hace un calor muy agradable.

En ese momento anunciaron la llegada de nuestras bebidas. Fuimos juntas al extremo derecho de la barra, donde estaban los dos vasos. Me recompuse y guardé el guante en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué es lo que te trae a Woodshill? —preguntó Everly ladeando la cabeza.

—Es una larga historia —contesté con un suspiro—. Vengo a ver a mi hermano.

Ella asintió.

—Esto significa que ya tienes a un conocido aquí. Qué bien.

—Mi hermano y su pandilla no son precisamente el tipo de personas con las que voy a pasar mi tiempo libre. Pero sí, está bien no tener que empezar de cero —dije al tiempo que cogía mi vaso.

Everly se lo pensó unos segundos y extendió una mano.

—Déjame tu móvil.

Se lo di y ella tecleó algo en él. Luego me lo devolvió.

—He guardado mi número. Para que puedas tomarte la revancha por el café.

Sonreí de oreja a oreja.

—Hazte a la idea de que te llamaré en cuanto me haya instalado.

—Genial. —Consultó la hora—. Me tengo que ir, mi novio me está esperando y ya llego tarde.

—Claro, ve. Y ¡gracias de nuevo por el café! —dije levantando el vaso.

Brindamos para despedirnos. La seguí con la mirada mientras salía del café, recogí mis cosas y yo también me marché.

Bebí un buen trago de café. Todavía estaba demasiado caliente, pero sabía de maravilla y me dio la fuerza necesaria para recorrer el tramo que me quedaba hasta llegar a casa de mi hermano.

Maldije a Ezra mentalmente. Seguro que no le había apetecido nada ir a buscarme a la estación. Al igual que mis padres, ignoraba lo que había ocurrido en Los Ángeles, pero yo necesitaba descansar y no sabía adónde ir. Si le hubiese contado la verdad, seguro que habría cogido un avión y habría ido a recogerme en persona para acompañarme. Pero justo eso era lo que yo no quería. No quería su compasión ni tampoco que supiera la magnitud colosal de mi fracaso. Así que le había dado toda una serie de vagas explicaciones por teléfono y le había obligado a jurarme que bajo ninguna circunstancia les informaría a nuestros padres de que yo ya no vivía en California.

Y ahora, tanto si me gustaba como si no, estaba en el único lugar al que podía ir. Al menos ya había conocido a una persona. Yo creía en el destino y siempre trataba de encontrar señales en todo. Y el encuentro con Everly tenía que haber sido una señal.

«A la mierda Los Ángeles —pensé mientras tiraba de mi maleta por la nieve embarrada de la calle principal—. A la mierda el teatro, a la mierda los papeles protagonistas, a la mierda los sueños. A la mierda todo.»

Tenía que repetir este mantra una y otra vez para que mi subconsciente llegara a asimilarlo. A fin de cuentas, eso ya me había funcionado una vez, cuando se frustró mi primer gran sueño.

Seguí las indicaciones del mapa del móvil y giré en el siguiente cruce. La calle era más pequeña y tranquila; cuanto más avanzaba, más blanca y menos fangosa se veía la nieve, y más me costaba avanzar con el equipaje.

Cuando por fin llegué a la casa con revestimiento gris que respondía a la descripción que había hecho Ezra, estaba empapada, medio congelada y sin aliento. Seguro que tendría agujetas en el brazo.

El jardín delantero estaba totalmente cubierto de nieve. Sólo habían esparcido arenilla de forma provisional en el acceso de entrada. Se distinguían en él las huellas de unas pisadas, a la vista de las cuales el corazón me empezó a latir algo más deprisa.

Me erguí y me ajusté bien la bolsa de viaje antes de meterme en el camino

que conducía a la puerta. Después de haber colocado la pesada maleta en lo alto de la escalera, me sacudí la nieve de los hombros. Si bien tenía la cara fría como el hielo, estaba sudando como una loca bajo el plumífero. Me sentía contenta de haber llegado por fin y esperaba poder darme de inmediato una ducha caliente.

Pulsé el timbre. En realidad, Ez sabía que yo aparecería a esa hora. Le había escrito cuando mi avión aterrizó en Portland y también al subirme en el autobús. No había visto a mi hermano desde el Día de Acción de Gracias y me alegraba un montón de estar por fin ahí, incluso en tales circunstancias.

En ese momento oí unos pasos que se acercaban por el pasillo y un apagado golpeteo que no pude identificar. Ya iba a ponerme de puntillas para mirar a través del vidrio esmerilado cuando la puerta se abrió enérgicamente.

Se me cortó la respiración.

No estaba preparada para eso, en absoluto. Ni tampoco para ese familiar cosquilleo que me recorría el cuerpo, ni para esa mirada de ojos verdes que penetraban los míos y que reflejaban mi propio sobresalto.

Sin poder hacer nada por remediarlo, lo miré y asimilé todos sus detalles: las pestañas negras y espesas, el rostro anguloso y, en las mejillas, los cañones de la barba, que en el pasado todavía eran inexistentes. También el cabello castaño tenía otro aspecto. Pero los ojos… me seguían resultando tan cercanos que se me encogió el estómago.

—Hola, Blake —grazné. Por lo visto me había quedado afónica por el camino.

Estaba plantado frente a mí y se apoyaba sobre unas muletas. Me pregunté qué le habría pasado, pero, antes de que pudiera pronunciar una palabra más, frunció el ceño. Después levantó la mano y me cerró la puerta en las narices.

Me quedé estupefacta y requerí unos segundos para salir de mi perplejidad.

—¡Eh!

Sus pasos se alejaron, así como ese golpeteo que supe entonces que procedía de las muletas.

—¡Blake, me estoy congelando aquí fuera! ¡Haz el favor de abrirme la puerta, joder! —grité. Ninguna respuesta—. ¿He de llamar a Ezra y decirle que me has dejado a la intemperie?

Volvió a crecer el golpeteo. Poco después, Blake abrió la puerta y me lanzó de nuevo la misma mirada siniestra de hacía unos minutos.

—Siempre fuiste una chivata insoportable.

¡Ay!

Éstas fueron las primeras palabras que me dirigía después de más de un año sin saber nada de él. La verdad es que me dolieron un poco. Por otra parte, sabía que me las merecía.

Estaba a punto de responder cuando él se dio media vuelta y se marchó cojeando. Metí la maleta en la casa con un suspiro y la coloqué en el pasillo junto a la bolsa de viaje. A continuación me desprendí de las prendas de abrigo y las dejé sobre el equipaje. Luego seguí a Blake hacia la sala de estar. Hasta el momento había visto todo sólo por FaceTime mientras hablaba por teléfono con Ez. En la realidad, el aspecto de la casa que mi hermano compartía con tres de sus compañeros de equipo era totalmente distinto. Tenía el inconfundible olor de Ezra y de Blake, y me invadió una sensación ya conocida.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —quise saber cuando alcancé a Blake.

Se sentó en un sofá de piel negro y dejó caer descuidadamente las muletas en el suelo, fijando la mirada en la pantalla plana que colgaba frente a él de la pared. Sin responderme, cogió el mando de la consola y siguió jugando.

Contuve una sonrisa. Antes siempre había jugado con Ez a esos juegos de la NBA. Siempre acababan saltándose a la yugular y yo interpretaba el papel de pacificadora.

Observé con mayor atención la férula que llevaba sobre los pantalones grises de chándal. Era ancha y abarcaba desde la mitad de la espinilla hasta la mitad del muslo.

—¿Te has hecho daño jugando? —insistí.

Blake hacía como si yo no existiera mientras pulsaba como un poseso los botones del mando. Eso también me traía dolorosos recuerdos del pasado.

Me contuve y sofoqué los recuerdos, así como todo lo demás. Con el tiempo me había vuelto bastante buena en el arte de reprimir. Entonces yo también me senté en el sofá, lo más lejos posible de él, y me lo quedé mirando un rato.

—¿Ezra no está en casa? La verdad es que le había dicho a qué hora llegaría.

Con la mirada todavía fija en la pantalla, me interpeló:

—¿Qué has venido a hacer aquí, Jude?

Su dejo era seco y tan profundo como yo lo recordaba. Sentí un hormigueo en la barriga que atribuí al hambre.

—¿No ha comentado Ez que iba a venir?

—Si lo hubiera hecho, yo lo habría vetado.

Apreté los dientes. Así que Ezra me había mentido al decirme que todos estaban de acuerdo en que me alojara aquí al principio. Qué gilipollas. No tenía

dinero para buscarme otro sitio, pero tampoco quería abrir las viejas heridas entre Blake y yo instalándome allí contra su voluntad. Cuando Ez me había garantizado que todos estaban conformes, lo había creído sin cuestionarme nada.

—En realidad había planeado quedarme aquí un tiempo —respondí vacilante.

Blake detuvo el juego, aunque todavía sin mirarme.

—¿Cuánto?

—Estoy sólo de paso. Estoy buscando trabajo y…

—¿Cuánto? —me interrumpió.

Apreté los dientes. Estaba poniendo a prueba mi paciencia, pero me obligué a mí misma a conservar la calma. Era nuestro primer encuentro desde hacía casi una eternidad y lo que había sucedido entre nosotros dos no era tan fácil de asimilar. Ezra me había hablado del primer semestre, durante el cual Blake había estado entrenando sin descanso y se había dejado la piel hasta perder la razón. También me había hablado de muchas chicas, la mayoría de las veces de forma demasiado detallada para mi gusto.

—Todavía no lo sé, Blake —contesté al cabo de un rato.

Todo su cuerpo se tensó cuando pronuncié su nombre. Se levantó de golpe y soltó una palabrota de dolor. Me levanté a toda prisa.

—Espera, te ayudo —dije enseguida dispuesta a recoger sus muletas del suelo, pero él me lo impidió con una mano.

En cambio, se inclinó él mismo, manteniendo el equilibrio sobre una pierna, lo que le costó varios intentos. Cuando consiguió su objetivo, se quedó parado frente a mí y bajó la vista para mirarme.

Casi me había olvidado de lo alto que era.

—Sólo para que quede bien claro entre nosotros: no estoy de acuerdo con que te instales aquí. Sería preferible que te buscaras otro sitio lo antes posible.

Noté un fuerte dolor en el mismo lugar donde antes había sentido un cosquilleo. Tragué saliva con dificultad, decidida a responderle, pero él ya había pasado de largo cojeando en dirección al pasillo. Me di media vuelta y lo acompañé con la mirada mientras subía los primeros peldaños de la escalera, con una mano en la barandilla y las muletas bajo el brazo.

Si bien la expresión de sus ojos me resultaba familiar, todo lo demás parecía cambiado. En ese hombre frío y amargado no había nada que me recordara al muchacho alegre que había sido mi primer gran amor.

Y sabía perfectamente que sólo yo era la culpable de ello.

2

Seis años antes

La pelota golpeó contra el vidrio.

Seguí distribuyendo el tinte. Mamá había dejado que me tiñera dos mechones; pero, como Ezra no hacía más que dar golpes contra la ventana del baño de invitados en lugar de meter la pelota en su maldita cesta, tenía algunas salpicaduras en el pelo y hasta en la cara.

Justo cuando iba a ponerme el tinte en el segundo mechón, la pelota volvió a chocar contra el vidrio y fue tal el susto que el tinte saltó en todas direcciones. Lancé un grito de frustración, me dirigí con paso firme a la ventana y la abrí indignada.

—¡Mamá te matará cuando rompas el cristal! —chillé.

—Lo siento —respondió alguien que seguro que no era mi hermano—. Ha sido culpa mía.

Blake sostenía la pelota bajo el brazo y levantaba la vista con expresión culpable. Yo quería seguir hablando, pero las palabras se me quedaron bloqueadas en la garganta. Literalmente. Sólo conseguí emitir un gruñido seco cuando él me miró y sus ojos centellearon divertidos.

A esas alturas ya hacía media vida que conocía a Blake, pero en ese momento no conseguí apartar la vista de él. Por no hablar de cerrar la ventana. Era, sencillamente, demasiado guapo.

Tendría que estar prohibido ser así de guapo.

A diferencia de mi hermano (y para mi desgracia también de mí), Blake no tenía ni un grano. El sol le había tostado la piel y aclarado las puntas del cabello. Pese a que sólo había dejado de verlo un par de semanas, él había cambiado. O tal vez algo en mí era distinto, pues, por primera vez desde que nos conocíamos, yo era incapaz de apartar la vista de él.

Una sutil lámina de sudor le cubría la piel y brillaba en el hueco del cuello. Caí en la cuenta de que en esos últimos meses había vuelto a crecer. Tiempo atrás, cuando Blake y su madre se habían mudado a la casa vecina, me sobrepasaba sólo un palmo. Ahora había dado un auténtico estirón. Aunque yo estaba dentro y nuestra casa estaba algo más alta que el jardín, él no tenía que echar la cabeza hacia atrás para mirarme.

Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro cuando extendió la mano y me limpió una mancha de la nariz. Disolvió el tinte entre los dedos.

—Qué mona estás, Jude.

Luego recordé con toda exactitud que ése fue el momento. Esa sonrisa ingenua y algo impertinente y ese breve roce habían sido los detonantes.

Una sensación de calidez se extendió de repente en mi interior. En mi vientre aparecieron un montón de luciérnagas en libertad que revolotearon por mi cuerpo produciendo un hormigueo en lugares cuya existencia había ignorado hasta el momento.

—Perdona de nuevo por el golpe en la ventana. La próxima vez tendré más cuidado.

—De acuerdo —dije afónica.

Cerré la ventana y me apreté el vientre con la mano. Pero el hormigueo no cesó.

No tengo ni idea del tiempo que pasé sentada en el sofá. En un momento dado cogí el mando de la PlayStation y seguí ensimismada el juego que él había empezado. Los jugadores de baloncesto corrían por la pista sin objetivo; el juego estaba configurado en un modo demasiado difícil para mí. La derrota era aplastante, pero me daba igual.

Por una parte, Ezra no le había contado a Blake que me instalaba un tiempo en Woodshill; por otra, me había ocultado el hecho de que Blake me odiaba. Yo era de la opinión de que con el tiempo nos olvidaríamos y lo superaríamos. Pero me había bastado con ver a Blake para que me quedase claro que ése no era el caso.

Mierda.

Verlo me había dolido. Sus palabras se habían clavado en mí como anzuelos y me resultaba imposible desprenderme de ellas. Quería subir a su habitación y hablar con él. Al mismo tiempo, era consciente de que no serviría de nada. Blake

y yo… éramos historia pasada. Una sin final feliz y que no quería revivir. Y menos aún con el resto de los problemas que cargaba desde Los Ángeles.

Había cometido una tontería pidiendo ayuda a Ez. Y todavía había sido más tonto suponer que Blake estaría conforme con que yo me instalara allí.

Antes de seguir dándole vueltas a ese asunto, oí que la puerta se abría. Poco después resonó la voz de Ezra.

Sin detener el juego, arrojé a un lado el mando y corrí al pasillo. No le di la menor oportunidad de dar ni dos pasos, sino que, por así decirlo, lo atropellé. A pesar de que unos segundos antes estaba rabiosa y enfadada, no pude remediarlo. Lo había echado de menos y él era allí la única persona cuya presencia significaba para mí algo parecido al hogar, así que lo estreché con todas las fuerzas que me quedaban.

—No puedo respirar —farfulló mi hermano.

Pese a ello, me rodeó la espalda con los brazos y me apretó con firmeza. Cerré los ojos durante unos segundos. Ezra me soltó, bajó la vista y me miró los dos lados de la cara. Yo conocía esa mirada. Mi hermano tenía una especie de sexto sentido. Si bien no era especialmente comunicativo, sí sentía, en cambio, mucha empatía. Siempre sabía cuándo me inquietaba algo. De ahí que en ese momento yo lo intentara todo por ocultar mi preocupación y buscara una forma de desviar su atención. Por suerte se me ocurrió una. Tomé impulso y le di un puñetazo en el hombro.

—Esto es por asegurarme que sólo tardaría diez minutos en llegar aquí.

Él arqueó una ceja.

—Yo con diez minutos tengo suficiente.

—Si uno va sin equipaje, tiene piernas de dos metros de largo y se mueve a la velocidad del sonido, tal vez sí.

—Exageras, Panqueque.

Hice una mueca. Siembre había odiado ese mote y él lo sabía perfectamente.

—He tardado casi una hora en llegar.

—No me extraña —musitó mi hermano mirando mi equipaje—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Al final me limité a encogerme de hombros. Mi carrera había terminado antes de que hubiera empezado realmente, pero yo no estaba preparada para contarle todo eso a Ezra. Y de ninguna de las maneras en presencia de sus dos compañeros de piso, que habían llegado con él y me miraban de arriba abajo como si nunca hubiesen visto a una chica. El de la

izquierda tenía el pelo crespo cortado al uno, la tez oscura y unos angulosos rasgos faciales como tallados en piedra. El de la derecha se apartaba en ese momento el cabello húmedo de la frente y me observaba con los párpados medio caídos. Los dos eran atractivos, pero el último era demasiado consciente de ello, lo revelaba su sonrisa maliciosa.

—Tú debes de ser Cam —señalé dirigiéndome a él y tendiéndole la mano. Me la estrechó brevemente. Luego me volví a la izquierda—. Y tú, Otis.

—¿Te ha hablado Ezra de nosotros? —indagó.

—Y tanto.

—Espero que sólo te haya contado cosas buenas —dijo Cam.

Se pasó la mano por el cabello y su sonrisa se ensanchó ligeramente. No cabía duda de que era un seductor. Menos mal que en el último año y medio había conocido a suficientes hombres de esa especie para no dejarme embaucar.

Mi hermano me rodeó con un brazo y se inclinó hacia mí.

—Es mejor que te mantengas alejada de ellos. —Cargó a continuación con mi maleta y se colgó la bolsa de viaje. Yo cogí la mochila—. Ven, te llevo a la habitación de invitados.

Volví a saludar a Otis y Cam antes de que Ezra me condujera por el pasillo. Delante de la habitación que estaba junto a la escalera se detuvo y abrió la puerta. Yo lo seguí como su sombra cuando entró en el cuarto.

Las paredes de color crema estaban desnudas. El mobiliario se componía de un pequeño escritorio con una pantalla encima y una silla delante, además de una cama en la pared opuesta. Otra puerta daba directamente a la terraza y, de allí, al jardín contiguo, cubierto completamente de nieve.

—A partir de ahora éste es tu reino. Sólo he conseguido poner sábanas limpias —explicó rascándose la nuca—. En realidad quería llevar al sótano el escritorio y la pantalla, pero no he podido: avisaste en el último momento.

Conocía a mi hermano lo suficiente como para poder percibir en sus palabras la pregunta subliminal. Coloqué la mochila junto a la maleta y la bolsa de viaje, clavé la mirada en la moqueta marrón y enterré los dedos de los pies en ella.

—Me dijiste que los demás estaban conformes con que me mudase aquí —dije vacilante.

—Así es.

Miré otra vez a Ezra, que había cogido la silla del escritorio y tomado asiento. Entretanto, el pelo casi se le había secado y se le empezaba a rizar por las puntas. En este aspecto era exactamente como el mío. La gente siempre decía

que éramos clavados a nuestra madre, pero, si uno se fijaba con atención, se distinguían el marcado puente de la nariz y la barbilla ancha de nuestro padre.

—No me ha dado la impresión de que a Blake le parezca bien que me instale aquí.

Ezra suspiró.

—Desde que tuvo el accidente, a Blake nada le parece bien.

Quería hacerle preguntas. Muchas. Sin embargo, desde que nos habíamos separado me había entrenado para mantener la boca tan cerrada como fuera posible en cuanto la conversación derivaba hacia el tema Blake. Por una parte, no quería saber lo que le había sucedido; pero, al mismo tiempo, me moría de curiosidad. Ezra debió de darse cuenta, pero calló. Carraspeé.

—No habría venido de no haber sido en caso de necesidad.

—Lo sé. —Ezra me taladró, por así decirlo, con la mirada, pero yo resistí. Si había algo en que nosotros, los Livingston, éramos realmente buenos era en cerrarnos y guardarnos para nosotros nuestros secretos. Él había perfeccionado esta habilidad en su adolescencia, y yo cada vez lo hacía mejor. Me observó un rato más. Y cuando la situación empezó a ponerse incómoda, se levantó y se frotó las manos en los pantalones de chándal—. Instálate primero. Los chicos y yo íbamos a cocinar algo, luego ya os conoceréis.

Asentí, aliviada de que me dejara espacio. Mi mente saltaba de un problema a otro: Blake, nuestro pasado juntos; Los Ángeles; la mirada sabia de Ezra; mamá y papá; otra vez Blake…

—Volveré a hablar con él —comentó mi hermano como si me hubiera leído los pensamientos y metió las manos en los bolsillos. Luego pasó junto a mí y cerró la puerta de la habitación.

Solté un sonoro suspiro. Me quedé unos momentos mirando la puerta blanca de la habitación de invitados, inspiré y espiré profundamente para volver a poner los pies en la tierra. Sin embargo, con cada respiración las fuerzas parecían abandonarme más, como si mi cuerpo se percatara ahora del estrés sufrido en los últimos días. Las extremidades me pesaban el triple de lo normal y me dolían los hombros por la tensión del viaje y el peso del equipaje.

Haciendo un gran esfuerzo, me arrastré hasta la cama y me dejé caer sobre la colcha de estampado azul. El olor me resultaba extraño y seguía teniendo la espalda tensa a pesar de que me ardían los párpados de cansancio.

Cogí el móvil y lo desbloqueé. Se me aceleró el corazón cuando me puse a leer una a una todas mis redes sociales y a revisar vacilante las notificaciones.

Me iba creciendo el malestar en el cuerpo con cada una de ellas. Pero las imágenes en las que estaba etiquetada tan sólo eran pantallazos de escenas favoritas de *Twisted Rose* y algunos memes con los que la gente expresaba su deseo de que continuara la serie. Nada más. Suspiré aliviada. Luego bloqueé el móvil de nuevo y lo dejé sobre el alféizar de la ventana, junto a la cama.

Me quedé mirando el techo con las manos cruzadas sobre el vientre. Me preguntaba si la habitación de arriba sería la de Blake. ¿Qué estaría haciendo? Me sorprendí pensando en volver a coger el móvil y buscar en la red noticias sobre su accidente. Pero al marcharme me lo había prohibido y ahora no iba a empezar a hacerlo por el mero hecho de que de repente nos separara sólo un piso en lugar de miles de kilómetros.

Abrumada, me cubrí el rostro con los brazos, como si así pudiera detener el raudal de pensamientos. Eso es lo que quería. De verdad. Ahora que estaba allí podía permitirme por fin dejar de pensar. Pero, cuanto más me forzaba a ello, con más intensidad me reprochaba la memoria mis errores sin que yo consiguiera hacer oídos sordos.

—Puedes chafar los aguacates —me sugirió Otis pasándome una tabla por encima de la superficie de trabajo.

Nos encontrábamos en la espaciosa cocina abierta, yo a un lado de la alargada isla, y Otis, Cam y Ezra al otro lado, delante de la nevera, de la que iban sacando distintas verduras y carne picada.

—Tú eres el responsable del pimiento —señaló Otis tendiendo a Ezra la hortaliza amarilla como si fuera un trofeo. A Cam le encargó los tacos y él se ocupó de las cebollas y el ajo, la mitad de los cuales me pasó en un plato para el guacamole. Cocinó en una sartén el resto mientras yo empezaba a hacer un puré con el aguacate. Un par de minutos después, Otis se volvió hacia mí con la espátula en la mano—. Has dicho que Ezra te había hablado mucho de nosotros.

—No le he contado nada. Es ella quien me ha bombardeado a preguntas —intervino Ezra.

Hice un gesto de indiferencia.

—Porque no eres especialmente hablador, a veces hay que sonsacarte.

—A eso quería yo llegar —se entremetió Otis mientras removía el contenido de la sartén—. Ya sabes un poco acerca de nosotros. Pero nosotros todavía no sabemos nada de ti.

Yo seguía chafando el aguacate aunque ya había alcanzado la consistencia adecuada. Dejé a un lado el tenedor y cogí la lima.

—Acabo de llegar de Los Ángeles, donde trabajaba como actriz —dije exprimiendo la fruta con más fuerza de la necesaria en un cuenco.

—¿De verdad? —Cam me miró por encima del hombro. Yo empecé a mezclar la pasta del aguacate con el zumo y la cebolla, y asentí con un gruñido —. ¿Teatro, cine o televisión? —insistió Cam.

—Un poco de todo, pero sobre todo televisión.

Me resultaba ridículo decirlo pese a que era precisamente eso lo que había hecho en los últimos años. Aunque sin mucho éxito.

—A Jude le dieron a los diecisiete años el papel protagonista en una serie y se marchó a Los Ángeles el mismo año que yo me mudé aquí.

Sin mirarme, mi hermano empujó con el cuchillo el pimiento cortado en trozos pequeños para verterlo en un cuenco.

—Eso es genial. ¿Es conocida la serie?

Me encogí de hombros.

—Quizá. Era una de misterio con asesinatos sobrenaturales que un grupo de adolescentes tenía que resolver. La serie se llamaba *Twisted Rose*.

Otis y Cam pusieron cara de no tener ni idea de qué les estaba hablando.

—¡Ezra! —exclamó Cam tras unos instantes y en un tono de reproche que confirmaba mis sospechas—. ¿Por qué nunca hemos visto juntos la serie de tu hermana pequeña?

Ezra arqueó impertérrito la ceja.

—Siempre tenía que verla en mi habitación porque vosotros preferíais jugar con el ordenador.

Casi se me escapó la risa al ver la expresión de Cam cambiar de la indignación al abatimiento. Hice un gesto de rechazo.

—No os preocupéis, la serie dejó de emitirse antes de que se hiciera famosa de verdad.

—Seguro que estabas estupenda —dijo Cam—. Luego a ver si encuentro los episodios *online*.

—Un momento —intervino Otis antes de que yo llegara a contestar. Me miró asombrado—. Eso significa que a los diecisiete años te marchaste de casa y después… —Buscaba las palabras adecuadas.

—Después me quedé sin mi primer trabajo.

Todavía me dolía pensar en el final de *Twisted Rose*. El papel de la caótica y

lista Sadie Nelson estaba hecho para mí. Aún me acordaba perfectamente de que casi me desmayé de los nervios antes del *casting*. Ezra, mamá y papá me acompañaron a Los Ángeles para la audición y luego nos fuimos a comer. Unos días después recibí la respuesta afirmativa y me abalancé llorando a los brazos de mis padres. A continuación me apoyaron en todo: en la conversación con la escuela en la que acordamos que hiciera más tarde el examen final de bachillerato; en los contratos que revisamos junto con mis agentes; en la búsqueda de casa; en la financiación que calculamos con todo detalle una y otra vez hasta las tantas de la noche…

—Suena mal. —Cam me arrancó de mis recuerdos.

—Luego me he mantenido a flote con papeles más pequeños —seguí contando mientras intentaba aparentar que eso formaba parte del trabajo—. Colaboré como figurante en distintas series e intervine como actriz invitada en varios episodios de una para adolescentes. El verano pasado me contrataron en un teatro, eso fue también muy guay.

—Siempre decías que no te meterías en el teatro por nada del mundo.

Me callé.

Me di lentamente media vuelta. Blake estaba en el umbral de la cocina-comedor y me observaba. Su mirada era tan fría como unas horas antes, cuando había llegado, sólo que ahora me estaba estudiando. De arriba abajo. Como si tomara conciencia poco a poco de que estaba allí y de que no iba a marcharme otra vez. Cuando me miró a la cara, hizo una mueca de desagrado casi imperceptible.

Aparté la vista deprisa y volví a remover al guacamole. Puse un buen pellizco de sal y tosí.

—También pensaba que interpretaría el papel de Sadie Nelson durante los siguientes cinco años y que de ese modo me abriría camino en Hollywood —aclaré con sequedad.

Blake emitió un sonido que no supe definir si respondía a una risa despectiva o a un bufido todavía más despectivo.

—Esto confirma que las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Apreté tanto los dientes que me rechinaron. En mi mente aparecieron imágenes del pasado. Yo miraba el papel pintado roto mientras hablaba con Blake por teléfono.

«¿Qué ha pasado? —me resonaba de nuevo en el oído—. Las cosas han cambiado, Blake.»

Lo había dicho con toda la intención, yo lo tenía claro. A pesar de ello, o tal vez por eso, sentí una fuerte opresión en el pecho. Debía conseguir urgentemente que aquello me resbalase. Cuando trabajaba y tenía que meterme en un papel, me resultaba fácil. En ese segundo lo habría dado todo por ser capaz de utilizar esa habilidad. Por desgracia, en aquel momento me costaba el doble de esfuerzo y mucha concentración mantener la fachada como si no sucediera nada.

—¿Y bien? —dijo Otis rompiendo la tensión y sacando la sartén del fuego —. ¿Qué hace una joven promesa como tú en Woodshill?

«Contrólate», me supliqué mentalmente mientras intentaba respirar por el abdomen para tranquilizarme.

—Pues ¿qué va a ser? —pregunté con una perfecta sonrisa falsa—. Echaba de menos a mi hermano mayor.

Ezra apartó su mirada enfurecida de Blake y me miró con las cejas arqueadas.

—Por teléfono más bien parecía que te habías quedado sin piso.

Puse los ojos en blanco.

—Está bien, fue por eso. Pero también es cierto que te echaba de menos.

Puesto que a partir de ese momento iba a vivir allí, no podía evitar que los chicos supieran al menos una parte de mi pasado. Había fracasado como actriz y me había quedado sin vivienda, lo que ya de por sí era lo suficientemente desagradable y triste como para que siguieran preguntándome y queriendo saber más de mí. Al menos contaba con que tendrían un poco de delicadeza. Al haber dejado al descubierto una parte de mis cartas sobre la mesa, tenía la esperanza de que no quisieran ver el resto.

—Pues me parece genial que quieras venirte a vivir aquí a partir de ahora. Seguro que Woodshill no es tan glamuroso como Hollywood, pero verás que también se puede vivir bien —apuntó Otis.

Decidí que en adelante él sería mi nuevo mejor amigo. Ezra me había contado que Otis era el más amable de sus compañeros de piso, pero yo ignoraba que tuviera, asimismo, el don de acabar con la tirantez que se había creado en un lugar.

—Gracias, Otis.

—Yo también voto por que te quedes —dijo Cam al pasar por mi lado llevando los platos y cubiertos a la mesa.

Otis y Ezra lo siguieron con la bandeja de tacos y los cuencos con el relleno. Luego los chicos se sentaron a la mesa y empezaron a llenar los tacos.

Los únicos que todavía no estábamos sentados éramos Blake y yo. Él continuaba en el centro de la sala de estar, me miraba y, con un autocontrol sorprendente, mantenía el rostro totalmente inexpresivo. Sólo sus ojos relucían.

—Somos mayoría, Blake. Tanto si te gusta como si no, no voy a permitir que mi hermana duerma debajo de un puente.

Había que esperar qué tenía que decir Blake ante esta declaración. Se quedó mirándome, luego apartó la vista de mí y se acercó despacio a la mesa. Allí, se puso las muletas bajo un brazo, cogió un plato y se sirvió. Cuando estuvo listo, se inclinó y colocó el plato en el suelo. Entonces empezó a empujarlo con una muleta en dirección al pasillo. Por lo visto no quería ni siquiera sentarse a la misma mesa que yo.

—¿Esto va en serio, tío? —farfulló Ezra. Parecía como si fuera a explotar de un momento a otro. Yo quería evitarlo a cualquier precio.

—No pasa nada —intervine rápidamente cogiendo mi plato con los tacos—. Comeré en mi… en la habitación de invitados.

Antes de que nadie abriera la boca, crucé la sala de estar y pasé junto a Blake sin mirarlo siquiera. De lo contrario, él se habría dado cuenta de que yo ya no podía mantener la fachada ni un segundo más. Y no debía saber lo mucho que me hacía sufrir su comportamiento.

3

A la mañana siguiente me duché tan temprano que todavía no había nadie despierto.

Me sentí extraña ahí plantada, rodeada de un montón de geles de ducha y champús con olor a hierba. Además, confirmé que el baño estaba sorprendentemente limpio: uno de los tics de mi hermano que siempre había apreciado mucho. Yo odiaba ordenar, mientras que Ezra era un auténtico maniático de la limpieza y siempre se ocupaba de que todo estuviera en su sitio.

Una vez que acabé en el baño, asomé la cabeza por la puerta para echar un vistazo al pasillo del piso superior. No había movimiento. Aproveché la ocasión para bajar volando a la habitación de invitados, donde me vestí.

No me había imaginado así mi llegada a Woodshill. Hacía un tiempo de pena y me sentía increíblemente fuera de lugar. Blake me había dejado claro que no era bien recibida. Y aunque me había propuesto que no me afectara demasiado nada de lo que había dicho, no podía remediar reconstruir mentalmente una y otra vez el día anterior. Sus palabras me daban vueltas por la cabeza mientras me maquillaba y me secaba el pelo, me siguieron cuando fui a la cocina para prepararme un plato de gachas de avena y me acompañaron cuando me puse la bufanda, la gorra y salí de la casa.

Ezra me había dejado sobre la mesa una nota y dos llaves, una para la puerta de la casa y otra para la puerta que unía la habitación de invitados con la terraza. Así no tendría que utilizar la entrada delantera en caso de que a Blake le resultara desagradable.

De la casa al centro había un cuarto de hora. Armada con la *tablet* y el dinero que había conseguido reunir de los bolsillos de la maleta, me puse en camino. Como ese día tenía que estar preparada para la nieve, me había puesto las botas que a veces llevaba en Los Ángeles para hacer senderismo y, aunque volvía a hacer un frío de mil demonios, eso no me detuvo: es más, me ayudó a

concentrarme en mi entorno en lugar de andar cavilando de nuevo sobre Los Ángeles o sobre Blake.

Me di un paseo por el centro de la ciudad, que, con las copas de los árboles cubiertas de nieve y las bonitas fachadas de las casas antiguas, ofrecía un aspecto idílico, y comprobé que estaba casi tocando el campus de la Woodshill University. Reconocí algunos de los edificios por las fotos que Ezra nos había enviado a mí y a nuestros padres.

Encontré un pequeño café que no parecía demasiado concurrido y pedí un *caramel macchiato* que, esta vez, pagué yo misma. Luego me senté a una mesita redonda, entre dos mesas más, coloqué el bolso en ella y suspiré hondo.

Ya no estaba en Los Ángeles. Estaba en Woodshill, lo que significaba que tenía que empezar a concentrarme en otras cosas. Cuando en mis comienzos como actriz había tenido que superar un fracaso en un *casting*, mamá siempre me decía: «Mira siempre hacia delante, Jude, nunca hacia atrás».

Justamente eso era lo que intentaba hacer ahora. Siempre hacia delante. Nunca hacia atrás.

Eché un vistazo al tablón que había detrás de la barra, introduje la clave wifi en el pequeño campo en blanco de la pantalla de la *tablet* y conecté mi cuenta de eBay. Era la única plataforma en la que cualquier nuevo aviso no me producía pánico, sino más bien un alegrón. Como en ese momento. Alguien me había escrito para hacerme una oferta por mi portátil.

—Aleluya —musité tecleando una breve respuesta.

El tipo quería que bajase el precio, así que le hice una contraoferta con la esperanza de que aceptase. Si no lo hacía, le vendería el portátil de todos modos, pero al menos iba a intentarlo. Al fin y al cabo, cualquier centavo me servía. El único dinero en metálico con que contaba eran unos pocos dólares esparcidos por la maleta. Tenía la cuenta en números rojos y, si bien no tenía que pagar alquiler en casa de Ezra, quería al menos contribuir a la caja común para su mantenimiento.

Colgué un par de anuncios más en los que ofrecía dos de mis bolsos y unos Louboutin que mamá me había comprado para el estreno de *Twisted Rose*. Sólo de pensar que pronto tendría que enviárselos a una desconocida sentí un vacío en mi interior. Al instante tomé un buen sorbo de café para contener la sensación.

Después de poner los anuncios, eché un vistazo en distintas bolsas de trabajo para ver qué ofrecía Woodshill en ese aspecto. «No demasiado», fue la deprimente respuesta. Claro, había varias ofertas, pero en la mayoría de los casos

se exigía un título universitario y varios años de experiencia profesional. Nadie buscaba a una actriz fracasada de diecinueve años sin el bachillerato.

Justo cuando estaba clicando en el anuncio de un restaurante de comida rápida, me entró un mensaje en eBay. Era la respuesta del interesado en el portátil.

Lo siento, pero no pago más.

El impulso de dejar caer la frente sobre la mesa era abrumador. Necesitaba el dinero con urgencia y, si era austera, tal vez podría ir tirando uno o incluso dos meses. Si bien no podría permitirme una vivienda propia con esa cantidad, al menos podría contribuir a los gastos de la casa. Apreté apesadumbrada el botón de «respuestas» y acepté la oferta del comprador.

A continuación di vueltas malhumorada al *macchiato* y deslicé la vista por el interior del local. Aunque aún era pronto, muchos estudiantes ya se habían reunido para tomar un café o desayunar. Observé a unas amigas que cuchicheaban inclinadas sobre una mesa y luego se echaban a reír. Qué despreocupadas… En ese momento me invadió la certeza de que lo había hecho todo mal en la vida.

Si no me hubiera ido a Los Ángeles, habría podido venir aquí con Ezra.

Si no me hubiera ido, ahora no habría tocado fondo.

El sentimiento de pesar que me invadió era tan punzante y doloroso que por unos instantes experimenté la sensación de estar paralizada. Sabía que no debía pensar así, pero no podía hacer nada por evitarlo. Era todo demasiado reciente.

Si no quería volverme totalmente loca, necesitaba urgentemente distracción. Cogí el móvil y busqué entre mis contactos hasta dar con Everly. Otra pulsación y ya había abierto un mensaje para ella.

Hola, soy Jude, la chica que ayer te atracó en la cafetería. Todavía te debo un café. ¿Tienes tiempo y ganas? 😊

Sin pensármelo más, envié el mensaje.

Para no estar todo el rato pendiente de si Everly lo había leído o si contestaba, leí varios anuncios de eBay y pensé en si no debería ofrecerme para alguna actividad. Yo no limpiaba y ordenaba tan bien como Ezra, pero era imbatible a la hora de planchar. A lo mejor alguien necesitaba una asistenta. Ya estaba a punto de escribir un anuncio cuando sonó el móvil. Lo cogí enseguida y leí la respuesta de Everly.

Por lo visto el destino me había enviado a la persona adecuada.

Me sentí como una estafadora al avanzar entre los estudiantes por los terrenos de la universidad en dirección al pabellón deportivo. Cuanto más nos aproximábamos, más gente se desviaba del camino entre los árboles hacia otros edificios del campus. Resbalé dos veces por la calzada lisa y me alegré de llegar al edificio. Dentro me quité el guante de la mano derecha y busqué el móvil en el bolsillo para comprobar otra vez el mensaje de Everly.

—¿Jude?

Levanté la vista y vi a Everly al lado, junto a una escalera que conducía hacia abajo. Ese día se había recogido el cabello oscuro en alto. Llevaba unos vaqueros negros y una blusa blanca y holgada que me hizo pensar en el verano.

Le dirigí una sonrisa abierta.

—Hola. —Me quité la gorra de la cabeza, me aparté el cabello de la cara y metí la gorra en el bolsillo.

—Ven. —Everly me indicó, haciendo una señal con la cabeza, que la siguiera. Bajamos por la escalera—. ¿Has llegado sin problemas?

—Estaba justo en un café por aquí cerca —respondí—. Explorando un poco el entorno.

—Woodshill es bonito, ¿verdad? Aunque… dijiste que acababas de llegar de California.

Encontré amable que no se le hubiera pasado eso por alto y asentí.

—Por el momento lo encuentro bonito. Y por lo visto, voy a pasar mucho tiempo en el exterior.

Me lanzó una mirada inquisitiva de reojo y sostuvo abierta la puerta del vestuario.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Claro que puedes. Resulta gracioso, pero mi hermano y mi exnovio comparten casa.

—Pues no me parece nada gracioso.

—Quería que sonara un poco más suave de lo que es en realidad.

—Uy. ¿Tan mal están las cosas?

Me detuve. No tenía ni idea de si era sensato contarle todo esto a una desconocida, sobre todo porque nos encontrábamos en el polideportivo, el lugar donde Ezra, Blake y los otros seguramente se pasaban el tiempo entrenando. Yo

no sabía si Everly conocía a mi hermano y a sus compañeros de piso, pero sin duda era mejor que no diera nombres ni contara demasiados detalles, aunque me habría encantado hacerlo. Sólo por si acaso.

Al notar mi indecisión, carraspeó.

—Pareces una persona amable y caes bien a primera vista.

Le sonreí.

—Es, con mucho, lo más agradable que he escuchado en estas últimas semanas.

—Me refiero a que, en caso de que en este momento las cosas no vayan bien, el tiempo se encargará de limar asperezas. —Me sonrió animosa.

—Seguro —contesté, aunque en realidad no me lo creía. Lo que Blake sentía por mí… Había reprimido sus sentimientos durante año y medio; y seguro que no cambiarían en breve. Pero lo cierto es que no me apetecía hablar de eso.

Habíamos atravesado el vestuario y nos encontrábamos en el gimnasio. Miré a mi alrededor.

—Dime, ¿qué estamos haciendo aquí?

Everly se encaminó hacia una salita en el extremo de la sala y sacó un manojo de llaves del bolsillo. Luego abrió la puerta.

—Desde principios de mes soy entrenadora asistente de las animadoras. Vamos a practicar y tengo que prepararlo todo un poco.

—¿Puedo ayudarte?

—Por supuesto.

Me tendió un cubo lleno de cintas elásticas. Antes de que volviéramos a la sala, ella misma cargó con una pila de colchonetas.

—Pareces muy joven para ser entrenadora —observé con prudencia. No quería ofenderla.

—Todavía estoy estudiando. Este trabajo me ha salido casi por casualidad.

Al decirlo se le iluminaron los ojos. Dejé el cubo con las cintas en el suelo y ayudé a Everly a extender las colchonetas en el suelo.

—Estoy deseando que también me salga a mí algo por casualidad. Antes he estado revisando la bolsa de trabajo y no he encontrado nada adecuado.

—Mantendré los ojos y las orejas bien abiertos.

—Sería estupendo, gracias.

—No hay problema. Si hubieras llegado dos semanas antes habrías podido quedarte con mi anterior trabajo.

—De lo que deduzco que ya es demasiado tarde, ¿no?

Emitió un sonido de asentimiento.

—Por desgracia sí, ya han cogido a alguien.

Qué mierda.

Alineé las colchonetas a mis pies y apuré la poca motivación que me quedaba.

—Ya encontraré algo.

—Claro que sí. —Everly comenzó a distribuir las cintas sobre las colchonetas—. Tienes pinta de optimista. Pondría la mano en el fuego a que lo eres.

Me reí.

—Todavía no me conoces lo bastante bien. —Cuando ella me lanzó una mirada inquisitiva, proseguí apresurada—: A los diecisiete años me mudé de Seattle a Los Ángeles. Sola. Fue difícil estar tan lejos de mi familia. Después perdí el trabajo por el que me había mudado, me separé de mi novio y en los meses que siguieron intenté establecerme en Hollywood: para nada. —Me encogí de hombros—. Y ahora estoy aquí y he dejado cualquier remanente de optimismo en California.

Everly se quedó un momento en silencio.

—No suena nada bien. Sobre todo que te hayas ido a vivir sola tan pronto. Yo no podría imaginarme viviendo tan lejos de mi madre. Me gusta tener la posibilidad de asomarme por su casa sin avisar cuando pasa algo y a la inversa.

Seguro que no quería herirme, pero sentí una punzada al escuchar sus palabras. Extrañaba un montón a mis padres. Siempre que veía algo divertido quería contárselo a mi padre, y cuando estaba triste añoraba los abrazos de mi madre. No haber conseguido volar a casa en Navidad era lo que más me había dolido de todo. Mi agente me había conseguido dos trabajos de figurante que, por lo necesitada de dinero que estaba, yo no había podido rechazar, y mis padres me habían dejado bien claro lo decepcionados que se habían sentido por el hecho de que no hubiera ido a verlos.

—Lo siento, no quería ofenderte.

—No lo has hecho —respondí al instante carraspeando al notar que tenía la voz tomada. Dependía de ese último resto de motivación si no quería desmoronarme por completo, así que me aferré a ese sentimiento. Fingir optimismo siempre era mucho mejor que la otra opción.

—Por si te consuela, en Woodshill todo el mundo encuentra enseguida compañía. Incluso alguien como yo.

Reflexioné sobre qué querría decir con eso. A mí me había parecido muy abierta, incluso si al principio yo la había agobiado un poco.

Antes de que pudiera insistir en el tema, la puerta se abrió y varias animadoras entraron en el gimnasio. Llevaban pantalones de chándal negros y unas camisetas sin mangas con el logo de la universidad; se alegraron al ver a Everly.

—Entonces está bien que haya venido a parar aquí precisamente —añadí inmediatamente sin saber si Everly todavía me escuchaba.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Eso era justo lo que quería decir. —Paseó un segundo la mirada por mí y por las chicas—. Si te apetece, puedes quedarte a mirar. ¿Podemos ir luego a tomar el café que me has ofrecido?

Me sentí aliviada. Había pensado que tenía que volver a casa.

—De acuerdo —convine devolviéndole una amplia sonrisa.

4

La llave se había atascado. Me temblaban las manos al intentar girarla. A esas alturas ya no había sol y la terraza apenas estaba iluminada.

—Venga —murmuré probando otra vez. Tenía los dedos como bloques de hielo y la cerradura, seguramente, también estaba congelada.

De repente se abrió desde dentro la puerta de mi habitación y yo volé, literalmente, por el umbral. Miré el rostro de mi hermano, que me observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Vengo a casa. Para meterme en mi habitación, ponerme el pijama y acostarme.

Ezra parpadeó estupefacto. Entonces frunció aún más el ceño.

—Primero: tenemos una puerta principal que puedes utilizar. Segundo: son poco más de las seis. ¿Cómo es que quieres meterte en la cama tan pronto?

Necesité tres intentos para volver a sacar la llave de la puerta. Tras conseguirlo, me incliné para desatar los nudos dobles de los cordones de los zapatos.

—Primero: pensaba que sería mejor que me dejara ver lo menos posible en el resto de la casa. Y segundo: tengo *jet lag*.

—Entre California y Oregón no hay diferencia horaria —apuntó secamente Ezra cerrando la puerta tras de mí mientras yo me liberaba por fin de los zapatos.

—¿De verdad? Pues a mí no me lo parece.

Me desprendí del abrigo mientras atravesaba el cuarto y a continuación me dejé caer en la cama y hundí la cara en medio de la almohada.

Mi hermano se acercó, podía oír sus pasos. Se detuvo a mi lado.

—Jude —le oí decir. Volví la cabeza a un lado, justo frente a sus piernas. Alcé la vista. Estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, delante de la cama y me miraba con expresión seria—. He hablado con Blake —dijo.

De repente todo el cuerpo se me agarrotó porque ya sabía lo que me iba a decir. ¿Qué pasaría si Blake había convencido a Ezra y a los demás de que me echaran? ¿Qué, si…?

—Le he dicho que él será el único en largarse de aquí si sigue comportándose como un crío pequeño.

Me senté de golpe.

—¿Que le has dicho qué?

—Le he avisado para que no se comporte como un borde contigo. —Solté un gemido y me froté el rostro con las manos—. Para ser sincero, pensé que te alegrarías.

Bajé las manos y levanté enfadada la mirada hacia él.

—¿Cómo voy a alegrarme? Así sólo lo has empeorado todo. ¡Muchas gracias!

Iba a decir algo, pero calló. Se dio media vuelta y avanzó dos pasos para luego girarse de nuevo y volver.

—Dejo que te instales aquí sin sonsacarte nada en absoluto. Le hago una advertencia a mi mejor amigo a pesar de que hay una atmósfera de pena en la casa desde que sufrió el accidente, ¿y eso es lo único que tienes que decirme? —Le temblaba la voz de lo agitado que estaba—. ¿Sabes qué, Jude? Apáñatelas tú solita con tu mierda.

Y sin pronunciar otra palabra más, giró sobre sus talones y dejó la habitación. Me estremecí cuando la puerta se cerró tras él. Me senté en la cama mientras su última frase me daba vueltas en la cabeza sin cesar.

Qué burra era. Una burra idiota y desagradecida. Que Ezra me hubiera defendido era un milagro. Antes no lo habría hecho. Me acordé de la época en la que jugaba al baloncesto con Blake y otros amigos suyos en casa. De cuando fui a verlos jugar y él me tiró una pelota a la cabeza y luego se partió de risa con sus colegas. Esa escena reflejaba más o menos nuestra infancia y juventud juntos. Sin embargo, fue el año en el que los dos nos percatamos de que pronto dejaríamos de vernos a diario y de que probablemente viviríamos en estados diferentes cuando nos acercamos el uno al otro. Nuestra relación había cambiado y se había vuelto mucho más cordial. Conversábamos mucho y nos contábamos nuestros temores. Ezra me confesó que confiaba en mí más que en cualquier otra persona del mundo. Y ahora… Ahora lo había ofendido y había despreciado su ayuda con una frase.

Me levanté con torpeza, me quité la chaqueta y la colgué en la silla del

escritorio. Luego permanecí de pie en el centro de la habitación, indecisa. Los últimos días me habían agotado. Los Ángeles me había arrebatado todo aquello con lo que había soñado en los últimos años y para mí eso ya era suficiente. No quería que, además de Blake, Ezra también estuviera disgustado conmigo.

Inspiré hondo y reflexioné unos instantes. Luego fui hacia la maleta y me incliné para buscar el portátil. Lo encontré entre dos vestidos y un par de vaqueros. Ya estaba envuelto en papel de burbujas para embalar. A continuación cogí también la *tablet*, hice acopio de valor y salí de la habitación.

Una suave melodía provenía de la sala de estar. Cuando entré indecisa, vi a Blake en el sofá; tenía la pierna derecha apoyada sobre la mesa baja y un portátil en el regazo. En la habitación sólo se oían las pulsaciones en el teclado. Tosí y él levantó la mirada.

Era sorprendente la cara que tenía. Se podía decir que conocía a Blake de toda la vida, y nunca —nunca jamás— le había visto un semblante tan inexpresivo. El Blake a quien yo conocía había sido la vivacidad personificada. Incluso si estaba agotado después de horas de entrenamiento, todavía tenía energía suficiente para bailar conmigo en el jardín de mis padres, levantarme y darme vueltas en el aire riendo.

Por lo visto, no quedaba nada de aquel Blake. Y yo tenía que asumirlo.

—Lo siento —me disculpé afligida volviéndome hacia él—. No te molestaré mucho tiempo. Sólo estoy buscando una caja de cartón.

Sin esperar respuesta, fui a la cocina, dejé el portátil sobre el mostrador y me agaché para abrir la puerta del armario que estaba a la izquierda del horno. Como únicamente encontré cazuelas y un par de sartenes, cerré la puerta y me dirigí al siguiente armario. Tampoco ahí tuve suerte: en lugar de una caja de cartón, en el interior sólo había bolsas de regalo, cajas de plástico y muchas muchas botellas de alcohol. Lancé un ligero suspiro y me enderecé lentamente para ocuparme de los armarios empotrados que había al lado del fregadero.

De repente el sonido del teclado enmudeció.

Cuando me volví hacia Blake, vi que estaba cogiendo las muletas. Conteniendo el aliento, observé que se levantaba despacio. Al parecer, ni siquiera soportaba respirar el mismo aire que yo, aunque fuera un par de minutos, y no encontraba el momento de salir huyendo de mi presencia.

Estaba a punto de hacerle un comentario amargo cuando me di cuenta de que no se marchaba de la sala de estar, sino que avanzaba en mi dirección.

Contemplé inmóvil que pasaba junto a la encimera de la cocina y se quedaba parado delante de mí.

Callaba. Deslizó la mirada por mi cara, los ojos, las mejillas, la nariz, la boca, y tuve la sensación de que iba a tocarme. Contuve mi ansiedad.

—Has cambiado —dijo sin preámbulo ninguno.

Lo miré con la misma franqueza. El cabello más corto que antes, las mejillas algo hundidas, y no supe qué pensar de la barba. Todo eso le daba un aspecto anguloso e inaccesible. ¿Cuánto podía cambiar un ser humano en tan poco tiempo? Se me antojaba como una persona totalmente distinta y medité sobre si a él le ocurriría lo mismo conmigo.

Yo sabía que tenía otra apariencia. En cuanto llegué a Los Ángeles, la agencia que me había contratado me transformó por completo. A esas alturas el cabello me llegaba hasta los hombros, lo había puesto en manos de un peluquero estrella y llevaba mechas. También me había hecho con un nuevo guardarropa para los *castings*. En conjunto me había provisto de una imagen moderna y jovial que encajaba con la de una joven promesa. Además me había operado la nariz. Después de que en la adolescencia se me rompiera gracias a Ezra, me había quedado un pequeño montículo que siempre me había molestado un poco. Cuando cancelaron *Twisted Rose*, mi agente me aconsejó que me operase. Sostenía que corregir la nariz me ayudaría a conseguir nuevos y más importantes papeles, y yo fui tan tonta que le hice caso.

Aparté la vista y carraspeé.

—Tengo que enviar esto por correo —anuncié con voz ronca para cambiar de tema al tiempo que señalaba el portátil.

Blake abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la volvió a cerrar enseguida. Miró el portátil unos minutos, luego apoyó las muletas contra la superficie de trabajo y señaló los dos armarios que había sobre el fregadero.

—Echa un vistazo ahí dentro.

Me di media vuelta y me estiré para abrir una de las puertas.

—¿Cuánto alcohol almacenáis aquí en realidad? —pregunté al descubrir junto a platos y vasos otras dos botellas enormes de vodka.

Blake me ignoró. Oí que daba un paso hacia mí. Abrió el armario de la derecha y me rozó con el brazo el hombro y el cabello.

De repente me quedé paralizada, atrapada entre él y el fregadero. Estábamos increíblemente cerca el uno del otro y los segundos parecían transcurrir como a cámara lenta.

El pecho de Blake me acarició la espalda. Calor y dolor se extendieron por igual en mi interior. Luché contra ello con todas mis fuerzas, pero no me sirvió de nada. Se me erizó el vello de los brazos y fui percibiendo más y más detalles. Su olor, que era el mismo de antes. Su antebrazo, que parecía más fuerte y en el que se marcaban las venas.

Respiramos. Se percibía el sonido del aire entre nosotros. Ninguno se movió cuando el pecho de Blake volvió a rozarme la espalda. Pese a que en nuestro interior estábamos más alejados que antes el uno del otro, nuestros cuerpos parecían hallarse en armonía en aquel momento. Su calidez seguía resultándome más familiar que ninguna otra cosa. Y quería más. Como si obedeciera a una orden externa, me incliné hacia atrás un poco para intensificar el contacto. Durante un par de segundos eternos permanecimos en esa posición. Sentía un cosquilleo en la piel y se despertó en mí el deseo de que Blake hiciera algo. Lo que fuera.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, bajó la cabeza. La barba me acarició la oreja y se me aceleró el pulso. Ya no podía pensar con lucidez.

—No quiero que te quedes aquí.

Su tono aterciopelado contrastaba radicalmente con sus palabras. Cuando comprendí lo que había dicho, un frío gélido sustituyó al calor que había sentido antes. Mi cuerpo parecía estar dirigido por un piloto automático. Me giré lentamente hacia él.

Pese a la calidez que acababa de irradiar hacía un instante, su rostro y su cuerpo estaban a punto de desgarrarse de tensión. Sus ojos centelleaban iracundos.

En mi mente aparecieron imágenes de otro tiempo que nos mostraban a los dos exactamente en esa posición. Sólo que entonces la expresión de sus ojos no había sido sombría, sino apasionada. Y que él había salvado la distancia que nos separaba para estrecharme contra sí. Pero ahora, al observarlo, entendí que eso nunca más volvería a ocurrir. Tragué saliva.

—Ayer ya me lo dejaste claro.

—Por lo visto, no lo suficiente.

Reprimí con esfuerzo los sentimientos que causaban estragos en mi interior. Durante un breve instante deseé que no nos hubiéramos separado jamás. Una idea infantil y absurda. No podía volver atrás en el tiempo. En su lugar debía borrar cuanto antes los recuerdos de mi memoria. Teníamos que asumir la situación, pues en principio no iba a cambiar nada.

—En tu opinión, ¿qué debo hacer, Blake?

Había procurado adquirir un tono tranquilo, pero yo misma oía la desesperación que había en él.

—A mí me importa un rábano lo que hagas. —Metió la mano en el armario por encima de mi cabeza y sacó una caja de cartón, que me tendió. Luego asió las muletas que había dejado apoyadas en la encimera y se dio media vuelta—. Por mí podrías haberte quedado para siempre en Los Ángeles —concluyó dándome la espalda.

Luego volvió cojeando al sofá, donde cogió el mando como si no acabara de propinarme un puñetazo verbal gigantesco, mientras yo seguía en la cocina y trataba de no desmoronarme.

5

Pasé el resto de la semana evitando a Blake en la medida de lo posible, pues compartíamos baño y cocina. Apenas veía a Ezra. Había estado esperando la ocasión para hablar serenamente con él de nuevo, pero o bien estaba entrenando o bien en la universidad o bien estaba acompañado de Cam, Otis o Blake. Todavía no había vuelto a mi habitación para hablar conmigo, pero, curiosamente, alguien había engrasado la cerradura de la puerta de la terraza y la llave se deslizaba con toda facilidad dentro y fuera de ella.

Encontrar un trabajo en Woodshill resultaba difícil y fui abandonando lentamente las esperanzas de dar pronto con uno. De ahí que el sábado por la tarde volviera al campus, bebiera un *caramel macchiato* y vendiera los últimos bolsos de diseño que tenía. Pese a que el importe que recibí no alcanzaba ni la mitad del precio original, al menos tenía un pequeño colchón, si bien no bastaba, ni de lejos, para pagar el alquiler de una vivienda propia.

Luego intenté distraerme explorando Woodshill y su entorno un poco más. Me puse música en el móvil y me dejé llevar por mi intuición hasta que en un momento determinado acabé en un valle con un lago maravilloso. Me senté en un banco del parque con la mirada perdida en el vacío hasta que se hizo oscuro como boca de lobo y me quedé totalmente congelada. En ese punto me resultó imposible demorar el regreso a casa, además mi estómago daba alaridos de hambre.

Esperaba de todo corazón que los otros tuvieran planes para la noche y que ya se hubiesen ido. Pero cuando abrí la puerta de la terraza, me vi enfrentada a la dura realidad. No sólo se oía música resonando a todo volumen en algún lugar de la casa, sino que en mi habitación había personas a las que yo no había visto nunca.

Me las quedé mirando.

—Ejem… ¿hola?

—Hola —saludó la chica que estaba junto al escritorio, aunque sin levantar la mirada del móvil.

—¿Os podríais levantar de mi cama, por favor? —interpelé a la parejita que se había puesto cómoda sobre mi colcha.

—No sabía que aquí vivía una quinta persona —comentó el chico que estaba tumbado con los brazos cruzados detrás de la cabeza en el extremo de la cama.

«Y yo tampoco sabía que esta noche se había organizado una fiesta aquí», pensé. Por lo visto, ninguno de mis compañeros de piso había encontrado necesario informarme al respecto.

—Desde principios de semana, pero en realidad esto no tiene nada que ver. —Me quité la bufanda que tenía alrededor del cuello. Luego me desprendí de la chaqueta y me acerqué haciendo grandes aspavientos a la puerta para abrirla—. Me gustaría desnudarme, así que, si fuerais tan amables de salir…

Me daba totalmente igual que me encontraran antipática. Llegar a mi habitación tras un largo día y encontrarme con unos desconocidos después de haber merodeado por la casa para entrar en ella con todo sigilo como si fuera una delincuente no me gustaba nada. Me recordaba a mi casa de Los Ángeles: también en ella la gente entraba y salía de mi habitación a su gusto. Y yo no quería de ninguna de las maneras que sucediera lo mismo ahí.

—Ésa no es razón para sulfurarse, guapita. Ya nos marchamos.

Contraje el rostro con asco por el modo en que me había hablado ese tipo. Se levantó de la cama, cogió de la mano a su acompañante y ambos cruzaron la habitación para salir. La chica del móvil los siguió como una sombra.

A juzgar por el nivel de ruido que procedía de la sala de estar, todavía había muchos más invitados en la casa. Pensé por un momento en ponerme el pijama y meterme directa en la cama. No me apetecía nada ver a gente, y menos aún estar en una fiesta. Pero, por enésima vez, mis tripas protestaron, recordándome que desde el desayuno no había vuelto a tomar nada más que un *caramel macchiato*. Me urgía comer algo.

Suspirando, me miré y comprobé si mi atuendo era más o menos adecuado para una fiesta. Podría haber sido peor: mis tejanos *boyfriend* estaban desgarrados por las rodillas y había hecho un nudo a un lado en el dobladillo de la camiseta. Me pasé la mano por el cabello con la esperanza de que así se viera voluntariamente despeinado, respiré hondo y abrí la puerta de mi habitación.

Al entrar en la sala comprendí por qué los chicos almacenaban tanto alcohol en los armarios. Cuando íbamos a la escuela, les solía rogar a Ezra y a Blake que

me llevaran con ellos a sus fiestas de deportistas, aunque en realidad era muy joven para ello aún. Las celebraban todos los fines de semana en una casa distinta, solían estar irremediablemente muy concurridas y más de una vez la policía había intervenido para disolverlas antes de que hubieran empezado de verdad.

Lo que se estaba celebrando en nuestra casa parecía ser una versión ampliada: la música retumbaba desde los altavoces de la sala de estar, la gente se apretujaba por todas partes y bailaba, charlaba y reía. Desde el jardín delantero también llegaban risas y griterío, y en la cocina se veían las botellas de alcohol que recientemente había descubierto dentro de los armarios, junto a canapés y unas enormes cajas de cartón de *pizza*.

Busqué con la mirada a mi hermano, pero no lo encontré por ninguna parte, así que me abrí camino entre la gente hacia la cocina para conseguir al menos un poco de pan y agua antes de volver a meterme en la habitación. También la cocina estaba llena y algunos se servían con toda naturalidad de la nevera. Si se celebraban fiestas de ese tipo con frecuencia, tal vez debía reflexionar acerca de lo de contribuir al mantenimiento de la casa.

Cerraron la puerta de la nevera y con ello quedó a la vista una chica con el cabello negro. Nos miramos las dos igual de perplejas.

—¿Jude?

Suspiré aliviada y abracé a Everly.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Me separé de ella.

—Vivo aquí. Es la casa de mi hermano.

Abrió la boca y la cerró después.

—¿Quién es tu hermano?

—Ezra.

Volvió a abrir y cerrar la boca, y no pude evitar reírme.

—¿Ezra? ¿El huraño y parco en palabras Ezra? —preguntó ella sin dar crédito.

—Bueno… ¿tan poco nos parecemos?

Me contempló como si fuese la primera vez que me veía.

—Tienes razón. Pero tú eres tan… —parecía estar buscando la palabra apropiada—, tan amable.

Me eché a reír y noté que me relajaba un poco. Con Everly ahí, ya no me sentía una invitada no deseada, sino merecedora de mi puesto en esa fiesta por el

hecho de que ella era algo así como una amiga para mí.

—Ezra puede ser amable cuando quiere —indiqué tratando de defender a mi hermano.

Sabía lo reservado que Ezra podía llegar a ser con los desconocidos. Ya de niños era así. Pero no era lo mismo que yo lo describiera de ese modo a que lo hiciera otra persona.

—Pues conmigo pocas veces quiere ser amable —contestó ella tomando un trago de zumo de naranja—. ¿Quieres algo tú también? No me hagas caso. Vives aquí. ¿Cómo se me ocurre preguntarte algo así?

Sonreí y me dirigí al armario de la cocina para coger un vaso. Lamentablemente habían saqueado el armario al completo. Abrí otro y me detuve. Era el mismo del que unos días atrás Blake había sacado la caja de cartón. No quería recordar el calor que me había invadido al estar cerca de él ni tampoco esa sensación de mareo que había provocado que me flaquearan las piernas. Cogí rápidamente la primera taza que vi y una botella de vodka, y me serví un buen trago.

—Eso es mucho vodka —comentó Everly.

—Mucho vodka por la horrible semana que he pasado —repliqué.

Pensé en servirme otro trago más, pero deseché la idea. A continuación saqué el zumo de naranja de la nevera y me llené con él la taza. Luego me volví a Everly y alcé la mano. Brindamos con su vaso y mi taza.

Tomé un par de tragos. Sólo cuando me percaté de la sonrisa burlona que Everly parecía reprimir, miré la taza con atención. Tenía algo escrito: BASKETBALL > SEX.

Puse los ojos en blanco. Blake le había regalado a Ezra esa taza en un cumpleaños y yo siempre la había encontrado tonta. Era un auténtico milagro que hubiera sobrevivido precisamente esa pieza en la mudanza desde Seattle hasta aquí. Era probable que Ez la considerase un objeto sagrado y que la hubiera envuelto en veinte hojas de papel de periódico para que no se rompiera.

—¿Alguna novedad en la búsqueda de trabajo? —indagó sin rodeos Everly.

Negué con la cabeza.

—Por desgracia sólo un montón de rechazos. Pero al menos hoy he podido vender un par de cosas.

Se me escapó. En realidad nadie sabía lo mal que andaba de dinero y tenía que seguir siendo así. Tal vez se debiera a los ojos hipnóticos de Everly. Busqué

febrilmente en mi mente algo que decir para cambiar de tema.

—¿Eres muy amiga de Ezra? —pregunté a toda prisa.

Everly soltó una carcajada.

—En realidad no. Por lo general tengo la sensación de que sólo me aguanta. Estoy aquí porque…

—Everly. —Era Blake.

Me estremecí. Entonces me volví hacia él.

Estaba en el umbral de la cocina y se había apoyado de lado en el mostrador.

—Por fin te encuentro —dijo Everly resplandeciente; corrió hacia Blake y lo abrazó tan fuerte y apasionadamente que sentí un profundo pinchazo.

Blake la rodeó con un brazo, sin dejar las muletas, y me lanzó por encima del hombro de ella una mirada que me atravesó.

—No me habías dicho que teníais una nueva inquilina en la casa —advirtió Everly después de separarse de él dándole un puñetazo en el hombro.

—¿Os conocéis? —indagó Blake bajando la voz.

Hablaba con ella en un tono distinto al que utilizaba conmigo. Era evidente lo mucho que Everly significaba para él. Su mirada era cálida cuando bajaba la vista hacia ella y también eso me dolió. Deseaba tanto ser capaz de sofocar ese sentimiento, pero no lograba.

—Nos conocimos justo cuando llegó. Es la chica que me acompañó en el entrenamiento. Por cierto: todo fue muy bien. El entrenador Carlson ha dicho que la semana que viene puedo encargarme de dos horas. ¡Sola! ¿Te imaginas?

—Pues claro que me lo imagino. Eres la mejor entrenadora asistente que podían haber encontrado —contestó él.

—Eres un amor. Y por lo que veo esta vez has bajado voluntariamente. Es un paso adelante.

—De lo contrario me habrías bajado tú tirándome del pelo. Igual que en Nochevieja.

Everly resopló.

—Tonterías. Ni siquiera me acerqué a tu pelo. Lo tenías demasiado grasiento y hacía mucho que no te duchabas.

Blake la apuntó con una muleta, pero ella la sorteó hábilmente y se echó a reír. Si Everly no hubiera acabado de hablarme entusiasmada de su novio, que era profesor en la universidad, en ese momento me habría asaltado la duda de si no había algo más entre ellos. Era evidente lo próximos que estaban el uno del otro.

Sentí una dolorosa punzada en el estómago.

—La próxima vez tienes que ser más rápido. Ven, Jude. —Me hizo una seña para que la siguiera y yo la obedecí indecisa.

Al pasar junto a Blake, éste me cogió del brazo. Me agarró con suavidad, casi con demasiada suavidad. Yo apenas me atrevía a levantar la vista hacia él, pero lo hice. En cuanto Everly estuvo fuera del alcance del oído, volvió a aparecer esa mirada gélida que por lo visto sólo me destinaba a mí.

—Ya me he enfadado con Ezra por tu culpa —advirtió—. No voy a permitir que ahora también me quites a mi mejor amiga.

Las paredes daban vueltas a mi alrededor. Se me secó la garganta y agarré la taza con más fuerza. Veía que Everly se había sentado a la mesa junto a Ezra y le hablaba, aunque a él no parecía interesarle especialmente. Ella le golpeó el hombro con el suyo y Ezra apenas si levantó la comisura de los labios. Después Everly echó un vistazo al móvil, tecleó algo y volvió a la cocina a buscarme. Su mirada expectante me dejaba sin aire en los pulmones.

—Ha quedado claro —respondí sumisa.

Luego me solté de Blake, crucé la sala de estar, salí de la casa y sentí el frío gélido en mi cara. No volví la vista atrás. Ni hacia Blake ni hacia Everly.

Si alguien me hubiera dicho por la tarde que un par de horas después iba a estar haciendo un muñeco de nieve con unos perfectos desconocidos, seguramente habría resoplado despectivamente. Pero ahora… me reía. En efecto, me reía mientras me unía a un grupo de gente en medio de un frío glacial y hacía unas enormes bolas de nieve. Incluso me divertía, algo que probablemente también se debiera al alcohol que había estado bebiendo sin haber comido antes.

—Creo que necesita otra nariz —afirmó una chica a mi lado mientras miraba con la cabeza inclinada el plátano que alguien había traído de la cocina.

—Se ve un poco raro —convine—. Pero a lo mejor en eso reside su atractivo.

Después de haberle colocado al muñeco de nieve dos botones provisionales y de que alguien le prestara su bufanda, estaba perfecto.

—¡Hagamos una foto! —exclamó Otis, quien en un momento dado se había sumado a nosotros.

Los otros estaban, como mínimo, tan borrachos como yo, por lo que a nadie le importaba lo absurdo de la situación. Sin embargo, me abstuve de dejarme

fotografiar. No conocía a esa gente y no sabía dónde acabaría la foto ni quién la vería. Bastante tenía con el estricto control de mis propias redes sociales como para correr otro riesgo aquí.

—Yo hago la foto —me ofrecí tendiéndole la mano a Otis.

Él me dio su móvil y luego se unió a los otros, que ya se habían distribuido alrededor del muñeco de nieve.

Casi no me aguantaba de pie después de haberme metido entre pecho y espalda todo lo que me habían puesto en el vaso. De ahí que tardara un par de segundos en lograr disparar las fotos. Luego le devolví el móvil a Otis y, poco a poco, nuestro pequeño grupo se fue disolviendo porque dentro, en la sala, la fiesta había llegado entretanto a su punto culminante.

Cuando entré, no vi a Everly por ningún sitio, pero tal vez fuera mejor. Así al menos no corría el riesgo de quitarle a Blake su mejor amiga.

Me fui hacia el sofá y me dejé caer en él; cuando Otis y Cam me descubrieron y vieron que tenía la taza vacía, me pusieron un cóctel en la mano. Brindé con los dos y tomé un trago pese a que empezaba a estar mareada.

Con la visión ligeramente borrosa eché una ojeada a mi alrededor y, como si tuviera un radar interior, deslicé la mirada por la gente y la posé en la mesa de comer. En las últimas dos horas, Blake ya había encontrado compañía. Una chica estaba sentada a su lado. Apoyaba la barbilla en una mano y bebía literalmente las palabras que salían de los labios de Blake. Mientras, se retorcía un mechón de cabello alrededor del dedo y lo volvía a desenrollar, algo que a él le hizo sonreír. Levantó la mano, imitando el gesto de la muchacha, y al hacerlo le acarició la mejilla.

—Esto es demasiado —resonó como desde la lejanía la voz de Cam—. Incluso así liga con una después de otra. ¿Cómo lo consigue?

—Ni idea —admitió Otis.

—No, en serio. Me gustaría averiguar cómo, desde un punto de vista anatómico, es posible con la férula.

—Si uno se pone debajo no tiene mucho que hacer.

No conseguí ignorar sus palabras. Sin apartar la vista de Blake bebí un buen trago de mi cóctel.

Todavía me acordaba perfectamente de lo que sentía antes, cuando Blake me contemplaba de ese modo. Bastaba una mirada suya para confundirme. Y cuando me tocaba, yo ardía en llamas. En toda mi vida sólo había experimentado esa

sensación con él. Contemplar cómo seducía a otra chica me parecía un castigo por haber tirado por la borda nuestro amor.

Blake se inclinó hacia delante y susurró a la chica algo al oído que la hizo enrojecer. Cuando él se volvió a enderezar, ella asintió. Un minuto después ella se levantó, y Blake hizo lo mismo. Le colocó unos segundos la mano sobre la espalda antes de coger las muletas y salir de la sala de estar rumbo al pasillo, sin duda para retirarse con ella a su habitación.

Tenía la impresión de que el corazón se me iba a salir de verdad del pecho. No podía permanecer más tiempo sentada sin moverme y me levanté con tal violencia que el líquido del vaso rebosó y se me cayó sobre los dedos. Solté un taco por lo bajo y me sequé la mano en los tejanos, al tiempo que me invadió una sensación de vértigo. Pese a ello, me bebí el resto de un trago y dejé el vaso con más firmeza de la necesaria sobre la mesa de la sala. Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en ella un momento. Cam me agarró del brazo para que no me cayera.

—¿Estás bien? —se interesó Otis.

Me volví hacia ellos y asentí con una sonrisa forzada.

—Gracias por el cóctel. Creo que es mejor que me vaya a la cama.

Antes de que pudieran decir nada, me di media vuelta.

Las paredes giraban y la música me resonaba sofocada en los oídos mientras sorteaba a los invitados a la fiesta para llegar a mi habitación. Lo único que oía fuerte y con nitidez eran los acelerados latidos de mi corazón.

Abrí la puerta de mi cuarto con dedos temblorosos y la cerré tras de mí. Me costó varios intentos, en medio de los tropezones, lograr quitarme el pantalón. Con las últimas fuerzas que me quedaban me metí en la cama y cerré los ojos.

Unos segundos más tarde escuché un chirrido procedente del piso superior. Era tan leve que apenas se percibía por encima de la música; pero, cuantos más minutos pasaban, más aumentaba el volumen.

Me quedé mirando el techo. Poco a poco empecé a entender lo que estaba ocurriendo arriba.

Las paredes cada vez giraban más deprisa en torno a mí, y me puse de lado. En el último momento conseguí coger la papelera de debajo del escritorio. Mientras el cabecero de la cama de Blake chocaba contra la pared enviando un rítmico golpeteo a mi habitación, vomité todo el contenido de mi estómago. Y aunque me había propuesto no volver a llorar después de Los Ángeles, no pude

luchar ni un segundo más contra las lágrimas. Rompí en sollozos y me agarré con fuerza a la papelera cuando arremetió la siguiente arcada.

6

Muchos años antes

Cogí el subrayador que tenía detrás de la oreja y abrí el tapón con los dientes. Señalé con la punta verde las líneas que tenía que aprenderme de memoria. Después de haberlo marcado todo, leí el diálogo varias veces seguidas. Sólo cuando tuve la sensación de que más o menos me sabía la sucesión de las frases, cerré los ojos y susurré el texto muy bajo para que nadie pudiera oírme.

—¿Qué haces, Panqueque? —preguntó alguien sentándose en el banco frente a mí. Yo estaba con las piernas abiertas, balanceándolas a ambos lados y mi interlocutor me imitó.

Miré a Blake malhumorada.

—Ya sabes lo mucho que odio que me llamen así.

Él se limitó a hacer una mueca de satisfacción.

—Ya me pensaré otra forma.

—No sé si te acuerdas, pero yo ya tengo nombre.

La mueca se transformó en una sonrisa. Esa sonrisa que era su arma secreta. Supongo que, para entonces, él ya sabía el efecto que obraba en mí. Últimamente me sonreía todavía con más frecuencia de lo normal y yo me preguntaba cuál sería la causa.

—Jude es un nombre muy bonito, pero no deja mucho margen para abreviaturas o motes —dijo reflexivo—. Ya se me ocurrirá algo mejor. Algo que sólo nos pertenezca a ti y a mí.

Intenté no entrever ninguna intención especial en sus palabras.

—Mientras no sea Panqueque, me daré por satisfecha con casi todo lo demás —musité enfocando de nuevo la vista en las líneas que tenía delante.

—Lo tendré en cuenta.

Se deslizó más cerca. Mi cuerpo era incapaz de decidir cómo reaccionar. Sentía calor y frío al mismo tiempo. Siempre sucedía igual cuando estaba cerca

de mí, lo que sucedía con demasiada frecuencia. Blake y Ezra salían juntos todos los días. Ahora que ya no podía desprenderme de ese hormigueo en su presencia, estar con él me volvía loca.

—Déjame ver. —Iba a cogerme el texto, pero yo fui más rápida y lo puse fuera del alcance de su mano a tiempo.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

Blake se recostó en el banco apoyándose en las manos. Me miró unos minutos y contestó:

—En realidad, no.

Levanté una ceja.

—¿En realidad? ¿Te han dejado plantado?

Él me imitó arqueando también la ceja.

—Primero: no estés tan satisfecha de ti misma. Segundo: claro que no me han dejado plantado.

—Claro que no.

Ahora me tocaba a mí el turno de sonreír. Blake tenía más confianza en sí mismo de la que le convenía. Era incluso peor que Ezra y, pese a ello, no podía estar enfadada con ninguno de los dos ni siquiera un segundo. Eran los seres más importantes de mi vida. Incluso si ambos pasaban demasiado tiempo delante de la consola, se burlaban demasiadas veces de mí y, para mi gusto, eran demasiado engreídos.

—Pues para que te enteres: yo sí le he dado plantón a alguien.

Me encontré con sus penetrantes ojos verdes. Brillaban al sol. Si uno los miraba con atención, se distinguían unas motitas que casi eran castañas y les daban todavía mayor profundidad. Habría podido pasarme horas simplemente contemplándolos. Con el tiempo, su rostro se había ido volviendo más anguloso. Al mismo tiempo, cuanto más amigos nos íbamos haciendo, más cálida se volvía su sonrisa.

—La pobre —dije con algo de demora.

—La pobre, cierto —contestó él.

Se deslizó un poco más, tanto que nuestras rodillas se tocaron. El calor me ascendió por el cuello y contuve el aliento.

Cuando esta vez fue a coger el guion, no fui lo suficientemente rápida. Lo abrió y lo hojeó. Pocos segundos después silbó entre dientes:

—Qué texto más largo.

Yo le di la razón con un gruñido. Por desgracia no podía concentrarme

cuando me tocaba. En lugar de cerebro parecía tener barro. Lo que más me habría gustado habría sido poner la pierna encima de la suya. Por mí, hasta me habría sentado encima de él.

—Es para una película de cine —murmuré—. Dudo de que consiga el papel. Pero, de todas formas, lo voy a intentar.

—Nada de dudas, Jude. Yo te ayudo. —Pasó a la página siguiente, se aclaró la voz y leyó en alto los lugares marcados—. ¡No puedo, Matthew!

—Éste es mi texto. Yo no interpreto el papel de Matthew —expliqué, pero Blake no parecía escuchar. En cambio, recitó el desgarrador monólogo con un fervor desmesurado.

—¡Si mi padre se entera, nos matará a los dos! —prosiguió él hasta que yo estallé en carcajadas.

Levantó la vista y me miró con la boca abierta. No sabía muy bien cómo calificar la expresión de su rostro, pero me pareció reconocer cierto desconcierto. Luego movió la cabeza y volvió a sonreír.

—Lo conseguirás, Jude. Eres la mejor actriz que conozco.

Sonreí.

—¿A cuántas conoces?

—Sólo a ti.

—Pues entonces esa afirmación no tiene demasiado valor, ¿no crees?

—Te he visto actuar. Así que hay muchas probabilidades de que tenga razón.

—Sólo estuviste en un ensayo, Blake.

Me miró con la cabeza inclinada.

—¿Por qué quieres convencerme de que no tienes talento?

Tragué saliva. Me habría gustado volver a concentrarme en el texto, pero él me miraba con tal intensidad que yo no podía apartar la vista.

—Porque tengo miedo —le confesé. Era como si pronunciar esas palabras me estuviera prohibido—. A mamá y papá les cuestan mucho las clases de interpretación. No hago nada más y apenas veo a mis amigos. ¿Qué pasará si no sale nada de esto? ¿Qué pasará si en la audición la vuelvo a pifiar? Ya sabes lo que sucedió la última vez.

Hizo un gesto de rechazo con la mano.

—«Qué pasará si…» es una fórmula totalmente estúpida. A ver, ¿qué pasaría si el edificio se derrumbara ahora? ¿Qué pasaría si estallara el apocalipsis zombi dentro de un momento? —Movió la cabeza lentamente—. Es absurdo romperse la cabeza pensando en qué pasaría si.

—No puedo parar, es así. No dejo de darle vueltas a la cabeza todo el día. No tengo botón de pausa.

De repente, Blake se levantó de un salto y me tendió la mano. Deslicé la mirada a lo largo de su brazo hasta llegar a su cara.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a ayudarte a apretar el botón de pausa —contestó él. Y me apremió moviendo la mano.

Aguanté la respiración. No tenía ni idea de lo que pensaba hacer. Pero, fuera lo que fuese, parecía mil veces mejor que seguir rompiéndose la cabeza con el texto y la audición. Así que cogí su mano y dejé que tirase de mí.

Tenía la palma callosa de tanto entrenar. Me apretó un momento y el hormigueo se transformó en una fuerza vibrante que hizo temblar todo mi cuerpo.

Deseé que nunca más me soltara la mano.

Me desperté como una zombi.

Después de vomitar hasta el primer biberón y de pegarme un hartón de llorar, me había sumido en un sueño inquieto en el que las pesadillas me habían perseguido de verdad. En ese mundo onírico, un recuerdo sucedía al otro como si el sueño se burlase de mí mostrándome todo lo que yo había rechazado.

Me froté la cara, me levanté de la cama con esfuerzo y subí al baño como pude.

Al cepillarme los dientes, confirmé que mi aspecto respondía perfectamente a como me sentía: como una mierda, sencillamente. El cabello se me disparaba en todas las direcciones, la cara tenía un matiz verdoso, y los labios estaban resecos y agrietados. Habría podido participar, tal cual, en *The Walking Dead* y hacer una brillante actuación. Y eso sin tener que pasar tres horas maquillándome.

Deslicé la mirada hacia el neceser que había dejado bajo el lavabo. No había querido robarles espacio a los chicos, así que lo había dejado en un rincón junto a un par de rollos de papel higiénico. No podía bajar con esa pinta. Por mucho tiempo que hubiera pasado, Blake se daría perfecta cuenta de lo dolida que estaba. Y quería evitarlo a cualquier precio.

A diferencia de los días anteriores, en lugar de ducharme lo más pronto y rápido posible, hice lo contrario. Saqué todos mis cosméticos y los coloqué en

fila uno al lado del otro en el borde de la bañera. Luego me metí debajo de la ducha y dejé correr el agua, al principio un poco caliente, para ir aumentando paulatinamente la temperatura hasta no aguantar más.

Me froté a conciencia con la esperanza de limpiarme la experiencia de la noche anterior. Después de lavarme el pelo, me puse mi acondicionador favorito, que dejé trabajar un buen rato. Mientras, me depilé. Volví a aclararme el pelo y me quedé ensimismada bajo el chorro caliente. Disfruté del calor todo el tiempo, hasta que los recuerdos de la noche pasada se evaporaron.

Por último, me envolví el cabello y el cuerpo con unas toallas y continué con mi rutina de cuidado personal, consistente en untarme con una manteca corporal de limón, mi preferida. Utilicé un sérum que me había aconsejado una estilista de Los Ángeles, luego siguieron la crema de cara, un producto para combatir las ojeras y un iluminador en espray.

En el momento en que me estaba rociando el escote con el espray, alguien giró el pomo de la puerta. Me quedé inmóvil y dirigí la vista a la fina línea de vidrio esmerilado que había sobre la puerta. Se distinguía, borrosa, la mitad superior de la cabeza de un hombre, pero esa visión bastó para que se me cayera el alma a los pies.

No estaba preparada para encontrarme cara a cara con Blake. Ahora no. No, hasta que me hubiese preparado emocionalmente para ello.

Ignoré a la persona que estaba delante de la puerta y seguí repartiéndome el espray por el cuerpo; luego me miré otra vez en el espejo. En contra del aspecto que había presentado recién despierta, ahora estaba radiante. Y también me sentía mucho mejor interiormente. Hacía siglos que no me cuidaba y estaba contenta de no haberme separado de mis cosméticos al mudarme.

Me puse unos tejanos negros deshilachados por los tobillos y una camisa blanca. Después de secarme el pelo y de haber estado arreglándome más de una hora, me sentí por fin lista para bajar. Salí del baño y dejé conscientemente mis cosas abiertas. Ya no quería seguir actuando como si no estuviera viviendo allí sólo por no molestar a Blake. Era evidente que a él tampoco le interesaba mi estado de ánimo.

Aunque todavía me dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto, bajé las escaleras. En la sala de estar Ezra y Cam ya estaban desayunando, mientras Otis trajinaba por la cocina.

—Buenos días —murmuré encaminándome directa a la máquina del café.

—Buenos días. —Otis me tendió una taza y yo le sonreí dándole las gracias

antes de colocarla bajo la cafetera y pulsar el botón con una taza grande. La máquina bramó y poco después un estupendo aroma a café recién hecho me ascendió por la nariz.

Me volví hacia la sala de estar con la taza en la mano. Los chicos estaban sentados a la mesa con los platos llenos. Parecían cansados, pero ya habían ordenado una gran parte del caos nocturno. Sólo un par de manchas en el suelo, cuyo origen prefería no saber, y un par de copas aisladas y de platos sucios daban muestras de que el día anterior se había celebrado allí una fiesta.

Me agaché a recoger un cazo del armario inferior, que coloqué sobre el hornillo. Prepararme el mismo desayuno de siempre me resultaba tremendamente reconfortante. Lo hacía desde que tenía trece años. Me lo había preparado en el apartamento de Airbnb en el que me había instalado poco después de mi llegada a Los Ángeles y en el piso comunitario en el que había vivido al final. Esa pequeña rutina me confería un poco de paz interior, incluso después de haber pasado media noche entre sollozos, vómitos y recuerdos dolorosos.

Herví los copos de avena y la leche, y entretanto fui tomando algún que otro sorbo de café. Cuando los demás empezaron de repente a aplaudir, me di media vuelta tan deprisa que salió volando un poco de papilla de avena y dio un chasquido contra el suelo. No hice caso. Estaba demasiado concentrada mirando a Blake, que llegaba a la sala. Tenía el cabello revuelto y en las mejillas llevaba las marcas de la almohada. Parecía cansado, derrengado, pero la leve sonrisa que asomaba en sus labios era de satisfacción.

Algo en mi interior dio un desagradable brinco. Rápidamente volví la espalda a Blake y me puse a remover como una posesa las gachas de avena.

—Vaya, muchas felicidades —apuntó Ezra.

—Otis y yo ya nos preguntábamos ayer cómo te las apañarías con la férula.

El leve golpeteo de las muletas fue acercándose.

—Un caballero disfruta y calla.

Tuve que hacer acopio de todo mi poder de autocontrol para no soltar un bufido.

Blake se aproximó a la cocina. Nuestro último encuentro allí no había terminado bien. Como casi todo lo habido entre nosotros. Se fue al armario que estaba a mi izquierda para coger una sartén. Luego pilló un plato y empezó a batir un huevo.

Yo sostenía la mirada fija en mis copos de avena.

—La nariz de Copi se cayó ayer por la noche —anunció Otis.

Cam farfulló.

—Apostaría a que alguien se la comió.

Yo me concentraba en sus palabras. No en Blake, que colocaba la sartén en la cocina junto a mi cazo. No en el hecho de que se hallara a tan sólo unos pocos centímetros de distancia de mí. No en la evidencia de que había pasado la noche con una chica y que yo había tenido que oírlos mientras practicaban el sexo. Una intensa punzada de dolor se me extendió por el pecho. Y no entendía el porqué.

—¿Quién es capaz de hacer algo así? Por todos los demonios, ¿quién es capaz de robarle la nariz a un pobre e indefenso muñeco de nieve? —pidió cuentas, furioso, Otis.

—Yo.

Miré a mi hermano por encima del hombro. Se estaba metiendo en la boca media tortita. Cuando advirtió que todos lo mirábamos, dejó de masticar.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así, tío? Estuvimos trabajando un montón de tiempo en el muñeco de nieve y perfeccionando su silueta.

—Que yo recuerde, no tardasteis ni una hora en volver a entrar —puntualizó Blake tan bajo que los otros seguro que no lo oyeron.

—No deja de ser sorprendente que te hayas enterado de algo. A fin de cuentas, es obvio que estabas ocupado en otros asuntos.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerlas. Enseguida supe que había cometido un tremendo error.

—Lo estaba.

Lo dijo tan despacio y satisfecho que no pude evitar levantar la vista hacia él, aunque en realidad eso era lo último que quería hacer. Su mirada era autocomplaciente y casi desafiante. Como si esperara obtener una reacción por mi parte. Y en ese momento tuve claro que lo sucedido la noche anterior era intencionado.

Dejé caer la cuchara de madera en el cazo.

—¿Cómo es que le has amputado la nariz a Copi, Ezra? —El interrogatorio de Otis me llegó apagado.

—Porque tenía hambre.

—¿En plena noche? ¿De un plátano? ¿En la nieve?

Blake me tenía cautiva con su mirada. No conseguía apartar la vista de él. En mi interior luchaban los recuerdos y emociones más diversas. Siempre el pasado, siempre un cosquilleo y una descarga de electricidad, pero también rabia. Rabia

por el modo en que me trataba. Una rabia tremenda por lo que había tenido que oír la noche anterior, aunque sabía que no tenía ningún derecho a experimentar ese sentimiento. Pese a todo, no podía hacer nada por vencer la cólera feroz que me consumía de dentro afuera. Y que me hizo pronunciar las siguientes palabras:

—No te reconozco.

Blake se puso tenso de forma casi imperceptible. Luego frunció el ceño.

—Mira quién habla.

Ya no me preocupaba sacar la cuchara del cazo, y me volví hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú eres la que ha cambiado por completo —contestó. Parecía haber estado esperando la oportunidad para echármelo en cara—. Antes no te habrías limitado a dejar tu sueño colgado de un gancho como si nada. ¿Y ahora? Te vienes aquí y vendes tus cosas favoritas porque, según parece, estás sin blanca. Por lo visto has preferido gastarte el dinero en operaciones en lugar de perseguir tu sueño.

Silencio. En mi cabeza resonaba un silencio atronador. Luego un silbido que iba aumentando de volumen. Sonaba cada vez más fuerte, hasta que ya no pude oír nada más. Sólo percibía el temblor de mis manos, el rumor de mi sangre y el ardiente calor que se me agolpaba en las mejillas.

—¿Cómo dices?

Me temblaba tanto la voz que ni yo misma podía entenderme. El corazón me latía demasiado deprisa y sentía como si tuviera la cabeza envuelta en algodón.

Blake seguía mirándome con esa expresión carente de sentimientos que, al parecer, había ido perfeccionando desde mi llegada.

—No digo más que la verdad.

Tuve que mirar a otra parte porque estuve a punto de darle un bofetón. En lugar de eso, bajé la vista a la papilla de avena e intenté coger las riendas de mis emociones. Por desgracia no funcionó. Cuanto más tiempo permanecíamos juntos, más alterada estaba. Una rabia cada vez más intensa me corría por las venas, hasta que ese sentimiento se adueñó totalmente de mí.

—¿Qué demonios te estás imaginando? —siseé volviéndome de nuevo hacia él. Blake abrió la boca, pero no llegó a pronunciar palabra—. El hecho de que te haya dejado no te da ningún derecho a tratarme como si fuera un saco de mierda, Blake. —Comprobé con satisfacción que ahora era él quien se estremecía. Al mismo tiempo, noté un escozor en los ojos que a duras penas pude contener. Carraspeé antes de seguir hablando—: No tienes la menor idea de todo por lo que he pasado estos últimos meses. Por mí puedes echarme en cara toda la

eternidad que terminara lo nuestro, pero no voy a permitir ni un día más que sigas tratándome así. —Le rechinaban los dientes y apretaba las mandíbulas con fuerza—. Y dado que tanto te interesa y que no dejas de mencionarlo: sí, tengo otro aspecto. Pero eso a ti no te concierne en absoluto. Al igual que el resto de mi cuerpo. Así que deja de una maldita vez de hacer de mi vida un infierno, cabrón arrogante.

Una vez que hube terminado, me quedé sin aire y sentí como si no tuviera más energía en el cuerpo. Me temblaban los brazos y las piernas, y deseaba con todo el corazón que Blake no se diera cuenta.

Se había quedado petrificado, tal vez de cólera o por otra causa, no podía determinarlo con exactitud. Luego apartó la vista de mí y la dirigió a la mesa.

Justo entonces me percaté del silencio espectral. Miré a los demás por encima del hombro. Otis, Cam y mi hermano nos contemplaban como si fuéramos una aparición.

Un escalofrío me recorrió la espalda. De repente ya no conseguí vencer el escozor de los ojos. Tan deprisa como me fue posible, giré sobre mis talones y salí de la cocina. Corrí a la habitación de invitados y cerré la puerta tras de mí antes de que Blake o los demás pudieran hacer algún comentario que ya me hundiera del todo.

7

—Las primeras dos horas de práctica son gratuitas, luego redactaríamos un contrato y confeccionaríamos un plan para que lograras tu objetivo —me explicó la entrenadora, y yo asentí—. Ésta es la tarjeta para la taquilla. El vestuario lo encontrarás abajo. —Me señaló unas escaleras frente al vestíbulo de entrada.

—Muchas gracias —dije cogiendo la tarjeta.

—Espero que te lo pases bien en la clase de prueba.

Le dirigí una sonrisa forzada antes de llegar a la escalera y bajar por ella. Metí mis cosas en la taquilla, la cerré y recorrí el pasillo que conducía a las salas deportivas.

Después de encerrarme en mi habitación, había estado unos minutos dando vueltas arriba y abajo como un tigre enjaulado, y luego me había puesto la ropa de deporte. Había salido por la puerta de la terraza camino del cercano estudio de *fitness*.

No habría soportado ni un segundo más en casa de mi hermano. Ahora no aguantaba estar bajo el mismo techo que Blake. Por el momento sólo quería olvidar la última noche y nuestra pelea en la cocina. Así que aproveché que en el gimnasio ofrecían una prueba gratuita. Me había buscado una clase de yoga con la esperanza de dejar de pensar y tranquilizarme un poco.

Entré en la sala en la que ya había algunos participantes sentados en el suelo, sobre las esterillas. Después de coger yo también una de las estanterías de la pared, eché un vistazo alrededor. Algunos hombres y mujeres de pelo gris conversaban animadamente, sólo había una persona que parecía de mi edad. Llevaba el pelo rubio peinado con esmero y sonrió cuando nuestras miradas se cruzaron. Me acerqué a él espontáneamente y desplegué la esterilla a cierta distancia de la suya. Luego empecé a hacer estiramientos. Extendí los brazos hacia delante, me cogí las puntas de los pies y cerré los ojos. Después de hacer un par de respiraciones en esa postura y de enderezarme de nuevo, me di cuenta

de que me observaba. Casi me eché a reír. Casi. Porque en realidad no dejaba de pensar en Blake y sus desdeñosos comentarios.

Seguía estando triste. Sí, sospechaba lo mucho que le había herido cuando corté nuestra relación. Pero eso no le daba derecho a tratarme así. Yo ya tenía suficiente conmigo misma y lo que me había ocurrido en Los Ángeles como para tener que cargar encima con su odio desmedido. En cuanto pensaba en los ruidos que salían de su habitación la noche anterior, me entraban ganas de vomitar de nuevo.

—¿Estás bien? —se interesó de repente el chico de al lado. Me volví hacia él, inquisitiva. Levantó el dedo y trazó un círculo alrededor de mi cara—. Estás un poco pálida alrededor de la nariz.

Tragué saliva.

—He tenido una semana dura.

—Bienvenida al club.

—El yoga seguro que me irá bien —contesté con más optimismo que el que sentía en realidad.

—La última vez tuve un calambre en la pantorrilla. No estoy muy seguro de haber tomado la decisión correcta volviendo.

—Creo que mucha gente sufre calambres al practicar yoga. Pero no lo admiten.

—¿Eso crees?

Asentí y estiré los brazos por encima de la cabeza.

—Cuando todavía vivía en Los Ángeles practicaba yoga al aire libre con un grupo. Todos hacían como si fueran uno con la naturaleza, pero, si te fijabas, muchos de ellos tenían las caras contraídas.

Hice una mueca de exagerada concentración y el chico estalló en una carcajada. Cuando se calmó, me miró con más atención.

—Si hubiera tenido que adivinar, te habría tomado por una chica de California.

Me sorprendí.

—¿En serio?

Asintió.

—El moreno, las mechas doradas de sol y la camiseta son indicios inequívocos de ello.

Me miré la ropa.

—La camiseta de los Dodgers es un poco obvia, en eso tienes razón.

—Hace tiempo yo también pensé en mudarme a California —admitió mientras se le iluminaban los ojos.

—¿Cómo llegaste a Woodshill?

Se encogió de hombros.

—Quiero ser maestro y aquí la universidad tiene muy buena fama. Me alegré de que me aceptaran y esto me gusta mucho. Pero Los Ángeles también tiene su encanto. Me lo imagino como en las películas: en cada esquina tropieza uno con actores y artistas, y se disfruta de un tiempo maravilloso en la playa.

Eso era lo que yo había imaginado también. De que la realidad era distinta me di cuenta pasado un tiempo.

—Era muy bonito —mentí. Y añadí ante su mirada indagadora—: Bonito pero caro.

—Estuve mirando apartamentos simplemente por curiosidad. Lo que piden es realmente un montón. En eso aquí tenemos ventaja.

—*Go, Woodshill!* —grité agitando una banderola invisible, lo que le hizo reír.

—Por cierto, me llamo Scott. —Juntó las palmas de las manos y se inclinó levemente.

—Me alegro de conocerte, Scott. Yo soy Jude. —Imité su saludo.

—Qué bien no ser, excepcionalmente, el único por debajo de los sesenta en este curso, Jude. —Pese a que me costó, sonreí—. ¿Se encuentran de verdad estrellas de cine en todas las esquinas de Los Ángeles? —siguió investigando.

—En las esquinas hay más bien gente al acecho esperando encontrarlas.

—Me has destrozado la ilusión.

—Lo siento, no pretendía hacerlo. Es cierto que te encuentras con famosos en una u otra fiesta. Pero, claro, no te atreves a dirigirte a ellos por miedo a que te tomen por idiota. Y cuando lo haces, te sale un balbuceo que no tiene nada de glamuroso.

Me miró de reojo.

—Suena un poco demasiado específico, como si pudiera tratarse de una situación puramente hipotética.

Emití un leve suspiro y recordé la primera fiesta a la que me había llevado mi agente.

—Estuve en un evento en West Hollywood una vez. En una de esas urbanizaciones aisladas en las que un guardia te permite la entrada después de

verificar que estás registrado. En la fiesta había una cantidad increíble de gente y, entre otros, un actor al que yo admiraba desde hacía mucho tiempo.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Y?

Hice un gesto de resignación.

—Estaba supernerviosa y se me trababa la lengua, y él fue tan amable conmigo que yo me derretí allí mismo. —Scott parecía a punto de derretirse él también—. Poco después me crucé con él por el pasillo y oí que estaba hablando de mí con unos amigos. Decía que estaba harto de conocer a actores en potencia deseosos de poder y dinero, pero que no le importaría ligar conmigo para descubrir hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

A Scott se le congeló la sonrisa en los labios.

—¿Cómo?

—No fue la última vez que escuché algo similar.

Se habían producido varios encuentros de ese tipo. Recién llegada a Los Ángeles, todos me dijeron que las redes eran tan importantes como conseguir un buen papel. Yo había intentado seguir el consejo, pero enseguida comprendí que la mayoría de la gente sólo estaba dispuesta a perder una parte de su preciado tiempo cuando presentían que iban a obtener algo a cambio. Después de que cancelaran *Twisted Rose*, en esos eventos nadie quiso conversar conmigo.

—Lo siento —se disculpó Scott en el mismo momento en que la profesora de yoga entraba en la sala; se sentó delante de todos sobre una esterilla y colocó dos pequeños cuencos de metal frente a ella antes de erguirse y dirigir una amplia sonrisa al grupo.

—Da igual —dije, aunque me palpitaba un ahogado dolor en el pecho—. Ahora estoy aquí.

—Claro. Y una de tus primeras actuaciones ha consistido en destrozar mis maravillosas fantasías sobre Hollywood.

—Lo lamento.

La profesora de yoga nos saludó y nos pidió que nos levantáramos.

—No pasa nada —contestó Scott con fingida indiferencia.

Nos pusimos en pie para realizar el saludo al sol y nos inclinamos hacia delante. Con el rabillo del ojo vi que Scott se volvía hacia mí.

—Puedes arreglarlo —apuntó.

—¿Cómo?

—Contándome más en otra ocasión.

No es que sintiera una gran necesidad de hablar más sobre mi temporada en Los Ángeles, pero, por otra parte, eso me resultaba mucho más atractivo que la otra opción. Así al menos no tenía que pensar en Blake y en lo mucho que me aborrecía.

—Está bien —convine.

Aunque intenté convencerme de que había tomado la decisión correcta, no funcionó. Trataba de respirar al compás del resto de la clase. Inspirar y espirar, una y otra vez. Con cada respiración se efectuaba otro movimiento que al cabo de un rato me hizo sudar y me aceleró el pulso. Me concentraba con todas mis fuerzas en la profesora, que era amable conmigo y nos invitaba a relajarnos.

Cerré los ojos un momento. Y, pese a que respiraba profunda y acompasadamente, aunque tenía a mi lado a una persona amable y con la que podía hablar, aunque el yoga le sentaba bien a mi cuerpo, nada ayudó. Mi mente seguía con Blake y el pasado que habíamos compartido. Estaba en Los Ángeles, donde experimenté una derrota tras otra. Mi interior permanecía tan colérico y destrozado como hacía meses. Y, para mi desgracia, no había ejercicio respiratorio en este mundo que pudiera cambiarlo.

Con la bolsa de deporte al hombro, me planté frente a una casa que me resultaba increíblemente ajena y en la que tenía la sensación de ser una intrusa. Como la nieve delante de la pequeña puerta de madera estaba plana como un espejo a causa de las pisadas, tuve que prestar atención para no resbalar al entrar. Con precaución, fui hacia la terraza y me dirigí a la puerta que conducía directamente a la habitación de invitados.

Después de la clase de yoga, incluso había considerado brevemente irme a un hotel; pero, por el momento, eso era impensable dada mi situación económica. Y no quería tirar por la ventana el dinero que había recaudado a través de eBay tan rápido. Por mucho que odiase depender de esa casa compartida, no me quedaba otra elección que quedarme en ella.

Con un leve suspiro abrí la puerta y me refugié del frío. Dejé la bolsa en el suelo y ya me estaba quitando las botas cuando descubrí a Ezra sentado en la silla del escritorio y me sobresalté.

—Me has dado un susto de muerte —dije llevándome la mano al pecho, donde el corazón me palpitaba desbocado—. ¿Cuánto tiempo hace que estás ahí sentado?

No contestó nada, sólo me miraba con atención. Yo no podía calificar su mirada, pero no parecía muy feliz.

—¿Vas a explicarme de una maldita vez qué diablos te ha ocurrido? —preguntó sin más.

Me puse rígida al instante. Abrí con un gesto mecánico la cremallera de la chaqueta y me desprendí de ella.

—Simplemente me he dado cuenta de que la vida de actriz no está hecha para mí —respondí. Eran palabras insípidas, aunque había querido darles algo de vida. Por lo visto sólo era capaz de actuar delante de una cámara.

Ezra opinó exactamente lo mismo. Farfulló con expresión irritada:

—Chorradas. —Me mordí el labio inferior sin saber qué contestar—. ¿Es cierto lo que Blake ha dicho antes? ¿Te has gastado todos tus ahorros?

—¿Por qué te crees que me he mudado aquí? —contesté más cortante de lo que pretendía.

Al pensar en Blake todavía enrojecía de rabia. No daba crédito a cómo me había atacado antes. Además, estaba enfadada porque no había podido olvidar sus palabras a pesar de concentrarme en los ejercicios de yoga. Se me habían grabado de verdad en la mente y en todo el cuerpo.

Ezra soltó un sonoro bufido. Luego levantó las manos y se las pasó por la cara.

—Mierda, Jude —susurró. Dejó caer de nuevo las manos y me miró con expresión seria—. Con ese dinero habrías podido apañártelas al menos un año más.

—¿Te crees que no lo sé? —Tiré con violencia la bufanda a un rincón de la habitación.

—¿Estás en dificultades?

Moví la cabeza.

—No.

—¿He de llamar a mamá y papá?

Miré a Ezra con los ojos entrecerrados.

—¿Lo dices en serio, Ez? Yo me guardo todo lo que me dices para mí… ¿y ahora que tengo problemas vas a correr a chivarte?

Me miró pensativo. Negó con la cabeza.

—Sólo creo que les gustaría saber qué ha pasado con todo el dinero. Oh, y tal vez les interesaría saber que ahora vives en otro estado.

Incliné la cabeza.

—¿Te ha lavado Blake el cerebro o qué?

Resopló y movió negativamente la cabeza.

—Eh, que yo no tengo nada que ver con vuestras peleas.

Solté una carcajada ahogada.

—Antes de que se metiera conmigo en la cocina no te interesaba qué había ocurrido con el dinero. ¿Cómo es que ahora sí te interesa?

—Porque estoy preocupado por ti, joder.

Sus palabras me hicieron estremecer. Entonces noté que me volvía ese nefasto escozor a los ojos. Solté un taco y le di la espalda porque no quería que me viera llorar. Para ser más exacta: después de la noche pasada, no quería volver a llorar nunca más.

—Mierda, Jude —volvió a murmurar—. Sólo quiero saber qué es lo que está pasando con tu vida. Y si hay algo que pueda hacer por ti.

Me senté en el borde de la cama y tragué con esfuerzo el nudo que tenía en la garganta.

—Yo soy la responsable de todo —empecé a decir al cabo de un rato. Estaba afónica y hablaba demasiado bajo, pero en ese momento no me salía de otro modo—. Que Blake me odie es culpa mía. Que no me den más papeles es también culpa mía. Y que ya no tenga el dinero de mamá y papá es sólo culpa mía. —Levanté la vista hacia Ezra, que seguía perforándome con su penetrante mirada.

Tomó una profunda bocanada de aire.

—Sabes que, si se lo contaras todo, te darían su apoyo.

—Pero eso es lo que no quiero hacer —susurré yo.

—¿Por qué no? —preguntó él arrugando la frente.

Inspiré hondo y me dominé.

—¿Te acuerdas de cuando me dieron mi primer gran papel?

Él asintió lentamente.

—Todavía me acuerdo muy bien de cómo le brillaban los ojos a mamá y de la amplia sonrisa de papá. Últimamente me he aferrado sin cesar a ese día para recuperar fuerzas. El recuerdo de su orgullo me dio energía cuando pensé que ya no me quedaba nada. —Me temblaba la voz y me pasé la mano por los ojos—. Si cogiera el avión para ir a verlos, entonces… entonces lo estropearía. No han de ver en mí a una fracasada. Quiero superarlo por mí misma y que se enorgullezcan de mí. Como entonces. Y eso no sucederá si voy a verlos con los ánimos por los suelos y les confieso que les he fallado.

Ezra me miró un largo rato. Luego se levantó de repente, cruzó la habitación y se sentó a mi lado en la cama. El colchón se hundió bajo su peso. No me abrazó ni nada por el estilo, pero estaba tan cerca de mí que nuestros brazos casi se rozaban. Aunque posiblemente eso fuera para él lo más cercano a un abrazo.

—Lo entiendo. A pesar de todo, creo que sería mejor que los llamaras. Papá lleva días intentando contactar contigo y ya no sé qué decirle.

Fue invadiéndome una desagradable sensación de peso y las lágrimas me volvieron a los ojos. Sí, quería hablar con mis padres. Más que ninguna otra cosa. Pero sabía perfectamente que iba a desmoronarme en cuanto viera a mamá y papá. Me darían cobijo en su mundo protector, y eso no me lo había ganado en absoluto.

—Sólo porque lo de ser actriz quizá no haya funcionado no quiere decir que seas una fracasada, Jude.

Miré a mi hermano de reojo y sentí una inmensa ternura.

—Creo que nunca me habías dicho algo tan amable.

Arrugó la frente.

—Chorradas.

—Sí, sí. Estoy bastante segura.

Me golpeó en el hombro con el suyo, tan fuerte que casi me caí de la cama. Pero percibí la insinuación de una sonrisa en la comisura de sus labios y sentí que se me quitaba un peso de encima. De repente me sentí más ligera.

—También quería disculparme contigo.

—¿Por?

—Me comporté como una idiota pasándome de la raya contigo por Blake. Y lo siento. Tendría que haberte dicho mucho antes lo agradecida que estoy por tu ayuda.

Él permaneció unos minutos en silencio. Luego asintió lentamente.

—Vale.

Lo miré con el rabillo del ojo.

—A eso lo llamo una respuesta extensa.

De nuevo apareció en su cara el comienzo de una sonrisa, que, sin embargo, desapareció al instante.

—No sé qué hacer con Blake. Pensé que cuando os vierais a lo mejor sería un poco extraño, pero que él se haya puesto así… —Mi hermano movió la cabeza—. Nunca lo había visto de este modo. No tiene derecho a maltratarte de esta manera. A mí me da igual si todavía le va de pena por el accidente.

Noté la furia que se desprendía de sus palabras, y de nuevo un peso de plomo se apoderó de mis extremidades.

—Deja que me ocupe yo, Ez —murmuré, a lo que él respondió con una mirada escéptica. Pero antes de que él pudiera añadir algo, me apresuré a continuar—: No quiero que os enfadéis por mí. Por favor, haz las paces con él.

Ezra me miró como si me hubieran salido dos cabezas.

—Se comporta como un perfecto idiota.

Yo negué con un gesto.

—Os necesitáis el uno al otro. Siempre ha sido así. Yo ya me las apañaré de algún modo para salir de ese lío.

Ezra bajó la vista a sus manos y frunció el ceño.

—Veré qué se puede hacer.

Asentí y suspiré. Después de la conversación que habíamos mantenido, sentía que al menos podía respirar con algo más de libertad. Ahora sólo debía creerme yo misma lo que acababa de decirle a Ezra.

8

Estaba tumbada boca abajo en la cama deslizando la pantalla de Instagram. Aparecían sobre todo imágenes de jóvenes promesas. Me detuve en una en la que salía Samuel Ryan. Sentí una punzada sorda.

Sam era mi compañero de reparto en *Twisted Rose*. Todavía me acordaba de lo que habíamos flipado los dos cuando nos dieron los papeles protagonistas de la serie. Nos hicimos amigos y pasamos juntos mucho tiempo. El día en que se canceló la serie nos lanzamos el uno a los brazos del otro, luchando por no llorar… sin demasiado éxito.

En la foto se le veía sobre una alfombra roja. Llevaba un traje negro cortado a medida y sonreía abiertamente a la cámara. Parecía feliz.

El estómago se me contrajo, pero decidí que esa desagradable sensación se debía al medio sándwich de queso fundido que me había comido.

Al pie de la foto de Sam, todo el mundo lo felicitaba por su éxito y le decían lo estupendo que lo encontraban a él y también su interpretación. Tomé nota mentalmente de ver la película, luego cliqué en comentarios para felicitarlo yo también.

> Te felicito de corazón, Sam. ¡¡Qué orgullosa estoy de ti!! Bss.

Después de enviar el comentario, seguí navegando por las imágenes y marqué algunas con corazoncitos simplemente porque me parecía incorrecto no hacerlo. Luego colgué una foto que me había sacado hacía unos meses. La había tomado en la playa, el sol se reflejaba en el iluminador de mis mejillas y parecía como si la piel me resplandeciera de dentro afuera. Debajo tecleé: «Nostalgia de sol…» e hice clic en «Publicar».

Incluso si ya no buscaba un nuevo papel, esta parte del trabajo era como una rutina para mí. Una rutina que hasta el momento no había abandonado. Si bien había fracasado como actriz, esto todavía podía hacerlo. Las imágenes constituían pequeñas secuencias de mi vida que podía disponer a mi gusto. Con

la cuadrícula de fotos, nadie podía sospechar cómo estaba realmente y, en cierto modo, esa idea me gustaba. Además, todavía me seguían personas que se habían fijado en mí en los primeros episodios de *Twisted Rose*, y sus mensajes me sentaban bien, porque al menos de tanto en tanto tenía la sensación de no ser una fracasada total.

Me comí el resto del sándwich mientras leía por encima los primeros comentarios que se publicaban bajo mi foto. Como siempre, la mayoría tenía curiosidad por saber qué había ocurrido con *Twisted Rose* y cuándo volvería a verme en un nuevo proyecto.

Yo contestaba con mis respuestas estándares: que la cadena no había comprado la serie, lo que a todos nos había entristecido mucho; que les agradecía mucho su apoyo continuo y que esperaba no tardar en revelarles mis nuevos papeles. Acto seguido, cerré la aplicación, me puse boca arriba y me quedé mirando el techo.

Cada vez me importaba más conservar la fachada que me había construido en los últimos años. Era casi lo único en mi vida que no me dolía.

«Antes no te habrías limitado a dejar tu sueño colgado de un gancho como si nada.» Las palabras de Blake me resonaban en la cabeza como puñaladas.

Estaba satisfecha con lo que le había contestado: no tenía ningún derecho a tratarme mal. Sin embargo, en su frase se escondía una chispa de verdad que no se me iba de la mente. La antigua Jude nunca habría tirado la toalla. En Hollywood, yo había hecho de todo para despegar: había leído entrevistas, había perseguido a actores, lo había investigado todo sobre las agencias. Había trabajado y participado en el teatro de la escuela, había hecho cursos de interpretación y había recitado tan a menudo los diálogos de mis series favoritas que Ezra me había echado más de una vez de su habitación.

¿Y ahora? Ahora estaba ahí tendida.

Sin trabajo.

Sin futuro.

Sin nada.

Lo único que me quedaba era esa maldita cuenta de Instagram de la que no era capaz de separarme.

Una idea me vino a la mente cuando el eco de la voz de Blake disminuyó. Cogí lentamente el móvil y miré la pantalla negra llena de huellas digitales. La encendí dubitativa, poco antes de abrir el buscador y teclear allí su nombre.

Durante un año y medio había conseguido no establecer ningún contacto con

él. Esto incluía soslayar como fuera cualquier noticia acerca de él. Aunque durante el instituto había seguido las noticias que se publicaban sobre el equipo de Ezra y Blake, después de cortar la relación las había evitado a todo precio. Me hacían sufrir demasiado. Un corte de raíz, eso era lo que había necesitado tras nuestra separación. El que ahora viviéramos en la misma casa no cambiaba este hecho en absoluto, si bien tenía la visión de la férula y las muletas marcada a hierro en mi interior.

Dejé el móvil a un lado y di un último mordisco al sándwich. Me levanté de la cama y cogí el plato vacío para llevarlo a la cocina.

Un ruido me paralizó al abrir la puerta. En realidad no debería haber nadie en la casa, pues Ezra, Cam y Otis entrenaban con pesas, y Blake asistía a un curso de la universidad. Pero, cuando recorrí el pasillo en dirección a la sala, volví a oír el leve golpeteo de las muletas saliendo de la cocina.

Doblé vacilante la esquina.

Blake no estaba en la universidad. Estaba cocinando. Y verlo provocó que me olvidara de golpe de todos los pensamientos y reflexiones de los últimos minutos. Para ser más exacta, me olvidé de todo lo que había sabido jamás. Porque Blake iba medio desnudo.

Se me secó la garganta.

Estaba de espaldas a mí y removía el contenido de una olla. Las muletas se apoyaban en un rincón y él se sostenía con una mano en la encimera.

Incluso si hubiese querido hacerlo, no habría logrado pronunciar palabra. Me refiero a que ya había visto a hombres medio desnudos. No era nada especial. Pero ver al hombre con quien lo hiciste por primera vez…, eso sí era algo especial.

Los recuerdos me asaltaron tan de repente que me mareé. Blake, que en verano lanzaba canastas con mi hermano en la entrada de nuestra casa y reprimía una sonrisa porque sabía perfectamente que yo estaba en la ventana y lo observaba. Blake, que no llevaba nada más que un pantalón gris de chándal y se me acercaba con una sonrisa de lobo. Blake, que gemía en mis labios mientras me acariciaba el cuerpo con las manos.

—Mierda —musité.

Blake se llevó tal susto al oírme maldecir que el plato que estaba llenando de comida en ese momento trazó un alto arco a través de la cocina y se estrelló contra el suelo. Me quedé helada cuando se volvió hacia mí. Justo después resopló entre dientes y miró al suelo. Su rostro adquirió un color ceniza.

—Joder.

Corrí a la cocina y observé por qué estaba tan pálido. Al parecer había pisado una astilla. Alrededor del pie izquierdo se distinguía un estrecho rastro de sangre que se iba ensanchando porque él no se quedaba quieto, sino que se iba apartando a un lado.

Otra cosa que también recordaba perfectamente: Blake no soportaba ver sangre. Bastaba un pequeño corte para que se marease y tuviera que sentarse. Una vez fui con él al médico para una revisión y le sostuve la mano mientras le extraían sangre, algo de lo que Ezra se enteró por una estúpida casualidad. Estuvo tomándole el pelo por eso durante meses.

Sin embargo, en ese momento la palidez de su cara no tenía nada de cómico. Diseminadas a su alrededor había un montón de pequeñas esquirlas y él trasladaba continuamente el peso de una pierna a la otra, con lo que lo empeoraba todo. A continuación, se inclinó contrayendo el rostro de dolor y se puso a recoger las astillas. Al hacerlo empujó las muletas, que cayeron al suelo y se sumaron al caos de macarrones con queso, astillas y sangre. Volvió a despotricar en alto, pero no dejó de recoger los pedazos. Si seguía así, todavía se cortaría más.

—Blake.

Se puso rígido, pero siguió con sus movimientos mecánicos. Reprimí un suspiro y corrí al armario empotrado del pasillo, de donde saqué la escoba. De nuevo en la cocina, me acerqué a Blake colocando los pies donde no hubiera ninguna esquirla. Me incliné y empecé a barrer la mezcla de astillas y macarrones.

—Déjalo —gruñó.

Levanté la vista hacia él con la ceja arqueada.

—¿De verdad vas a quejarte ahora porque te estoy ayudando?

Apretó los dientes para recoger un trozo más grande y dejarlo sobre la superficie de trabajo, y después volvió a inclinarse. Estaba claro que le dolía. Tenía la frente sudorosa y respiraba con dificultad cuando volvió a incorporarse.

—Ve a la sala de estar. —Iba a contestarme algo, pero no lo dejé—. Con el pie ensangrentado todavía lo ensucias todo más. Ve a la sala —repetí con más autoridad de la que sentía bajo su mirada de indignación.

Nos observamos unos segundos que me parecieron una eternidad, pero al final Blake cedió y se levantó. Recogí sus muletas y se las tendí. Las cogió sin mirarme y salió cojeando de la cocina hacia la mesa, dejando un rastro de sangre

sobre la madera del suelo. Y aunque yo no era tan sensible como él, tuve que admitir que la combinación de queso fundido y sangre no era un espectáculo agradable.

Me di prisa en pasar la escoba y luego cogí una bayeta. La remojé, la enjaboné más de lo necesario y me puse a limpiar el rastro de sangre que Blake había ido dejando por todos lados. Al llegar a la mesa, me enderecé. Sin mirar a Blake me fui a la cocina y tiré la bayeta. Subí luego corriendo al baño. Rebusqué en el armarito de espejo que había sobre el lavabo. En el rincón más escondido descubrí un espray desinfectante y unas gasas, y en una estantería inferior unas tiritas que parecían tener ya varios años, pero, por el momento, daba igual. Equipada con todo ello bajé y me paré en la cocina para coger unas tijeras con las que cortar las tiritas.

Blake se estaba mirando el pie con cara de asco. A esas alturas estaba tan blanco que temí que fuera a desmayarse de un momento a otro. Tiempo atrás, cuando le extrajeron sangre, se había mareado al incorporarse demasiado deprisa. Aparté a un lado ese recuerdo y me acerqué a él.

—No mires.

Me observó como si fuera una mosca fastidiosa, y su mirada se detuvo en las tiritas que llevaba en la mano.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Curarte.

Me arrodillé delante de él y le rocié el pie sin esperar a que contestase. Luego cogí una gasa y lo sequé todo con cuidado para no tocarlo demasiado innecesariamente. Bastante angustiado estaba de por sí.

Estudié el corte y comprobé que no parecía muy profundo. Desinfecté una vez más la herida con esmero, corté un buen trozo de tirita, le quité el papel protector y cubrí con ella la herida.

Cuando terminé de curarlo, Blake colocó de nuevo el pie en el suelo. Sólo entonces levanté la vista hacia él, con lo que mis ojos se quedaron bloqueados en su vientre. Su espalda desnuda ya me había fascinado, así que me costó un gran esfuerzo no permanecer demasiado rato embobada con los duros contornos de los músculos abdominales…, incluso me habría encantado pasar unos minutos de ese modo.

—¿Está bien? —pregunté con cierta ronquera y carraspeé antes de mirarlo a la cara.

Ya me había protegido contra la frialdad con la que me trataba desde mi

llegada a Woodshill. Pero ésta había desaparecido de sus ojos, su rostro y todo su cuerpo. Allí únicamente se percibía inseguridad. Como si no supiera cómo actuar ante mí o ante esa situación. Apartó despacio la mirada y asintió como obedeciendo a un control remoto.

Tomé entonces conciencia de que me encontraba cautiva entre sus piernas y arrodillada directamente delante de él, mientras Blake estaba medio desnudo sentado en una silla.

Una ola de calor se me agolpó en las mejillas. Me aparté hacia atrás tan deprisa que perdí el equilibrio y me caí sentada con tanto ímpetu que casi me deslicé medio metro por el suelo.

Cuando levanté la vista, él se había cruzado de brazos. La comisura de la boca se le contraía ligeramente, como si se prohibiera una sonrisa ante mi torpeza. En ese momento se parecía tanto al Blake de entonces, a mi Blake, que me quedé unos segundos sin habla. No podía sino mirarlo mientras se me formaba un nudo en la garganta.

—¿Cómo es que andas tirando platos por aquí? —conseguí decir.

Me resultaba imposible moverme del sitio. Por primera vez desde que había llegado, los ojos de Blake brillaban igual que antes.

—Por un segundo he pensado que eras un fantasma. —Sus palabras me arrancaron de un confuso estado de repentina felicidad y ladeé inquisitiva la cabeza—. Porque has susurrado —prosiguió él—. Ha sido inquietante.

Ahora fue mi boca la que dibujó una sonrisa. Al mismo tiempo, tenía la sensación de que debía absorber esa imagen suya, por si llegaba el caso de que esa liviandad que había surgido entre nosotros desaparecía.

—Así que sigues teniendo miedo a la sangre y a los fantasmas —señalé, ante lo cual su rostro se ensombreció.

—La sangre es asquerosa, no tiene nada que ver con el miedo.

—¿Y los fantasmas?

—Los fantasmas me dan respeto. El respeto que debería tener cualquiera que no desee que lo ataquen.

Estallé en una carcajada. No pude remediarlo. El sonido me resultó extraño porque ya no recordaba cuándo fue la última vez que me había reído así. Paré al ver la expresión de Blake.

Había cierta gravedad en la forma en la que me miraba. Tras su rechazo, había muchas cosas escondidas y ahora parecía que una parte de ellas empezaba a asomar. Se me aceleró el corazón. Lo oía resonar en mi pecho. Teníamos

muchas cosas que contarnos. Nuestro pasado hecho trizas nos envolvía como una nube negra y parecía sofocarnos.

Blake tomó aire y lo dejó escapar sonoramente. Luego movió la cabeza.

—Mierda, Jude —musitó de forma casi inaudible.

Ese murmullo suyo me puso la piel de gallina. Me abracé las rodillas con fuerza. Tenía que sujetarme a algo, porque el suelo empezaba a temblar bajo mis pies. El mundo giraba, pero Blake permanecía firme. Estaba allí y me tenía cautiva con su mirada. Deseaba que nunca dejara de mirarme así. Porque, por primera vez desde mi llegada, tuve la sensación de que no era lo peor que le había ocurrido en la vida. Por un momento me sentí transportada al pasado. A un tiempo en que hablábamos y nos reíamos de cualquier cosa. Un tiempo en que él confiaba en mí.

Él también se acordaba de ello; era evidente. Ahora que su desprecio había pasado a un segundo término, leía en los rasgos de su cara como en un libro abierto. Y decidí aprovechar esa oportunidad.

Señalé la férula y me aclaré la garganta.

—¿Te duele? —pregunté con prudencia.

Permaneció un momento en silencio. Luego se frotó el muslo.

—Bueno, sí. Pero los primeros días después de la operación fueron peores.

Me estremecí al escuchar la palabra «operación». Ya me había imaginado que la herida tenía que ser grave si llevaba tanto tiempo con muletas y con la férula puesta día y noche, pero, a pesar de todo… Después de una intervención quirúrgica no se podía prescindir de la rehabilitación.

—¿Qué pasó? —murmuré sin levantar la vista de la férula.

—Un tío se me echó encima, giré al saltar y aterricé mal. Los ligamentos cruzados rotos.

—No —se me escapó, y lo miré.

Levantó un hombro.

De aquellos tiempos, sabía perfectamente que una lesión de ese tipo era de lo peor que podía sucederle a un deportista. Y también sabía que Blake se mareaba con la sangre y que debía de haber tenido mucho miedo ante una intervención así. Por no mencionar que no era seguro que después de la rehabilitación pudiera volver a jugar, o incluso tal vez su carrera profesional ya había concluido.

—Lo siento mucho.

El brillo de sus ojos desapareció tan repentinamente como si alguien hubiera apagado la luz que había en ellos. Movió lentamente la cabeza.

—Así que lo sientes, ¿eh? —preguntó en voz baja.

Me puse rígida cuando tomé conciencia del significado de sus palabras. El nudo de la garganta iba creciendo con cada segundo que él seguía mirándome.

—Claro que lo siento —murmuré.

Sólo pasaron unos segundos antes de que la ira y la frialdad reaparecieran en su rostro. Noté un doloroso pinchazo al percibir que nuestro momento había terminado de golpe. Él se había cerrado y supe que debía poner distancia lo antes posible y salir de la sala si no quería que esa situación terminase mal.

—No tengo ni idea de si lo he hecho bien —murmuré señalando el pie—. El corte no parecía tan profundo, pero, si te da problemas, lo mejor será que vayas al médico. Si necesitas algo, estoy arriba. —Me levanté y me alisé la blusa. Luego me di media vuelta y salí del comedor.

—Espera.

Cerré los ojos y me detuve. Me recobré y miré hacia atrás. Blake había fijado la vista en el suelo, justo en el lugar donde yo acababa de sentarme.

—Yo también debo pedirte disculpas.

Por un instante pensé que había oído mal. Su mirada gélida no encajaba con las palabras que acababa de pronunciar.

—Me refiero a las cosas que te dije. Fue una insolencia y una gilipollez por mi parte. Pero a veces desearía… —Se interrumpió y apretó los dientes. Se le formó una oscura tormenta en los ojos. Las manos, que descansaban sobre sus muslos, se habían cerrado en puños.

Noté la frustración y la cólera que experimentaba y, aunque no terminó la frase, lo entendí. Entendí de dónde provenía su ira y supe que yo era en gran parte culpable de ella. Pero poco importaba lo que yo ahora hiciese o manifestase, nada cambiaría nuestro pasado. Así que tan sólo susurré:

—Lo sé.

Luego me di media vuelta y me marché, y cada paso que daba me dolía tanto como si caminara sobre astillas.

9

—Y un mojito virgen para mi hermana —pidió Ezra tan fuerte que pudo oírlo toda la gente que se encontraba en un radio de cinco kilómetros. Que además luciera su mirada asesina fue la guinda del pastel. Ahora seguro que nadie en el club intentaría hablar conmigo, y menos aún mirarme. Depositó la bebida en la mesa delante de mí con cara de satisfacción.

—Gracias —dije, y tomé un sorbo del cóctel. Emití un sonido de complacencia y sonreí a mi hermano con toda la falsedad de que era capaz.

A mi lado, Cam rió por lo bajo. Trató de disimularlo, pero yo lo oí alto y claro. Me deslicé hacia la izquierda e incliné la cabeza hasta dejarla muy cerca de la suya.

—Escucha, te pago si me traes una bebida como Dios manda.

—Sí, ¿para que caiga sobre mí la cólera indómita de Ezra? Ni hablar.

Miré a Otis, que estaba sentado frente a mí y terriblemente ocupado contemplando el techo del club. Levanté una ceja.

—No te esfuerces, Panqueque —advirtió Ez apoyando los codos en la mesa. No sonreía, pero la expresión de su rostro era lo bastante autocomplaciente.

—¿Panqueque? —repitió asombrado Cam, riendo aún más fuerte mientras yo me encogía en el banco con la esperanza de que la tierra se me tragara.

—Fue la primera palabra que pronunció cuando era bebé —explicó Ezra.

Me planteé si su intención era ponerme en ridículo porque pretendía que nadie hablara conmigo esa noche. Al fin y al cabo, había tenido que recurrir a todas mis dotes de persuasión para conseguir que me dejara acompañarlo a Hillhouse. Por supuesto, también podría haber ido contra su voluntad, pero así había luchado por ganarme un sitio en esa mesa y estaba orgullosa de haber salido con los chicos. Mi segunda semana en Woodshill se había visto coronada con tan poco éxito como la primera. A esas alturas incluso había puesto a la venta mi *tablet* y estaba a la espera de que me hicieran alguna oferta. En realidad la necesitaba, porque mi portátil ya tenía un nuevo propietario, pero quería

contribuir a los gastos de la casa por todos los medios. Y al parecer, tampoco me vendría mal tener un colchón por si las cosas iban mal en lo que a trabajo se refería.

—¿No querrás que les hable de los apodos que tienes tú? —amenacé con una sonrisa agridulce.

Ezra se reclinó hacia atrás impasible y se cruzó de brazos.

—En el juego de «Quién se ha llevado la peor parte», tú serías, sin la menor duda, la triunfadora.

Por desgracia sabía que tenía razón. Ezra siempre había sido el callado y reservado, mientras que yo había llegado al mundo vociferando y caótica. Él nunca se había cortado la coleta con el cuchillo de la cocina o había organizado una campaña para la defensa de los unicornios o había vomitado en un espectáculo de danza delante de más de doscientas personas. Así que me di por vencida y volví a hundirme en el asiento.

Mi hermano parecía la mar de contento consigo mismo y se puso a charlar con Otis mientras yo echaba un vistazo al club.

Por lo que Cam me había contado, ése era uno de los pocos locales de la ciudad donde los estudiantes se dejaban ver. Era muy mono, con un bar de diseño moderno, algunos apartados donde sentarse y una pista de baile a rebosar. La música invitaba a una atmósfera relajada y no estaba tan abarrotado como para resultar incómodo. En todo el club la luz era tenue y acogedora; sólo en la pista y en el bar se habían distribuido unas luces de colores que bañaban su entorno de tonos azules y lilas.

—No —proclamó Otis de repente levantándose de un salto—. No es posible.

Cam dio un silbido de admiración.

—¿Cómo lo hace?

Seguí su mirada y tardé unos segundos en descubrir a qué se refería.

Everly y Blake acababan de entrar en el local. Me sorprendió que ella fuera cogida de su brazo. Entonces me di cuenta de que Blake no se apoyaba en las muletas. Todavía llevaba la férula y caminaba despacio y bastante rígido, pero tenía las manos libres. Cuando vio a los chicos, las levantó triunfal en el aire.

Algo se me contrajo en el estómago al verlo sonreír. Además, me llamó la atención que se hubiera cambiado los pantalones de chándal habituales. Con los vaqueros y la camisa oscura iba muy bien vestido, y encima se había recortado la barba y se había peinado. Me controlé y di un buen trago a mi cóctel.

La atmósfera en casa no había cambiado especialmente desde el lunes, pero

tampoco lo esperaba. Si bien algunas noches nos habíamos reunido todos, Blake no me había prestado atención ni una sola vez. Y, si lo hubiera hecho, tampoco habría podido hablar con él. Aunque nos habíamos disculpado el uno con el otro, todavía había demasiada historia entre nosotros. Y yo no sabía cómo acabar con ese lastre. Si acaso era posible acabar con él.

No dejaba de repetir mentalmente lo que él me había dicho, sobre todo ese «Mierda, Jude», pues era la descripción correcta de lo que pasaba entre los dos. Era un montón enorme lleno de caótica…

—¡Mirad qué bien lo hace! —gritó Everly cuando llegaron a nuestro lado, y le retiró la silla libre del extremo de la mesa.

Blake me lanzó una mirada, pero la retiró enseguida.

—Me siento como un abuelo cada vez que haces esto, Penn —dijo, a pesar de todo, dejándose caer en la silla con un leve gemido.

—No pasa nada, yayo.

Everly se sentó a mi lado en el banco y yo me acerqué un poco más a Cam para dejarle sitio. Se me tensó la espalda.

—Nos preguntamos cómo lo has conseguido —le comunicó Cam hablándole por encima de mí.

—Tengo una técnica muy especial —respondió Everly esbozando una sonrisa.

Blake gimió. Yo agucé los oídos y alterné la mirada de uno a otro, aunque tenía todo el cuerpo crispado.

—La llama MoPaBla.

—¿Qué significa? —preguntó Otis.

—No preguntes —respondió Blake con un murmullo.

—Motivación Para Blake —prosiguió Everly, impasible, mirando con toda seriedad a Cam.

Los chicos rieron y también a mí se me escapó la risa.

—¿En qué consiste la MoPaBla? —quise saber.

—Everly. —Blake utilizó su tono de advertencia.

—Ponemos *Happy* de Pharrell Williams y la bailamos.

—Por mucho empeño que le pongo, no puedo recordar cómo consideré que era una buena idea que te unieras a las animadoras —manifestó Blake con sequedad—. Toda esa energía no te conviene.

—Me convenciste tú, literalmente, para que me presentara. Me llamaste «pata de conejo».

—Porque pensé que serías un buen amuleto para mí. Pero mira cómo he acabado. —Señaló en plan teatrero su rodilla con la enorme férula.

Con una sensación difícil de precisar, me di cuenta de que en presencia de Everly hasta era capaz de hacer bromas sobre su lesión. No sabía qué pensar de ello.

Everly le propinó un puñetazo en el brazo, pero sonrió. Luego se levantó.

—Voy a buscarme algo para beber.

—Yo tomaré una cerveza —anunció Blake.

Ella se apoyó en el respaldo de su silla y se inclinó sobre él.

—Tú te vienes conmigo.

—¿Primero me traes aquí y luego me exiges que vaya al bar?

—El médico te ha dicho que te conviene moverte y que tienes que volver a apoyarte sobre la pierna con normalidad. Además, ahora tienes las dos manos libres, lo que significa que puedes traer tu propio vaso. ¿No es fantástico? Anda, ven.

Blake parecía oscilar entre la risa y la idea de estrangular a Everly. Al final, se apoyó con las dos manos en la mesa, se levantó despacio y se fue con ella al bar. Por fortuna la gente parecía darse cuenta de que le costaba caminar y, al verlo renqueando con la férula, enseguida se apartaba.

Se me encogía el corazón al mirarlos. Aun así, no pude apartar la vista de ellos cuando se pusieron en fila delante del bar, con lo que Blake se colocó detrás de Everly, protegiéndola de quienes estaban alrededor. Cuando una chica le dio unos golpecitos en el hombro, él se volvió. Tuvo que inclinarse mucho para entender lo que le decía.

—Me cae bien.

Las palabras de Ezra me arrancaron de mi estado contemplativo y me volví hacia él.

—No deja de parecerme extraño que siga saliendo con ese tipo de la coleta —observó Cam.

—¿Lo dices porque tienes algún tipo de interés?

Cam resopló.

—Lo digo porque un día estaba besuqueándose con Blake en el jardín y de repente empezó a salir con el Coleta.

—Urge que dejes de llamarlo el Coleta.

Ya no atendí a la siguiente respuesta de Cam. Sabía que Everly tenía novio. Pero que Everly y Blake se hubieran besado al menos una vez en el pasado era

una novedad para mí. Aunque, claro, la familiaridad con la que Everly y Blake se trataban siempre me provocaba una punzada cuando los veía juntos. Aún recordaba muy bien aquel tiempo en el que era yo quien lo motivaba y con quien tenía tanta complicidad que molestaba a quienes estuvieran a nuestro alrededor.

Miré otra vez hacia el bar, donde Everly estaba recogiendo las bebidas. Cuando se volvió hacia Blake, él estaba tan inmerso en la conversación con la otra chica que le puso la cerveza en la mano y le acercó un taburete, a lo que él contestó con una sonrisa de medio lado. Se sentó y se volvió de nuevo hacia la chica, que estaba radiante porque Blake se había quedado con ella.

Me resigné. Blake ya no me necesitaba. Ahora tenía a Everly. Tenía a Ezra, Cam y Otis, que lo apoyaban. Y tenía a chicas como la del bar, que ardían en deseos de que les dedicara un poco de su atención. Cuando él le tocó el hombro, intenté no hacer caso de la contracción que sentí en el estómago. No lo conseguí del todo, pues imaginé cómo se besaban y las diversas cosas que, en un futuro no muy lejano, harían juntos y sobre las cuales no quería pensar. De un momento a otro iba a vomitar el mojito virgen.

—¿Seguro que no encuentras que está buena? —le sonsacó Otis.

—Sí, está buena. Pero su gusto con los hombres deja mucho que desear. Me refiero a que el Coleta…

Ezra le dio tal patada por debajo de la mesa que Cam soltó un taco en voz alta. Justo en ese momento, Everly volvió a nuestra mesa y se sentó en el banco.

—¿Dónde has dejado a Blake? —preguntó Otis alargando el cuello.

Ella señaló con la barbilla el bar y todos en la mesa seguimos su gesto con la mirada.

Entretanto, la chica se había acercado aún más a Blake. Estaba de pie entre sus piernas y le había colocado la mano en el muslo en un gesto de posesión. La siguiente vez que le contó algo, acercó tanto la boca a su oreja que parecía como si fuera a tocarla. Percibí una náusea cuando Blake ensanchó su sonrisa.

—Al menos ya no está enclaustrado en su habitación —comentó Everly con diplomacia.

No sabía qué pensar ante el hecho de que, por lo visto, Blake recibiera con los brazos abiertos a las chicas de Woodshill en su dormitorio. Además, me sentía como una tonta allí sentada a la mesa con sus mejores amigos. Ya les había cogido cariño y me alegraba que Blake se rodeara de gente tan estupenda ahora que atravesaba una mala racha. Pero, al mismo tiempo, los recuerdos de nuestra relación me dejaban hecha polvo, porque se proyectaba ante mis ojos lo

que podría haber sido si yo no hubiera hecho añicos todo. Yo habría podido ser la que estaba allí para apoyarlo. La que lo motivaba durante la rehabilitación y lo estimulaba a salir de su enclaustramiento. Ahora sólo era una desagradable molestia en una época ya de por sí de mierda.

Noté un picor en la garganta, así que me tomé al instante un trago del pequeño charco de hielo fundido que se había formado en mi vaso.

—No has contestado a mi mensaje —me recordó de repente Everly.

La miré de frente, avergonzada. Hacía unos días que me había escrito para preguntarme si me estaba integrando bien y si tenía ganas de salir una tarde al cine con ella, pero, cada vez que iba a contestarle, acudían a mi mente las palabras de Blake: «No voy a permitir que ahora también me quites a mi mejor amiga».

—Lo siento —respondí cohibida y me apresuré a fijar la vista en el vaso—. Tenía mucho que hacer.

Se hizo una pausa. Los chicos hablaban sobre el entrenamiento y yo intentaba dar la impresión de estar escuchándolos mientras invertía todas mis fuerzas en luchar contra la tempestad que asolaba mi interior. No quería mirar de nuevo al bar y confirmar que alguien que no era yo tocaba a Blake. Tampoco quería ser desagradable con la única persona de Woodshill que aparentemente quería ser amiga mía, pero no me quedaba otra elección. Quería…

—Me lo ha contado. —Miré desconcertada a Everly—. Que salisteis juntos —prosiguió en voz baja—. Después de que mencionaras que tu ex vivía con tu hermano y de que nos encontrásemos por casualidad en la fiesta, saqué la conclusión de que Blake era tu novio.

No pude más que mirarla. Si Blake se lo había contado todo, a partir de ahora me aborrecería como mínimo tanto como él. Pensé por un momento si habría alguna forma discreta de saltar por encima de ella y dejar el club lo más deprisa posible.

—Entiendo que ahora retires tu invitación para ir al cine —dije al cabo de un rato. Una pequeña arruga se formó entre sus cejas, pero yo continué enseguida —: De verdad. No pasa nada.

Abrió los ojos como platos. Ahora era ella la que me miraba desconcertada.

—¿Por qué dices eso?

Alcé un hombro.

—Sé que sois muy buenos amigos y no quiero hacer nada que ponga en peligro vuestra amistad. —Arqueó las cejas—. Todavía tengo un par de cosas

que resolver. ¿Me dejas pasar, por favor? —pedí percibiendo yo misma lo nerviosa que me ponía al mentir.

—Jude —insistió ella con dulzura, pero yo moví enseguida la cabeza.

—Es imposible, de verdad. No quiero hacer nada que aumente todavía más el odio que me tiene.

—Puedo decidir por mí misma de quién me hago amiga —contestó con determinación—. Y si esto le causa algún problema a Blake, será que no es el tipo de persona que considero que es.

Tenía la garganta seca y dirigí la vista hacia el bar mientras me agarraba con los dedos al borde de la mesa. Arañé la madera al mirar a Blake o, mejor dicho, su pelo. La chica, que lo besaba apasionadamente, le tapaba la cara. Él se aguantaba con una mano en la barra, mientras que la otra estaba en la espalda de ella y la estrechaba contra sí.

Haciendo un gran esfuerzo, aparté la mirada de ellos, pero sólo conseguí bajarla al suelo. Por desgracia, eso no cambiaba en nada el hecho de que Blake se encontrara a pocos metros de distancia metiendo la lengua en la garganta de una chica. Me invadió una oleada de náuseas. Si se la llevaba a casa y yo tenía que volver a escuchar cómo se lo montaba con ella en el dormitorio, vomitaría incluso sin haber bebido alcohol. Por descontado.

Everly colocó con cautela su mano sobre la mía. A duras penas si conseguí mirarla y disimular lo que estaba sucediendo en mi interior. Puse todas mis fuerzas en construir una fachada y fingir que todo me daba igual. Me imaginé que estaba interpretando un papel. El de un personaje inaccesible y frío, que no se preocupaba por nadie y sólo se interesaba por el mañana en lugar de evocar el pasado. Lamentablemente, no funcionó.

No había forma de que me serenase.

Tres horas antes, al llegar a casa, había intentado dormir. Pero, al cabo de una hora, me había desquiciado porque seguía totalmente despierta. Luego había salido a la terraza para tomar un poco de aire fresco y mirar las estrellas. Por desgracia, el cielo estaba cubierto y hacía tanto frío que no había podido aguantar más de un par de minutos y había tenido que entrar en la habitación antes de quedarme congelada.

Ahora estaba sentada delante de la pantalla plana de los chicos, me había puesto los auriculares de Ezra y jugaba al *Fortnite*. No tenía ni idea de qué

estaba haciendo en realidad, pero disparar a cosas me estaba sentando sorprendentemente bien. Me ofrecía la distracción que con tanta urgencia necesitaba tras la velada.

Everly había tenido que irse y, poco después, Ez, Otis y yo nos habíamos retirado a casa, mientras Cam y Blake se quedaban en Hillhouse. Debía estar contenta. Al menos no tenía que ser testigo de la inestable cama de Blake y sus chirridos. Sin embargo, estaba frenética.

La noche me había agotado y, al mismo tiempo, me había dejado con una sensación de inquietud permanente. Ya habían pasado las tres de la madrugada y yo había superado tanto los límites del cansancio que ya no tenía ningún sentido volver a acostarme. En lugar de eso seguí apretando los botones del mando como si fuera mi enemigo mortal, descargando mis sentimientos sobre todo lo que se cruzaba virtualmente conmigo.

No entendía qué me pasaba. Lo que había habido entre Blake y yo… era historia. Hacía tiempo ya. No debía importarme lo que contara a sus amigos de mí, ni lo que Everly pensara sobre mí ahora que sabía que habíamos salido juntos. Y, desde luego, no debía atormentarme que se acostara con otras mujeres.

Pero la verdad era distinta. Estaba celosa y frustrada. Y me entristecía saber que había irrumpido en la vida no sólo de Ezra, sino también de Blake, sin haberme ganado un lugar en ella. Al mismo tiempo, la certidumbre de que no tenía otro lugar al que ir me corroía dolorosamente.

Luchaba contra el escozor que sentía en los ojos, pero cada vez estaba más triste. Las lágrimas me velaban la vista. Al cabo de un rato ya no podía distinguir lo que ocurría en la pantalla. Sólo oía unos fuertes disparos, me resonaban en los oídos los estallidos…, luego cesaron. Enfadada, me quité los auriculares de la cabeza y me froté los ojos. Miré al televisor y vi que alguien llamado BahamaMama69 me había matado.

—Qué jugada tan mala…

Chillé sobresaltada y me puse en pie de un salto. Blake estaba apoyado en el marco de la puerta de la sala de estar. Con el cabello revuelto y la camisa mal abrochada.

Me llevé un susto de muerte, y aunque quería mirar a otro lado, no lo conseguí. Tragué saliva con esfuerzo. Parecía como si tuviera en la garganta un puñado de chinchetas que me iban a doler al abrirse camino por mi cuerpo.

—Me has asustado mucho —reconocí ronca.

En lugar de responder, se metió en la cocina. Me llamó la atención que

caminara de manera más pesada y lenta. Me planteé si no se habría excedido ese día, pero enseguida me regañé por ello. Nadie lo había inducido a que fuera a un club y se dejara seducir. Él era el único culpable y no había ningún motivo por el que tuviera que preocuparme. Sin embargo, la sensación de que su comportamiento tenía un sentido y un objetivo no me abandonaba. Sentía que él esperaba que yo reaccionara, que le divertía verme sufrir. Y antes de que pudiera contenerme, se me escapó la pregunta:

—¿Por qué haces esto?

Blake sostenía un vaso de agua, que bebía a grandes tragos.

—¿El qué? —Frunció las cejas desconcertado, pero no me creí su ignorancia.

—¿Pretendes vengarte así de mí? —seguí preguntando.

Inclinó la cabeza a un lado y me miró con detenimiento. Se llevó de nuevo el vaso despacio a los labios y dio otro trago más.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Me contenté con mover la cabeza. Los ojos todavía me escocían. Estaba segura de que se me notaba el dolor que sentía. Pero eso a él no le interesaba. A él le daba igual lo que yo sintiera. Yo me culpaba por ello, pero no podía rebelarme contra la rabia que se iba apoderando de mí. Aunque creyera que ya había pasado página, en su presencia me comportaba como una insensata.

En un momento dado, no conseguí contenerme más.

—Si quieres demostrarme con tu comportamiento lo muy por encima de mí que estás, muchas felicidades. Ya lo he entendido.

Blake bajó la vista a su vaso, levantó un dedo y lo deslizó por el borde. Luego soltó una breve y liviana risa, y movió la cabeza.

—No has entendido nada en absoluto. —Iba a replicar, pero callé cuando me miró de nuevo. En sus ojos había una ira muda, más penetrante que todo lo demás—. Dos años. —Habló en un tono apagado, casi inaudible. Se me erizó el vello de los brazos—. Dos putos años, Jude. Viví la época más bonita de mi vida contigo. Te amé. Y después de todo lo que habíamos compartido, te bastaron un par de semanas en Los Ángeles para borrarme totalmente de tu existencia.

Las lágrimas volvieron. Me resultaba imposible reprimirlas. Al mismo tiempo, intentaba encontrar las palabras adecuadas. Tenía tantas respuestas que dar…, pero no podía. Por mucho que balbuceara ahora, él se habría merecido más. Una explicación racional. Hacerse una idea de lo que sucedía en mi interior.

Pero no podía. No estábamos en un punto en el que lográramos dialogar con franqueza, aunque en ese instante no había nada que hubiese deseado más.

—Me rompiste el puto corazón —siguió él, mientras el mío daba un vuelco.

—Blake… —musité, pero él movió la cabeza.

—Sé que me he comportado como un gilipollas. Pero tú no tienes ningún derecho a hacerme sentir culpable cada noche que pase con otra persona. No puedes esperar que yo respete tus sentimientos cuando tú te apoderaste de los míos y los destrozaste.

A esas alturas las lágrimas me rodaban por las mejillas y la barbilla sin que hubiera modo de detenerlas. Tenía brazos y piernas paralizados, no podía moverme.

No podía cuando Blake acabó el resto del agua y dejó el vaso sobre la encimera.

No podía cuando pasó por mi lado y salió cojeando de la sala de estar.

No podía cuando sus pasos se alejaron lentamente y sólo se oyó un sonido hueco en la escalera.

—Lo siento —susurré en la habitación vacía.

10

Tres años y medio antes

Ya había oscurecido. Blake todavía estaba en el jardín. Esa tarde había llovido a cántaros, seguramente tendría la ropa empapada. Sin embargo, eso no parecía molestarlo. Estaba tendido en la hierba con los brazos cruzados tras la cabeza y mirando al cielo.

Yo sabía exactamente qué día era. Incluso si no hubiese conocido la fecha, lo habría tenido claro. Blake sólo era tan parco en palabras y estaba de tan mal humor ese único día del año. Y, como todos los años, me desanimaba no poder hacer nada por él.

Me dirigí con sigilo a la puerta y eché un vistazo al pasillo. La puerta de la habitación de Ezra estaba cerrada y la luz del pasillo, apagada; tampoco se oían ruidos en la sala de estar. Todos los Livingston, excepto yo, estaban acostados y durmiendo. Volví sobre mis pasos para coger la mullida manta de lana rosa que mamá me había regalado por mi cumpleaños, bajé las escaleras y fui a la puerta que daba al jardín. La abrí intentando hacer el menor ruido posible y salí descalza. Sentí la hierba fría y húmeda entre los dedos de los pies y pisé algo resbaladizo que esperé encarecidamente que no fuera una babosa o algo similar.

La silueta de Blake se recortaba contra la hierba. Sólo llevaba los pantalones cortos de baloncesto y una camiseta. Seguro que estaba muerto de frío.

Cuando me oyó llegar levantó la cabeza y me miró. Tenía el rostro impasible y estaba demasiado oscuro para que yo pudiera reconocer la expresión de sus ojos. Pero estaba convencida de que en ellos sólo había tristeza. De forma totalmente instintiva lo cubrí con la manta de lana mientras él seguía mirándome sin decir nada.

—¿Quieres estar solo? —le consulté por lo bajo.

Él se lo pensó. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

Con eso tuve suficiente. Me senté en la hierba junto a él. Enseguida se me empapó el pijama, pero intenté no hacer caso. En su lugar, levanté la vista al cielo. Una noche despejada y clara. Las estrellas brillaban en el firmamento.

—Siento haber estado tan borde hoy —farfulló Blake.

—En un día así tienes todo el derecho a estar borde.

—Puede ser. —Permaneció en silencio un rato. Luego carraspeó—: Tengo la sensación de que la gente no soporta a los antipáticos. Me prefieren cuando estoy de buen humor.

—A mí me gustas siempre —declaré sin pensarlo.

Mis mejillas se encendieron y busqué palabras con las que atenuar mi afirmación. Entonces me di cuenta de que él había esbozado una leve sonrisa. Aun así, esa pequeña muestra de emoción se disolvió enseguida y volvió a mirar al cielo.

—Lo echo de menos.

Me dolía verlo triste. Todavía me acordaba de entonces, cuando Blake y su madre se mudaron al lado. Había sido poco después de la muerte de su padre, y ambos se encontraban todavía en una fase de duelo profundo. Ni Ezra ni yo sabíamos cómo tratar al colérico chico de la casa vecina que continuamente destrozaba alguna cosa. Y a pesar de que ya habían pasado diez años desde entonces, Blake se afligía todos los años en esa fecha, como si hubiera ocurrido el día anterior. Entretanto, sabía que sólo necesitaba a alguien que estuviera a su lado para apoyarlo.

—Claro que lo echas de menos —dije con suavidad.

—Pero ha pasado tanto tiempo…

—La pena no tiene fecha de caducidad.

Percibí que me miraba. Noté un cosquilleo en la nuca y lo miré a mi vez.

—Qué sabia eres, Panqueque.

El brillo de sus ojos me quitó un gran peso de encima. Tenía razón, la gente lo prefería cuando era divertido. Pero a mí me gustaba todo en él. Pasar el tiempo a su lado me hacía feliz, sin importar de qué humor estuviera. Era mi persona favorita.

—¿No te repites? Hace un siglo que espero el nuevo apodo —repliqué.

Antes no había podido distinguir bien qué expresión tenía, pero ahora el verde de sus ojos me pareció casi estridente.

—Se me han ocurrido un par —observó bajando la vista hacia mí. Su mirada

se detuvo en la parte superior de mi pijama. Entonces sus labios dibujaron una sonrisa. Levantó la mano y me tiró de la manga—. Qué pijama tan bonito.

Algo en mi barriga revoloteaba. Yo le hacía sonreír… y en un día como ése.

—¿Sí?

Él asintió.

—Me encantan los aguacates.

Me pareció como si de repente el tiempo transcurriera más despacio. Trazó una huella en mi brazo con el pulgar. Sentía su roce con tal intensidad, incluso a través de la ropa, que se me cortó la respiración.

Me cogió de la muñeca. Luego tiró suavemente de ella, tan sólo un breve instante. No lo pensé ni siquiera un segundo; al contrario, hice sin dudarlo lo que él me pedía en silencio y me apoyé contra él.

Blake deslizó su brazo bajo mi nuca de modo que mi cabeza se reclinaba en su pecho. Entonces me estrechó con firmeza contra sí y suspiró levemente, como si eso fuera exactamente lo que necesitaba ese día, y creo que también yo emití un sonido similar.

Era la primera vez que estaba tan cerca de mí, y el corazón me golpeaba agitado contra las costillas; pero, al mismo tiempo, me sentía tan bien que era como si ya nos hubiésemos abrazado cientos de veces de ese modo. Estar entre los brazos de Blake era como haber llegado a casa. Era como estar exactamente en el lugar y en la hora correctos.

—Tú también me gustas siempre, Jude —declaró al cabo de un rato.

Se me aceleró el pulso de nuevo y eché la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Estaba tan cerca de él que podría haber contado sus pestañas. Ya no tenía capacidad para pensar con claridad.

—¿Sí? —susurré.

Inclinó la cabeza hacia mí. Nos quedamos mirándonos a los ojos toda una eternidad.

—Más que eso, incluso.

Levantó la mano que tenía libre y la colocó en mi mejilla. La acarició con dulzura y una oleada de calor me recorrió el cuerpo.

No podía creer que fuera cierto lo que estaba ocurriendo. No sabía qué hacer y, al mismo tiempo, nunca había sentido tanto que lo que sucedía era lo más lógico. Conocía a Blake como la palma de mi mano. Era la persona que más cercana me resultaba. Eso… eso era lo más bonito que me había pasado en

la vida. Era más impresionante y más grande que nosotros dos juntos, y yo tenía la sensación de que me iba a estallar el corazón de un momento a otro.

No supe qué ocurrió después. En cierto modo nos movimos los dos a la vez. Blake tiró de mí y yo de él, y entonces nuestros labios se unieron. Fue el beso más dulce del mundo, y yo me hice una con la hierba porque me fundí. Me deshice en sus brazos cuando su lengua se abrió paso entre mis labios y jugueteó dulcemente con la mía.

Eso tenía que ser un sueño. El sueño más bonito que había tenido.

Blake apoyó su frente contra la mía. Su pecho me empujó cuando exhaló. Mantuve los ojos cerrados y lo acerqué más a mí, tanto como era posible. Si no protestaba, no lo soltaría en toda la noche.

—Está bien que lo hayamos aclarado por fin —susurró.

Yo me acurruqué más contra él. Me habría gustado deslizarme en su interior y no volver a salir nunca más.

—Yo también lo creo.

Fue la primera de las muchas noches en que nos dormimos estrechamente enlazados.

El teléfono sonó tres veces antes de que mi padre descolgara.

—¡Hola, cariño! Qué bien que por fin llames.

—Hola, papá —saludé esforzándome por aparentar lo más alegre posible.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

Mi padre me conocía demasiado bien. Incluso sin verme, notaba al instante si me ocurría algo, y justo por eso había evitado llamarlo todo este tiempo. Sin embargo, si me hubiese retrasado un solo día más, Ezra seguro que me habría retorcido el cuello.

Enrosqué en el dedo el cable de los auriculares y lo volví a desenroscar con lentitud. La voz de papá tenía la costumbre de disparar mis emociones, como en ese momento. Tenía que concentrarme en hacerle creer que todo funcionaba con normalidad para que no se preocupase.

—Ay, es sólo que he ido de cabeza estas dos semanas. Salvo por eso, todo bien. ¿Qué tal vosotros?

—Por eso no podíamos contactar contigo. Ya nos estábamos preocupando. Nosotros estamos genial. A tu madre le toca el turno de mañana y luego me toca a mí.

Mis padres trabajaban ambos en un hospital. Ella, en enfermería, y él, en seguridad. Se habían conocido en el trabajo y se habían enamorado enseguida, lo que yo encontraba tremendamente romántico. Incluso ahora, veinticinco años después, seguían estando hechos el uno para el otro, algo que yo no había visto entre los padres de la mayoría de mis amigas y amigos.

Como familia, también nos habíamos peleado y tenido altibajos, pero en conjunto formábamos una unidad. Después de que Ezra y yo nos mudásemos, habíamos pensado que nuestros padres lo llevarían fatal, por eso habíamos organizado sesiones por Skype dos veces a la semana. Pero a las pocas semanas Ez y yo vimos claramente que se alegraban en secreto de tener tiempo para ellos mismos. Después de que nos mudáramos, se compraron una caravana de segunda mano y solían marcharse de excursión en sus días libres. Habían ido más de una vez a Los Ángeles con ese vehículo, lo que a mí me preocupaba bastante porque daba la impresión de que la caravana iba a desmoronarse en cualquier momento.

En el pasado me había propuesto comprarles una nueva en cuanto recibiera mi primer gran cheque para compensarles por todo el tiempo y esfuerzo que habían invertido en mi carrera. Pero, en lugar de un montón de dinero, me había llevado una cuenta bancaria vacía a Woodshill. Y ésa era también una de las causas por las que de ninguna de las maneras podía volver a casa. Sin contar con que había abusado de la confianza de mis padres y seguramente nunca podría volver a mirarlos a los ojos.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté esforzándome por adoptar un tono despreocupado y me acerqué, haciendo girar las rueditas de la silla, a la ventana que daba al jardín. Aparté las cortinas a un lado y deslicé la mirada por las copas de los árboles.

—Bah, no gran cosa. Mamá y yo estamos planeando nuestra próxima excursión, esta vez a la Costa Este. Ah, y Linda ha preguntado por ti. Te manda saludos.

Me puse tensa. Linda Andrews era la madre de Blake. Me había enviado uno o dos mensajes en los últimos meses interesándose por cómo me iba, pero a los que yo había respondido de forma escueta. Habría sido incapaz de no hacerlo. Además, tampoco habría servido de nada, pues ella sabía por mis padres todo lo que hacía.

—Recuerdos también de mi parte.

Me pregunté qué pensaría si supiera que estaba casi viviendo con su hijo. Yo

era consciente de que se había enfadado mucho conmigo en aquel entonces. Tanto que no se había hablado durante un tiempo con mis padres pese a que mantenían una estrecha amistad desde hacía siglos. Con el tiempo se habían limado las asperezas y yo esperaba de todo corazón que Blake no le contara a su madre que estaba viviendo allí. Si mis padres se enteraban de mi situación actual, que fuera por mí misma.

—Se los daré —dijo papá.

Se oyó un crujido de fondo que me resultó muy conocido. Sin duda, mi padre había salido al jardín y estaba contemplando los setos pulcramente recortados, resultado de las labores que él y mamá siempre nos habían obligado a hacer en el jardín.

—Os echo de menos —susurré.

—También nosotros a ti, Panqueque. No te imaginas cuánto. —Nos quedamos callados unos minutos, pero fue un silencio cargado de significado. Su preocupación parecía rebosar por el auricular—. ¿Seguro que estás bien? Ya sabes que iríamos a verte enseguida.

Sentí un picor en el cuello y negué rápidamente con la cabeza.

—No, todo va bien.

—De acuerdo, entonces hablemos de otro tema: el cumpleaños de tu madre.

Presté atención. Mamá cumplía años en marzo.

—¿Ya tienes el regalo?

—Quiero organizarle una fiesta sorpresa.

—Ya sabes que no tienes secretos para ella —dije moviendo la cabeza.

—No es verdad —refunfuñó indignado.

—Dime una ocasión en la que no le hayas desvelado lo que ibas a regalarle. —La pausa que siguió era más elocuente que mil palabras—. Ya ves —observé al cabo de un rato.

—Eso es secundario. En cualquier caso, me gustaría que tú y tu hermano vinierais para darle una sorpresa.

Clavé los dedos en el lateral del tapizado de la silla y concentré la mirada en una mancha del cristal de la ventana.

—Ahora mismo no es posible, papá.

La respuesta me partía a mí misma el corazón, pero era mejor así. Lo sabía con certeza.

—No te preocupes por los gastos del avión —sostuvo él con determinación —. Corren de mi cuenta. —Tomé una profunda bocanada de aire para mitigar la

situación, pero él insistió—: No me gusta que te preocupes tanto por el dinero, Jude. Quiero regalarle a tu madre un día inolvidable y sé que no habrá nada que la haga más feliz que vuestra visita.

Cerré los ojos. Sabía que tenía razón. Y no quería imaginar la cara que pondría mi madre si se enteraba de que yo no iba. En realidad, no habíamos planeado ninguna gran fiesta porque ella siempre había dicho que no pasaba nada si Ezra y yo no asistíamos a su cincuenta aniversario, y yo me había fiado de esas palabras. Pero también comprendía que, tal como era mi padre, no podía decirle que no. Era un auténtico testarudo y no tiraría la toalla hasta que yo aceptase su propuesta.

—De acuerdo, papá —convine.

—¡Estupendo! —Se echó a reír—. Imagínate la cara que pondrá cuando los dos saltéis de repente del armario de la sala de estar.

—Veo que ya has estado haciendo planes minuciosos —murmuré.

—Hasta he comprado adornos y los he escondido bien.

—¿En el cobertizo? —pregunté arqueando una ceja. No contestó nada, lo que asumí como una muda afirmación—. ¡Papá! ¿Qué pasará si quiere ir a buscar la pala? ¿O una maceta para las plantas?

Soltó un gruñido de enfado.

—Ejem, Panqueque, ahora tengo que dejarte.

Si bien unos segundos antes estaba a punto de llorar, ahora no pude evitar sonreír.

—De acuerdo, papá. Te quiero.

—Yo también a ti.

Acabé la conversación y coloqué los auriculares en su sitio. La sonrisa se evaporó de mi rostro. Respiré hondo. Por desgracia, eso no me ayudó a enfrentarme a la certeza de que tendría que inventarme otras mentiras. No podía asistir a la fiesta de cumpleaños de mi madre de ninguna de las maneras.

11

Giré el letrero en dirección a la pizzería y lancé una mirada asesina a los estudiantes que habían sacado el móvil y estaban fotografiándome. Como a pesar de eso ellos continuaban, me vi forzada a volverles la espalda y casi me caí. No podía mover las piernas con libertad con ese atuendo.

—¡Eh, *pepperoni*, sonríe! —gritó un tipo desde el otro lado de la calle.

Levanté el dedo corazón como respuesta.

—¡Jude!

Un grito de indignación resonó tras de mí. Enseguida hice como si sólo hubiera saludado con la mano y me volví con una sonrisa radiante hacia Johnny.

Era un par de años mayor que yo y el chef de la pizzería para la que trabajaba ese día. Él era, por lo tanto, el responsable de que yo fuera disfrazada de trozo de *pizza* y que estuviera en el campus universitario sosteniendo un letrero con una flecha en dirección a su negocio. Porque ése era el único empleo en el que me habían aceptado.

—¿Qué dice nuestro lema? —reclamó mirándome lleno de expectación.

Llevaba una gorra con el dibujo de una *pizza* sonriendo y con unos terroríficos ojos saltones, además de una camisa negra que combinaba con una corbata salami. Él consideraba que su vestimenta iba acorde con el *marketing* actual. Yo opinaba que tenía una pinta ridícula.

—La *pizza* es vida —murmuré.

—Más fuerte, por favor.

—¡La *pizza* es vida! —repetí con ímpetu.

—¿Acaso una *pizza* que está superfeliz de existir le enseña el dedo corazón a unos potenciales clientes?

—Cuando los clientes potenciales son unos gilipollas, supongo que sí.

Movió decepcionado la cabeza.

—Puedes terminar hoy tu turno, pues necesito urgentemente la promoción; pero, cuando hayas concluido, deja tu ropa colgada. Me temo que lo nuestro no

funciona.

Solté una palabrota y John se llevó una mano al pecho y me miró escandalizado.

—Por favor, Johnny. Necesito el trabajo.

—Pues entonces reflexiona y piensa en cómo te comportas. Voy a estar vigilándote desde la ventana y espero que la clientela aumente en un quince por ciento. Si no lo consigues esta tarde, no es necesario que vuelvas mañana.

Asentí.

—Entendido. Lo siento. Lo conseguiré.

—Bien.

Eso fue lo último que dijo antes de darse media vuelta y encaminarse a la puerta del local. Suspiré y respiré profundamente una vez.

Un año antes todavía estaba sentada en maquillaje, dispuesta a interpretar un papel protagonista. Ahora estaba disfrazada de trozo de *pizza* de *pepperoni* con aceitunas en el campus de una universidad. En realidad, no podía caer más bajo.

Saqué fuerzas de flaqueza, enderecé el letrero con la flecha y me puse recta. Luego anduve un par de pasos alrededor dirigiendo a los estudiantes con los que me cruzaba una amplia sonrisa. Señalaba con el letrero el local de Johnny.

—La mejor *pizza* de vuestra vida está tan sólo a unos pasos de distancia —recité una de las frases que el jefe me había enseñado para mi turno.

—Prefiero invitarte a comer una *pizza* si me das tu teléfono —aseguró uno de los chicos.

Contuve con todas mis fuerzas mi crispado dedo corazón. A cambio, me volví hacia la siguiente pareja de estudiantes y… me quedé de piedra antes de considerar la posibilidad de, simplemente, dejarme caer de bruces al suelo, pues seguro que un trozo de *pizza* inerte no llamaría la atención. La gente de Woodshill quizá habría visto cosas más raras.

Estaba pensando en cuál sería el mejor modo de hincarme de rodillas —el vestido era realmente incómodo y voluminoso— cuando pronunciaron mi nombre.

—¿Jude?

Era Everly. Cerré los ojos, pero lamentablemente ni así podía desvanecerme en el aire como por arte de magia. Tampoco conseguí tenderme en el suelo lo más plana y discretamente posible: ¿cómo se volvía una invisible?

Abandoné la idea de fingir no haberla oído y me volví hacia ella. A su lado estaba Blake. Posiblemente iban juntos a alguna clase y antes se habían parado a

comprar alguna bebida. Ambos sostenían un vaso para llevar de bambú con el que se calentaban los dedos.

Levanté con torpeza la mano en la que no tenía el letrero.

—Hola.

—¿Qué haces tú aquí? —se asombró Everly.

—Trabajo —respondí con toda la dignidad posible levantando el letrero—. Si os apetece tomar una *pizza*, id a la pizzería de Johnny. Allí la *pizza* es vida. Y la vida, *pizza*.

Everly me miró desconcertada, pero Blake resopló por lo bajo. Cuando levanté la vista hacia él, las comisuras de la boca se movían, pero la expresión de sus ojos era lúgubre. Justo como la noche en que me había reprochado lo que le había hecho.

Bajé la mirada y di unos saltitos porque ya no notaba los pies a causa del frío. Sentía agujas finitas pinchándome las plantas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera? —se interesó Everly. Se había puesto su boina, una gruesa bufanda y un abrigo que me causó envidia porque parecía muy cálido. Entre las cejas se le había formado una pequeña arruga.

—Un par de horas.

Everly me tendió su vaso, provisto de un bonito rótulo. Lo cogí y me calenté las manos con él, mientras esperaba que Johnny no cumpliera su advertencia y no estuviera vigilándome. Bebí un sorbo y contraje el rostro de asco.

—¿Qué es esto?

—Un té verde con leche, también conocido como la mejor bebida del mundo.

—Es como lamer un alga. —Me estremecí y le devolví el vaso—. Pero gracias por querer ayudarme a entrar en calor. Aprecio mucho el gesto.

—No tienes gusto —opinó ella ajustándose el asa del bolso en el hombro.

A mis espaldas, volvió a sonar un silbido y justo después un grito.

—¡Eh, chica *pizza*!, ¿puedo morder?

Apreté los labios. Esta vez sentí el impulso de levantar los dos dedos corazón.

—¿Cuánto tiempo te queda todavía? —preguntó Everly. La arruga entre las cejas se le había hundido más.

—¿Qué hora es?

Tenía el móvil en el bolso, que estaba en una taquilla en la pizzería. Everly echó un vistazo a su reloj.

—Poco más de la una.

—Entonces todavía me quedan cinco horas.

—¿Cinco horas? Jude, vas a congelarte si estás tanto rato fuera.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. El disfraz da calorcito. Pica un poco, pero no importa. Johnny fue el primero en darme una oportunidad, no voy a decepcionarlo.

Eché un breve vistazo por encima del hombro para ver si volvía a estar detrás de mí. Luego le susurré a Everly:

—Aunque es un imbécil integral.

—En fin. Nosotros, lamentablemente, tenemos que irnos.

—Me ha gustado… veros —balbuceé lanzando una mirada fugaz a Blake.

Él me tendió la mano de repente. Levanté la vista inquisitiva del vaso a su rostro. No había en él rastro del dolor y la cólera de nuestro último encuentro. No mostraba ninguna emoción.

—Toma —dijo seco.

Cuando cogí el vaso, el olor del caramelo dulce penetró en mi nariz. Lo sostuve contra la cara e inhalé el maravilloso aroma sin poder hacer nada contra el suspiro que se me abría camino por la garganta. Cuando volví a mirar a Blake, parpadeó. Luego me dio la espalda de golpe y murmuró:

—Vamos.

Everly nos miró a los dos y me dirigió una sonrisa de disculpa antes de seguirlo.

Me acerqué el vaso a los labios y los coloqué en el mismo lugar donde habían estado los suyos. Ya antes de tomar el primer sorbo, una agradable calidez me invadía por dentro.

Al llegar a casa estaba tan hecha polvo que me habría metido directamente en la cama. Sin embargo, sabía perfectamente que después sería incapaz de levantarme, así que me arrastré directa al baño en el piso superior. Con los brazos y las piernas entumecidos, me quité los tejanos y la camiseta de manga larga que, pese al frío, estaba empapada de sudor. Luego me metí en la ducha.

El agua caliente me fue descongelando poco a poco. Al principio me hizo daño, pero al cabo de un par de minutos el placer fue total. Estaba contentísima de haber vuelto a casa y, además, con mi primer sueldo en el bolsillo. Ahorraría

una parte del dinero para una vivienda propia y con el resto contribuiría a los gastos comunes.

Debí de quedarme una media hora debajo del chorro de agua caliente. Al salir de la ducha, de repente lo vi todo oscuro. Buscando sujeción, me apoyé en la pared. Parpadeé varias veces para recuperar la visión y atribuí el problema circulatorio a la ducha caliente. Envuelta en una toalla y con mis cosas bajo el brazo, bajé corriendo.

Al pie de la escalera me encontré con Otis, que me miró un momento y luego desvió enseguida la vista hacia el techo.

—No se ve nada en absoluto, Otis. Cálmate —le recomendé al pasar a su lado.

—No quiero ni que Ezra ni Blake me asesinen, así que prefiero mirar a las paredes cuando no llevas más que una toalla encima —gritó a mis espaldas una vez que hube llegado a mi habitación.

Pensé en qué habría querido decir con eso, pero no me permití indagar más. Era evidente lo que Blake sentía por mí.

Me puse el pijama —el que tenía un estampado de aguacates y que llevaba desde los quince años— y eché la vestimenta que había llevado durante el día al cesto de la ropa sucia. Al abrir el bolso, descubrí el vaso de Blake. Justo después de que él y Everly se fueran y yo me hubiera bebido su *caramel macchiato*, había visto que estaba impreso en él el número de su camiseta. Seguía llevando el 11 como entonces, en el instituto.

Antes, cuando jugaba, no podía apartar la vista de él, aunque en realidad íbamos a ver a Ezra. Pero no paraba de mirarlo, no podía remediarlo. Siempre me había cautivado observar lo concentrado que estaba, cómo maniobraba con la pelota en el campo contrario, lo dinámico de sus movimientos, cómo gritaba y levantaba el puño en el aire cuando marcaba un punto… Todo eso me fascinaba.

Pasé los dedos por la cifra. En algún lugar, en el fondo de mi maleta, se encontraba su vieja camiseta. Incluso después de romper el contacto con él la había guardado como un valioso tesoro. Si había pasado una noche especialmente mala me la ponía y me imaginaba que todavía conservaba su olor, lo que después de tantos meses sencillamente era imposible.

Aparté ese recuerdo de mi mente e inspiré hondo. Su gesto con el café no tenía el mínimo significado. Tan sólo le había dado pena. Nada más.

Con esta idea en la cabeza, dejé la habitación de invitados y fui a la cocina para fregar el vaso. Luego volví a subir al piso superior.

Al llegar delante de su habitación, me detuve. De ella salía una suave melodía; me pareció reconocer *Dangerous Woman*, de Ariana Grande. Tuve que prepararme antes de golpear la puerta con los nudillos. La música enmudeció.

—¿Sí? —se oyó desde dentro.

Hice acopio de valor y abrí la puerta. Blake estaba en la cama con el portátil sobre el muslo. No llevaba la férula, pero se había colocado un cojín bajo la rodilla derecha. Cuando me vio, se irguió y enderezó la almohada que tenía tras la espalda. Llevaba una camiseta gris oscuro ceñida y un pantalón de chándal gris claro. El cabello húmedo le caía sobre la frente; debía de haberse duchado poco antes. Se retiró el mechón de pelo hacia atrás con la mano.

—¿Era Ariana Grande a quien he oído?

Blake hizo un lento gesto negativo con la cabeza.

—Debes de habértelo imaginado.

—No creo, estoy segura de que era *Dangerous Woman* —contesté reprimiendo una sonrisa.

Me lanzó una mirada impenetrable, sin dar respuesta a mi afirmación. Quizá no estaba para bromas.

—Sólo quería devolverte el vaso —anuncié, intimidada, esperando una reacción por su parte que no llegó.

Tosí y entré tímida en la habitación. Me acerqué con cautela al escritorio mientras percibía claramente que me estaba mirando. Deposité el vaso y mantuve los dedos unos segundos sobre la tapa. Luego me atreví a echar un breve vistazo a su habitación. El escritorio rebosaba de archivadores y libros especializados de su carrera; sobre la silla colgaban un par de prendas de vestir. El cuarto estaba pintado de blanco, salvo una pared, que era gris, y bajo los dedos de los pies sentí una mullida alfombra azul oscuro.

—Gracias por el café —dije mirándolo.

No me había quitado el ojo de encima en todo ese rato y me contestó con una expresión neutra. Busqué febrilmente algo que poder decirle cuando perdí de nuevo la visión. Me agarré con dedos temblorosos a la silla del escritorio, que se desplazó un poco por el suelo cuando me tambaleé. La cama crujió cuando Blake se incorporó más.

—¿Todo bien?

Parpadeé un par de veces hasta que los puntos que tenía ante los ojos desaparecieron.

—Creo que he tomado una ducha demasiado caliente. La necesitaba después

de pasar diez horas en el campus.

—No dirás en serio que te has pasado diez horas a la intemperie con este frío.

Volví a sujetarme con fuerza porque el suelo se movía bajo mis pies.

—Necesito el dinero —murmuré.

—¿Te ha dejado al menos hacer un descanso?

Asentí, aunque, en realidad, los cinco minutos para hacer pipí no se podían contar. Todavía estaba mareada. Los puntos que aparecían ante mis ojos se iban multiplicando de nuevo. De repente, el suelo se volvió puré y las piernas se me doblaron. Con un leve «pluf» me hinqué de rodillas y caí hacia un lado.

Oía a Blake pronunciar mi nombre como a través de una cascada. Tenía la voz apagada, pero decía mi nombre. Siempre me había encantado cuando lo pronunciaba. Lentamente se me cerraron los párpados.

—Joder, Jude —oí ahora a mi lado.

Cuando volví a abrir los ojos, Blake me miraba desde arriba al revés. Parecía bastante enfadado. Y gigantesco.

—Desde aquí abajo se te ve mucho más alto —susurré—. Eres tan… alto. Me siento como una hormiga.

—No puedo agacharme —aclaró—. ¿Puedes levantarte?

Me apoyé en los codos. Temblaban tanto que temí que fueran a ceder de un momento a otro, cuando de repente Blake me cogió por debajo de los brazos y me levantó. Di un tropezón hacia delante, pero él me sujetó con firmeza del brazo.

Sentir sus manos en mi piel desnuda era como despertar de un largo sueño. Se me aceleró el pulso, sentía los latidos en el cuello. Notaba su pecho en la espalda. Todavía estaba mareada, pero eso ya no tenía importancia porque Blake estaba muy cerca. Si por mí fuera, habríamos podido pasar toda la noche así. Quería que ese momento se prolongara para siempre. Sin palabras, sin nada que estropeara la situación.

—¿Qué estás haciendo, Jude?

El tono era áspero y se me puso la piel de gallina. Seguro que él lo notó. Sus dedos parecían haberse congelado sobre mis brazos. Noté que respiraba hondo.

A esas alturas ya no sabía si me había mareado a causa de una bajada de azúcar, por haber trabajado demasiado o porque Blake estaba tan cerca. Cualquiera de las tres razones era posible. Volví a oscilar hacia un lado y él me apretó contra sí. Poco a poco iba sintiéndome mal.

—Creo que voy a volver a desmayarme —susurré, aunque me odiaba por decirlo precisamente ahora.

Blake soltó un improperio. Luego me arrastró a la silla de su escritorio y de un manotazo tiró la ropa al suelo para que pudiera sentarme. Se inclinó hacia mí y me examinó la cara. Cuando estuvo seguro de que no iba a caerme de la silla, se separó y volvió a su cama.

—¿Cuándo has comido por última vez?

Me zumbaba la cabeza. No me acordaba bien.

—Creo que en el desayuno.

Se inclinó al lado izquierdo de la cama y oí que abría una puerta. Poco después volvió a mi lado con una botella de Coca-Cola en una mano y un burrito en la otra.

—Toma —dijo dejándolos sobre el escritorio.

Lo miré sorprendida.

—¿Tienes una nevera en la habitación?

Asintió brevemente.

—La trajo mi madre después de la operación para que no tuviera que estar todo el día subiendo y bajando o dependiendo de los demás. —Cuando vio que yo todavía dudaba, me acercó un poco más la Coca-Cola—. Toma, seguro que te sienta bien.

Cogí agradecida la botella fría y me la llevé a los labios. Noté que el líquido descendía a mi estómago vacío. El burbujeo me producía una sensación rara, pero bebí un poco más. Dejando a un lado la vergüenza, cogí el burrito y le quité un poco del papel protector para morderlo. Cuando el sabor de la ensalada fresca, la pechuga de pollo y el tomate se extendió por mi boca, suspiré. Mi barriga empezó a gruñir como obedeciendo a una orden.

—Pensaba que en la pizzería de Johnny me darían algo de comer —informé pasado un rato—. Pero habría tenido que comprar la *pizza* sin descuento y no he querido hacerlo. Además, tampoco tenía tiempo.

—Así que, salvo ese ridículo disfraz, no te han dado ni un descanso o algo de comida. —Blake se cruzó de brazos—. Menudo trabajo de mierda.

Di dos mordiscos más y mastiqué despacio. Poco a poco iba recuperándome y el mundo adquiría de nuevo unas formas sólidas.

—Lo es. Pero mañana volveré a pesar de todo.

—Seguro que podrías encontrar otra cosa.

Bajé el burrito.

—No puedo. —Me concentré en una pelusa gris de la alfombra.

—¿Por qué no?

Alcé la vista hacia él con las cejas arqueadas. Había creído que lo preguntaba en broma, pero reconocí en su mirada que el interés era auténtico.

—No tengo el bachillerato y las únicas referencias que he reunido en estos últimos años proceden de platós. El trabajo de la pizzería es el único que me han ofrecido. Mañana tengo que volver. Me da igual ser el hazmerreír de todo Woodshill o que todo el mundo me encuentre ridícula.

Durante un rato Blake sostuvo mi mirada sin moverse. Luego carraspeó.

—Yo no te encuentro ridícula.

De repente sentí los latidos hasta en la garganta.

—¿No?

Justo entonces pareció darse cuenta de lo que había dicho. Bajó la vista hacia mí y se encogió de hombros.

—Lo que ahora llevas no es mucho mejor que el disfraz de *pizza*.

Noté que me sonrojaba mientras pensaba en todas las ocasiones en que había llevado ese pijama. Era posible que jamás fuera a desprenderme de él. Estaba unido a tantos recuerdos bonitos…

—Antes te gustaba mi pijama de aguacates.

—¿Por eso te lo has puesto y fingido que te desmayabas?

Me quedé sin aire.

—¡Yo no he hecho eso!

Él volvió a mirarme a la cara. Entonces, de repente, sus labios esbozaron una pequeña sonrisa y le brillaron los ojos. Su sonrisa seguía obrando en mí el mismo poder que entonces. Durante un breve instante me olvidé de todo lo que había ocurrido entre nosotros, porque su mirada era tan cálida que fundía todo el frío de ese día.

—Te estás burlando de mí —lo acusé vacilante.

—Porque te has desmayado justo delante de mí como una dama victoriana —contestó inclinando la cabeza.

—Mañana tendré más cuidado y esconderé algún tentempié en el disfraz. Lo que no quiero ni pensar es quién se lo habrá puesto. Se me quita el apetito. —Miré el burrito que sostenía en mi mano y lo levanté torpemente—. Por cierto, muchas gracias.

—De nada.

—Puedo preparar otro, si quieres. Así no tienes que volver a bajar.

Hizo un gesto de rechazo.

—No tengo hambre.

Se hizo una pausa en la que reflexioné sobre qué más podía decir. Todavía no quería marcharme. No mientras Blake sonriera despreocupado en mi presencia y hablara conmigo. Por lo visto, se percató de lo que estaba pensando. Se frotó los muslos con las manos.

—¿Necesitas algo más? Tengo que acabar una cosa para la universidad.

Sentí un pinchazo, pero me levanté a mi pesar. Ya no estaba mareada, si bien todavía tenía las rodillas como de papilla. Al llegar a la puerta me volví de nuevo hacia él. Seguía mirándome. No sabía interpretar la expresión de sus ojos, pero en cualquier caso ya no era colérica.

—Gracias, Blake.

Él farfulló algo. No fue mucho, pero sí más que en mis primeros días en Woodshill. Pensé que habíamos dado un gran paso.

12

El segundo día en mi nuevo trabajo no fue mejor que el anterior. Pese a que esta vez había sido precavida y me había llevado comida y bebida suficiente, el cuerpo me dolía tanto por la noche que pensé seriamente en meterme directa en la cama sin ducharme.

Ezra y los demás estaban allí cuando llegué. Podía oírlos hablar en la sala de estar y el olor de un gratinado me llegó a la nariz. Me dirigí automáticamente a la fuente de procedencia de ese aroma y descubrí a los chicos a la mesa.

—Hola —saludé al grupo allí reunido.

Cam y Otis me devolvieron el saludo, mientras que Blake me miró sin decir palabra y Ezra frunció el ceño.

—Pareces un cadáver —observó.

Sólo fui capaz de emitir un gruñido y me dejé caer en la silla libre. Coloqué cansada los brazos sobre la mesa y apoyé la frente en ellos.

—Cam, ve a buscarle un plato —oí decir a Otis.

—¿Por qué yo?

—Porque Ezra ha puesto la mesa, yo he cocinado y tú, aunque sea excepcionalmente, también podrías hacer algo amable.

Se oyó el ruido de una silla al apartarse de la mesa y oí que Cam iba a la cocina refunfuñando. Un poco más tarde acercaron un plato a mi cabeza. El olor a lasaña me empujó a levantarla, aunque sólo un mínimo.

—Sois… sois maravillosos. ¿Os lo había dicho alguna vez? Tan maravillosos… —Cogí el tenedor de Ezra porque Cam no me había traído ninguno, y yo, por mucha voluntad que pusiera, ya no podía caminar más. Y luego me abalancé sobre la lasaña.

—¿Crees que está bien? —consultó Cam a Otis.

—No lo creo.

—Os presento a Jude cuando está hambrienta —tomó la palabra Ezra.

Yo seguía comiendo en silencio, la mirada fija en el maravilloso queso fundido que desprendió unas hebras cuando pinché el segundo pedazo.

—¿Cómo demonios vas a aguantar esto a diario, Panqueque? —preguntó mi hermano—. Si ahora ya apenas puedes moverte.

Hice un gesto de resignación. Lo único que contaba era la lasaña.

—Todo se arreglará —murmuré con tan poco entusiasmo que casi sonó irónico.

—¿Qué tal si buscases un poco más, en lugar de aceptar el primer trabajo que te ofrecen? Ya nos has dado el dinero de la casa.

Negué obstinada con la cabeza sin decir nada. En algún momento tenía que valerme por mí misma, era absurdo seguir esperando más tiempo.

—Colin me ha contado que el fin de semana trabaja de camarero en la cena de los deportistas. Les han fallado un par de personas. ¿Te interesaría? —propuso Otis.

Detuve el tenedor antes de que llegara a mi boca y lo miré.

—¿Qué tipo de evento es ése?

—Todos los años, el Departamento de Deporte organiza una cena para celebrar las victorias de los equipos. Hay una parte muy larga en la que se pronuncian unos discursos muy aburridos, pero siempre invitan a gente importante y a patrocinadores —explicó—. Suelen buscar a estudiantes, sobre todo, que quieran trabajar de camareros. Podrías presentarte…

—¿Tienes algún contacto?

Otis asintió.

—Te envío su número después de cenar.

Le dirigí una sonrisa radiante. Trabajar de camarera sonaba mucho mejor que ir blandiendo un letrero en medio del frío. Para ser más precisos, cualquier cosa sonaba mejor que eso.

—El entrenador ha preguntado por ti —anunció de repente Ezra volviéndose a Blake, que parecía muy ocupado apurando minuciosamente los restos de su plato—. Alucinará si no vas.

Blake levantó la vista y taladró a Ez con la mirada.

—¿Qué tengo que hacer yo allí?

—Es una buena oportunidad para conocer a gente. Además, así demuestras que formas parte del equipo.

—¿La formo?

—Venga, tío —intervino Cam—. Sabes perfectamente que sí.

—Por si no os habíais dado cuenta, se me ha desgarrado el jodido ligamento cruzado.

—¿De verdad? —Ezra miró al grupo con un horror exagerado—. No me había enterado.

Cam intentó en vano esconder una sonrisa detrás del vaso.

—Que te jodan, Ezra —siseó Blake.

—Que te jodan a ti —replicó Ez impasible—. Yo no soy el que te excluye del equipo. Ninguno de nosotros lo hace.

Blake y Ezra se miraban, Ez reclinado hacia atrás y con los brazos cruzados, Blake sosteniendo el tenedor en la mano. Parecía como si de un momento a otro fuera a atacar a mi hermano con él. Luego dejó el cubierto sobre el plato con un tintineo, inspiró hondo y se frotó el rostro con las manos. Cuando las bajó de nuevo, había desaparecido la agresividad de sus ojos y se notaba que se había relajado la tensión de la espalda.

—De acuerdo. Iré con vosotros.

Ezra sonrió satisfecho y se inclinó hacia delante para servirse un trozo más de lasaña.

—Entonces, todo arreglado.

Por debajo de la mesa, Blake le dio una patada tan fuerte en la espinilla que a Ezra se le resbaló la lasaña de la espátula y cayó con un chasquido en su plato. La salsa de tomate le salpicó el rostro y borró la sonrisa de autosatisfacción que exhibía.

Me llevé una mano a la boca, pero cuando Cam y Otis estallaron en carcajadas ya no pude contenerme. Partiéndome de risa cogí a toda prisa el móvil, lo desbloqueé y encendí la cámara. Luego hice diez fotos de mi hermano con la cara llena de salsa.

Ez se pasó enfadado la mano por ambas mejillas, lo cual todavía empeoró su estado y nos hizo reír aún más. Por desgracia volvió en ese momento la cabeza y descubrió el móvil en mi mano.

—Oh, Jude —dijo en un tono peligrosamente tenue—. No deberías haberlo hecho.

—A mí no me eches la culpa —grité señalando a Blake—. La patada te la ha dado él.

—Lo sé. Pero Blake no está en condiciones de que descargue mi cólera sobre su persona.

—Eh, ¿qué haces? —quise saber separándome hacia atrás, cuando él empujó

su silla y se puso en pie.

Me pareció tan amenazador el paso que dio hacia mí que yo también me puse en pie de un brinco. Cuando saltó para agarrarme, chillé y salí corriendo.

—¡Es injusto! ¡Persigue a Blake por la casa, no a mí!

Escapé por la sala de estar, pero a él no le costó nada alcanzarme con sus piernas extralargas. Me quedé detrás de la mesita de la sala y Ezra, al otro lado. Cuando di un paso a un lado, él me imitó.

—En cualquier caso, él no me ha hecho ninguna foto.

—Exacto —oí que decía Blake.

Lancé una mirada asesina a la mesa, y justo ése fue mi error. Todavía estaba mirando a Blake levantar la comisura de la boca cuando Ez saltó sobre la mesita de la sala, ¡sí, sobre la mesita!, y me cazó.

Chillé cuando frotó su mejilla untada de salsa de tomate contra la mía y me defendí con manos y pies. Incluso conseguí clavarle el codo en el vientre una vez, pero ya era demasiado tarde. Se las arregló para inmovilizarme y dejarme sin respiración, porque tenía que resistirme, pero al mismo tiempo me reía y no podía parar.

Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que me había sentido tan tonta y despreocupada.

El uniforme se componía de una falda negra, una blusa blanca, tirantes granates y una corbata negra que Ezra amablemente me había anudado. Me había recogido el cabello en una trenza al lado y, cuando evalué por última vez mi aspecto en el espejo, me pareció que el resultado era aceptable.

—¿Algún consejo más? —solicité a Colin.

Me sonrió y negó con la cabeza.

—No, ya te lo he contado todo. Trata a todo el mundo igual, no vuelvas nunca con las manos vacías y cuídate de que todos los invitados estén satisfechos en tu área.

Eché un vistazo al exterior a través de la ranura entre las dos cortinas blancas y tragué saliva. Gran parte de la sala ya estaba llena, mucha gente había tomado asiento alrededor de las mesas redondas y otros seguían en pie inmersos en alguna conversación. Una orquesta tocaba sobre el escenario que había al extremo de la habitación, donde también estaba la tarima sobre la que se iban a pronunciar los discursos.

Me alisé la corbata por enésima vez y me enderecé los tirantes, aunque todo estaba en su sitio ya.

—¿Sabes cuál es tu área? —preguntó Colin.

Asentí.

—De la mesa cinco a la ocho.

—Muy bien. Por favor, no me decepciones, cada error tuyo recaerá sobre mí —me avisó antes de darme una gran bandeja en la que había un montón de copas llenas de champán y zumo de naranja.

Con esas estimulantes palabras resonándome en los oídos, dejé la cocina y me dirigí a mi área de servicio. Una vez allí, repartí las bebidas sonriendo.

Enseguida confirmé que ese trabajo era mil veces mejor que el de la pizzería. Había aguantado en ella un día más, hasta que Colin me llamó y confirmó que podía trabajar de camarera el fin de semana en la cena de los deportistas. Después había telefoneado enseguida a Johnny y le había informado de que no podía ir. Mis pies todavía no se habían recuperado, ni tampoco mi sentimiento de vergüenza.

Me di media vuelta para tenderle una flauta de champán a la persona más cercana y descubrí a mi hermano. Estaba estupendo con su traje negro. Me habría encantado hacerle una foto y enviársela a mamá y papá, pero tenía el móvil en el bolso, que había dejado en una taquilla al empezar el trabajo. Además, por mucho que me hubiera gustado, no podía considerar enviarles una foto a mis padres. Debían seguir creyendo que yo estaba en Los Ángeles y continuaba trabajando en serio.

Lentamente fui abriéndome camino hacia Ezra, al tiempo que procuraba sonreír y ser servicial con todo el mundo. Tras el primer grupito de personas, por fin descubrí también a Otis, Cam y Blake.

Me quedé de una pieza cuando mi mirada tropezó con este último. La americana negra le caía como hecha a medida y, pese a la férula, se mantenía recto y digno. Se había peinado hacia atrás su rebelde cabello, pero algún mechón protestón le caía sobre la frente. Estaba increíblemente atractivo. Esa noche seguro que no me cansaría de mirarlo; no tenía ni la más remota idea de cómo sobreviviría.

—Buenas noches —saludé ofreciéndoles la bandeja a los chicos—. ¿Desean beber algo?

Otis cogió sonriendo una copa con zumo de naranja.

—Me alegro de que haya funcionado lo del trabajo.

—Y yo más. Gracias por facilitarme el contacto —contesté presentándoles la bandeja a los demás, quienes ante entrenadores y promotores optaron sensatamente por la bebida no alcohólica.

Miré de reojo a Blake. Su mirada no dejaba de vagar por la sala. Parecía como si prefiriese estar en cualquier otro lugar mejor que allí. Pensaba en si debía decirle algo cuando vi con el rabillo del ojo que Colin me hacía una seña para que volviera a la zona de servicio.

Me enderecé.

—Que paséis una estupenda velada —les deseé y, con una sonrisa de disculpa, regresé presurosa a la cocina.

Por el camino recogí las copas vacías. Una vez en la cocina me dieron otra bandeja con la que volví a marcharme. Y eso mismo se repitió durante la hora siguiente. Salía, repartía las bebidas, apuntaba los deseos de los invitados y recogía los platos vacíos.

Al cabo de poco tiempo, casi todos los sitios estaban ocupados y, previo a los entrantes, el decano de la universidad pronunció el primer discurso. Habló de lo estupendo que era que todos se reunieran para un acontecimiento así y que el Departamento de Deporte era el orgullo de toda la Universidad de Woodshill, lo que algunos deportistas vitorearon a media voz.

Luego todo se difuminó en un único y bullicioso ajetreo. En todo el año no había corrido tanto como ese día mientras repartía comida, llevaba bebidas y recogía los platos sucios. Si bien no conseguía cargar con tantos como Colin, él me había dicho que me enseñaría y practicaría conmigo.

Tuve la oportunidad de hacer un pequeño descanso justo cuando hablaba un promotor. Estaba demasiado ocupada en recuperar la respiración y beber agua con avidez y casi no atendía a lo que estaba diciendo.

—¡Buen trabajo, Livingston! —me felicitó Colin dándome un golpecito en el hombro al pasar.

—Gracias —contesté.

—¿Puedes encargarte un momento de mis mesas? Yo también necesito beber algo.

—Claro, ¿dónde?

Señaló el área que estaba detrás de la mía.

—Ahí están sentados un par de peces gordos, así que tenlos contentos, ¿vale? Estaban bebiendo vino tinto. —Eso fue lo último que comentó antes de desaparecer tras la cortina.

Me acabé el resto del agua de un trago y me erguí. Luego cogí una botella de vino y me puse en camino. Volví a sonreír en cuanto me abrí paso por el área de Colin.

A la mesa que él me había indicado sólo estaban sentadas tres personas. Les sonreí de manera cortés.

—¿Desean que les sirva un poco más de vino?

Los hombres apenas me hicieron caso; únicamente el de en medio, con el cabello gris, levantó fugaz un dedo. Lo tomé por una afirmación y le llené la copa.

—A mí me parece que Livingston es un serio candidato —propuso el de cabello gris.

Intenté que no se me notara el síncope. Si era gente importante, era de esperar que el hecho de que ese tipo hubiera mencionado el nombre de Ezra fuera una buena señal.

—Yo también lo creo. Pero es evidente que las circunstancias pueden cambiar de la noche a la mañana —observó el hombre que estaba a su derecha y cuya copa yo llenaba en ese momento.

—Una pena lo ocurrido con Andrews —opinó el rubio que estaba a la izquierda.

Sentí que el brazo se me ponía rígido y retiré la botella con precaución, toqueteando la servilleta que estaba alrededor del cuello para enderezarla y concentrarme unos segundos. Luego me dirigí al tercer comensal y también le serví mientras fingía no escuchar.

—Sí, es una pena. Un potencial tan malogrado —convino el de la derecha.

—¿Lo has vuelto a ver? Ése ya no se recupera.

Un gruñido de conformidad.

—Su carrera ha concluido antes de que haya realmente empezado… ¡Haga el favor de tener cuidado!

Había seguido vertiendo el vino sin darme cuenta de que la copa ya estaba llena. Por desgracia ni siquiera conseguí musitar una disculpa. Me di media vuelta de forma mecánica para ir a buscar un trapo y… descubrí a Blake.

Estaba sólo a unos pasos de la mesa. Con los ojos abiertos y la espalda rígida, miraba a los hombres. Era evidente que había oído todo lo que habían dicho. Algo oscuro llameaba en sus ojos.

—Blake —susurré.

Eso pareció arrancarlo de su inmovilismo. Deslizó la mirada hacia mí y,

cuando reconocí en ella una infinita tristeza, me sentí profundamente conmovida. Di un paso hacia él, pero giró de golpe sobre sus talones y se alejó decidido en dirección contraria.

—¿Va a buscar un trapo o piensa quedarse ahí sin hacer nada? —escuché decir al hombre de cabello gris que estaba detrás de mí.

No tuve que pensármelo demasiado, mi cuerpo reaccionó por su cuenta. Ante la protesta indignada de los hombres, coloqué con un golpe la botella sobre la mesa, me di media vuelta y seguí a Blake a través de la sala. Me llevaba algo de ventaja y dobló a la izquierda por el pasillo que conducía a los baños. Aceleré el ritmo y esquivé a un hombre que acababa de salir de allí. Luego eché un vistazo en ambos sentidos y me dirigí a los lavabos. Puse la mano en el pomo de la puerta y respiré hondo antes de girarlo.

Blake estaba de espaldas a mí. Se había colocado en jarras y oí que respiraba con dificultad.

Cerré con cuidado la puerta tras de mí. Cuando ésta crujió, se dio media vuelta. Sus ojos todavía se oscurecieron más.

—Vete —dijo con dureza.

Negué con la cabeza. Hizo un gesto como de ir a protestar, pero desistió. Por lo visto no le valía la pena hacer el esfuerzo de intentar echarme. Se resignó y se apartó de mí. Sus hombros subían y bajaban deprisa, unas manchas rojas se le extendían por las mejillas y el cuello. No recordaba la última vez que lo había visto tan destrozado.

—Tiene razón —admitió apenado y meneando la cabeza hacia el suelo—. Vete a saber lo que aguantará mi rodilla después de la recuperación. ¿Y quién va a hacer un *draft* con un jugador lesionado? Para mí es el final. —Volvió a mover la cabeza—. ¡Joder, es el final!

Levantó la pierna derecha y dio una patada a la papelera, que voló a través de la habitación y golpeó contra la pared opuesta. Me estremecí y miré a Blake, apoyado con las dos manos en el lavamanos. Sus hombros se movían a un ritmo cada vez más rápido.

El cuerpo me reaccionó de forma totalmente instintiva. Sin pensarlo, me acerqué a él. Sentía un hormigueo en los dedos. Ya estaba levantando la mano, cuando siguió hablando.

—Tengo todo el tiempo la sensación de que la mejor época de mi vida ya ha pasado —dijo con la voz quebrada—. He perdido todo lo que en algún momento ha sido importante para mí. Ya no queda nada, Jude.

Se me hizo un nudo en la garganta y de golpe me sentí extrañamente comprendida. Aunque desde mi llegada a Woodshill no habíamos mantenido ninguna conversación profunda, sabía con exactitud cómo se sentía. De algún modo tenía que hacerle entender que no estaba solo.

—A mí me sucede justamente lo mismo —susurré.

Blake no parecía oírme. Le costaba respirar y se agarró el cuello de la camisa. Con un movimiento descoordinado intentó soltarse la corbata; estaba tan nervioso que se la ciñó todavía más alrededor del cuello.

De nuevo reaccioné por instinto. En ese segundo, todos los asuntos que había entre nosotros dejaron de existir. Lo único que contaba era apoyarlo. Busqué su mano y la agarré. Con dulzura, pero con determinación, tiré de su brazo y lo puse frente a mí. Solté el nudo de la corbata antes de subirle el cuello de la camisa y sacarle la prenda de seda. La dejé en el lavamanos sin prestar atención. Con el mayor cuidado posible le desabroché el primer botón de la camisa. Mis dedos acariciaron su cuello y Blake dejó de respirar, como yo. Intenté que eso no me desorientase.

—Blake —insistí con éxito, pues se volvió hacia mí.

Sufría; su rostro lo mostraba.

—Por favor, no me sueltes un sermón.

Negué con la cabeza.

—No era mi intención. Sólo quería decirte que no estás solo. Y que puedo entenderte.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Entre sus cejas apareció una arruguita.

—Sé que todo te parece horrible. Y soy consciente de que has sufrido un montón. Pero incluso si todo esto te consume: tú no estás acabado.

Resopló y bajó la vista al suelo, pero no se lo permití. Reuní todo el valor que pude y coloqué los dedos bajo su barbilla. Le levanté la cabeza con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

Cuando volvió a mirarme, me quedé sin respiración. Todas las ideas que se me habían ocurrido se dispersaron y me costó volver a reunirlas. Nos sentíamos cautivados el uno por el otro, y en sus ojos distinguí todo el dolor y la desesperación que habían estado corroyéndolo durante semanas.

—No me importa cuánto tiempo haya pasado. Te conozco —murmuré temblorosa e inspiré hondo—. Yo estaba allí cuando empezaste a jugar a baloncesto. Si hay alguien que esté hecho para este deporte, ése eres tú.

Él movió la cabeza negando. Se detuvo. La movió de nuevo.

—Pero ¿y si no es así? —replicó ronco. Hablaba tan bajo que me costaba oírlo—. ¿Qué pasa si todo está perdido?

Si bien un instante antes había evitado mi mirada, ahora daba la impresión de aferrarse a ella para no acabar perdiendo totalmente el control. En sus mejillas había unas manchas rojas.

Verlo así me partía el corazón. En ese momento, no había nada que yo deseara con mayor vehemencia que apoyarlo. No sólo ahora, sino durante todo el tiempo futuro. Quería escucharlo cuando estaba mal. Quería animarlo cuando estaba a punto de rendirse. Quería hacer todo lo que no había podido hacer en los últimos meses. Simplemente, tenía que hacerlo.

Sin perder ni un segundo más, rodeé a Blake con mis brazos. Lo abracé fuerte e intenté darle a entender con ese abrazo lo que no era capaz de expresar con palabras.

Sentí su sorpresa. Su cuerpo se tensó, sólo sus hombros temblaban. Pese a ello, lo agarré con fuerza e intenté ignorar su agradable olor. En su lugar, me concentré en lo que entonces más contaba: ocuparme de que recuperase su fe en sí mismo.

—Nada está perdido —susurré—. Ni mucho menos.

Vacilante, levantó los brazos. Y luego, como a cámara lenta, los cerró alrededor de mí.

Nos veía en el espejo con el rabillo del ojo: Blake, que tanto me superaba en altura, apoyando su cabeza en la mía, casi exhausto; y yo, de puntillas, tratando de sosegarlo por todos los medios con ese abrazo.

Poco a poco su respiración fue serenándose. Relajó la espalda. Respirábamos al mismo compás. Sin embargo, yo no podía soltarlo. Quería que ese momento durase para siempre.

—Me estás aplastando —advirtió de repente.

Lo solté de inmediato y retrocedí un paso para poner distancia entre los dos. Fue después de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja y de alisarme el uniforme cuando conseguí volver a levantar la vista.

En los ojos de Blake asomaba una expresión desconocida para mí. Parecía dividido y turbado. Como si no supiera qué pensar de que fuera precisamente yo quien lo hubiera visto en aquel estado y lo hubiera consolado.

—Ha sido, en efecto, un sermón —concluyó. Por el tono de su voz, el momento emocional que habíamos experimentado ya había desaparecido.

Tragué saliva y me alisé cohibida la falda.

—Espero que haya servido para algo, al fin y al cabo estoy desatendiendo un trabajo que, excepcionalmente, me gustaría conservar.

Hablé sin saber lo que decía, porque todavía sentía los brazos de Blake en mi espalda aunque ya no estuviésemos abrazados. Seguimos un rato callados. Lo que hacía un instante había florecido entre nosotros cargado de significado se retiró a un orificio oscuro. De repente tomé conciencia del aire sofocante del cuarto, así como del goteo del grifo y del hecho de que el suelo estaba lleno de restos de toallas de papel húmedas.

Blake se dio media vuelta y miró en el lavamanos, donde su corbata reposaba en un charco. La sacó de allí.

—Ahora está mojada.

—Da igual —respondí y me aclaré la garganta—. Puedes salir tal como estás.

Se echó un vistazo en el espejo y torció malhumorado la boca.

—Tengo aspecto de haber sufrido un ataque de nervios.

Puse los ojos en blanco.

—Ven aquí.

Se acercó a mí y me puse de puntillas para apartarle el cabello revuelto de la frente. Él inclinó la cabeza y me dejó hacer. Cuando acabé de arreglarle el pelo, le abotoné la camisa y le enderecé el cuello.

—¡Como nuevo! —exclamé.

Comprobó su imagen en el espejo, pero antes de que pudiera dar marcha atrás me volví y me dirigí a la puerta.

Blake me siguió pisándome los talones y salimos juntos al pasillo.

Avanzamos el uno al lado del otro. La música de la sala resonaba apagada y fue aumentando de volumen con cada paso que dábamos. Justo antes de llegar a la entrada, Blake me cogió de la muñeca de repente. Levanté la mirada hacia él, sorprendida. Su rostro se hallaba envuelto en la penumbra del pasillo. Lo oí respirar profundamente.

—Gracias —susurró y me acarició con el pulgar el lugar donde me latía el pulso.

Me flaquearon las rodillas y sentí que se me secaba la garganta.

—De nada —respondí en el mismo tono que él.

Blake volvió a asentir antes de soltarme y volver a la sala.

Durante toda la noche percibí el eco de su caricia en la muñeca.

13

A la mañana siguiente me despertó un fuerte ruido. Suspiré hondo y, parpadeando, eché un vistazo al móvil.

Eran las nueve y unos minutos.

Hundí el rostro en la almohada e intenté volver a dormirme. Había llegado alrededor de las seis a casa y sólo había conseguido ponerme unos *leggings* y una camiseta para meterme en la cama al cabo de pocos minutos, medio muerta de cansancio. Para mí, era media noche.

Pero, al parecer, los chicos eran de otra opinión.

De nuevo resonaron unos golpes y a continuación unos gritos. Abandoné frustrada la idea de volver a conciliar el sueño y aparté las sábanas.

La noche anterior todo había ido bien. Cuando volví del baño, Colin no me regañó porque los señores que habían hablado tan desfavorablemente de Blake se hubieran quejado de mí. Había tenido la generosidad de no hacerles caso y había sido muy amable al darme otra oportunidad. De ahí que después me pusiera a trabajar con ahínco y le demostrara que me tomaba el trabajo realmente en serio. Cuando nos despedimos me anunció que, si me parecía bien, me propondría oficialmente a su jefe para el siguiente evento, lo que me pareció genial, por supuesto. Me registrarían en un fichero de trabajadores temporales y contactarían conmigo cuando me necesitaran. Si bien no era algo seguro, siempre era mejor que andar por el campus vestida con ese áspero disfraz de *pizza*. Además, nos habían dejado un montón de propinas que se habían repartido entre el personal de servicio. Yo me guardé el dinero y retiré el anuncio de la venta de mi *tablet*.

Todavía medio dormida, me levanté de la cama y me encaminé hacia la sala. Cam y Blake estaban repantingados en el sofá jugando, mientras que mi hermano y Otis desayunaban sentados a la mesa.

—Buenos días —saludé afónica. Había pasado media noche gritando pedidos porque la música estaba cada vez más alta y mi voz mostraba ahora las

consecuencias con nitidez.

Los otros farfullaron un saludo y yo arrastré los pies hacia la cafetera. Apreté el botón de la taza grande y disfruté del olor del café que caía lentamente en el recipiente. Otis se me acercó y me señaló la sartén del hornillo, en la que todavía quedaba una buena ración de huevos revueltos.

—Cómete lo que queda, si te apetece.

—Oh, eres el mejor —suspiré y llené un plato vacío con el revuelto.

Provista de un plato y una taza, me acerqué a la mesa y me senté junto a Ezra. Entonces me atreví a mirar fugazmente a Blake, que estaba inmerso en su duelo con Cam. Los dos llevaban pantalones de chándal y el torso desnudo. Justo en ese segundo Blake ganó a Cam y levantó triunfal una mano.

—Toma ésa, fideo.

—Uau. Qué paliza me has dado.

—De las buenas.

La expresión de su rostro era inescrutable. Me pregunté si realmente estaba mejor o si hacía teatro. Antes era como un libro abierto. Enseguida se veía de qué humor estaba y, si no era así, él mismo contaba qué le ocurría al cabo de cinco minutos.

—Eh, dime, ¿qué camiseta es ésa? —me interpeló Otis cuando se sentó frente a mí. Con la mirada fija en la prenda, bebió un gran trago de zumo de naranja.

Bajé la vista y me quedé atónita.

Llevaba una camiseta de baloncesto de Blue River High. Para ser más exactos, la camiseta de Blake de Blue River High. La que le había robado de su armario y me había llevado a Los Ángeles. La camiseta que la noche anterior había rescatado de mi maleta y me había puesto en pleno delirio.

Mierda.

Sentí que me ardían las mejillas y me deslicé hacia abajo en la silla. Pero era demasiado tarde. Todos los ojos de la habitación se habían posado en mí.

Miré a Blake, que bajó la vista ceñudo y reconocí exactamente el momento en que se percató de qué se trataba. Algo centelleó en sus ojos.

—¿Es la mía? —preguntó Ezra con la boca llena.

—Yo… esto… Tengo que irme un momento… —balbuceé levantándome de un salto.

Con la espalda pegada a la pared para que Otis, Cam y Blake no vieran el número del dorso, me precipité al pasillo. Mientras que en su día para mí la

camiseta había sido como un abrazo consolador y protector, ahora tenía la impresión de que el número 11 se burlaba de mí.

Corrí a mi habitación —si es que se puede calificar así al acto de avanzar con la espalda pegada a la pared— y me puse unos vaqueros y una camiseta de manga larga azul oscuro. Y ya que estaba, subí al baño y me arreglé del todo. Cuando el sofoco disminuyó, me atreví a bajar de nuevo.

Entretanto, Ezra y Otis ya no estaban a la mesa. Allí sólo quedaban mi plato y mi taza, aunque seguro que tanto el revuelto como el café estarían ya fríos. Daba igual.

Me senté sin hacer caso de Blake y Cam, sumergidos por completo en una nueva partida. Me tomé a toda prisa el revuelto frío y el café mientras buscaba en la *tablet* anuncios de casas. Si bien todavía tendría que esperar para poder permitirme pagar un depósito, seguro que no me perjudicaría hacerme una idea general de las ofertas que había en Woodshill.

—¡Ja! —exclamó triunfal Cam mientras Blake daba un fuerte suspiro—. La venganza es dulce, Andrews. —Y dichas estas palabras, lanzó el mando a la mesa de la sala, se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza—. Nos tenemos que ir. Reunión.

Blake se limitó a gruñir.

—Nada de tonterías —advirtió paternalmente Cam—. Y no hagas nada que yo no haría.

Blake le mostró el dedo corazón. Cam me dirigió una amplia sonrisa antes de abandonar la sala y subir ruidosamente al piso superior. El silencio se extendió por la habitación. Seguí navegando entre los anuncios sin fijarme demasiado en si se ajustaban a mi presupuesto o no. Un poco más tarde oí que los chicos bajaban de nuevo.

En el pasillo vi a Ezra, que levantó la mano un momento.

—¡Hasta luego!

Cam cerró la puerta tras de sí y me quedé sola con Blake. Un hecho que intenté ignorar mientras me acababa deprisa el desayuno. A continuación me levanté y dejé mis cubiertos en la cocina.

Blake continuaba sentado en el sofá. Sostenía el mando en la mano, pero no empezaba ninguna partida nueva.

Sobre la mesita de la sala había varios vasos y platos y, cuando deslicé la vista un poco más, descubrí un montón de ropa medio escondida bajo el sofá.

Distinguí la americana, la camisa y el pantalón que Blake llevaba el día anterior y arrugué la frente.

Volvía a mirar a Blake. Estaba con la pierna en alto y con la cara contraída. Me fijé en la rodilla, bajo la que estaba colocando un cojín, y fruncí el ceño.

—¿Has dormido aquí? —Blake se quedó de piedra y se esforzó a todas vistas por mostrar indiferencia—. ¿Cómo se te ocurre? —Ladeé la cabeza—. Los cubiertos sobre la mesa baja, que no has llevado a la cocina pese a que normalmente lo haces. El montón de ropa que hay detrás del sofá y que no has escondido lo bastante bien. Y, además, la cara de dolor que tenías al levantar la pierna y ponerla en el sofá.

Arqueó una ceja. Luego se recostó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tal vez esté de fin de semana y demasiado perezoso para recoger los cubiertos. La ropa quizá esté aquí porque acabo de llegar. Y mi cara… es posible que se deba a la resaca.

Estaba convencida de que lo que decía no eran más que bobadas. Lo demostraban las pausas demasiado largas entre palabra y palabra.

—O que ayer por la noche no conseguiste subir por la escalera.

—Porque estaba demasiado borracho.

Me acordé de la noche anterior. En el momento en que perdió el control y dio una patada a la papelera con la pierna lesionada. Tuve un mal presentimiento.

—O porque te dolía tanto que no podías caminar.

Me acerqué a él, quería verle la rodilla, pero él puso otro cojín encima para impedírmelo. Sin hacer caso de sus protestas, lo cogí y lo aparté.

La rodilla estaba aproximadamente el doble de hinchada y, por su aspecto, no era capaz ni de doblarla.

—Mierda, Blake —susurré alarmada—. Esto tiene que verlo un médico.

—Ya lo sé.

Lo miré. Su rostro aún era inescrutable, pero exhaló frustrado el aire.

—¿Cómo es que no has dicho nada? Los chicos te habrían llevado enseguida.

—Esperaba que mejorase por sí sola.

Entonces me llegó a mí el turno de levantar la ceja.

—No sé qué aspecto tenía antes, pero no creo que esta hinchazón sea normal. —Ayer todavía caminaba. Y ahora ni siquiera podía subir por la escalera—. ¿Te duele mucho?

Respondió con un movimiento vago. Pero la cara contraída y esa actitud

rígida eran señales suficientes.

Me puse a darle vueltas a la cabeza como una loca. Entonces recordé lo que había pensado al hablar con él. A lo mejor ésta era mi oportunidad. A lo mejor podía demostrarle que estaba a su disposición. Sin importar lo que hubiera sucedido antes entre nosotros.

—Me voy contigo en coche al médico —anuncié con determinación.

Blake levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Tienen que verte la rodilla. Estoy encantada de acompañarte. Si no quieres, también puedo llamar a Everly y averiguar si tiene tiempo…

—Si lo haces, te mato… —farfulló entre dientes.

Lo miré sorprendida. Se frotó el rostro con las manos.

—En realidad lo único que quiero es tener un poco de tranquilidad. Si ahora recibo una porción de MoPaBla, entonces… —Movió la cabeza con una expresión furiosa—. No me hagas eso, por favor.

—De acuerdo. Pues entonces subo y busco algo para que te vistas…

Lo planteé como una pregunta y esperé su respuesta. Permaneció indeciso un momento. Como si no supiera si estar enfadado o agradecido conmigo por no dejarlo solo. Al final se resignó y soltó un sonoro suspiro.

—Vale.

Asentí y me di media vuelta inmediatamente para correr hacia arriba. Aunque tenía el permiso oficial para entrar en su habitación, me sentí casi como una delincuente al cruzar el umbral. La última vez, sólo me había concentrado en Blake y no había prestado atención al entorno. Ahora, por el contrario, mi mirada se posó al instante en la pared de detrás de la cama, la única pintada de gris y en la que colgaban un par de imágenes enmarcadas. Pese a que no quería demorarme allí más de lo necesario, no pude evitar acercarme para observarlas.

Una foto mostraba a Blake con su madre, que sonreía orgullosa a la cámara. En otra foto se lo veía con unos sudorosos compañeros de equipo. Resplandecía triunfal, seguro que se la habían hecho después de un partido. En la tercera foto estaban Blake, Everly y un chico rubio al que no conocía. Y en la última foto… Ezra, Blake y yo. Era una imagen ya antigua, yo debía de tener entonces unos trece años. Estábamos en nuestro jardín, en el fondo se veía algo borrosas a nuestras madres. Yo estaba entre los dos chicos y todos sonreíamos. Ya entonces me superaban unos centímetros en altura.

No podía creer que la hubiera colgado ahí. Las fotos reflejaban todas las

fases de su vida. Y me pregunté si eso no sería una señal de que no me había expulsado totalmente de ella.

Con el corazón palpitante fui al armario y abrí la puerta. Todo olía a él. El aroma inconfundible de la bergamota y de algo que para mí significaba hogar se expandió en mi nariz. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no permanecer más tiempo allí, oliendo, en sentido literal y figurado. En lugar de eso me concentré en lo urgente y saqué de un estante un pantalón de chándal gris oscuro, una camiseta y un mullido jersey de color negro que yo misma habría estado encantada de ponerme. Busqué las muletas y las encontré en el rincón de la izquierda, junto al armario. Las cogí, pillé también el abrigo y volví abajo.

De vuelta en la sala de estar, le tendí primero el pantalón.

—Toma.

—Gracias —murmuró él.

Me hormigueaban las manos, estaba deseando estirarlas y ayudarlo, pero él se vestía con tal obstinación que yo estaba segura de que no me habría permitido de ninguna de las maneras que le echara un cable. Tardó un poco, pero al final lo consiguió y se ajustó la férula sobre el pantalón. Se puso en pie y extendió la mano.

Me despisté un instante al ver su vientre desnudo, pero luego enseguida le pasé la camiseta y el jersey. Se puso los dos y cogió las muletas. Después de volver a tomar una profunda bocanada de aire, se encaminó hacia el pasillo a través de la sala de estar. Yo me eché algo por encima mientras él se ponía los zapatos y salimos juntos de casa.

Nos dirigimos despacio al coche. Ya había ido varias veces en el Chevrolet Sonic negro. Blake lo tenía desde los diecisiete años. Acudieron a mi mente imágenes del día que me acompañó a casa con el vehículo recién comprado. Cuando fue a recogerme a la escuela, estaba apoyado con los brazos cruzados en la puerta del conductor.

Me cosquillearon los dedos al extender la mano. Me tendió la llave, pero con cierta reticencia.

—Conduce con prudencia.

Puse los ojos en blanco. Mi padre me había enseñado a conducir. Y él era algo así como el conductor más prudente del mundo. De modo que no hice caso de sus palabras y le cogí el manojo de llaves.

Blake necesitó bastante tiempo para entrar y colocar el asiento del acompañante de modo que pudiera acomodar la pierna en el espacio adecuado

para ello. Entonces separé con cuidado el coche del acceso a la casa y me detuve un momento. Antes de salir del todo, lo miré de reojo. Tenía la cara tensa, se reconocía en ella la misma expresión sombría que la noche anterior. Había apoyado la cabeza en el reposacabezas y miraba al frente como si nos encamináramos a su matadero personal.

—Eh. —Sin enderezarse, movió unos milímetros la cabeza en mi dirección —. Todo irá bien —dije con determinación.

Su respuesta consistió en un gruñido.

Entendía su estado de ánimo. Íbamos camino del hospital porque tenía la rodilla del tamaño de un melón. Se sentía fatal por eso y, además, estaba forzado a perder tiempo con su exnovia, que le había hecho más daño que nadie. Pero yo me atuve con firmeza a lo que me había propuesto: no lo abandonaría. Le demostraría que él no estaba, ni mucho menos, acabado.

14

Un año y medio antes

Cuando sonó el móvil, me abalancé sobre él tan deprisa que casi fue ridículo.

—¿Hola?

—Baby *—se oyó una voz aterciopelada al otro extremo de la línea, y mi corazón brincó de emoción. Era uno de los apodos que me había puesto durante el último año y, cada vez que lo utilizaba, yo lo único que quería era arrojarme a sus brazos.*

—Por fin, ya pensaba que te habías olvidado de mí —dije y me tendí en el sofá del diminuto apartamento—. He probado antes, pero te habías metido en una zona sin cobertura. No lo he conseguido.

—Por suerte ahora ha funcionado —señaló Blake—. Tengo novedades.

Me senté.

—¡Cuenta!

—He aceptado un trabajo en una tienda especializada en fiestas.

Sentí un nudo en la garganta. Con el horario de clases tan cargado y los entrenamientos del primer semestre, Blake ya tenía suficientes cosas que hacer. Se mataría trabajando; además, vivía desde hacía unas pocas semanas en Woodshill.

—Ya habíamos hablado de eso —recordé con cautela.

—Lo sé. Pero me veo capaz. Con el dinero podré comprarme billetes de avión, lo que significa que podremos vernos más a menudo. Te echo de menos.

—Yo a ti también —murmuré y sentí un tirón, a esas alturas ya familiar, en el pecho. Era como si el corazón quisiera irse con él, sin importar los kilómetros que nos separaran—. Mucho. Pero no quiero que te esfuerces en exceso.

Suspiró; un suspiro apenas audible.

—No te preocupes —respondió con toda tranquilidad—. Tendrías que haber visto todo lo que venden. Con globos hacen centros de mesa; adornos para

bodas, fiestas y cumpleaños infantiles. Mi colega TJ hasta sabe hacer animalitos con globos. Me ha dicho que cuando llegue el momento me enseñará.

Podía oír su sonrisa a través del auricular y también deseaba poder verla. Blake tenía la sonrisa más bonita del mundo. Cada vez que me sonreía era como si el mundo se hubiese detenido sólo para nosotros.

Relegué mis preocupaciones al rincón más alejado de mi mente y me concentré en su respiración. Quería devolverle la misma despreocupación que él me comunicaba en todas nuestras conversaciones.

—Siempre he querido tener un animalito hecho con globos —confesé al cabo de un rato.

—Yo también. —De nuevo un suspiro. Algo crujió en el fondo—. Me habría encantado regalarte uno por nuestro aniversario.

Sonreía.

—Habría sido genial.

—Por suerte he encontrado algo mejor.

Llamaron a la puerta.

—Un momento, cariño. Tengo que ir a la puerta un segundo. Seguro que mi compañera de piso ha pedido otra vez veinte paquetes. Te juro que…

Abrí la puerta… se me cayó el móvil de la mano. Tuve que parpadear varias veces para estar segura de que la razón no me estaba jugando una mala pasada. En el umbral de la puerta de mi minúsculo apartamento estaba Blake.

—Yo mismo —dijo abriendo los brazos—. Yo soy el mejor regalo.

Sin dudarlo ni un segundo, me abalancé sobre él. Enlacé las piernas en su cintura, los brazos en su cuello y me agarré a él con todas mis fuerzas. Las lágrimas me inundaban los ojos. Él cerró los brazos alrededor de mi espalda y hundió el rostro en mi cuello. Por un momento infinitamente largo permanecimos así. Mi corazón latía desbocado y yo sollozaba.

—Feliz aniversario —susurró con voz ahogada.

Lo abracé todavía más fuerte y percibí su olor a tierra. Olerlo era estar en casa. Olía a todo lo importante para mí. Inspiré hondo una vez más antes de contestar.

—Es el mejor regalo que me han hecho jamás —susurré en su piel.

—Ya me lo imaginaba.

Me aparté un poco de él y eché la cabeza hacia atrás para poder verle la cara. Luego se la cogí con las manos y le acaricié las mejillas con los pulgares.

—Por lo que veo, Woodshill no ha perjudicado para nada tu seguridad en ti

mismo. —Antes de que pudiera responderme, lo besé—. Te quiero —susurré.

—Yo también te quiero. —Frotó su nariz contra la mía—. Y ahora enséñame tu habitación. Quiero celebrar nuestro aniversario como es debido.

Le señalé el pasillo con el dedo.

—Ahí al fondo, la segunda puerta.

Blake cerró la puerta y me volvió a mirar a los ojos. En su rostro se dibujó la sonrisa jovial que yo tanto amaba. Era sólo mía. Por un momento, el mundo pareció aguantar la respiración. Yo flotaba.

—Perfecto —murmuró.

Mientras me llevaba por el piso en dirección a mi cuarto, pensé en cuánta razón tenía: éramos perfectos.

Los pasillos del hospital estaban pintados de amarillo y llenos de manchas. Algunas eran marrones, otras verdes, otras grises y me planteé qué era lo que habría estallado contra la pared en cada caso y si tendría origen humano.

Me estremecí y volví a consultar el móvil, donde revisaba los mensajes de eBay. Ya llevaba más de una hora esperando a Blake. Una enfermera lo había conducido a la consulta y yo me había sentado en la sala de espera. Esperarlo me estaba volviendo loca y, con cada minuto que pasaba, más preocupada estaba. Tenía miedo por él. Y temía que cuando volviera de la revisión todavía estuviera más hecho polvo que la noche anterior.

Cerré eBay y abrí Instagram. Revisé rápidamente el *feed* y miré las fotos de mis anteriores compañeras y compañeros. Sam anunciaba el nuevo papel que había obtenido y volví a felicitarle, esta vez en un mensaje privado. Pero no había contado con que me respondiera apenas unos segundos después.

¡Jude! Hace una eternidad que no sé nada de ti. ¿Cómo te va? ¿Tienes ganas de salir a tomar un café? 😊

Tragué saliva y me incliné sobre el móvil para contestarle.

Por ahora, todo bien. Ya no estoy en L. A. y vivo con mi hermano en Woodshill.
Pero ¡veo que te va estupendamente!
Me alegro mucho por ti.

Me tembló el dedo al pulsar «Enviar». No lo entendía. ¿Cómo es que siempre me afectaba tanto decir, o pensar simplemente, que ya no estaba en Los

Ángeles?

El móvil volvió a vibrar.

> ¿Qué? ¡No! No nos hemos visto antes de que te fueras. Y sí, todo va muy bien, pero hay altibajos. Ojalá no hubiesen cancelado *Twisted Rose*. Lo echo de menos. Y a ti. Fue una época estupenda.

Leí su mensaje dos veces porque no podía creerme lo que me estaba escribiendo. Hice clic en sus fotos. Se le veía en estrenos. Haciendo el tonto con compañeras y compañeros del rodaje. En la playa, con gafas de sol y gorra, porque no salía de casa sin ella. A juzgar por su sonrisa y los textos escritos al pie de las imágenes, siempre había ido hacia delante y nunca había mirado atrás. Nunca habría sospechado que extrañara *Twisted Rose* tanto como yo. Sentí un doloroso espasmo en el estómago.

—¿Jude? —resonó una voz por encima de mí.

Me sobresalté y aparté la mirada de la pantalla del móvil. Tenía a Blake delante y me miraba fijamente. Me levanté al instante de la silla y me aparté el pelo de la cara.

—¿Y? —le solicité subiendo demasiado el tono.

Blake miró un segundo mi móvil antes de volverse de nuevo a mí.

—Todo bien —respondió.

Sus palabras fueron filtrándose en mi interior. Suspiré aliviada.

—¿De verdad? ¡Es fantástico!

Asintió, pero parecía inseguro. Con un carraspeo, me volví para coger nuestras prendas de la silla. Le tendí el abrigo.

—Toma.

No apartaba la vista de mí, como si quisiera saber exactamente qué era lo que no funcionaba. Al mismo tiempo, su mirada era tan sombría como poco antes, en el coche.

Las cosas no iban en absoluto bien. Ya fuera para él o para mí. Y ambos éramos conscientes de ello.

Aparté la vista y me puse la chaqueta. Después de que él se hubiese cubierto con el abrigo, fuimos juntos hacia el ascensor.

—¿Qué tienes que hacer ahora? —pregunté señalándole la rodilla.

Blake apretó el botón con la flecha hacia abajo.

—Al parecer la hinchazón es normal y puede ocurrirme más veces. Mi doctora ha dicho que tengo que dejar de dar patadas a los objetos si quiero volver a jugar algún día.

Inspiré aire con fuerza.

—Suena como si hubiera conseguido convencerte.

Asintió brevemente.

—Me ha dado un nuevo analgésico. Además, no tengo que cargar demasiado la rodilla durante los próximos días.

Blake y yo salimos del ascensor y dejamos el hospital en dirección al aparcamiento donde estaba el coche. Un aire congelado nos golpeó el rostro y me alegré de meterme en el vehículo. Todavía estaba caldeado pese a la hora larga que habíamos pasado en el hospital. Encendí el motor y ya iba a quitar el freno de mano cuando Blake me detuvo.

—Espera.

Aparté la mano del freno y lo observé curiosa.

Me miró primero a los ojos, luego a la mano y, al final, a través del parabrisas, observó el coche que teníamos delante. Luego emitió un sonoro suspiro.

—Yo… yo todavía no quiero ir a casa. —Por un momento creí que no lo había oído bien—. Porque tendré que explicarles a todos lo que ha pasado y se pondrán de los nervios. Y… no tengo ningunas ganas de eso ahora.

Asimilé sus palabras. Era comprensible que no quisiera enfrentarse a esa situación, sobre todo después de lo ocurrido la noche anterior.

Blake bajó la vista a sus manos, que descansaban con las palmas hacia arriba en su regazo. Las cerró y apretó brevemente los puños y luego las volvió a abrir.

A mí tampoco me esperaba nada en casa. Sólo la habitación sobria y silenciosa que me permitía un espacio para seguir pensando en el mensaje de Sam.

—Yo tampoco quiero ir a casa —declaré titubeante al cabo de un rato.

Blake levantó sorprendido la cabeza.

Había tanto entre nosotros… Era increíble cuánto. Pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que la noche anterior algo había cambiado. Algo se había desplazado y se había colocado en el lugar correcto. En su mirada ya no asomaba repulsión, sólo ese algo nuevo que yo no podía definir con exactitud. Y me obligué otra vez a recordar lo que me había propuesto el día anterior. Quería

que contara conmigo. Quería demostrarle que todavía podía hacerlo. Y tal vez fuera eso lo que ambos necesitábamos.

Sin dudarlo un segundo más, quité el freno de mano y salí del sitio donde había aparcado. Sin embargo, en lugar de dar media vuelta, orienté el coche en el sentido contrario.

—¿Adónde vas? —me preguntó Blake. Parecía bastante escéptico, lo que no era extraño. En cierto modo, yo también lo estaba.

—Ni idea —admití girando hacia la calle principal.

Blake guardó silencio unos minutos.

A nuestro lado se deslizaban tiendas y supermercados, hasta que los árboles sustituyeron las hileras de comercios. Cuanto más avanzábamos, más escasos eran los edificios a ambos lados de la carretera y más campos cubiertos de hielo se veían. Pasado un rato, entró en mi campo visual, a unos pocos metros de distancia, un letrero según el cual nos despedíamos de Woodshill.

Blake cambió la posición de la pierna. Luego extendió la mano y encendió la radio. La nueva canción de los Jonas Brothers resonó por los altavoces y en mi interior despertó la niña de once años. Miré un momento a Blake, que se recostó en el respaldo.

Pasamos junto al letrero de Woodshill y abandonamos la ciudad.

—¿Algún deseo en lo que a paraderos se refiere? —le consulté al cabo de un rato.

Gruñó indeciso.

—Sigue adelante. —Durante unos segundos permanecimos en silencio—. Cuando anunciaron su regreso a los escenarios enseguida pensé en ti —reveló Blake de repente, señalando con la barbilla la radio.

—¿En serio? —Lo miré un momento, pero él contemplaba por la ventana los abetos que se alzaban en los flancos de la carretera.

—Todavía me acuerdo de que siempre decías que ibas a ser la segunda esposa de Kevin.

—Está claro que Kevin era el más infravalorado de los hermanos Jonas. Se merecía mucho amor.

—Lo de la boda no llegó a funcionar.

Me llevé la mano al corazón.

—Me alegro de que sea feliz con Danielle, mientras dure.

De nuevo una breve pausa.

—Suena como si tuvieras la intención de matarla.

Sonreí calladamente.

—Tienes un aspecto terrorífico. No insistas.

Seguí sonriendo y subí el volumen de la radio. Joe Jonas cantaba en ese momento que estaba loco por su esposa. Mientras tanto, pensé que era la primera vez desde mi llegada que Blake y yo charlábamos despreocupadamente. Como si al abandonar Woodshill también hubiésemos dejado atrás nuestras diferencias. A nuestro alrededor se alzaban montañas cuyas cumbres no se distinguían porque estaban envueltas en nubes. Era un panorama precioso y en ese momento deseé tener la capacidad de atrapar con las manos la atmósfera que había surgido entre nosotros para retenerla.

Le lancé una breve mirada, pero él observaba a través de la ventanilla, ausente. Como si hubiese regresado mentalmente al pasado. Pero yo no quería que ocurriera así. Lo necesitaba ahí para mostrarle que ya no nos encontrábamos en esa horrible fase de entonces.

—¿Te gustan los médicos? ¿Los del equipo de rehabilitación?

Blake pareció sorprenderse del cambio de tema. Cogió el asidero de la puerta del coche y se removió inquieto en el asiento durante unos segundos.

—La verdad es que sí. Pero todo este tiempo… —Se interrumpió. Daba la impresión de interrumpirse a la fuerza.

Me acordé de la reacción que había tenido el día anterior. Cuando había estado repitiendo que su carrera había concluido.

—¿Tienes la sensación de que no sirve de nada? —indagué.

Capté su ademán resignado con el rabillo del ojo.

—A veces. Me refiero a que hay muchos jugadores que se han lesionado alguna vez y que se recuperan con éxito.

—¿Pero? —insistí.

Fue como si necesitara unos minutos para ordenar sus pensamientos.

—Tampoco lo sé. A mí me dicen todo el tiempo que no tengo que compararme con los demás. Y que cada uno tiene su propio ritmo a la hora de recuperarse. Por eso intento no leer demasiadas historias triunfales. Pero a uno de mi equipo, Craig, también se le desgarró el ligamento cruzado. Cada vez que hablo con él me repite lo rápido y estupendo que fue todo para él. Lo que no es mi caso. La rodilla se me hincha con frecuencia y me cruje cuando intento correr. Es un constante arriba y abajo, y eso me frustra. —Yo ya iba a decir algo, pero él cogió aire para proseguir—: Y luego vienen los chicos y me hablan del entreno que acaban de hacer porque intentan obstinadamente motivarme e

incluirme, pero todo eso me resulta muy forzado. Y me somete a una presión enorme. Entonces los decepciono, lo sé, pero no puedo parar. Por las mañanas, cuando me levanto e intento ser como antes pero no funciona, todavía me enfurezco más. Es un maldito círculo vicioso.

Reflexioné unos instantes y elegí con cuidado las palabras que iba a pronunciar.

—Tampoco eres el mismo de antes.

—Gracias, justo eso era lo que quería escuchar ahora.

Así el volante con más fuerza.

—Sabes a qué me refiero. Yo no soy como antes. Tú no eres como antes. Pasamos por altibajos y evolucionamos.

No sabía qué decía. Lo único que quería era que no estuviera triste y dejara de verlo todo tan negro.

—Se diría que has leído una guía práctica.

Cuando intenté pegarle, me esquivó hábilmente. Di un leve suspiro.

—No sé si ayuda o no, pero a mí también me va fatal. A veces todo es horrible, y es así y punto. Uno tiene que abrirse camino como puede y seguir adelante.

Breve pausa. De nuevo se removió en el asiento. De fondo, el locutor de la radio sostenía un monólogo que no encajaba en absoluto con nuestro humor. Por lo visto, Blake opinaba lo mismo y bajó el volumen, tanto que sólo se oía el roce de los neumáticos sobre el asfalto.

—Cuéntame qué ocurrió en Los Ángeles, Jude.

Me lo pidió tan de repente que casi pisé el freno. En un primer momento me puse rígida y sentí unos desagradables pinchazos entre los omóplatos.

Durante las últimas veinticuatro horas, Blake me había abierto su corazón. Me había contado cosas que no les había revelado ni a Ezra ni a Everly. Había dejado que lo llevara al hospital. Por primera vez desde mi llegada a Woodshill, tenía la sensación de que estaba conmigo por su propia voluntad. Y en cierto modo yo le debía una explicación, ya que en el pasado no había podido darle ninguna razonable.

Respiré hondo y traté de derribar un poquito los muros que había levantado a mi alrededor. Lo necesario para conseguir revelar algo de mí y de mi estancia en Los Ángeles.

—No resultó ser como yo me lo había imaginado —empecé tenuemente.

—La última vez que fui a verte no daba esa impresión.

Blake me hablaba sereno, casi con dulzura. Como si sospechara lo mucho que me costaba rememorar ese asunto.

El recuerdo de su visita sorpresa me enterneció. Pero esa sensación no duró mucho. Cuando pasé revista a todo lo que siguió, ese sentimiento de calidez fue sustituido por un frío helado.

—Al principio todo fue bien —contesté vacilante—. Pero después de que cancelaran la serie no me dieron ningún papel. Mi compañera de piso se marchó y tuve que pagar el alquiler dos meses sola. El inquilino que la siguió dejó el apartamento hecho polvo y eso me costó la fianza completa.

Notaba los ojos de Blake sobre mí, pero me concentré intensamente en mirar al frente y conducir. La tensión de la espalda fue en aumento, se extendió de ahí a todo el cuerpo hasta que me sentí rígida como un bloque de hielo.

—Entonces mi agente opinó que mi aspecto me impediría obtener papeles razonables —proseguí—. Ya sabes que nunca estuve muy satisfecha del montículo de la nariz, así que fui a una clínica para que me lo arreglaran. Durante ese tiempo estuve de baja y tuve que vivir del resto de mis ahorros. Mi agente me había asegurado que después tendría un papel para mí, pero cuando me reuní con él me confesó que me había encontrado una sustituta. Y también que ya no quería representarme más.

No era toda la verdad, pero se acercaba bastante.

Blake soltó un improperio; no obstante, antes de que interviniera, seguí hablando. Si no lo hacía ahora, no lo conseguiría. Detrás de los ojos me aumentó esa presión traicionera.

—Cuanto más tiempo estaba allí y más reveses tenía que encajar, peor me sentía. —Apenas logré susurrar las últimas palabras—. Tenías razón con lo que dijiste. Tiré la toalla. Porque ya no me quedaban fuerzas para seguir. Yo… no podía más.

Parpadeé inquieta varias veces seguidas y me centré desesperada en la carretera. En mis manos sosteniendo el volante. En mi pie en el acelerador. Tenía que aferrarme al presente. No debía regresar mentalmente a ese agujero oscuro en el que había caído a una velocidad que iba en aumento de forma imparable.

Nos adelantó un coche y agarré el volante con tanta fuerza que me temblaron las manos.

—¿Podrías parar ahí delante?

Aunque planteó la pregunta con calma, me pareció, en el silencio que nos rodeaba, que hablaba demasiado alto. Deseaba que no hubiera bajado el volumen

de la radio. Asentí mecánicamente y dirigí la mirada al desvío. Era probable que Blake percibiera que yo no estaba en situación de conducir y velara por su seguridad.

Sólo cuando giré, pocos segundos más tarde, descubrí el área de servicio a la cual nos dirigíamos. Me alegré de aparcar el coche. Me temblaban tanto las manos que casi sentí vergüenza. Apenas si conseguí apagar el motor. Me quedé mirando una mosca aplastada en el parabrisas.

Blake se desabrochó el cinturón y abrió la puerta del acompañante, después bajó con dificultad del vehículo.

Sentía palpitaciones en el cuello y me maldije por haberle contado todo eso. A fin de cuentas, yo era la que lo había herido. No tenía derecho a desvelarle mis fracasos y a desahogarme con él.

De repente golpeó el cristal y miré desconcertada por la ventanilla del coche. Blake estaba delante y me indicaba con un gesto de la cabeza que me bajara.

Sentí como si tuviera un puñado de polvo en la garganta al tragar. Dominé mis sentimientos y bajé del coche. Evité la mirada de Blake y me colgué el bolso. Me coloqué bien la cinta. Cuando me hube recobrado un poco, me atreví a hablar.

—¿Vamos a comer algo? Seguro que tienes hambre. Podríamos…

Blake levantó la mano y me impidió que siguiera removiendo el bolso. Sorprendida, levanté la vista hacia él. Había fruncido el ceño formando una profunda arruga. Reconocí su expresión de dolor.

—No lo sabía —balbuceó. Yo callé—. Siento lo que te dije el otro día —prosiguió.

—Ya te has disculpado —musité.

Movió la cabeza.

—Pues entonces vuelvo a hacerlo. Mierda, Jude. No puede ir en serio.

Levanté los hombros esforzándome por fingir indiferencia.

—No es tan importante.

Frunció todavía más el ceño.

—Es importante. Y no está bien que te metieran una mierda así en la cabeza. Tú… tú eres perfecta como eres. Nadie tiene derecho a afirmar lo contrario.

Miré al suelo balanceando la cabeza y me reí en silencio.

—Yo soy algo así como lo contrario de perfecta.

—Jude…

Levanté la cabeza y le corté la palabra.

—Te hice tanto daño que hace pocos días ni siquiera conseguías mirarme a la cara. Soy la mayor de las decepciones para mis padres. No he terminado el bachillerato y no hay manera de que encuentre un trabajo decente. No hago más que cometer un error horrible tras otro y cada día pienso que…

Me mordí el labio inferior por dentro con tal fuerza que percibí el sabor de la sangre. Aparté enfadada la mirada de Blake y la dirigí al área de servicio, que era en realidad un hotel. En la planta baja había un restaurante con unas grandes cristaleras. Distinguí en una de las puertas a una parejita joven tonteando. El chico rodeó a la muchacha con el brazo y la atrajo a su lado con una ancha sonrisa. Luego le dio un beso en la comisura de la boca. En cierto modo, verlos lo empeoraba todo. El escozor en los ojos era insoportable.

—Jude.

Blake habló tan bajo y con tal urgencia al mismo tiempo que quería volver a mirarlo. Pero no podía. No, cuando estaba perdiendo el control. Sólo conseguí mover la cabeza.

—Es así. Me lo he buscado todo yo solita. Y no tengo derecho a andar lloriqueando cuando eres tú el que acaba de salir del hospital.

Blake extendió una mano y me apartó un mechón de la cara. El roce me cogió tan de sorpresa que me cortó la respiración. Me acarició la mejilla con los nudillos. Desde el lugar en que su piel rozó la mía se fue extendiendo calor por mi cuerpo.

—No es una carrera para ver a quién le va peor —manifestó con dulzura.

Me froté disgustada los ojos.

—Lo sé.

—Estupendo. —Bajó la mano y buscó en el bolsillo del abrigo. Me di cuenta entonces de que sólo había cogido una muleta del coche—. Entonces podemos ir a comer algo.

Sin esperarme, Blake se dio media vuelta y se encaminó hacia el hotel.

15

El hotel era increíblemente bonito. Lo que desde fuera no se apreciaba era que, por el otro lado, la vista daba a una cascada. El suelo del restaurante era de baldosas blancas y negras, el techo estaba acristalado y permitía divisar las montañas y las copas de los árboles de alrededor. Las mesas de nogal estaban cubiertas por manteles blancos y, en general, daba la impresión de ser un lugar muy cuidado, casi elegante. Nos asignaron una mesa en el centro del restaurante, así que no teníamos la mejor vista, pero sí lugar suficiente para que Blake pudiera apoyar la pierna a un lado sobre una silla.

Pedimos un refresco y algo para picar, aunque no estaba segura de que eso pudiera combatir mi malestar. Aún no estaba del todo bajo control. Tenía sentimientos encontrados, pero al menos las lágrimas no asomaban a mis ojos. El golpeteo de los cubiertos y platos de los otros comensales, junto con la canción de fondo, *You Send Me* de Sam Cooke, me ayudaron a tranquilizarme. Además, Blake había encajado mi arrebato sentimental sin ningún comentario. Se comportaba con toda normalidad, por lo que le estaba enormemente agradecida.

Estaba pensando en qué decir cuando el móvil de Blake emitió un breve pitido. Echó un vistazo a la pantalla y su rostro se ensombreció. Luego dejó el teléfono con la pantalla hacia abajo sobre la mesa.

—¿Todo bien? —quise asegurarme.

Asintió.

—Era Craig, que me enviaba una frase de motivación y una foto de grupo del equipo.

—Qué amable.

Blake levantó una ceja antes de volver a coger el móvil, desbloquearlo y pulsar un par de veces. A continuación me lo pasó por encima de la mesa.

En la pantalla se veía un historial de chat. Sólo hablaba una persona y se componía, sobre todo, de gráficos, sobre los cuales había dichos en letras

mayúsculas como «*No hay ganancia sin dolor*» o «*Levanta, Bella, que ahora le toca a la Bestia*».

Reprimí una sonrisa.

—¡Qué mono!

—Ah, ¿sí?

Recuperó el móvil y tecleó de nuevo. Poco después me vibró el bolsillo del pantalón. Arrugué la frente y saqué el móvil. Me había enviado un mensaje. Lo abrí vacilante.

No esperes la oportunidad. Ve a por ella.

Ahora fui yo la que levanté una ceja burlona. Al mismo tiempo empezaron a temblarme las comisuras de la boca. No sé cómo lo consiguió, pero estaba a punto de echarme a reír, y eso después de todo lo que acababa de contarle.

—Todavía tienes mi número —advertí mientras me guardaba el suyo.

A diferencia de mí, él tenía un número nuevo; lo había descubierto yo misma de forma muy dolorosa cuando lo llamé una noche llorando y un contestador automático me comunicó que el número ya no existía.

—Y tú todavía tienes mi camiseta —contestó.

Pronunció estas palabras sin ningún matiz, pero la sangre se me agolpó en la cara. Sentí como si me hubieran pillado con las manos en la masa, aunque seguramente él ya sabía desde hacía tiempo que se la había robado. Al fin y al cabo, me solía servir de su armario ropero continuamente.

—Sí.

Fue lo único que pude contestar. Me miró con atención, como si buscara en mi rostro la respuesta al interrogante que estaba a punto de plantear.

—¿Por qué?

—Porque es muy suave y se duerme muy bien con ella. ¿Cómo es que has colgado una foto nuestra en tu habitación?

Ahora fue él quien se sintió pillado in fraganti. Pero enseguida escondió su emoción tras una máscara de pillo.

—Porque siempre he querido conservar en mi memoria la visión del aparato que llevabas en los dientes.

—Más bien la de tus mechas rubias. No creas que no se ven en la foto.

Blake hizo una mueca.

—No sé de qué me estás hablando.

—En fin, yo también tengo un montón de fotos. Ezra y yo nos juramos que nunca dejaríamos que te olvidaras de aquello.

—Hay también otras cosas que nunca olvidaré —contraatacó él reclinándose en el respaldo y cruzándose de brazos—. Por ejemplo, la tarde en que te pusiste autobronceador y luego parecías un mantel con manchas.

Arrugué mi servilleta y se la lancé. Le dio en el hombro. Con el rostro impasible, la cogió y la dejó sobre la mesa.

Comprendí que ambos estábamos acercándonos al tema que importaba de verdad, precisamente porque me había sincerado un poco con él. Volví a recordar el propósito de la noche anterior. Había creído que ya no representaba ningún papel en su vida. Que había otras personas que lo apoyaban y que ahora estaban a su lado para ayudarlo.

Sí, parecía un hombre totalmente distinto.

Sí, yo era la culpable de ello.

No, no podía deshacer lo que había hecho.

Pero todo eso carecía de importancia. Porque la noche anterior me había mostrado una parte de él que nadie más había visto. Y si algo me habían dejado claro las últimas horas era que el conocimiento que teníamos el uno del otro era muy profundo. Uno no puede dejar de conocer a una persona, así sin más, por mucho que desee cortar la relación con ella. Cuando me separé de Blake, una parte de mi alma había permanecido con él. Pero ahora yo estaba con él y él conmigo. Tal vez aún hubiera un espacio para mí en su vida. Porque, aunque él creyera que ya no ocupaba ninguno en la mía, nunca lo había perdido. No había habido ni un solo día tras nuestra separación en que no estuviera mentalmente con él.

Blake merecía una explicación y yo ya hacía tiempo que lo sabía. Pero hasta ahora nunca había reunido el valor necesario para contarle por qué había cortado. Él había estado demasiado furioso y yo, demasiado ocupada conmigo misma. Pero ahora… ahora esa idea no me daba miedo.

Inspiré hondo y me concentré.

—La camiseta no es lo único que me quedé —confesé a media voz.

Blake abrió un poco los ojos. De repente se quedó totalmente quieto. Como sin respirar.

—¿No?

Moví lentamente la cabeza en un gesto de negación, como si pudiera, con un ademán brusco, destruir todo lo que estaba brotando entre nosotros.

—Lo he guardado todo. Cada uno de los recuerdos. No he sido capaz de alejarme de ninguno.

—Sólo de mí —contestó frunciendo el ceño.

Me acordé del día en que me llamó por Skype. La conexión era mala, pero aun así entendí cada una de sus palabras. Y él, cada una de las mías.

Mi corazón ya se había roto al decidir cortar; aun así, cuando se me quedó mirando sin dar crédito y tuvo que repetir varias veces mis palabras hasta entender de verdad lo que le decía, tenía el corazón literalmente hecho pedazos. Él movía la cabeza hablando consigo mismo hasta que de sus labios surgió una única pregunta.

—*¿Todavía me quieres?*

—*Blake…*

—*Te he preguntado una cosa, Jude*.

E insistió con la pregunta. Una y otra vez. Y yo sabía que únicamente podía darle una respuesta si quería que mi objetivo diera los frutos deseados. El «no» con que respondí fue la peor palabra, de lejos, que jamás había pronunciado.

—Lo lamento tanto, Blake —confesé sin voz. Parecía como si el recuerdo de aquel día me la hubiera tomado.

—¿Por qué? —volvió a interpelarme, pero esta vez parecía haber un significado mucho más profundo en la pregunta.

Me miró, y la cólera que brotaba de sus ojos me alcanzó como un puñetazo en la boca del estómago. Me ardían los ojos, pero luché con todas mis fuerzas por reprimir las lágrimas.

—Cuando me marché a Los Ángeles iba en serio. Estaba segura de que conseguiríamos mantener la relación pese a la distancia. Pero mi agenda estaba cada vez más llena. Y la tuya también después de instalarte en Woodshill. Luego tú aceptaste ese trabajo por mí, y yo, por mi parte, no dejaba de pensar en cuándo volvería a verte. Después de nuestro aniversario, Ez fue a visitarme. Estuvimos hablando mucho rato. —Ezra y yo habíamos paseado por el muelle con un yogur helado en la mano. Le había hablado de los actos en los que había participado y le había enseñado mis rincones favoritos. A cambio, él me había contado sobre los entrenamientos y la vida en la universidad, y me había enseñado un montón de fotos en su portátil. En un momento dado, me interesé por Blake—. Me engañaste —susurré. Hizo el gesto de replicar, pero se detuvo. Aparentemente no tenía ni idea de qué le estaba hablando—. Siempre habías insistido en lo bien que estabas en Woodshill. En lo estupenda que era la

universidad y lo bien que te iban los entrenamientos. Ez me contó la verdad. —Blake adquirió de repente una tez cenicienta—. Ya en el primer semestre dejaste varias asignaturas, te saltabas los entrenos y, en lugar de ello, estabas ocupado trabajando sólo para poder pagarte el billete de avión a Los Ángeles. Apenas dormías.

—¿Todo eso te lo contó Ezra?

Yo negué con la cabeza.

—Yo también me daba cuenta cuando hablábamos por Skype. Por muy mala que fuera la conexión, las ojeras te llegaban hasta las rodillas.

Apretó las mandíbulas.

—Como me cuentes ahora que cortaste conmigo por no sé qué magnánima intención, me levanto y me voy de este restaurante, Jude.

En mi cabeza resonó el eco de las palabras de Ezra: «¿Cómo vais a seguir así, Panqueque? Irá a peor cuando Blake sea profesional. La presión cada vez será mayor. Cualquier persona a cien kilómetros a la redonda se da cuenta de lo infelices que sois. Seamos honestos: estáis abandonando vuestros sueños por el otro. No sois libres y no podéis disfrutar de vuestra vida. En lugar de eso lloráis el uno por el otro y sólo pensáis en el próximo fin de semana robado que podréis pasar juntos. Es una mierda y tú también lo sabes».

En esas palabras había mucho de cierto. Más de lo que yo hubiera querido.

—Sólo vivíamos nuestros sueños a medias, Blake. Tú te matabas a trabajar. Yo lloraba todas las noches. Habíamos vivido juntos casi toda nuestra vida. No sabíamos cómo íbamos a desenvolvernos el uno sin el otro. Eso… Eso no era sano. Ni para ti ni para mí.

Contestó con una mirada pétrea. Luego se frotó la cara con las manos. Un ligero rubor le cubrió la cara.

—Ignoro cómo te fue a ti, pero a mí, después de esa llamada, me fue peor que nunca. Después de que me dejaras no podía dormir. No podía jugar. No podía hacer nada.

—No es cierto —repliqué en un tono casi inaudible.

Bajó las manos.

—¿Cómo?

—Jugaste mejor. Pudiste dejar el trabajo. Tenías tiempo para concentrarte en ti mismo. Hiciste amigos en lugar de aislarte de todo el mundo. Y aprobaste los exámenes. Se lo pregunté a Ezra. Y yo… yo me lancé de cabeza al trabajo.

Intenté presentarme a todos los *castings* que encontré. Era mejor así. Para los dos.

Durante un rato no expresó ninguna opinión al respecto. Nos sirvieron la comida, pero no prestamos atención al camarero. Nos mirábamos callados. Los ojos seguían escociéndome, mientras Blake parecía dispuesto a matar a alguien, a mí la primera, en cualquier momento.

—Estaba convencida de que nos hacía un favor. Para que pudiéramos concentrarnos en aquello por lo que habíamos luchado tanto tiempo.

Vanas palabras. Blake meneó ligeramente la cabeza.

—Mira a qué nos llevó.

Tenía razón.

—No quiero que me malinterpretes. Mis motivos no eran nobles y el modo en que corté la relación fue cruel. Yo… yo no sabía, simplemente, cómo enfrentarme a esa situación.

—De eso me di cuenta —reconoció Blake con amargura.

Mi corazón latía con fuerza y dirigí la vista al burrito que Blake tenía en el plato. Se me había ido el apetito. Comer era ahora lo último que me apetecía.

—Gracias —dijo de repente. Lo miré inquisitiva. No lo distinguía, lo veía borroso a través del velo de lágrimas—. He estado esperando una eternidad esta explicación.

—Siento haber tardado tanto —susurré.

Había todavía tantas cosas que quería decirle… Ésa sólo era una parte del todo. En lo más profundo de mi interior temía las consecuencias de ese diálogo. Había en él algo de definitivo.

—Mejor tarde que nunca —dijo Blake levantando un hombro.

Tenía la sensación de no haber dicho lo suficiente. No cabía duda de que él había estado esperando mi disculpa mucho tiempo. Y yo me negaba rotundamente a que él pensara que iba a esconderme tras cualquier motivo heroico porque era incapaz de asumir mi decisión. Pues ése no era el caso.

—Sé que te he hecho un daño horroroso. Y también tengo claro que probablemente nunca vuelvas a mirarme con los mismos ojos. Pero espero que, tal vez, sí puedas perdonarme algún día.

Ya no tenía ningún sentido luchar contra las lágrimas. Ya lo había hecho mucho tiempo en vano. Ahora resbalaban por las mejillas.

—Sí que puedo —afirmó de golpe Blake.

Levanté la cabeza y lo miré. No podía leer en su rostro. Lo único que

distinguí fue que había desaparecido de sus ojos la amargura. No había en ellos ni cólera ni dolor. Estaba desconcertada.

—¿Puedes? —musité.

Durante unos segundos no apartó la vista de mí. Como si estuviera de nuevo valorando cuidadosamente su decisión. Al final se limitó a asentir.

—Puedo.

Eso fue lo último que dijo antes de coger los cubiertos y empezar a cortar en trozos pequeños su burrito. Yo lo miraba como hechizada.

—Esto… —dije con voz gangosa secándome las mejillas con la manga. Blake me dirigió una mirada interrogante y dio el primer mordisco al burrito. Masticaba lentamente—. ¿Eso es todo? —pregunté desconcertada.

Él tragó el bocado.

—Pues ¿qué esperabas?

—¿Odio eterno? ¿Insultos? ¿Tal vez un ataque de furia?

Arrugó la nariz.

—No es mi estilo —contestó y luego pinchó con el tenedor un trozo más.

No podía dejar de mirarlo. Eso no era serio. Habíamos sostenido la conversación más íntima y honesta de todos los tiempos, en la que yo me había disculpado por todos los errores cometidos; él había dicho dos palabras ¿y eso era todo?

Lo observé atentamente y noté que él seguía meditando. Parecía como si estuviera repasando nuestro diálogo. Tras unos segundos, sus movimientos se hicieron más lentos. Entonces apoyó los cubiertos en el borde del plato.

—De hecho, sí hay algo más, Jude.

Lo sabía. No lo veía todo tan fácil como acababa de decir. Estiré valerosa la espalda, lo miré cara a cara y me preparé para todo lo que pudiera llegar.

—¿De qué se trata?

Miró hacia su plato.

—Para mí ha sido muy importante que hayamos hablado de esto. Sería estupendo que pudiéramos superarlo todo y volver a llevarnos bien; pero quiero dejar una cosa clara. —Levantó la vista. El verde de sus ojos se había oscurecido, y la intensidad de su expresión me pilló por sorpresa. El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas—. Yo… yo nunca más podré volver a salir contigo. Te lo digo para que quede claro.

«Nunca más.»

«Nunca más.»

«Nunca más.»

Respiré a través del dolor ahogado. Esbocé con esfuerzo una sonrisa. Como un rechinar de dientes.

—Yo tampoco lo he sugerido.

Suspiró aliviado, cogió los cubiertos y se puso a cortar de nuevo el burrito.

—Genial. Sólo quería estar seguro de que éramos de la misma opinión.

Picoteé una patata y observé la diminuta mezcla de especias que había encima. Cuando Blake volvió a mirarme, carraspeé.

—Así es —confirmé.

Y pese a que el centro de mi cuerpo me dolía tanto que sentía como si me hubiesen cortado por la mitad, no lo dejé traslucir. Blake y yo por fin nos habíamos pronunciado. Por nada del mundo iba a poner en peligro ese nuevo acuerdo recién establecido. Por nada en absoluto.

16

—¿Vas bien? —pregunté por encima del hombro a Blake, que subía las escaleras detrás de mí.

Asintió, aunque tenía todo el cuerpo agarrotado. No podía definir si eso se debía a que el efecto del analgésico iba menguando lentamente o a que temía el encuentro con los otros chicos. Intenté lanzarle una mirada animosa, pero él tenía la vista fija en la puerta de casa.

Después de tomar una buena bocanada de aire, metí con dedos temblorosos la llave en la cerradura. Cuando por fin logré abrir, me aparté a un lado para que Blake entrara primero. Aún no había dado dos pasos por el pasillo, cuando oí a Otis.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó precipitándose al pasillo—. No sabíamos dónde te habrías metido todo este tiempo… —Se interrumpió en medio de la frase. Bajó la mirada a la rodilla de Blake, que estaba de nuevo cubierta por la férula y flanqueada por las muletas—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Primero déjame llegar, Otis.

Impasible, Blake prosiguió su camino hacia la sala de estar, donde Ezra y Cam lo aguardaban. Ambos de pie, inquietos.

—¿Dónde diablos te has metido? Te hemos llamado varias veces. —El tono de reproche era inconfundible.

Observé a Blake llegar hasta el sofá y sentarse en él. Dejó las muletas en el suelo y se frotó la cara con las manos, la pierna derecha estirada. Se le notaba cansado. Además, era evidente que no parecía dispuesto a someterse a un interrogatorio. Se le formó una arruga entre las cejas y cruzó los brazos a la altura del pecho.

Insegura, comencé a juguetear con el manojo de llaves de Blake, que todavía sostenía en la mano. Percibía con toda nitidez que de un momento a otro Blake haría estallar la bomba.

—Estaba en el hospital —respondió lentamente.

Por un momento reinó el silencio. Luego todos empezaron a hablar a la vez.

—¿Cómo?

—¡No lo dirás en serio!

—¿Qué ha pasado?

Blake levantó las manos apaciguador.

—Está todo bien. Ayer me enfadé y le di una patada a una papelera. Se me hinchó la rodilla y ya no podía ni moverla.

—¿Y por qué demonios has esperado hasta ahora para explicárnoslo? —le requirió Cam.

Blake levantó la vista hacia sus compañeros de piso.

—Me han dado analgésicos y en los próximos días no debo cargar demasiado la pierna. Todo está bien. No hay razón para hacer una montaña de un grano de arena.

Otis movió la cabeza y soltó un bufido. Luego se sentó junto a Blake en el sofá y lo miró fijamente.

—Va en serio, tío. Te habríamos llevado en coche enseguida.

—Lo sé. Pero no quería… —Blake se encogió de hombros. La situación parecía resultarle increíblemente desagradable y, después de nuestra conversación, yo podía entender un poco mejor cómo se sentía.

—Terco como una mula. No conozco a nadie que sea tan condenadamente orgulloso en una situación así —murmuró Ezra cruzando los brazos detrás de la cabeza.

Blake miraba la mesita que tenía delante.

—Sólo permite que lo cuide su madre —señaló Cam—. ¿Os acordáis de cuando estaba aquí y nos azuzaba para que fuésemos a entrenar? Por Dios, a veces desearía que la señora Andrews todavía estuviera aquí. Sin contar que daría la mano derecha por su legendaria lasaña, tal vez Blake necesite un abrazo de su madre. Puesto que ella no está aquí, ofrezco mis servicios. —Con los brazos abiertos dio un paso hacia Blake, pero éste reaccionó enseguida: cogió el mando del televisor de la mesa de la sala y se lo tiró a Cam a la cabeza, que gimió de dolor y se frotó la frente—. Quiero darte amor y así me pagas. Qué mal, tío. Además, hoy tenía otra cosa para ti. Pero ¿cómo voy a hablar con este aspecto de unicornio apaleado?

Por primera vez desde que habíamos entrado no pude seguir haciendo como si no existiera. Una risita salió de mi garganta.

Cam me lanzó una mirada con los ojos entrecerrados.

—Tomo nota.

Contemplé la mancha roja de su frente, que había crecido tanto como una nuez.

—No se ve… tan mal.

—Tu vacilación no lo ha mejorado. Más bien al contrario.

Hice como si me cerrara la boca con una cremallera.

—Cam, opino que tendremos que retrasar la fiesta de todos modos —observó Otis. Examinó la rodilla de Blake, bajo la cual colocó uno de los cojines que tenía detrás.

Aunque mi corazón se enterneció ante esa escena, el rostro de Blake cada vez se tensaba más. Se le había formado una amarga línea en la boca.

—Tranquilizaos. Ya me las apaño —farfulló.

Sus palabras no reflejaban la franqueza que había mostrado ese día en el restaurante. Eran más propias del individuo que había sido en nuestro primer encuentro en Woodshill.

—No voy ni a considerarlo —dijo Ezra dirigiéndose a la cocina. Sacó un par de botellas de cerveza de la nevera, cogió vasos y volvió a reunirse con los chicos. Tendió a Otis y a Cam una botella de cerveza, y un vaso de agua a Blake. Pero éste ignoró la mano extendida de mi hermano y en su lugar se quedó mirando con obstinación una mancha del suelo, sin dirigirle la palabra. Ezra arrugó la frente tras una breve pausa, pero, sin decir palabra, dejó el vaso en la mesita de la sala.

—Entonces celebremos una reunión de piso compartido —propuso Cam.

—Y yo que pensaba que ibas a salir con este careto —masculló Blake.

—No seas insolente. Sólo porque hayas tenido un mal día, no has de temer que te dé una patada en el culo.

—Cam —intervino Otis con un tono de advertencia.

—Verbalmente, claro.

Decidí que ésa era mi entrada. Retrocedí un paso con cautela, y luego otro. Dejé el manojo de llaves de Blake sobre la mesa y ya iba a darme media vuelta para meterme en mi habitación cuando Cam carraspeó a mis espaldas. Miré por encima del hombro.

—¿Adónde te crees que vas?

—A mi habitación. Netflix me llama —contesté.

Era una verdad a medias. Sí, había pensado tomarme la noche para mí. Pero, sobre todo, porque quería reflexionar acerca de lo que había hablado con Blake.

Necesitaba urgentemente tiempo para ordenar mis pensamientos, pues todavía me zumbaba en la cabeza ese rotundo «Nunca más» que él había pronunciado.

No obstante, Cam parecía ser de otra opinión.

—¿Cómo? Estamos haciendo una reunión de compañeros de piso. Y me parece recordar que tú eres una inquilina más. —Señaló el sillón que estaba junto al sofá, al tiempo que cogía una silla de la mesa donde comíamos y la sumaba a los asientos dispuestos para la reunión.

Miré indecisa a Blake, pero él ya estaba bastante atareado ajustándose el cojín bajo la rodilla. Luego observé a Ezra, que no manifestó nada. Suspiré. Por lo visto, tendría que ordenar mis pensamientos en otra ocasión.

—De acuerdo —convine dirigiéndome al sillón.

—Creo que no es mala idea —indicó Otis de repente. Los demás alzaron la cabeza—. Desde ayer a todos nos iría bien algo de relajación, ¿no creéis? Prefiero estar aquí que ir a una fiesta.

Ezra soltó un bufido.

—Si no exageras tanto, Blake lo mismo se lo traga la próxima vez.

Otis farfulló algo incomprensible y se hundió de nuevo entre los cojines.

—Ahora que hemos tocado el tema de «exagerar», ¿qué tal si jugamos a Dos verdades y una mentira? —sugirió Cam mientras trajinaba junto a los bafles de la cómoda. Poco después, la bonita voz de Sam Smith llenaba toda la sala. Cam regresó a su sitio y dio media vuelta a la silla para sentarse con los brazos relajadamente apoyados en el respaldo.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Blake.

—Sí, ahora. Y cuanto antes lo asumas, mejor para ti.

En vez de contestar, Blake cogió el vaso de agua y dio un gran trago.

—Empieza Otis —indicó Cam.

—De acuerdo. —Otis se frotó las manos. Reflexionó unos segundos—. Primero: antes tenía un lagarto llamado *Ed*. Segundo: tengo un miedo horroroso a los ascensores. Y tercero: fui a clases de *ballet*.

—Eres incapaz de mantener el equilibrio tres segundos seguidos. Nunca has ido a clases de *ballet* —señaló Ezra.

Otis nos miró inquisitivo a Cam y a mí.

—Encuentro que eso del lagarto llamado *Ed* es muy rebuscado —opinó Cam mirando escéptico a Otis.

—Yo diría que los ascensores no te dan miedo —intervine—. A diferencia de los otros dos ejemplos, parece algo bastante normal, y eso llama la atención.

El rostro de Otis no expresaba cuál era la mentira. Luego hizo un gesto con la mano.

—Os pido un redoble de tambor.

Todos, salvo Blake, empezamos a darnos golpecitos en las piernas imitando el sonido de un tambor. Todos levantamos las manos al mismo tiempo y Otis me señaló a mí.

—Jude tiene razón.

—¿Has ido a clases de *ballet* y nunca nos lo habías dicho? —se asombró Ezra.

Cam negó con la cabeza.

—A mí más bien me interesaría saber qué ha sido del lagarto *Ed*.

Otis se santiguó.

—*Ed* fue víctima del gato del vecino. Pero hasta entonces fue mi más querido y leal amigo.

Ezra miró a Otis de reojo.

—¿De verdad? ¿Un lagarto?

Otis asintió con energía.

—¿Sabías que los lagartos pueden perder la cola? Yo sólo encontré esa cosa agitándose, pero ni huella del resto.

Ezra arrugó la nariz.

—Esta historia ha tomado un giro deprimente.

—Qué bien que ahora le toque a Jude.

Otis levantó la cerveza hacia mí. Cogí uno de los vasos de la mesa y lo llené de agua. Al beber pensé febrilmente en qué podía contar. Algo que ni Blake ni Ezra supiesen. En el fondo, la voz de Sam Smith dejó paso a la de Lauv. Entonces se me ocurrió una idea.

—Vale, ya lo tengo —afirmé sentándome recta—. Primero: nunca he estado en un musical. Segundo: en Starbucks siempre utilizo otro nombre. Y tercero: mi primer amor platónico fue Justin Bieber.

Otis se inclinó con cara de concentración sobre el sofá y me observó como si pudiera dilucidar en mi cara lo que era mentira. Yo me mantuve impertérrita.

—Yo estoy por el primero. ¿Una actriz que nunca ha estado en un musical? No me lo trago —decidió finalmente volviendo a reclinarse hacia atrás.

Yo callé.

—Lo que dice Otis suena en realidad muy contundente. Los otros dos puntos son demasiado lógicos.

Ezra miró sorprendido a Cam.

—¿Eso crees? Yo nunca he utilizado un nombre falso en Starbucks.

—Yo lo hago continuamente.

—¿Y eso?

—Porque Cameron es un nombre que puede escribirse mal de todas las maneras imaginables.

Otis se rascó la nuca.

—Nunca lo habría pensado.

—Carmichael y Christina son los ejemplos más amables. Mi momento estelar fue Camilla.

Solté un enorme bufido.

—¿De verdad? ¿Camilla?

Cam se encogió de hombros mientras Ezra se volvió hacia mí y me miró con atención.

—Nunca me has contado quién era tu amor platónico.

—Como si te hubiera interesado —repliqué, pero sentí que me ruborizaba.

—¿Lo veis? Se está poniendo roja —señaló Otis.

—No es cierto.

Cam se frotó las manos junto a mí.

—Entonces tiene que ser algo realmente lamentable. Debería de habérseme ocurrido que Justin Bieber es demasiado chocante.

—Porque su primer amor platónico fue Alvin, el de las ardillas.

Todos se volvieron hacia Blake, que deslizaba el dedo por el borde del vaso de agua. Levantó la vista. En sus ojos centelleó una llama cuando me miró. No pude definir exactamente la emoción, pero sentí que reflejaba mi propio interior al mismo tiempo: una mezcla de inseguridad y alivio por todo lo que habíamos estado hablando.

Me aclaré la voz.

—Cien puntos para Blake.

Unos segundos de silencio. Acto seguido, Ezra, Otis y Cam estallaron en carcajadas y Blake apartó la vista de mí.

—Debe de ser una broma. ¿Alvin? ¿La chillona ardilla Alvin? —concretó con voz entrecortada Cam.

—Es muy estrambótico. Incluso para ti, Panqueque —señaló Ezra moviendo la cabeza.

Hice un gesto de impotencia, pero no podía dejar de mirar a Blake.

—¿Cómo lo sabías? Estoy segurísima de que nunca te lo había contado.

Volvió a mirarme y arqueó lentamente una ceja.

—Yo, por mi parte, recuerdo con exactitud el día a partir del cual te vi con ojos totalmente distintos.

Resoplé al tiempo que luchaba por no sonreír.

Mientras, Otis observaba a Blake. Entonces le pasó de repente la mano por el hombro y lo agarró con fuerza.

—¿Acabas de hacer… un comentario amable?

La expresión de Blake volvió a oscurecerse.

—En efecto —confirmó Ezra—. Y eso tras este día de mierda.

—Y eso pese a lo hundido que parece —terció Cam.

—Que os den —musitó por lo bajo Blake.

Sin embargo, distinguí que una sonrisa asomaba en su rostro. Esperaba de todo corazón que a partir de ese momento las cosas siguieran así entre nosotros.

17

—Me siento como una estafadora —susurré.

Scott movió negativamente la cabeza, pero aun así miró hacia los dos lados del pasillo.

—Y si lo eres, ¿qué harán? ¿Te detendrán? —preguntó mientras nos encaminábamos a la sala.

Scott fue directo a los estantes, sacó dos esterillas y me dio una.

—Ya es la tercera clase de prueba que hago aquí. En algún momento se darán cuenta —dije por lo bajo, aunque no había razón para ello. De todos modos, Marty y Dave seguro que no entendían nada. Las dos últimas horas de yoga a las que había asistido con Scott tampoco habían respondido a la mayoría de las indicaciones de la profesora. Yo incluso dudaba de que se percatasen de nuestra presencia. Ni siquiera levantaron la vista cuando desenrollamos nuestras esterillas al fondo del aula.

—Creo que ven a tanta gente por aquí que uno más no llama la atención. Además, hay ofertas económicas para estudiantes, algunos incluso tienen acceso gratuito. Diremos simplemente que te has olvidado el carnet o algo del estilo.

Silbé agradecida.

—Realmente has sido muy sensato al reflexionar acerca de mi posible detención.

—Pues claro. De lo contrario nunca habría conseguido obligarte a venir conmigo a la clase de yoga —respondió él sonriendo.

—No tienes que obligarme para que te acompañe a ningún sitio. Lo hago libremente. —Estiré las piernas y moví los dedos de los pies.

—Uau. Qué mona eres —contestó él, y empezó también a estirarse—. Por cierto, he visto tu serie.

Agucé el oído.

—¿Cuál?

—La más importante, claro: *Twisted Rose*.

Por un momento no supe qué decir. Tragué con la boca seca y me enderecé.

—¿Y? —indagué con prudencia tras un par de segundos.

Se llevó la mano al corazón.

—No puedo expresar con palabras cuánto me gustaría ver la continuación. El final en suspenso fue increíblemente asqueroso. Supongo que al final Nathan es el monstruo.

—¡Yo también! —se me escapó antes de que pudiera contenerme.

Scott se quedó de piedra.

—¿Qué significa que tú también lo supones?

Me arrepentí al instante de lo que había dicho. No quería hablar de la serie. Me dolía. Era como si de repente llevara un cargamento de piedras en la barriga.

—Nada. Sólo que… a mí también me afectó el final. ¡Nos habíamos implicado todos tanto! Por desgracia, decidieron cancelar la serie antes de que se rodasen todos los episodios, así que no llegamos a leer los guiones de la segunda temporada.

Lo solté todo seguido, lo que tampoco fue de gran ayuda. Tenía las palmas de las manos frías y húmedas. Había estado conteniéndome para no hablar con nadie de eso y ese día tampoco había tenido la intención de desahogarme.

—Se diría que estabas totalmente entregada —señaló con prudencia Scott.

Asentí y alisé una esquina de la esterilla de yoga mientras pensaba en qué decir para cambiar de tema. Por desgracia no se me ocurrió nada. Sólo podía pensar en ese día en que Sam y yo recibimos la noticia. Nos miramos sin pronunciar palabra. Para los dos —y todo el resto del equipo—, se había desmoronado un mundo. El mundo que yo había imaginado desde mi infancia.

—*Twisted Rose* era mi gran sueño —susurré con un gesto de resignación. En realidad, quería seguir hablando. Por ejemplo, de lo importante que había sido para mí el papel de Sadie, porque ella era fuerte y perspicaz en todos los aspectos en que yo no lograba serlo. De lo bien que me había entendido con mis compañeros y de cuánto los echaba de menos. Pero entonces apareció una cara bien definida en mi mente y de golpe desapareció ese cosquilleo de excitación —. Es lo que hay.

No exterioricé el menor sentimiento. Ojalá pudiera alejar con la misma rapidez la pena de mi interior.

—Lo siento. No quería abrir viejas heridas o algo similar —musitó Scott. Cuando lo miré parecía compungido—. En realidad sólo quería decirte que encontré la serie genial. Y que después del capítulo diez estuve

aproximadamente diez horas en la red mirándome todo el *fan art*. Hay una multitud ahí fuera que todavía no ha renunciado a la serie.

Se me hizo un nudo en la garganta. Si Scott no dejaba de recordarme todo lo que había perdido, me pondría a llorar de un momento a otro. Y eso era realmente lo último que quería hacer ese día.

—Ya paro. Lo siento —se lamentó Scott.

Hice un gesto de rechazo.

—No tienes que disculparte. Se trata de un tema complicado para mí, y yo… —Hice un gesto de indiferencia porque no sabía cómo expresarme.

Por suerte, en ese momento entró la profesora y desenrolló su esterilla. Scott se inclinó otra vez hacia mí.

—Vamos luego a tomar un café. Y charlamos. De cosas que no tengan nada que ver con Los Ángeles. Soy de la opinión de que no debemos acabar de una forma tan triste nuestro encuentro.

Controlé mis sentimientos y le sonreí.

—Me parece muy bien.

Scott asintió y volvió a su esterilla. Nos sentamos uno al lado del otro en la posición correcta y miré hacia delante con expectación, esperando que los ejercicios me ayudaran a calmar todo lo que acababa de removerse en mi interior.

—Aquí tienes, el café más dulce de todos los tiempos —anunció Scott acercándome por encima de la mesa un *caramel macchiato*. En la cima del gran vaso se hallaba una corona de espuma, pero lo mejor era el extra de sirope. Todo a mi gusto.

—No era necesario —dije, si bien cogí al instante la cuchara y la hundí en la corona de espuma.

—Sí, sí lo era. Me has torturado durante toda la hora de clase con esos ojos tuyos tan nostálgicos. Y si para que no te pongas así de triste necesitas un café demasiado dulce, yo te lo pido gustosamente.

Sonreí y tomé la primera cucharada de espuma de leche y sirope. Suspiré encantada.

—Tal vez deberías hablarme más a menudo de asuntos de los que no quiero tratar. Si me invitas a un café cada vez, puede que valga la pena.

—No funcionaría siempre, hazme caso.

Aunque intentaba parecer serio, me di cuenta de que sonreía cuando empezó a desenvolver la magdalena de chocolate. La cortó por la mitad, depositó su trozo sobre una servilleta y me tendió el resto en el plato.

—Realmente debería salir a tomar café contigo más veces —declaré cogiendo un pedazo de la magdalena.

—Siempre estoy disponible para tomar un café. Y también para disfrutar de buena compañía.

Scott levantó su magdalena y brindó con el trozo que yo tenía en la mano. Luego hincó casi solemnemente el diente en su mitad.

—Por lo demás, ¿qué tal en Woodshill? —preguntó con la boca llena.

Reflexioné un poco y acabé asintiendo lentamente.

—El principio fue un poco movido, pero ahora ya estoy mejor. Incluso puedo hacer sustituciones en una agencia de servicios que organiza eventos aquí.

Scott aguzó los oídos.

—Pues suena bien. ¿Qué haces exactamente?

—Por ejemplo, este fin de semana sirvo en una galería donde se realizan actividades creativas y *performances*. Soy la encargada de las bebidas y de recibir a los invitados.

Se le agrandaron los ojos.

—¡Qué guay! El viernes yo también estaré allí con un par de amigos.

—Esta ciudad es un condenado pueblo.

Sonrió.

—Lo es. Pero no te preocupes, son todos buena gente.

Confié en su palabra y me llevé otro trozo de magdalena a la boca.

—¿Y a ti cómo te va actualmente?

Scott masticó más despacio y fijó la vista con el ceño fruncido en la servilleta. Yo iba a añadir algo más cuando él comenzó a hablar.

—Hace un par de meses mi relación se fue al traste. No lo he digerido demasiado bien.

Ahora era yo quien había metido la pata.

—Lo siento.

Scott hizo un gesto.

—No pasa nada. Ya estoy mucho mejor. Mis amigos llevan semanas intentando animarme. —Hizo una mueca—. Todos apuestan a que el viernes en la galería habrá un montón de gente soltera caída del cielo que por casualidad estará dispuesta a entablar conversación conmigo.

En ese momento fui yo quien sonreí.

—Al parecer tus amigos se preocupan mucho por tu vida amorosa.

—A veces incluso demasiado. Por el momento no tengo ningún interés en conocer a nadie.

—Es comprensible ahora que acabas de terminar una relación. —Scott enrojeció. Pero mucho. Me enderecé más en la silla y lo miré con mayor atención—. A no ser que se trate de otra cosa distinta del todo —advertí pausadamente.

Se abrió el cuello de la camisa.

—¿No hace calor aquí dentro? Tengo la sensación de que aquí hace calor.

—Cuéntame —lo animé haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

Scott dudó un par de segundos y se comió su mitad de magdalena. Se lo pensó un poco más y se rascó el cogote azorado.

—Mis amigos no saben que ya he conocido a una persona que me ayuda a sobreponerme por la pérdida de mi ex.

Agucé el oído.

—¿Por qué no?

Movió la cabeza.

—En el pasado siempre he expuesto mucho mi vida privada y tengo la sensación de que con ello me he cargado algo de mi relación. Esta vez quiero actuar de otro modo. Y… tampoco es algo serio. Nos hemos conocido *online*. La única persona que lo sabe es mi amiga Sawyer, que me ha echado una mano a la hora de hacer fotos aceptables y crear el perfil. Y ahora tú.

Me llevé la mano al corazón.

—Entonces debería sentirme muy honrada por que hayas compartido tu secreto conmigo.

—No te quepa duda.

Tomé un sorbo de café.

—He oído muchas historias sobre las citas *online*. ¿Es realmente tan arriesgado?

Scott se estremeció.

—Hazme caso, no te imaginas la de fotos que me han enviado. Algunas me gustaría poder borrarlas de mi mente. Pero un día llegó el mensaje. —Sonrió—. Nos llevamos bien y nos hemos entendido enseguida. Y queremos lo mismo, esto lo dejamos claro desde un principio. Creo que funciona tan bien por eso.

—Pareces feliz —opiné con cautela.

—Y lo soy. Por primera vez en meses no pienso cada día en mi ex. Y la persona que he conocido ha contribuido a ello en gran medida. Sin embargo, es un tipo serio de verdad y bastante opuesto a lo que yo soy.

—Dicen que los polos opuestos se atraen.

—Es un dicho algo trillado, pero creo que en nuestro caso es realmente así. Yo… —Se interrumpió en medio de la frase. Su mirada se deslizó de mí a la puerta del café. Luego volvió a dirigirse a mí—. Ahora entran unos amigos míos.

Percibí en sus palabras un repentino nerviosismo.

—No te preocupes, no diré nada de lo que me has contado.

Scott suspiró aliviado, enderezó la espalda y levantó el brazo.

—¡Eh, vosotros!

Me di media vuelta para ver a los amigos de Scott y me llevé una sorpresa. Everly y un chico rubio se acercaron a nuestra mesa. Scott se levantó y les dio un abrazo fugaz. Entretanto miré a Everly y reprimí un gemido. Woodshill era realmente un pañuelo. De una forma u otra, todo el mundo se conocía, lo que era condenadamente terrorífico.

—Hola —dije yo levantando con torpeza la mano.

Everly sonrió, avanzó un paso y me estrechó entre sus brazos brevemente pero con firmeza.

—Qué bien que te veo, Jude —comentó y sus palabras parecían sinceras. Luego señaló al chico que estaba a su lado. Tenía el cabello largo y rubio recogido en un moño. Me acordé de haberlo visto en la foto que Blake tenía en su habitación. Debía de ser el chico al que Cam llamaba cariñosamente el Coleta —. Éste es mi novio, Nolan.

—Yo soy Jude. Me alegro de conocerte.

—Igualmente, Jude —respondió al tiempo que nos dábamos un apretón de manos.

—¿Os importa que nos sentemos con vosotros? —preguntó Everly señalando las sillas libres de nuestra mesa.

—En absoluto. —Scott hizo un gesto invitador retirando una de las sillas.

Everly le dio las gracias y se desabrochó el abrigo. Nolan hizo lo mismo y colgó la chaqueta sobre el respaldo de su asiento. Llevaba un cárdigan grueso y debajo una camiseta negra con una bolsita de té estampada bajo la que ponía TEA SHIRT.

Intenté contener la risa, pero no tuve demasiado éxito.

—Me cae bien tu nueva amiga, Scott —indicó Nolan apoyándose con las manos sobre el respaldo de la silla.

Miré a Everly desconcertada y ella hizo un gesto de indiferencia.

—Por lo visto, la gente que reacciona ante sus camisetas gana puntos —explicó.

—Muchos puntos —puntualizó Nolan inclinándose hacia delante para besarla en la sien—. ¿Te pido lo de siempre?

Everly asintió resplandeciente y Nolan se dirigió al mostrador.

—¿Ya sabes lo que te pondrás el viernes? —preguntó Scott a Everly.

Ella se lo pensó un momento.

—Nolan cree que no será demasiado formal. ¿A lo mejor una falda y una blusa algo holgada?

—No me parece mal. Miraré a ver qué tengo. En realidad debería ir de compras.

—Yo también. Últimamente he intentado que Blake fuera de compras conmigo pero no está tan entusiasmado como yo me esperaba. —Everly parecía estar conteniendo una sonrisa—. Si por él fuera, iría toda la vida con pantalones de chándal.

—Yo también. Pero al menos él tiene excusa: es deportista —opinó Scott.

Everly sonrió.

—De nuevo tienes razón. Por cierto: me ha contado vuestra excursión —dijo volviéndose hacia mí.

—¿Conoces a Blake? —preguntó Scott, asombrado, mirándonos alternativamente a las dos.

Sentí la aceleración lenta pero segura de mi pulso. En cuestión de unos pocos minutos había pasado de estar relajada a agarrotarme y no sabía qué hacer para combatirlo.

—Ejem. Sí —afirmé alargando la respuesta—. Salimos juntos hace tiempo.

Scott me examinó con atención, como si quisiera recomponer las piezas de un rompecabezas.

—Oh —exclamó al cabo de un par de segundos.

—Sí. «Oh» lo describe muy bien.

—Me contó que habíais ido juntos al hospital. Y que habíais estado hablando. Las últimas veces se os veía tan tensos que me alegro un montón. Y mi invitación a ir al cine todavía sigue en pie.

Sentí opresión en el pecho. Era como despertar de un sueño y verme de

repente frente a la dura realidad. Las palabras de Blake me resonaban en la cabeza: «No voy a permitir que ahora también me quites a mi mejor amiga».

Después de que Blake y yo por fin nos hubiésemos pronunciado y que por primera vez desde mi llegada a Woodshill yo tuviera la sensación de que íbamos por el buen camino, no quería hacer nada que lo empujara a enfadarse conmigo de nuevo. No podía volver a pasar. Para bien o para mal, eso significaba que tenía que distanciarme de Everly. Lo que conllevaría que hoy iba a decepcionar a Scott también.

Eché un vistazo al móvil y suspiré.

—Lo siento, chicos, tengo que irme a todo correr —anuncié cuando Nolan regresaba con las bebidas.

—Oh —exclamó Everly desilusionada—. Qué pena.

Ignoré su comentario y la expresión desconcertada de Scott, me puse como una autómata la chaqueta y me colgué el bolso en bandolera.

—Gracias por el café, Scott. —Le di un breve apretón en el hombro.

Antes de que nadie pudiera contestar, giré sobre mis talones y atravesé el café. Oí que Everly murmuraba algo a mis espaldas, pero intenté obviarlo. Al igual que el sentimiento de pérdida que en ese momento corría por mi cuerpo.

18

La galería en la que esa noche trabajaba para Colin se encontraba en un viejo edificio de ladrillo con un aspecto mucho más moderno por dentro que por fuera. Se trataba de un amplio espacio diáfano en cuyas altas paredes colgaban numerosas fotografías enmarcadas sobre los temas más diversos. Desafortunadamente, al entrar no había tenido la oportunidad de estudiarlas con detalle, pero cuando Colin me condujo al área de los trabajadores me llamaron la atención los primeros planos de grafitis, así como las fotos de unos jóvenes en una pista de baloncesto.

—Toma —señaló Colin tendiéndome la enésima bandeja cargada de copas de champán de esa tarde—. Creo que los invitados no tardarán en llegar. Puede ser que aparezcan rezagados, así que cuando empiecen las actuaciones condúcelos hacia el fondo para que no molesten a los jóvenes.

Asentí.

—De acuerdo.

La propietaria de la galería había firmado un proyecto de cooperación con el centro para jóvenes contiguo. Si lo había entendido bien, una parte de la velada de esa noche consistía en juntar la exposición de fotografías sobre las actividades que ofrecía el centro para adolescentes con una serie de *performances* que habían creado los monitores de la entidad y los chicos. El público era muy variado, desde jóvenes hasta gente de cabello canoso con aspecto de tener mucho dinero. Colin estaba situado detrás de una barra provisional y era el responsable de las bebidas, mientras que yo me encargaba de dar la bienvenida a los recién llegados y de ofrecerles una copa de champán o de zumo de naranja, o las dos bebidas a la vez.

La mayoría de los asistentes parecían ser clientes habituales de la galería, lo que yo podía entender bien. Era una atmósfera en la que me sentía a gusto de verdad. Algunas personas se saludaban cariñosamente con un abrazo y entablaban conversación sin el menor esfuerzo. Una música suave sonaba en las

distintas salas, separadas entre sí por unos tabiques finos, y una luz tenue creaba un agradable ambiente.

Justo cuando me deslizaba entre los presentes con mi nueva bandeja en la mano y me cuidaba de que todos estuvieran servidos, vi entrar a Scott en la galería.

Contuve la respiración. Desde nuestro último encuentro, que yo había concluido de forma tan brusca, no había vuelto a hablar con él. Pero cuando Scott me sonrió y se acercó directamente hacia mí, sentí que no debía tener miedo de que se hubiera enfadado conmigo. Era el único amigo de verdad que tenía en Woodshill. No podía distanciarme como si nada de él.

—¡Jude! —exclamó y me abrazó con cuidado para que no se me cayera la bandeja—. Ya veo que te desenvuelves de fábula.

Dibujé una sonrisa forzada.

Acto seguido atrajo a su lado a una mujer joven. Llevaba el cabello rubio claro despeinado, el contorno de los ojos pintado de negro y vestía una camisa a cuadros extragrande que combinaba con unos *leggings* desgarrados y unas pesadas botas negras. Entre sus cejas se dibujó una pequeña arruga cuando Scott la arrastró entre la gente.

—Ésta es mi amiga Sawyer. Ya te he hablado de ella —anunció con un gesto elocuente y me acordé de que era ella quien lo había ayudado en la cita *online*.

—Encantada —dije inclinando la cabeza.

—Y éste es su novio, Isaac.

Scott señaló al joven que se había quedado en un segundo término. Como mínimo era igual de guapo que su novia, pero, con su camisa bien planchada y su cálida sonrisa, parecía mucho más inofensivo. Respondí a su sonrisa y les ofrecí a los tres la bebida.

—¿Preferís champán o zumo?

—Gracias.

Isaac cogió dos copas de zumo. Le tendió una a su novia, que suspiró.

—Es una desventaja cuando se trabaja aquí. Nunca podemos brindar como es debido —se lamentó ella.

—A mí me gusta el zumo —anunció Isaac. Y se inclinó para acercar su nariz a la de Sawyer. La dureza del rostro de ella desapareció al instante y una expresión de felicidad le suavizó los rasgos de la cara. Luego Isaac brindó con ella y con Scott, y todos bebieron un sorbo.

—¿Trabajas aquí? —pregunté con discreción.

Sawyer se volvió hacia mí.

—A veces hago fotografías para la galería y organizo con ellos exposiciones y filmaciones.

—Y lo hace estupendamente —añadió Scott con orgullo—. Deberías ver las fotos que ha hecho de todos nosotros.

—Hoy también tengo que colaborar —advirtió señalando la gran bolsa que colgaba de su hombro. Luego me miró—. Scott nos ha contado que eres actriz.

Me sentí como si me hubiera propinado un golpe en el pecho. Tragué.

—Era, era actriz. En realidad lo he dejado.

Sawyer refunfuñó pensativa.

—Qué lástima. Aquí siempre necesitamos mentes creativas con ganas de probar cosas nuevas. Llámame si te lo piensas mejor.

—Yo… ejem. Gracias. Lo haré. —Yo misma me percaté de mi balbuceo y fijé la vista abochornada en la bandeja—. Voy a recargar. Pasáoslo muy bien.

Me volví y fui hacia el mostrador, detrás del cual Colin ya había preparado las siguientes copas. Me sonrió lleno de ánimo.

—Lo haces superbién.

«Algo es algo», pensé llenando los huecos de la bandeja con tres copas de zumo de naranja. Respiré hondo y enfilé una vez más hacia la entrada, por donde asomaban nuevos invitados a la galería.

Nolan y Everly aparecieron cogidos de la mano y seguidos por otra parejita. La chica se había peinado el cabello cobrizo en una trenza que le colgaba sobre el hombro y llevaba un vestido de flores. El muchacho tenía el cabello negro como el tizón y una mirada despierta con la que se diría que abarcó toda la galería de una ojeada.

Cuando Everly me descubrió, sonrió vacilante y levantó la mano. Estaba encantadora. Ese día llevaba una falda de pana *beige* con una tira de botones y una blusa *vintage*. Nolan, con su jersey negro, los vaqueros y las bambas blancas estaba tan atractivo como ella cuando menos.

Me enderecé y recordé lo que me había propuesto. No daría a Blake ningún motivo para que me odiase. Nunca más.

—Hola —saludé ofreciendo la bandeja con las bebidas a los recién llegados —. ¿Os apetece un aperitivo?

—Encantada. —Everly cogió dos copas de la bandeja y le tendió una a Nolan.

—Sííí, zumo —contestó el chico de cabello negro cogiendo una copa; su

novia, por el contrario, prefirió el champán.

—Síííí, champán —respondió imitando el tono de él, que le sacó la lengua.

—Jude, ésta es mi hermanastra Dawn —me presentó Everly tras unos segundos, y luego señaló al chico del zumo—. Y éste es su novio, Spencer.

—Oh, Dios mío, ¿ella es Jude? ¿Esa Jude? —articuló Dawn paseando alternativamente la mirada entre Everly y yo.

—Lo siento, Scott y yo tuvimos que presumir un poco —se explicó Everly avergonzada.

—Scott me pasó el enlace de tu serie. Yo no la conocía y… joder, me quedé alucinada —contó Dawn tan deprisa que apenas si la entendía—. ¡Qué fuerte que vivas ahora en Woodshill! Ya casi tenemos nuestra propia famosa. Si un día se filma uno de mis libros quiero que intervengas. Sería genial. Totalmente genial.

Parpadeé. Por desgracia sólo entendía la mitad de lo que me decía.

—Hablas a la velocidad del rayo —musitó apenas audible Spencer, al tiempo que le colocaba suavemente la mano en la nuca.

—Uy. Lo siento. —Me miró compungida.

—No pasa nada —respondí indecisa.

Dawn me recordaba un poco a mí misma, o a la persona que había sido. Espabilada, llena de energía y de ganas de vivir. Saber que, dada la difícil situación con Everly, tampoco podría intimar más con ella me producía un gran malestar.

Por fortuna, en ese momento aparecieron nuevos invitados y les deseé a Everly y sus amigos que se lo pasaran muy bien antes de marcharme. De regreso a la barra pensé en si Blake y ella serían amigos de todo el mundo en un radio de cien metros o si se trataría simplemente de una desagradable coincidencia.

Serví a los nuevos asistentes y entonces empezó el discurso de presentación. El fuerte zumbido de un micrófono al encenderse resonó en la sala. Cuando miré a mi alrededor descubrí a Scott, Everly, Nolan y sus amigos, que habían formado un grupito en el extremo de la zona para el público en la parte delantera, junto al escenario.

—¿Hola? —se oyó. La mujer con el cabello azul era bajita, pero, a cambio, el resplandor que emanaba era inmenso. Su afable sonrisa parecía abarcar a todos los presentes en la galería—. Hola. Soy Robyn, la propietaria de la galería. En primer lugar quiero daros las gracias por haber venido. Me alegro enormemente de poder saludaros hoy. Ésta es la primera exposición de este tipo

y estoy bastante nerviosa, como se podrá apreciar por el temblor de mis manos. —Levantó la mano y la agitó exageradamente en el aire, lo que provocó unas leves risas entre la gente—. Colaborar con el centro para jóvenes me ha procurado una alegría colosal. Esta tarde se realizarán algunas *performances*, entre las cuales habrá fragmentos de obras de teatro, música y *slams* de poesía. Espero que podamos de este modo instaurar una nueva tradición. —Estalló un breve aplauso y la sonrisa de Robyn se ensanchó. Se aclaró la garganta—. Sin querer torturaros más, os presento a los jóvenes del centro que escenificarán un fragmento de su próxima representación.

Aclamados por un nuevo aplauso, un par de adolescentes entraron en el pequeño escenario y empezaron, rápidos y eficientes, a posicionar el atrezo mientras Robyn abandonaba la escena dando un salto.

Se apagaron las luces. Un pequeño resplandor permitía distinguir el contorno de los presentes sólo en la zona posterior de la galería y la entrada.

En el escenario se encendió de repente una luz. Una linterna de un azul cegador resplandeció, luego otra y otra más. Al principio, los rayos de luz se movían con aparente libertad describiendo curvas en el aire, mientras al fondo se escuchaba una leve melodía. Cuando ésta fue atenuándose, los movimientos de las luces también se hicieron más lentos. Los jóvenes sostenían las linternas de modo que iluminaban por debajo su rostro. Además, se veía que todos vestían pijamas de rayas y se habían echado una acogedora manta al hombro. Entonces volvieron a encender una de las lámparas a la derecha del escenario, donde quedaron a la vista dos chicos acuclillados junto a la tarima. Se levantaron y se unieron al resto. Uno lucía un traje verde, el chico que estaba a su lado se destacaba porque era como dos cabezas más alto y llevaba sujetas a la espalda dos alas brillantes.

Unas risas aisladas surgieron cuando parte del público se percató de qué obra se trataba.

—Mira —apuntó el chico más bajo señalando con un gesto de la barbilla a tres jóvenes con pijama.

—¿Estás seguro? —inquirió el alto de las alas.

El otro sacudió enérgico la cabeza.

—En esta habitación he perdido mi sombra.

Conocía la obra porque yo misma la había interpretado en la escuela. Entonces yo había hecho de Campanilla, pero ahora había de admitir que era una

idea genial dar el papel de la pequeña hada a un chico con esa altura. Tenía la espalda tan ancha que parecía una joven estrella de fútbol americano.

Eché un rápido vistazo a la entrada, por donde acababan de llegar nuevos espectadores que miraban desorientados a su alrededor. Habría preferido quedarme donde estaba y seguir viendo la obra de *Peter Pan*, pero hice de tripas corazón, enderecé la espalda y me fui hacia la entrada.

—Pasen —susurré—. Pueden colocarse aquí detrás, les traeré bebidas.

Los conduje al área que Colin me había señalado previamente y les ofrecí las copas; incluso en el fondo me llegaba a los oídos lo que ocurría en el escenario. Oí que Peter encontraba su sombra con ayuda de Wendy e intentaba cosérsela de nuevo.

Sentí de nuevo un peso indescriptible en el corazón. Algo allí se contraía y dilataba alternativamente y yo cada vez me sentía más débil. Cuanto más escuchaba, más intensa era la sensación.

Después de haber distribuido las bebidas, me volví de nuevo hacia el escenario. Parecía que los jóvenes acababan de florecer. Algunos de ellos tenían la misma edad que cuando yo había empezado a actuar. Sabía perfectamente lo emocionados que estarían en ese momento y lo que sentirían sobre un escenario y estando en la piel de otro ser por un breve tiempo.

Cuando aparecieron otros invitados, no supe si alegrarme o enfadarme de que distrajeran mi atención, porque por su culpa me estaba perdiendo una parte del diálogo del escenario. Me di media vuelta y me reuní con Colin, que, apoyado con los brazos en el mostrador, se inclinaba para mirar a los actores como hechizado. Sólo cuando coloqué la bandeja a su lado salió de su inmovilismo.

—Son buenos, ¿verdad? —preguntó.

Me costó un esfuerzo enorme controlar mis sentimientos. Sí, eran buenos. Realmente buenos. Y me recordaron lo que sentía cuando aprendía textos de memoria por primera vez. Cuando me sumergía en historias y me aferraba a ellas porque no sabía cómo comportarme en la vida real.

Y comprendí de repente qué era eso que sentía en el pecho.

Añoranza.

Me pareció como si una parte de mí hubiera despertado de un largo sueño, y esa parte de mi cuerpo se revolviera como enloquecida porque quería volver a activarse. No conseguía sofocar esa sensación y me sentía totalmente perdida.

Porque echaba de menos actuar, incluso cuando sabía perfectamente que no podría volver a hacerlo nunca más.

19

Entré en casa poniéndome a salvo del frío. Cansada, apoyé la espalda contra la puerta. La noche había sido más larga y dura de lo que había pensado en un principio. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado porque me había concentrado desesperadamente en reprimir mis sentimientos y evitar en lo posible a Scott y los demás. A ello se sumaba el hecho de que estaba cautivada por la actuación de los adolescentes y de que, con cada segundo que transcurría, más claro tenía que no dispondría de la oportunidad de dar marcha atrás. La obstinación con que había sofocado tantas emociones y, a la vez, cumplido con mis tareas sin dejarme distraer había consumido todas mis energías. Estaba tan hecha polvo que me sentía igual que cuando hacía de trozo de *pizza*.

Arrastré exhausta los pies directa a la cocina para ir a buscar un vaso de agua. Cuando entré en la sala de estar vi el televisor encendido y a Blake sentado en el sofá con el mando en la mano. Tenía la pierna levantada y alzó la cabeza cuando entré.

—Hola —dije sacando un vaso del armario.

—Hola —contestó estirándose.

Parecía llevar varias horas allí sentado. Sobre la mesa había cubiertos, varios vasos y su portátil abierto, con un vídeo. No me explicaba cómo podía ocuparse de las dos cosas al mismo tiempo.

—Ezra te ha dejado un plato de verduras en el microondas.

Envié mentalmente un enorme abrazo a mi hermano y encendí el microondas.

—¿Está aquí?

Blake negó con la cabeza mientras empezaba a maltratar de golpe los botones del mando.

Lo observé. De nuevo apareció en su rostro esa expresión seria que siempre ponía cuando Ezra estaba cerca o se lo mencionaba. Sabía que había estado meditando acerca de lo que le había contado sobre Los Ángeles y que, aunque le

había asegurado que Ezra no había tenido nada que ver con nuestra separación, él le daba vueltas a ese tema. Pese a que era evidente que le resultaba difícil, Blake se dominaba para no enturbiar la convivencia en la casa compartida.

—¿Qué tal ha ido el trabajo?

Pensé unos segundos mientras me servía el agua y bebí un par de sorbos antes de contestar.

—Muy bien.

Desde un punto de vista técnico no era mentira. No me había ido mal y, aunque no habían dejado propinas, la noche, desde el punto de vista laboral, había transcurrido superbién. El único problema era el que tenía conmigo misma.

Últimamente me había empeñado con todas mis fuerzas en mirar hacia delante y dejar el pasado atrás. Había relacionado el trabajo de actriz con tantos aspectos negativos que sólo recordaba los fracasos. De ese modo había olvidado lo mucho que me había divertido al principio. Al ver a los adolescentes actuando, me acordé de repente de esa época. Esa experiencia me había dolido, pero también me había sentado bien: era una mezcla extraña que debía asimilar. Al mismo tiempo, esa noche también había visto con mayor claridad que no podía hacerme amiga de ninguna persona de Woodshill sin perjudicar la relación con Blake, que era lo último que yo quería hacer.

Inspiré hondo y traté de concentrarme en los aspectos positivos. No había cometido ningún error. Me había comportado bien y ahora estaba ahí, en casa. También Blake. No se había ido, ningún gesto hacía pensar que fuera a huir de mí. Todo estaba bien. Así que no tenía por qué sentirme tan condenadamente infeliz.

El microondas pitó y saqué el plato. Las verduras olían estupendamente, aunque en ese momento probablemente me habría comido cualquier cosa. Saqué un tenedor del cajón y ya estaba a punto de retirarme a mi habitación cuando Blake carraspeó detrás de mí.

—Quédate.

Vacilé un instante. Sin embargo, había estado toda la noche dándole tantas vueltas a la cabeza que no tenía ningunas ganas de seguir cavilando, ni sobre la obra de teatro ni sobre el asunto entre Blake y yo. Así que atravesé la sala y me senté en el otro extremo del sofá.

Me miró brevemente antes de volver a fijar la vista en la pantalla.

—Everly ha intentado varias veces convencerme para que fuera —comentó

al cabo de un rato. Levanté la vista sorprendida—. Pero he logrado escaquearme.

—¿Por qué no has querido ir? Seguro que te lo habrías pasado bien.

Arrugó la nariz.

—Cada vez que me ve, Nolan trata de convencerme para que colabore en un maldito *slam* de poesía.

La idea me hizo olvidar mis propias preocupaciones.

—Oh, me encantaría verlo.

—Ya me lo imagino.

Movió la cabeza como si le horrorizase la idea.

—Yo he estado en un par de *slams* de poesía. Son geniales.

—Lo que es seguro es que yo no escribiré ningún poema: no voy a dejar que mi vida interior se derrame sobre un papel ni voy a desnudar mi alma delante de cien personas. Para ser más preciso, soy incapaz de imaginarme algo peor.

Me llevé a la boca el tenedor con las verduras y suspiré mientras mi estómago mostraba su satisfacción en forma de fuerte gruñido. Cuando la comisura de la boca de Blake se elevó mínimamente, me aferré a esa despreocupación que había sustituido la severidad de su mirada. ¡Qué bien sentaba tras la noche que había tenido!

—No tienes que reprimir la risa, señor Slam. He trabajado duro y me he ganado de sobra este plato de verduras.

—En efecto. ¿Puedo añadir algo más?

Asentí con la boca llena.

—Hasta hay postre.

Agucé el oído. Tragué y lo miré inquisitiva.

—Cuéntame más.

—Cam y yo hemos salido a comprar y hemos traído helado porque estaba de oferta. El congelador está lleno de Ben & Jerry.

Eso iba mejorando.

—Música para mis oídos.

—Lo mismo pensé yo. Pero Otis ha sido de otra opinión. Nos ha reprochado a gritos que estábamos locos.

—Estoy intentando imaginarme a Otis gritando, pero no lo consigo —confesé con la boca llena.

Blake resopló.

—Mejor para ti.

Me apresuré a terminar el resto de la verdura. Luego di un brinco, coloqué a

toda prisa el plato en el lavaplatos y fui al congelador, ante el que solté un silbido de admiración. Blake no había exagerado, estaba lleno a rebosar de vasos de helado. La boca se me hizo agua.

—Oh, Dios mío. —Pillé un envoltorio de nube y caramelo, y lo levanté triunfal en el aire—. ¡Mi helado favorito!

—Ya lo sé —se oyó desde el sofá.

Me dio un brinco el corazón. Se acordaba de qué helado me gustaba más. Me conocía tanto como yo a él. Sabía que no tenía que entusiasmarme, pero no podía evitarlo. No después de una noche tan cargada de emociones como ésa, ni de que ahora me sintiera tan a gusto en su presencia.

Cogí una cuchara del cajón de los cubiertos y regresé al sofá, donde destapé el vaso. La primera cucharada fue un placer, lo mejor que me había pasado esa noche. Me habría encantado inhalar todo el vaso al instante.

—¿Cómo te ha ido a ti? —sonsaqué a Blake al tiempo que lo veía dejar a Nathan Drake escalar por una roca, resguardarse y apuntar al enemigo.

—Bastante tranquilo. Sólo hemos ido a comprar. Luego los demás han salido a alguna fiesta.

—¿Y tú no tenías ganas? —insistí entre dos cucharadas.

Hizo un gesto de indiferencia.

—La verdad es que no.

Examiné su cara, que volvía a estar tensa. Luego deslicé la mirada por el plato que estaba sobre la mesa y la pierna lesionada.

—¿Va todo bien? —insistí con prudencia.

Detuvo el juego y se volvió hacia mí.

—Sí, ¿por qué?

—Porque es medianoche y estás aquí, sentado en el sofá y rodeado de platos. Justo como hace poco, cuando no podías subir las escaleras.

Arqueó las cejas sorprendido. Luego resopló.

—No son mis platos. Los otros se han ido tan precipitadamente que lo han dejado todo tal cual.

Aliviada, volví a reclinarme.

—Gracias a Dios.

Empezó otra partida. Cuando volví a mirarlo, era indudable que una sonrisa asomaba a sus labios.

—¿Por qué estás todo el rato sonriendo como el malo de la película?

Blake se encogió de hombros.

—Pareces mi madre. Eso es todo.

Sólo de pensar en Linda sentí como si me cayera una piedra en el estómago.

—Y parece como si a ti te divirtiera asustarme y preocuparme. No me gustó tener que ir al hospital. No repetiremos.

—De acuerdo, mami.

Le di una patada en la espinilla (la de la pierna buena), lo que por desgracia no pareció molestarlo demasiado. Seguía sonriendo.

Aparté la vista de él para dirigirla al portátil, en el que se había detenido el vídeo.

—¿Qué estabas viendo?

Blake volvió a detener el juego.

—No me digas que no conoces a Cody y Noel.

Lo miré extrañada. Meneando la cabeza, pulsó «Apagar» en el menú, antes de dejar el mando sobre la mesa, coger el portátil y colocárselo sobre el regazo. Era una postura cómoda, con la pierna estirada frente a él, de modo que los dos podíamos ver la pantalla. Rebobinó el vídeo.

—Voy a ensanchar tu mundo, Jude —dijo en un tono tan serio como si estuviera hablando de un cambio de legislación. Pulsó el «Play».

En la pantalla aparecieron dos chicos, uno moreno y el otro rubio. Estaban sentados delante de la pantalla de un ordenador y veían un vídeo que detenían de vez en cuando para comentarlo. Al hacerlo competían entre sí con chistes y comentarios absurdos que eran tan divertidos que hasta me olvidé del helado.

—Dos idiotas geniales —apunté sin poder contener más la risa.

—Si no comes, deja algo para mí —advirtió Blake golpeando mi hombro con el suyo.

Sorprendida, me estremecí, pero llené una cuchara de helado, bajo la cual puse la otra mano, y me volví hacia él.

Blake me miró a mí primero, luego a la cuchara. Abrió la boca y le di el helado. A continuación se reclinó hacia atrás con cara de satisfacción. Lo miré cuando la punta de su lengua asomó y lamió el helado de sus labios. El gruñido de placer que emitió me hizo sonrojar.

—Jamás superará al de pepitas de chocolate, pero tampoco está mal —comentó mientras yo intentaba no exteriorizar nada y hundía la cuchara en el helado—. Éste es el mejor fragmento —anunció Blake señalando el portátil.

Se trataba de una secuencia en la que los dos cómicos creaban su propia melodía como respuesta a una ridícula canción, lo que todavía me hizo reír más.

Al mismo tiempo llené la cuchara de helado y miré a Blake de reojo. Por primera vez desde que vivía en Woodshill lo veía realmente relajado. Esa sonrisa suya me recordaba tanto a la de antes que algo en mí dio un pequeño vuelco.

Cuando él me miró, desvié enseguida la vista hacia el portátil y traté de que no se me notara nada. Aun así me resultaba difícil, porque estábamos tan cerca que hasta podía percibir el calor que él emanaba.

El vídeo terminó y el siguiente empezó automáticamente. Entretanto me fui comiendo el helado y dándole una cucharada a Blake cuando hacía ese extraño ruido que me recordaba a un polluelo hambriento al que había que alimentar. Vimos juntos tres vídeos, a cuál más divertido.

Al cabo de un rato, mi cuerpo se había relajado y me derrumbé en el sofá.

—¿Jude? —me interpeló Blake cuando empezó el siguiente vídeo.

—¿Sí?

—Cuéntame qué ha pasado esta noche.

Lo miré de reojo, confusa. Sus ojos verdes me observaban con atención. Como si pudieran penetrar en mi interior y distinguir allí algo extraño que le planteaba interrogantes.

—No sé a qué te refieres.

Entrecerró los párpados.

—Te pasa algo raro. Me he dado cuenta en cuanto has entrado.

—A lo mejor es que estoy cansada.

—A lo mejor es que no ha ido todo tan bien como quieres hacerme creer —contestó con sequedad y me recordó al día en que lo había visto en el sofá y yo había analizado su comportamiento de la misma manera.

Inspiré hondo y dirigí la vista al vaso de helado medio vacío. No podía contarle que me sentía sola en Woodshill porque evitaba entablar amistad con gente que me caía bien por él. Ése era mi problema. Pero tal vez… tal vez consiguiera contarle otra cosa.

Ante mis ojos se deslizaron imágenes del escenario de la galería y percibí el eco de los sentimientos que inesperadamente me habían asaltado y desbordado.

—¿Te acuerdas de cuando actué en la obra de *Peter Pan*? —pregunté vacilante. Removí el helado, que ya se había ablandado mientras tanto—. Hoy en la galería se han representado algunas obras, entre ellas un par de escenas de *Peter Pan*. Y me han hecho pensar en cuando empecé a actuar.

Blake calló, como si reflexionara sobre lo que le acababa de contar. Una pequeña arruga se dibujó entre sus cejas.

—Pues no suena nada mal.

—Y no lo ha sido. Más bien al contrario. Me… me ha recordado todo lo que en realidad me gusta de ser actriz.

Cogí a toda prisa una cucharada de helado para no echarme a llorar. Nos lo habíamos estado pasando tan bien… No quería echarlo todo a perder mutando en una llorona.

—Pero has renunciado —afirmó lentamente Blake.

Asentí. Entonces hice acopio de todo mi valor.

—No sólo eso. Aquí quería empezar de cero, ganar dinero e, incluso, pensé en terminar el bachillerato para conseguir mejores trabajos, pero… —Dejé la frase a medias haciendo un movimiento de indiferencia.

—Esto nunca ha sido lo que tú has querido, Jude.

Lo miré sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Me cogió el vaso de helado de la mano y comió una cucharada mientras pensaba.

—Desde que te conozco siempre has querido ser actriz. Nunca has hecho otra cosa. Incluso en tu tiempo libre explorabas como una posesa, veías una y otra vez tus películas y series favoritas hasta que te las sabías de memoria. Cuando alguien lucha tanto tiempo por algo, no puede abandonarlo en un abrir y cerrar de ojos y llevar de repente otra vida.

Me costó tragar y sólo conseguí mirarlo. Tenía razón. Nunca había hecho otra cosa que soñar con abrirme camino en Los Ángeles.

—Lo sé. Pero en cierto modo… —Hice un gesto de impotencia—. Sólo quería que todo pasara. Las decepciones. La sensación de no ser lo bastante buena.

Colocó el vaso de helado sobre la mesa. Se volvió de nuevo hacia mí. Su mirada era seria y penetrante, y aunque sentía que en cierto modo me desnudaba no podía apartar la vista. Era una faceta suya para mí desconocida.

—Da igual el tiempo que haya transcurrido, Jude. Te conozco. —Eran las mismas palabras que yo le había dicho a él cuando había estado a punto de darse por vencido—. He visto casi todas tus actuaciones. Mierda, incluso me tragué con Ezra esa serie tan ridícula de médicos en la que colaboraste. Si hay alguien que está hecho para ser actriz, eres tú.

Doblé las piernas y me abracé las rodillas para contener con esta postura el alud de emociones que se me echaba encima. No sabía qué decir y los dos nos

limitamos a mirarnos. Mientras, me repetía en la mente sus palabras.

—¿De verdad que las has visto? —quise confirmar.

Asintió y vaciló unos instantes.

—Estuviste realmente impresionante cuando measte en la cuña. —Luego fingió dibujar un alto arco en el aire y yo solté una risa ronca.

Blake se interrumpió y me miró de un modo que me resultaba transparente. Era una mezcla de sentimientos que no podía identificar del todo, pero sí reconocer con claridad que existían. Blake ya no se escondía de mí.

—Muchas gracias. —Deslicé los dedos por las ranuras de los tejanos. Mi sonrisa volvió a desaparecer lentamente—. Aunque me había imaginado este nuevo comienzo de otra forma.

Blake resopló como si supiera exactamente a qué me refería.

—Yo también el mío.

—Hacerse mayor es una mierda.

De nuevo un gruñido de conformidad.

—Pero ¿puedo confesarte algo más?

—¿El qué?

—Creo que te lo pondrías mucho más fácil si dejaras de intentar seguir luchando por ser alguien que en realidad no eres. —Abrí la boca para protestar, pero él levantó las manos tranquilizador—. Sabes que no lo digo con mala intención. Es que encuentro… Sí, es tonto lo que ha pasado en Los Ángeles. Pero deberías insistir si lo echas tanto en falta.

Justo eso era lo que él no entendía. No podía entenderlo. Moví la cabeza negativamente.

—Imposible. Han pasado muchas cosas. Todo se ha desmoronado. Tengo demasiado miedo.

—Yo también.

Me acordé de la noche de la cena de los deportistas, cuando se le fue completamente la cabeza y perdió el control. En cómo había pensado que estaba acabado. Los dos habíamos perdido algo; sin embargo, mientras Blake luchaba concienzudamente por recuperarlo, yo no estaba preparada para hacerlo. Y tampoco sabía si volvería a estarlo algún día. Porque el miedo prácticamente me lo impedía.

—¿De verdad? —insistí.

Asintió apenas.

—Un miedo enorme. ¿Qué pasará si vuelvo demasiado pronto a la cancha y

de ese modo lo empeoro todo?

—Eso no va a suceder —afirmé con determinación.

Blake no reaccionó.

—Y aunque suceda. No hay nada que pueda hacer ahora en contra de lo que me depare el futuro. No tiene ningún sentido romperse la cabeza por ello. Lo único que se puede hacer es seguir adelante como sea.

Me recliné hacia atrás y me quedé mirando el techo mientras reflexionaba en sus palabras. No sé cuánto tiempo pasamos los dos en silencio.

—A lo mejor tienes razón —murmuré al cabo de un rato.

Blake cogió el mando de la consola.

—Lo sé.

Tan sólo resoplé, pero él ya se había puesto a jugar otra vez. Sin embargo, aunque había vuelto a empezar a pulsar los botones, yo no tenía la sensación de tener que retirarme a mi cuarto. Nuestra conversación nos había hecho superar esa fase. Por fin podía estar sentada a su lado. Reír con él. Conversar con él. Confiarle mis miedos al igual que él me confiaba los suyos. Y por unos minutos me permití pensar que todo era casi como antes.

20

Estaba agotada. Había pasado la mitad de la noche con Blake en el sofá hasta que me mandó a la cama porque no dejaba de dar cabezadas de lo dormida que estaba. Pero, en cuanto me acosté, me despejé por completo porque no podía dejar de pensar en nuestra conversación. Abrí Instagram y contesté a los últimos comentarios y solicitudes de mis seguidores en torno al tema *Twisted Rose*.

Desde que Scott me había hablado de la serie, no conseguía liberarme de la sensación de abismarme más y más en ese sueño roto. ¿Qué habría sucedido si no se hubiese cancelado la serie? Las palabras de Blake giraban en mi cabeza; sin embargo, no sabía cómo seguir. Para mí sólo había existido ese sueño, ningún otro. No había ningún plan B. Pero recuperar ese sueño era, sencillamente, impensable. Me daba demasiado miedo. Cuando me lo planteaba, aunque sólo fuera por una fracción de segundo, recordaba el día en que me había dado cuenta de que bastaba una sola persona para que todo se perdiera. Entonces mis manos empezaban a temblar. Al final, dejé la *tablet* debajo de la almohada y me sumergí en un sueño inquieto.

Estaba sentada a la mesa desayunando fruta con yogur, mientras Otis y Cam se peleaban para ver a quién de los dos le tocaba vaciar el lavaplatos.

Eché un vistazo al reloj. Blake todavía no se había levantado. Probablemente estaba tan cansado como yo. Saqué el móvil del bolsillo sin hacer caso de las notificaciones que tenía. En lugar de ello abrí el chat entre Blake y yo. Dudé unos segundos sobre si realmente debía escribirle o si era mejor no hacerlo. Pero entonces pensé en nuestra conversación, en su sonrisa, en su actitud tan relajada en mi presencia.

Escribí con cautela un mensaje.

Arriba y a darlo todo.

Se lo envié y seguí comiendo. Poco después mi móvil vibró.

No me estarás despertando para enviarme un mensaje de Craig.

Sonreí y empecé a contestarle mientras Cam y Otis cada vez subían más el tono.

Trabaja ahora para brillar después.

Su respuesta consistió en un dedo corazón. Qué forma más amable de empezar el día.

—Te juro que ayer lo vacié yo.

—¿Cuándo? ¿A media noche?

—Sí —respondió Cam con total convencimiento.

—No es cierto —intervine yo lacónica, y me comí otra cucharada de fruta. Señalé a Cam—. Siempre te buscas alguna excusa.

—Y yo que pensaba que te caía bien, Jude. —Cam se llevó la mano al pecho con un gesto dramático—. ¿Cómo puedes apuñalarme por la espalda?

—Yo no apuñalo a nadie por la espalda. Son hechos.

Cam suspiró con desdén.

—Está bien. Entonces lo vacío ahora mismo.

Otis se sentó a mi lado con cara de satisfacción.

—Gracias por hacer valer tu autoridad.

—Ha sido un placer.

—¿Ha vuelto a chivarse Jude? —curioseó Blake.

Volví la cabeza y lo descubrí en el marco de la puerta. Miró a Cam y deslizó la mirada hacia mí. Las comisuras de sus labios apuntaban ligeramente hacia arriba.

—Lo ha hecho —respondió Cam—. Y yo que creía que se podía confiar en ella. Es la segunda vez que me traiciona.

—¿Llevas una lista? —pregunté con una sonrisa agridulce.

Cam me miró con los ojos entrecerrados.

—Y tanto que la llevo. Ya has infringido dos veces el código de honor.

—¿Qué ocurre a la tercera?

—Me lo voy a pensar. Pero no va a ser nada bueno. Y te causará mucho sufrimiento.

—Qué tono tan amenazador. ¿Ves cómo tiemblo de miedo? —interpelé mirando a mi vez a Blake con el rostro más impertérrito posible.

Otis rió por lo bajo.

—Siéntate, Blake. Demuéstrame lo buena persona que eres. Necesito un poco de amor ahora —manifestó Cam.

Blake soltó un bufido, pero se sentó y cogió la jarra de zumo de naranja para llenarse un vaso.

—No es necesario que cambies de tema. Ya he oído que estás vaciando el lavaplatos.

Cam fue a la cocina con un suspiro de frustración y empezó su tarea. Blake cogió una tostada de la cesta y empezó a untarla con mantequilla de cacahuete. Encima se puso mermelada.

—¿Todavía no se ha levantado Ezra? —preguntó dando un mordisco.

—Ezra no ha venido esta noche a casa. Creo que se trae algo entre manos —contestó Cam desde la cocina.

Blake frunció el ceño, pero antes de que pudiera comentar algo se le adelantó Otis.

—¿De verdad? ¿Ezra? —preguntó asombrado—. No me lo puedo imaginar.

Sentí que la espalda se me tensaba automáticamente. Yo sabía por qué Ezra nunca hablaba sobre su vida sentimental, y en absoluto con sus amigos. Las veces que lo había hecho conmigo se podían contar con los dedos de una mano. Para ser más exactos, con tres dedos. Era muy reservado y no se sinceraba con otras personas. Ni siquiera con Blake.

—Hoy le tocaba a él llevarme —recordó Blake consultando su móvil—. Tengo que irme a rehabilitación. Otis, ¿puedes acercarme tú?

Otis hizo una mueca.

—Lo siento, tío. Ya llegamos tarde a clase.

Blake soltó una palabrota y dejó la tostada en el plato. Parecía muy alterado.

Dudé un segundo, como casi siempre que me encontraba ante algo relacionado con él. En su presencia, siempre ponía cuidado y me mostraba muy reflexiva para no cometer ningún error. Pero si algo me había demostrado la última noche era que él ya volvía a confiar en mí. Por fin podíamos volver a charlar. Y si éramos capaces de eso, también podía hacerle una propuesta. Carraspeé.

—Si quieres, te llevo yo a rehabilitación —sugerí intimidada.

Blake se quedó mirando un momento el zumo de naranja, pero luego levantó la vista hacia mí. Se me cortó la respiración cuando me observó con una intensidad que yo no esperaba.

—De acuerdo —murmuró.

Eché la cabeza atrás y me bebí de un trago el resto del café. A continuación me levanté y llevé mis cubiertos a la cocina donde los dejé en la encimera. De vuelta a la mesa señalé con los pulgares por encima de mis hombros.

—Voy un momento a arreglarme y a coger el bolso. Luego ya podemos irnos.

Blake me miró sin decir nada y siguió comiendo. Luego asintió. Me di media vuelta para recoger mis cosas.

Estaba dejando el bolso en el maletero de Blake cuando un coche entró en la calle y se detuvo unas casas más allá. No iba a prestarle atención, pero en ese momento una persona se bajó del vehículo. Pese a la distancia reconocí a mi hermano. No sólo lo delataba su pelo revuelto de color rubio arena, sino también el que llevara camiseta sin chaqueta. Sí, ya había pasado febrero, pero todavía faltaba mucho para el verano, lo que Ezra parecía entender de otra manera. En ese aspecto siempre había sido un poco raro. Todavía era más extraño, no obstante, que se apoyara con un brazo en la puerta del acompañante y se inclinara de nuevo hacia el interior del coche.

Entrecerré los ojos tratando de dilucidar qué estaba haciendo. ¿Besaba a alguien? ¿Sólo hablaba? No podía distinguirlo, estaba demasiado lejos. Antes de que pudiera apreciarlo mejor, cerró la puerta y el coche giró en la siguiente calle para ir en sentido contrario.

Mi hermano metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar calle arriba. Cuando cerré el portamaletas, con más ímpetu de lo normal, se detuvo. Me vio y se quedó un momento parado. Pero se recobró enseguida.

Cuanto más se acercaba, más detalles reconocía yo. Llevaba la ropa de deporte y unos grandes auriculares alrededor del cuello, como si hubiese estado corriendo. Algo que yo habría creído de no ser porque la persona con quien había quedado lo había dejado a escondidas en nuestra calle. Y si no hubiera sabido por Cam que esa noche no había regresado a casa.

Lo saludé con la mano y él prosiguió su camino hasta llegar a mi lado. Su rostro era una máscara impenetrable.

—¿Qué haces con el coche de Blake? —me preguntó en lugar de saludarme.

—¿Quién era? —le respondí señalando con la barbilla la dirección de la que venía.

—No es asunto tuyo.

Sonreí. «Oh, Ezra.»

—Habías quedado —constaté.

Apartó la vista y miró hacia la puerta con la frente arrugada.

—¿Y a ti qué?

—Me alegraría un montón. Llevo años esperando que me presentes a alguien.

—Nunca te he presentado a la gente con quien salgo y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—¿Por qué no?

—Porque sería raro.

—No creo.

—Tú también eres rara.

Lo miré atentamente.

—Sé que no quieres hablar de eso con los demás, pero puedes hacerlo conmigo. Es una oferta que no caduca. ¿De acuerdo?

Frunció el ceño pensativo y en su frente aparecieron unas arrugas. Luego emitió un sonido parecido a algo así como «hmpf».

—De todos modos, ¿cómo has sabido que había salido con alguien?

—No lo he sabido sólo yo. Esta noche no has venido a casa.

—¿Y? Cam a menudo no viene a casa. A nadie le interesa dónde ha estado.

—Ezra —le dije con calma y apoyando la mano sobre su brazo—. Te quieren. Yo te quiero. Que pases la noche en otro sitio o que salgas con alguien nos interesa.

Emitió de nuevo un sonido indefinible.

—Yo… —Cerró la boca, la abrió y la volvió a cerrar. Luego se rascó la nuca.

Sabía lo difícil que le resultaba hablar sobre esos asuntos. En realidad no quería forzarlo, pero a veces había que darle un empujoncito para recordarle con suavidad que había personas en su vida que se interesaban por él y por lo que hacía. No quería que pensara que estaba solo ante un asunto que, por lo visto, le importaba. Tenía que saber que siempre estaría a su lado; no obstante, a veces ignoraba cómo comunicarme y si lo hacía bien o justo lo contrario.

—¿Entonces? —insistí con prudencia.

Miró hacia la puerta, como para asegurarse de que realmente estábamos solos. Luego tragó saliva con dificultad.

—Tengo que comprobar que realmente es algo serio.

Sonreí.

—Pues suena como si ya lo tuvieras claro.

Asintió conciso. Me habría gustado abrazarlo, pero él jugueteaba con los auriculares, luego cruzó los brazos delante del pecho. A continuación señaló con la barbilla el coche de Blake y repitió su primera pregunta.

—¿Qué haces con el coche de Blake?

Dudé unos segundos porque no quería que tuviera mala conciencia.

—Yo… ejem. Lo voy a llevar a rehabilitación.

Ezra parpadeó. Luego soltó una maldición y se pasó las manos por el cabello.

—Mierda. Tenía que llevarlo yo, ¿verdad?

Le acaricié el brazo para tranquilizarlo.

—Ya me encargo, no pasa nada.

Ezra bajó lentamente las manos y me miró con la cabeza inclinada.

—Se diría que estás encantada de que me haya olvidado. —Sentí que me había pillado in fraganti—. Tus mejillas han adquirido el color de un filete de salmón. —Resoplé, bajé la vista al suelo y di una patada a un pequeño guijarro de asfalto de la calle. Pese a ello seguí notando la mirada curiosa de Ezra—. Sabes en qué te estás metiendo, ¿no? —me interpeló a media voz.

Yo me encogí de hombros y levanté la vista hacia él.

—Sólo voy a acompañarlo en el coche, Ez. Ni más ni menos.

Soltó un gruñido, pero no parecía convencido.

—No quiero volver a verte sufrir como entonces, Jude. Te lo digo en serio.

Apreté los labios y sentí literalmente cómo la sangre dejaba de correr por ellos. Guardamos silencio un rato.

—Hazme caso, eso no volverá a pasar. Blake me ha dicho claramente que no quiere que volvamos a salir juntos nunca más. Estamos en proceso de restablecer nuestra amistad. No te preocupes.

Ezra no parecía especialmente convencido, pero reconocí en su mirada que, en principio, dejaría descansar el tema. Dirigió la vista a la puerta de la casa y de nuevo a mí.

—Quería consultarte algo más: el cumpleaños de mamá está a la vuelta de la esquina. Tenemos que pensar algo. Un regalo y si vienes o no. Creo que no deberías escaquearte. Todos estaremos allí.

Era como si Ezra hubiera hecho estallar con ayuda de varias agujas el globo que había llenado de alegría y felicidad la noche anterior. Todas las emociones desaparecieron de mi interior y me quedé horrorosamente vacía.

Me crucé de brazos. Moví la cabeza como obedeciendo a una orden lejana.

—No es posible.

—Mamá cumple cincuenta años, joder. Ya pensaremos alguna historia de por qué hacemos el viaje juntos. Que viniste a verme antes o algo así. No se darán cuenta de nada. Y te prometo que no les mencionaré tus problemas.

Cuando Ezra pronunciaba tantas frases de corrido era porque daba importancia a ese asunto. También para mí era importantísimo el cumpleaños de mi madre y ya llevaba días buscando *online* regalos bonitos para ella. Pero el miedo de ir a casa era más fuerte. ¿Qué pasaría si mi madre se daba cuenta de lo que ocurría sólo con verme? ¿Qué pasaría si me desmoronaba ante sus ojos y los de papá? No podía correr ese riesgo. Quería verlos cuando hubiera vuelto a encarrilar mi vida. A ser posible un cálido día de verano, con un montón de dinero en el bolsillo para que no se enterasen de que me había gastado el suyo.

—Me lo pensaré —mentí con la esperanza de que se diera por satisfecho.

En ese momento, Blake bajaba por el acceso a la casa y me sentí aliviada. Se había duchado y peinado. Llevaba al hombro una gran bolsa de deporte negra y sostenía el vaso de café con el 11 en la mano. Volvía a vestir el pantalón de chándal gris y algo me causó una rara sensación en el estómago.

—Lo digo en serio, Panqueque —me advirtió Ezra.

—Entendido.

Ezra dio un paso hacia Blake cuando éste llegó al coche. Se rascó la nuca.

—Lo siento, tío. Me he olvidado totalmente de lo de la rehabilitación. Pero en un segundo recojo mis cosas y nos vamos.

Blake lo rechazó con la mano.

—No pasa nada. Ya me lleva Jude.

—Mañana no me olvido —declaró mi hermano, pero Blake no le hizo caso y en cambio se volvió hacia mí.

—¿Nos vamos?

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y asentí.

—Yo estoy lista.

Sin decir nada más, Blake subió al coche. Saludé con la mano a mi hermano y me senté en el asiento del conductor. Por el retrovisor vi a Ezra mirándonos y entrando luego por el camino de acceso en dirección a la puerta de casa.

—Rumbo a rehabilitación —murmuré.

El gimnasio en el que Blake tenía que hacer su sesión de ejercicios era enorme. Casi como el estudio de *fitness* al que yo había ido a las clases de prueba de yoga, sólo que éste presentaba un aspecto un poco más clínico y selecto. Pasamos junto a algunos fisioterapeutas y entrenadores que llevaban polos azul claro y que explicaban a sus pacientes los ejercicios y su finalidad, o controlaban sus movimientos en algunos aparatos.

Miré a mi alrededor y al final de la sala, junto a la fachada con ventanas, vi algunos asientos que parecían destinados a los acompañantes.

—¿Puedo esperarte allí? —consulté a Blake, que estaba a mi lado.

Me miró pensativo.

—¿Estás segura? Voy a quedarme aquí dos horas, o incluso algo más.

En un café de los alrededores tendría que pagar un montón en bebidas por estar ahí sentada. Aquí había un expendedor de agua gratis, vasos y wifi con el que podía utilizar la *tablet*. Seguro que me concentraba más ahí que en mi habitación de invitados.

—Está bien, tengo asuntos pendientes que resolver.

—De acuerdo.

—¡Blake! —Un hombre mayor y con el cabello entrecano se acercó a nosotros y tendió la mano a Blake. Se la estrechó—. El doctor Foster ya me ha comunicado los resultados de la revisión. Hablaremos al respecto. A continuación comenzaremos con la sesión de hoy.

—Está bien.

Blake volvió a mirarme. Pensé un instante: ¿qué demonios se decía en una situación así? Luego me acordé de su compañero de equipo Craig, que constantemente le enviaba frases motivadoras.

—Que te diviertas —le deseé—. Y recuérdalo: «*No hay ganancia sin dolor*».

Blake suspiró.

—No sigas, por favor. Ya tengo un Craig en mi vida y, créeme, con uno es más que suficiente.

—El único mal entreno es el que nunca empieza —añadí mostrándole teatralmente mi bíceps.

—Estás fatal. —Aunque intentaba reprimirse, vi que sonreía—. Hasta luego.

Se dio media vuelta y cruzó con su fisio la sala hasta el fondo. Lo seguí con la mirada. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar la vista de él. Fui a servirme un vaso de agua fría, me acomodé en uno de los asientos y saqué la *tablet*.

Abrí el buscador, pero mi dedo se detuvo en el cursor. En mis oídos sonaba

el zumbido de jirones de frases mezclado con el chirrido y crujido de los aparatos. La frase de Scott resonó en mi mente: «Hay una multitud ahí fuera que todavía no ha renunciado a la serie».

Tecleé con cuidado *Twisted Rose* en el campo de búsquedas y pulsé «Enter».

Deslicé la página hacia abajo con el dedo y contemplé las primeras imágenes. En la mayoría se nos veía a Sam y a mí, uno frente al otro, escenas en las que nuestros papeles de Sadie y Nathan se habían aproximado. Luego seguía una serie de fotos que parecían tan auténticas que necesité un momento para comprender que se trataba de un *collage* de los fans. Una de ellas estaba estupendamente confeccionada y reflejaba con toda fidelidad la atmósfera que yo me había imaginado para la segunda temporada de la serie. Sadie estaba allí, con la cuchilla curva en una mano y la rosa en la otra. Nathan estaba detrás a su lado y la rodeaba con un brazo. Lo que ella no podía ver eran los ojos de él, que irradiaban un amarillo satánico.

Se me erizó el vello de los brazos. Seguí navegando y encontré el nombre de la artista. Guardé la foto, abrí Instagram y la colgué en mi historia, poniendo cuidado en etiquetar tanto a la artista como a Sam. En lo más profundo de mi ser aleteaba la misma sensación que había experimentado el día de la inauguración en la galería. E iba aumentando con cada segundo que pasaba. Esa añoranza hacia algo que me había pertenecido. Hacia algo a lo que me había entregado y que me había llenado de infinita gratitud.

Volví a cerrar la aplicación, me recliné en la silla y bebí un trago. En realidad quería leer más, pero necesitaba un momentito para recuperarme. Para distraerme deslicé la mirada por la sala de gimnasia y casi me atraganté cuando descubrí a Blake.

Por alguna razón, yo había supuesto que en rehabilitación aprendería a cargar su rodilla de forma sensata bajo vigilancia médica. Pero la imagen que yo había imaginado no se ajustaba en absoluto con lo que ocurría realmente ante mis ojos.

Blake estaba haciendo flexiones en una torre de entrenamiento mientras que un peso con la forma de una moneda gigante le colgaba del muslo doblado. El fisioterapeuta estaba a su lado con una tablilla sujetapapeles tomando apuntes. De todos modos, no me fijé en él. Estaba demasiado ocupada mirando a Blake. Y además con la boca abierta.

Un fino velo de sudor le cubría la cara y él reflejaba una intensa obstinación mientras se levantaba y volvía a dejarse caer con lentitud. Y al hacerlo fruncía el ceño concentrado y apretaba tanto los dientes que se le marcaban claramente los

músculos de las mandíbulas. Todo su torso estaba en tensión. Se le resaltaban los músculos de la espalda y de los brazos. Se aflojaban a medias, se tensaban. Se aflojaban y volvían a tensarse.

Se me quedó la garganta seca de repente. Volví a coger el vaso y me lo llevé a los labios. Bebí despacio un par de sorbos.

No conseguía dejar de mirarlo aunque lo intentara, por lo que no aparté los ojos de él durante todo el ejercicio.

Cuando lo acabó, el entrenador le tendió una toalla y una botella. Blake se secó la cara y se bebió media botella de un solo trago. Como si hubiera notado mi mirada, dirigió la vista hacia mí.

Yo bajé la cabeza tan deprisa que salpiqué con el agua la *tablet*. Solté un improperio mientras secaba con la manga la superficie lisa, y dejé el vaso sobre la mesa de cristal con las revistas.

El resto del tiempo traté de volver a concentrarme en la pantalla. Me costó, pues mis ojos actuaban por propia iniciativa una, dos, tres veces. Y en cada ocasión nuestras miradas, la de Blake y la mía, se cruzaban.

21

A lo largo de las siguientes semanas establecí una cierta rutina de la que Blake era un componente esencial. Dado que los demás siempre estaban ocupados con sus clases y entrenamientos, y que yo carecía de obligaciones diurnas, me encargaba de llevarlo a rehabilitación durante los días laborables y, en tales ocasiones, después podía disponer del vehículo. Colin se ocupó de que consiguiera una cita con la agencia que organizaba los eventos nocturnos en los que había participado. Me contrataban casi todos los fines de semana, de modo que mis ahorros aumentaron. Eso, a su vez, me permitió adquirir un abono para las clases de yoga en el estudio de *fitness* sin tener que conseguir arteramente una quinta clase gratis.

Entretanto, pensaba una y otra vez en la noche en la que había hablado con Blake y le había confiado mis temores. Y desde que había visto los maravillosos *collages* y el *fan art* de *Twisted Rose*, me había sorprendido más de una vez pensando en correr el riesgo de volver a actuar. Sin embargo, bastaba con que sostuviera la *tablet* y me pusiera a investigar para que oyera la advertencia de mi anterior agente, empezara a sudar y las manos me temblaran como locas. Era absurdo, pero no podía remediarlo. Incluso después de tantas semanas todavía me parecía pronto para tomar la decisión de volver a mi antigua forma de vida. Además, Woodshill me gustaba. Me gustaba el paisaje, la ciudad y sus habitantes, que parecían conocerse todos entre sí. Ver a mi hermano a diario me gustaba. También acompañar a Blake a rehabilitación y conversar con él sobre todos los temas posibles. Disfrutaba yendo a yoga con Scott y tomando luego un café con él en la primera cafetería que se presentase.

Sin planificarlo de forma consciente, los encuentros con Scott se habían convertido en parte de mi día a día. Hablábamos de todo y de nada, y disfrutaba del hecho de estar en su compañía. Era fácil conversar con él, y siempre tenía la sensación de que podía contárselo todo. Sin importar el qué. Comprendí por qué tenía tantos amigos en Woodshill.

—Creo que pronto no podré ver más esta cosa —decía en ese momento metiéndose en la boca el último trozo de magdalena.

Arqueé una ceja y tomé una cucharada de espuma.

—Siempre dices lo mismo.

—Esta vez lo digo de verdad, en serio. —Se reclinó hacia atrás y se cogió la barriga—. A lo mejor cambio al pastel de queso.

—Es una elección. Aunque yo soy de la opinión de que el queso no casa con el pastel.

—Es queso fresco. Y, por supuesto, es un ingrediente propio de los pasteles.

—Sobre gustos no hay nada escrito —dije a la ligera.

—No sé. Yo creo que me resulta difícil ser amigo de la gente que no come pastel de queso.

Nos sonreímos.

—Cuéntame ahora qué hay de nuevo —me animó.

Pensé unos instantes.

—No mucho, en realidad. Estoy trabajando, contribuyo a los gastos de la casa y además ahorro un poco.

«También añoro los platós y a mis padres, y no tengo ni idea de qué hacer en el futuro», continué la frase mentalmente. Evité la mirada de Scott, pero, al parecer, eso mismo me traicionó.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja pero insistente.

—No… no lo sé.

Scott siguió mirándome, a la espera. Un cosquilleo me subió por la columna vertebral hasta la nuca y de repente las palabras surgieron por sí solas.

—Añoro actuar, pero no puedo volver a empezar con todo lo que representa. Y al mismo tiempo no sé lo que soy sin la interpretación.

Scott meditó unos segundos.

—Tengo claro que algo debió de suceder en Los Ángeles que te llevó a huir de allí. Y también que la gente no debió de ser muy amable contigo. Pero ¿no crees que podrías volver a empezar si tanto lo echas en falta? Tal vez en el marco de un proyecto como el de la galería. ¿O en el teatro o algo similar?

—Es imposible. Porque… —Moví la cabeza mientras intentaba expresar mis sentimientos—. Esto nunca ha sido lo que yo quería. Se vería falso. O una solución de emergencia que nunca se acercaría a lo que sentía antes, cuando actuaba. Simplemente ya es tarde para mí. De algún modo tengo que aprender a asumirlo.

—Puedo imaginar que es difícil. Y desearía poder hacer algo por ti —declaró cariñoso Scott, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

Aunque noté esa acostumbrada presión dentro de mí, esta vez no me dolió tanto. Porque tenía la sensación de que Scott me comprendía.

—Ya me ayudas. Yoga y café y pastel sin queso siempre son de ayuda —apunté con la voz tomada. «No llores. No llores, Jude.» Scott me apretó otra vez la mano y apoyó la espalda en el respaldo. Me aclaré la garganta—. Ahora, cuéntame tú también algo de tu vida. Para que yo no me sienta tan al descubierto.

Scott gruñó pensativo. Deslizó vacilante la mirada por el café y volvió a posarla en mí.

—He aprobado dos exámenes con la nota más alta. Lo que es estupendo si se tiene en cuenta la cantidad de exámenes que suspendí en el primer semestre. Oh, y últimamente he salido de excursión. Mis amigos Allie y Kaden me han convencido. Tienes que conocerlos sin falta en cuanto surja la oportunidad.

—No estoy segura de tener ganas si obligan a la gente a salir a caminar.

—También lo he hecho por voluntad propia. Porque quería demostrarme a mí mismo que lo conseguiría. Y cuando lo has hecho una vez, te sientes como si pudieras vencer al mundo. En serio.

—Suena genial. Pero también muy duro.

—Mientras subía casi me muero, pero a cambio la vista era maravillosa. Vimos juntos la puesta de sol. Y cuando llegamos abajo el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. La próxima vez tienes que venirte con nosotros.

Parecía realmente bonito. Tomé nota mentalmente y moví riéndome la cabeza.

—No puedo creer que en unos pocos segundos hayas conseguido convencerme de que vaya contigo a subir montañas. No cabe duda de que tienes talento, amigo mío.

Scott sonrió, irónico.

—Y tanto que lo tengo. A lo mejor debería trabajar de vendedor.

—Si voy de excursión contigo, tú tienes que venir sin falta a la próxima fiesta de nuestra casa. Creo que los chicos están planificando algo para este fin de semana.

—No sé si las fiestas de deportistas están hechas para mí —manifestó arrugando la nariz—. Bueno, Blake es genial. Pero no conozco a sus compañeros de piso. No vaya a ser que sean todos unos bobos.

—¿Perdona? Uno de ellos es mi hermano —repliqué indignada—. Además, no sabía que tuvieras prejuicios.

Scott se encogió de hombros.

—He tenido alguna que otra mala experiencia en Woodshill.

—Entonces tenemos que corregir eso. Aunque primero tengo que ver si no he de trabajar en algún sitio. —Consulté el reloj alarmada. Mierda, debería haberme ido hacía cinco minutos. Me llevé la taza a la boca, me bebí el resto de un trago y miré a Scott con cara de disculpa—. Tengo que ir a recoger a Blake. —Scott inclinó la cabeza. Luego arqueó las cejas—. No hace falta que me mires así. No hay nada.

—Pues tal como reaccionas cuando se habla de él, se diría que hay un montón.

Volvió a arquear exageradamente las cejas. Cogí mi servilleta y se la tiré.

—En serio. Blake me ha dejado clarísimo que nunca más quiere volver a salir conmigo. Lo que entiendo muy bien. Somos amigos. Y por el momento funciona superbién así.

—¿Él opina lo mismo?

Asentí pensando en las tardes que pasábamos juntos cada vez más a menudo. En nuestras conversaciones, que giraban alrededor de todo y de nada. Nuestras broncas en el coche, cuando peleábamos por quién elegía la emisora y estábamos de acuerdo cuando era Ariana Grande quien cantaba, lo que confirmaba mis sospechas de que era su cantante preferida aunque lo mantuviera en secreto.

—Es casi como antes. Cuando éramos jóvenes y él vivía en la casa de al lado —recordé sonriendo mientras empezaba a recoger mis cosas.

—¿Y cómo es que te vas ahora y no cuando acaba? ¿No será que quieres verlo sudar un poco?

Le saqué la lengua, cogí el bolso y me puse en camino.

Ahora conocía bastante bien el estudio de *fitness*. Era fascinante ir cada semana y ver lo que avanzaba la gente en rehabilitación. Me fascinaba lo que el cuerpo humano era capaz de hacer tras un accidente. Busqué a Blake con la mirada mientras circulaba entre aparatos. Lo descubrí con varias colchonetas negras junto a las que su entrenador le daba instrucciones. Me detuve y lo observé.

Llevaba más de tres horas ahí y se le notaba claramente. Tenía el rostro enrojecido y unos mechones sudorosos se le pegaban a la frente. Estaba

haciendo un ejercicio en el cual llevaba un peso, se iba agachando poco a poco, lo bajaba y luego saltaba bien alto rápidamente. A continuación, recogía el peso y empezaba el ejercicio desde el principio, bajar despacio, dejar el peso y subir de forma dinámica. Apretaba fuerte los dientes como si el ejercicio le costase un gran esfuerzo.

Cuando se arrodilló la siguiente vez, me vio. Algo en su rostro cambió, un cambio mínimo. Sin dejar de mirarme, repitió el ejercicio y saltó. Levantó el peso, con lo que cada músculo de su cuerpo estaba tan tenso que parecía que fuera a desgarrarse. Dos veces más y el entrenador le dio instrucciones, le tendió la toalla y una botella de agua.

Cuando Blake apartó la vista, conseguí moverme. Me acerqué lentamente y me quedé junto a él y su entrenador.

—Hola —saludé algo cohibida.

Blake bebía con fruición. Luego se llevó las manos al cabello y se lo retiró hacia atrás por los lados.

—Me queda una vuelta más, ¿de acuerdo?

Enseguida asentí. Claro que estaba de acuerdo. Scott tenía razón: me gustaba ver cómo Blake hacía sus ejercicios. Y estaba bastante segura de que él lo sabía.

—Puedes esperar allí —dijo su entrenador señalándome el extremo de la zona en la que nos encontrábamos.

Me senté en una colchoneta y estuve mirando cómo el entrenador daba las indicaciones a Blake. Le tendió una pesa pequeña que él sostuvo en la mano. Luego tenía que apoyarse en una rodilla, levantar rápidamente el brazo, girar el tronco hacia un lado, relajar el brazo y volver a estirarlo hacia arriba. No tenía ni idea de qué fortalecía de este modo, pero me tenía hechizada.

En realidad mi idea había sido sacar el móvil y comprobar si tenía nuevas notificaciones en Instagram, pero no podía. La imagen que tenía ante mis ojos me embelesaba. Cuando veía así a Blake —lleno de energía y con esa perseverancia y determinación en la cara—, no podía imaginar que dos meses atrás apenas si pudiera levantarse de la cama. Este Blake no era comparable con el otro. Cuando lo veía así, no tenía la menor duda de que volvería a jugar al baloncesto. Ni la más mínima duda.

Para mi gusto, el ejercicio acabó demasiado pronto. La visión de esos fuertes brazos tensándose bajo los kilos de las pesas era casi excesivamente buena. Ya no me acordaba de cuándo había sido la última vez que lo había tocado. Tocado de verdad. Y me planteé si…

No. No podía pensar así. No debía pensar así.

Sabía que pensar en él de ese modo sólo iría unido al sufrimiento. Mirar estaba bien, pero especular con tocarlo iba en una dirección que no debía seguir de ninguna de las maneras.

Me obligué a apartar la vista de Blake y a cambio me miré los zapatos. La imagen de mis zapatillas blancas era mucho mejor. Las zapatillas eran inofensivas. Las zapatillas no nos harían daño ni a él ni a mí.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecí allí sentada mirándome los pies, pero no me atrevía ni a moverme un milímetro por miedo a caer en cualquier momento en la tentación.

—Listo. —Blake se encontraba a mi lado.

Levanté la mirada deslizándola lentamente por sus piernas y deseé en ese mismo instante no haberlo hecho y haber dirigido la vista justo al techo. La camiseta se le pegaba al tórax y permitía distinguir cada uno de los músculos del abdomen. La garganta se me secó. Me habría gustado extender la mano. Una idea realmente absurda. La idea más absurda que había tenido desde hacía mucho tiempo.

Me levanté de un salto y me puse el bolso al hombro.

—Estabas muy guapo —confesé mordiéndome la lengua—. En forma. Se te veía muy en forma. Deportiva, me refiero.

—Muy en forma deportiva, ¿no?

Me habría encantado darle un puñetazo por ese comentario, pero seguro que no era una ocurrencia especialmente ingeniosa. Seguramente sólo le habría rozado el abdomen, y eso sí que no. Un poco, como mucho.

—Ya sabes a qué me refiero. Daba la impresión de que tenías la rodilla estable —me corregí.

Por desgracia, hasta yo misma notaba lo poco naturales que sonaban mis palabras. Y Blake era de la misma opinión. Dibujó en sus labios una sonrisa impertinente que me provocó la sensación de tener nudos calientes en el estómago.

Qué mierda. Hacía tiempo que no me daba tan fuerte. Estaba perdiendo totalmente el control sobre mis sentimientos y no podía permitírmelo. Éramos amigos. ¡Amigos, amigos, amigos! Cuanto más me repitiera esta idea, antes pararía el hormigueo del vientre. Seguro. Me dominé y encerré con un candado todo lo que vibraba en mí.

—Acompáñame —me pidió Blake—. Te voy a enseñar una cosa.

No tenía ni idea de adónde quería ir, pero en ese momento me habría ido con él a cualquier parte del mundo. Lo seguí a través de la sala y pasamos por una puerta de cristal que hasta el momento no había advertido para llegar a un pasillo y entrar en la primera sala a la izquierda. Ahí había varias cintas de correr. Levanté la vista inquisitiva hacia él.

—¿Vas a comprobar si estoy en forma? Ya te digo que vas a sufrir una decepción. Se me da más el yoga que el atletismo.

Él se limitó a negar con la cabeza. Entonces fue a una cinta de correr y la encendió a un nivel lento. Si ahora pretendía en serio que me pusiera a hacer *jogging*, me daba media vuelta y me iba sola a casa. Pero antes de que yo pudiera replicar, él mismo se subió al aparato.

Lo miré boquiabierta cuando empezó a correr.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? ¡Para inmediatamente! —grité cuando la velocidad empezó a aumentar. Me precipité hacia él para apagar la cinta, pero Blake levantó la mano.

—Puedo volver a correr —anunció jadeante.

Lo observé. Estaba corriendo con una expresión tan feliz en los ojos que me quedé prendada. El corazón me latía desbocado hasta que fui dándome cuenta de lo que esto significaba. Blake había superado el siguiente paso de la rehabilitación. Había recuperado un trocito de libertad y se había acercado un poco a su sueño de poder volver a jugar.

—¡Muchísimas felicidades! —exclamé demasiado alto, pero me daba totalmente igual.

Blake apagó la cinta y bajó del aparato. Y entonces hizo algo con lo que yo no contaba: dio unos pasos hacia mí y me estrechó con sus brazos. Se me escapó un «oh» cuando me dejó sin aire. Pero mi cuerpo reaccionó mucho más rápido que mi mente y mis brazos lo rodearon por sí solos.

Blake deslizó la mano por mi espalda hasta llegar a las lumbares, donde se detuvo. No tengo ni idea de lo que pasaba por mi mente. Todos mis pensamientos se habían esfumado, sólo había espacio para él y la alegría que me invadía. Por desgracia, su proximidad hizo saltar el cerrojo que había puesto y el hormigueo en el vientre volvió a aparecer. En ese segundo, sin embargo, eso no me importaba nada.

—Me alegro tanto por ti… —murmuré con la boca pegada a su hombro.

—Gracias —dijo, y respiró hondo antes de soltarme. Miró la cinta y luego a mí otra vez. Y se rascó la nuca, aparentemente avergonzado—. Te he manchado

toda de sudor.

Bajé la vista y descubrí una mancha de humedad en mi blusa.

—¡A la mierda!

Blake me miró. Luego ladeó la cabeza.

—¿A la mierda?

—No es tan grave —respondí tranquilamente.

—Antes te habrías muerto del asco.

—Antes era antes. Ahora es ahora.

Arqueó las cejas. Cuando esta vez sonrió, su cara tenía unos rasgos diabólicos. Di un paso atrás como obedeciendo a un control remoto y Blake dio uno hacia delante al mismo tiempo.

—Blake —le advertí… demasiado tarde, lamentablemente.

Se abalanzó sobre mí y volvió a abrazarme, aunque con mucha menos suavidad que la primera vez. Fue un ataque, un ataque sudoroso y traicionero. Chillé cuando se secó el pelo en mi cuello y apretó cuanto pudo contra mí su ropa impregnada de sudor.

Cuando conseguí liberarme de su abrazo y él me soltó de repente, había tomado tanto impulso que tropecé y me golpeé la cabeza contra algo duro. Aparecieron unos puntos negros ante mis ojos.

—¡Ay!

—Mierda, ha sido sin querer. —Se acercó a mí—. ¿Estás bien?

Parpadeé y vi a través de los puntos que estaba casi pegado a mí. Su mano recorrió el lugar donde me había golpeado, y me tocó con tal suavidad que creí estar soñando. No podía respirar cuando me apartó el cabello con los dedos y acarició el chichón que latía.

Me flaqueaban las piernas. Levanté la vista hacia él. No esperaba encontrar la preocupación que reflejaban sus ojos. Tampoco su forma de mirarme. Me sentí incapaz de pensar con lucidez. Él llenaba toda mi conciencia. Tenía ante mí sus preciosos ojos y su cuerpo fornido, y hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de mí.

Había pasado noches y noches suspirando por esta cercanía. Había soñado hasta despertarme y arrancar de mi interior esa ansia. Y ahora, con él, me sentía transportada precisamente a esa época. Durante un segundo me pareció que todos mis deseos pasados iban a cumplirse con retraso. Habría podido levantar las manos y ponerlas sobre su rostro. Podría haberlo rodeado de nuevo con los brazos y dejar que hiciera conmigo lo que quisiera.

Pero no podía. Porque no era en absoluto lo adecuado.

Estábamos justo reafirmando nuestra amistad. Blake no quería volver a salir conmigo, me lo había dejado más que claro. Eso significaba que no podía abrazarlo. Y tampoco debía permitir de ninguna de las maneras que me apretara contra una pared y me acariciara la cabeza.

El esfuerzo al que me vi obligada fue gigantesco, pero me aclaré la garganta.

—¿Nos vamos? —pregunté, y con estas palabras me cargué la magia de ese momento.

Blake parpadeó, como si despertara de un trance. Bajó las manos y dio un paso atrás, tan deprisa que casi perdió el equilibrio. Luego se limitó a asentir.

—Sí. Vámonos.

Cruzamos la puerta de vidrio uno al lado del otro para salir. Me esforzaba por sosegar los latidos del corazón y pensaba en si a Blake le ocurriría lo mismo. Pero, cuando lo miré, su rostro parecía tan libre de preocupaciones como antes, y me invadió la sensación de que yo era la única que se sentía tan afectada por esa situación.

22

Acababa de llegar a casa después de trabajar en un evento en la universidad y dejé caer el bolso al suelo, junto al escritorio. En realidad estaba muerta de cansancio, pero la música de un bajo que llegaba a mi habitación desde la sala de estar casi hacía temblar las paredes. Esta vez los chicos habían tenido la amabilidad de informarme de sus planes de celebrar una fiesta y al menos no había habido ningún invitado que se extraviara en mi habitación.

Después de colgar la chaqueta saqué el móvil del bolso. En realidad sólo quería comprobar qué hora era y me sorprendí al ver la pantalla llena de avisos. Algunos eran de Scott, otros de Sam y la mayoría eran notificaciones *push* de Instagram.

Abrí primero los mensajes de Scott, luego los de Sam.

> ¿Lo has visto? ¡Oh, Dios mío! Echa un vistazo, ¡ya han reunido la mitad!
>
> ¡Jude! ¡Míratelo! ¡A lo mejor todavía hay esperanza!
> *IT'S GETTING TWISTED*.

Hice clic desconcertada en el enlace que los dos me habían enviado. Se abrió una página. Leí el encabezamiento.

> *#SaveTwistedRose*
>
> Estamos luchando porque no le han dado una segunda oportunidad a nuestra serie favorita. Con esta carta nos dirigimos a vosotros, los fans, que desean un *happy end* para Sadie, Nathan y compañía. Estamos reuniendo dinero para financiar una nueva temporada. Quien no pueda, o no quiera, también puede colaborar en línea. ¡Que os oigan! Compartid vuestras historias con el *hashtag #SaveTwistedRose*. Contadnos por qué os encanta *Twisted Rose* y qué significan para vosotros la serie y sus personajes. También nos dirigimos con este escrito a las redes, emisoras y plataformas *online*: por favor, devolvednos nuestra serie favorita. La necesitamos.

Leí dos veces el texto. Y luego, una tercera. Me senté despacio en el borde de la cama y examiné el objetivo de financiación, que ya había alcanzado la mitad.

Abrí Instagram con dedos temblorosos. Tenía la página desbordada de mensajes, fotos y, repetidamente, el enlace con la campaña de *crowdfunding* que habían puesto en marcha los fans. La creadora de la imagen que yo había colgado en la red me había enviado un largo mensaje en el que me transmitía lo importante que era para ella la serie y lo mucho que se alegraba de que encontrara tan bonito su cuadro. Con el *hashtag #SaveTwistedRose* había miles de aportaciones, entre ellas vídeos de los fans en los cuales contaban lo que les unía a la serie y lo mucho que deseaban que continuara. Cuanto más leía, más me escocían los ojos. Cuantas más caras de personas para las que Sadie Nelson era tan importante como para mí veía, más conmovida estaba. Y más se agrietaba el muro que había construido alrededor de ese recuerdo. Hasta que leí un mensaje en el que figuraba un nombre que me erizó el vello de la nuca.

> Vincent Atkins se manifestó esta tarde en un estreno acerca de la campaña de los fans. Está encantado y se alegraría de empezar una nueva temporada. Chicos, ¿sabéis lo que esto significa? ¡¡¡Tenemos el apoyo del productor de la serie!!! *#SaveTwistedRose*

Esas palabras estaban bajo un vídeo en el que Vincent sonreía ampliamente a una periodista que sostenía un micrófono ante él. Al ver su cara se me encogió el corazón. Seguí navegando y leí por encima otros artículos pese a que sentía en los oídos el sofocado palpitar de mi corazón. Intenté aferrarme a los cariñosos comentarios de los fans, pero no lo conseguí. Las palabras de quien había sido mi agente resonaban de nuevo en mi cabeza: «Ha llegado a nuestros oídos una noticia, Jude. Dudamos poder proporcionarte otro papel más. Lamentablemente, tenemos que dar por terminada nuestra colaboración».

Se me resbaló el móvil de la mano y se me cayó al suelo. No percibí el golpe, sólo oí el eco de las declaraciones de mi agente. Unas palabras que me habían dejado claro que nunca más podría trabajar en mi profesión. Incluso si una cadena compraba una segunda temporada, yo no ganaría nada. No volvería a interpretar el papel de Sadie otra vez. Para ser más exactos, nunca volvería a interpretar ningún otro papel.

Me miré las manos. Apreté los puños. Volví a abrirlos. Y luego inspiré hondo.

No servía de nada desesperarse. Había sucedido. No podía hacerse nada por cambiarlo. No me quedaba más remedio que mirar hacia delante y olvidarme de todo este asunto.

Me levanté como anestesiada y dejé la habitación. Me concentré en la casa llena hasta los topes. Me concentré en la *playlist* de Cam, compuesta por una mezcla de distintas canciones para la ocasión. Me concentré en poner un pie tras otro hasta llegar a la cocina y fui directa al cuenco del ponche. Cogí un vaso y lo llené hasta el borde con el líquido rojo. Luego eché la cabeza hacia atrás y me lo bebí de un par de tragos. A continuación volví a llenar el vaso y eché un vistazo a la sala. No conocía a la mayoría de la gente, pero en el jardín vi a Scott, que estaba sentado a una mesa con Sawyer.

Crucé la sala y levanté torpemente la mano cuando me quedé de pie a su lado.

—¡Jude! Por fin has venido —exclamó Scott levantándose. Me abrazó y me agarró por los hombros—. ¿Has visto lo que te he enviado? ¿A que es una locura?

—Sí, una locura —convine como una autómata.

Scott me miró con un poco de demasiada atención, pero yo me bebí otro trago de ponche sin hacerle caso.

—Perdona si he sido demasiado entusiasta. Yo…

Enseguida negué con la cabeza y fingí una sonrisa.

—No lo has sido en absoluto. Es que hoy no es mi mejor día. Lo siento.

—Ven, siéntate con nosotros. Te levantaremos la moral.

Scott retiró una silla. Me senté y reprimí cualquier pensamiento en torno a la campaña de *crowdfunding*, aunque me costaba horrores conseguirlo.

—Qué pinta tan asquerosa —comentó Scott señalando con un gesto de la barbilla una mesa a un par de metros a la que estaban sentados unos invitados que yo no conocía. Delante de ellos había un vaso alto lleno de un líquido de un color blanco amarronado.

Arrugué los labios con repugnancia.

—Yo nunca más volveré a jugar a eso —anunció Everly, que se acercó a nosotros y se sentó en la última silla libre.

—¿Tuviste una mala experiencia? —inquirió Scott.

Negó con un gesto.

—Es un juego en el que lo viertes todo en un recipiente y luego tienes que bebértelo. Ya os podéis imaginar…

—A mí sí que me gusta el juego. Cuanto más asquerosa es la mezcla, más me implico —intervino Sawyer y se levantó para reunirse con la gente que se había agrupado alrededor de la mesa y empezaba el juego.

—Típico —murmuró Scott siguiéndola con una cariñosa mirada—. A Sawyer le encantan los desafíos repugnantes.

—Pues entonces es, en cualquier caso, más valiente que yo. —Everly tomó un sorbito de agua y yo me llevé el ponche a los labios.

—Espero que lo que veo en tu vaso sea zumo y no lo que parece, Panqueque —resonó a mis espaldas una voz grave y que me resultaba muy familiar.

Hice una mueca y bebí deprisa un buen trago antes de que Ezra me quitara el vaso de la mano.

—Estúpido aguafiestas —gruñí.

Bebió de mi vaso mientras deslizaba la vista por encima de nuestra mesa y de repente se atragantó. Everly le dio unos golpecitos en la espalda. Dejó el vaso vacío delante de mí sobre la mesa y carraspeó.

—¿Por qué te llama Panqueque? —se interesó sorprendido Scott.

—Porque mi hermano tiene la estupenda manía de dejarme en ridículo delante de la gente —contesté lacónica.

—¿Es tu hermano? —Scott levantó la vista hacia Ezra.

—¿Os conocéis? Scott, éste es Ezra. Ezra, éste es mi amigo Scott. De la clase de yoga.

Los miré alternativamente cuando Ezra se inclinó y le tendió la mano.

—Un placer —murmuró Scott estrechando la mano de Ezra.

—Igualmente.

—¿Dónde se ha metido Blake? —preguntó de repente Everly—. Pensaba que hoy celebrábamos que ya vuelve a correr.

—¿Acaso he oído mi nombre por aquí? —preguntó Blake, que justo en ese momento aparecía en el jardín. Llevaba una gorra con visera, unos tejanos, una camiseta gris y había extendido los brazos hacia los dos lados como un rey dispuesto a reconquistar su reino.

Algo me cosquilleó por dentro. Me habría encantado arrojarme a sus brazos para que volviera a estrecharme contra él y me ayudara a aguantar todo lo que había leído y pensado. Pero me quedé sentada y, en su lugar, contemplé cómo se acercaba a nosotros y se apoyaba con las dos manos en el respaldo de la silla de Everly.

—Pronto podrás volver a correr por todas partes —afirmó ella sonriendo.

—Ni que fuera un loco que se pone a hacer *sprints* cada dos por tres.

—He sido testigo de cómo vas azuzando a la gente.

Blake sonrió. Entonces me miró y su sonrisa cambió. Se volvió más dulce,

parecía menos forzada y en sus ojos apareció de nuevo el brillo.

Ése, ése era mi Blake. El Blake que contaba tonterías todo el tiempo y que corría lleno de energía de un lado a otro. El Blake que tenía una sonrisa sólo para mí. No era capaz de dejar de mirarla. Me tenía cautiva con ella.

Scott me dio una patada por debajo de la mesa y me sobresalté. Lo miré iracunda, pero a él no pareció importarle demasiado. Bebía a sorbos y permanecía impasible.

—¿Qué, Everly, tienes ganas de tomar un Dirty Pint? —preguntó Blake y le dio un toque con el dedo.

—No, gracias.

—Venga, ven. —Le puso las manos por debajo de los brazos y le hizo cosquillas hasta que ella empezó a chillar y se levantó de un salto.

—Nos vemos luego —dijo Everly mientras Blake tiraba de ella hacia la mesa. Sólo cuando quedaron fuera del alcance de la vista conseguí volver a respirar con normalidad.

—¿Es ésta la «amistad» de la que hablas últimamente? Ya entiendo —comentó Scott dibujando unas comillas en el aire.

—¡Chis! —Hice un discreto movimiento en dirección a Ezra, que acababa de sentarse en la silla de Everly.

—Oh, seguid hablando con tranquilidad. También me interesa saber qué os traéis entre manos los dos —advirtió escuetamente.

En realidad no quería contar nada, pero no dejaban de mirarme. Al final hice un ademán de impotencia.

—No puedo evitarlo. Es tan… tan… —Me faltaban las palabras.

—¿Estral? —sugirió Scott.

Hice una mueca.

—¿Estral?

—Significa estar lleno de un deseo insaciable —explicó Scott reclinándose en la silla—. Puedes indagar acerca del término.

—Eso se dice con respecto a animales en celo —intervino mi hermano.

—Pues bien, Blake ejerce sobre mí un fuerte deseo de apareamiento…

Le cerré la boca para evitar que siguiera hablando. Una palabra más y tendría la cara roja como un tomate supermaduro.

Scott me lamió la mano y yo la aparté. Me la limpié en los tejanos soltando una imprecación. Cuando a Ezra se le escapó una risa por lo bajo, lo fulminé con la mirada y luego dirigí la vista a la mesa en la que Sawyer, con una mueca

diabólica, estaba poniendo salsa de chile en el vaso enorme. Se detuvo cuando Blake fingió tener arcadas. Algunos rieron, y la chica que estaba sentada a su derecha acercó su silla un poco más a él. Sentí un espasmo en la barriga.

Tenía que cambiar urgentemente mi actitud hacia él. Y ese dolor tenía que acabar de una vez por todas. No podía aferrarme a Blake en mi sufrimiento. Era una equivocación. Y a eso se unirían otras penas.

—¿Quieres algo más? —le pedí a Scott mientras ignoraba la mirada de advertencia de Ezra. Necesitaba imperiosamente beber si quería soportar esa noche.

—Tomaré otro más. Y un par de palitos de queso, estaban riquísimos.

—Entendido.

—Eres la mejor.

Hice un gesto de rechazo y fui hacia el interior. El sofá estaba ocupado por algunas chicas del grupo de animadoras de Everly; entre ellas distinguí a Cam, que me saludó con la mano. Otis estaba sentado delante del televisor, enzarzado con otra chica en un duelo de *Tekken* que se hallaba fuera de control. Era evidente que los dos ya habían bebido algunas copas y se gritaban el uno al otro. Nunca había visto a Otis vociferar de ese modo.

Fui a la cocina y vertí un poco de ponche en el vaso de Scott y en el mío. Cogí además un par de palitos de queso y ya iba a salir cuando vi que Everly se llevaba a Scott y a Ezra a la gran mesa del centro de la terraza para que participaran en el juego.

Un par de personas empezaron a bailar en el jardín una nueva canción de Taylor Swift. En una situación normal, yo habría hecho enseguida lo mismo, pero entonces descubrí a Blake. La chica le había puesto una mano sobre la pierna y él se reía de algo que le decía.

Una punzada de dolor se me extendió por el pecho. Sentía los brazos y las piernas entumecidos. Miré a Everly, Scott, Ezra y Sawyer, que reían a carcajadas, y esa sensación de que algo me corroía por dentro fue expandiéndose más y más hasta apropiarse de todo mi cuerpo.

¿Qué hacía yo allí? ¿Y a quién intentaba engañar? Mi vida en Woodshill era una farsa. Algo surgido de la necesidad y no duradero, eso lo había tenido claro desde el principio. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Y encima estaba la campaña de *crowdfunding*, que esperaba para mis adentros que no tuviera éxito. Me habría abofeteado sólo por pensar en ello.

Twisted Rose había sido mi gran sueño. Como Blake. Y ambos estaban fuera

de mi alcance. Incluso ahora, cuando los fans intercedían por revivir la serie. Y pese a que Blake y yo nos habíamos vuelto a acercar tanto el uno al otro como hacía siglos que no nos sucedía. Pero tenía claro que, en realidad, no pertenecía a ese lugar. Y también que nunca podría volver a ser actriz.

Las manos empezaron a temblarme de nuevo. Bebí un buen trago de ponche. Otro más. Y otro, hasta que en unos pocos segundos vacié el vaso. Entonces me quedé un rato en la cocina sin saber qué hacer. Mientras meditaba, me bebí un segundo vaso. Al mirar al exterior sentí como si algo borboteara en mi barriga, y la sensación de que algo me roía por dentro fue empeorando. Tenía miedo de echarme a llorar de un momento a otro. En el estado en que me encontraba no podía salir, de ninguna de las maneras.

Sin pensármelo dos veces, dejé todo lo que sostenía con las manos sobre la encimera. Me di media vuelta y salí corriendo de la sala de estar hacia el pasillo. Mis pies se movían solos. Pasé de largo mi habitación y subí de dos en dos los escalones hasta el primer piso. Una vez arriba, giré a la derecha. Cogí el pomo de la puerta y dudé. Pero no más de un segundo. Entonces entré en su habitación.

Cerré la puerta tras de mí sin hacer ruido y apoyé la espalda contra ella. La cama estaba un poco desordenada, como si se hubiese acostado por la tarde. Sobre el escritorio había un sinnúmero de lápices y hojas con notas marcadas con colores. Una sudadera con capucha colgaba de la silla.

Me zumbaba la cabeza. Yo no debía estar allí. Debía estar abajo, con los demás, y hacer como que me lo estaba pasando como nunca en la vida. Pero ¡no era cierto! Y lo único que quería era tener algo que me hiciera sentir como en casa.

Cogí la sudadera del respaldo de la silla y me la puse. Sentí un ligero mareo al percibir su suavidad. Me sujeté con fuerza a la silla, que rodó un poco por el suelo. La sudadera era tan grande que me llegaba hasta las rodillas. Me quité los pantalones y los arrojé descuidadamente al suelo. Luego fui a la cama, me detuve frente a nuestra foto. Qué aspecto tan feliz teníamos. Tan feliz e ingenuo. Ignorantes de lo que nos deparaba el futuro y, a pesar de eso, sin miedo.

Me escocían los ojos cuando retiré la colcha y me metí. Tiré de las mangas de la sudadera para cubrirme las manos y me enrollé en la colcha hasta que sólo sobresalía la nariz para poder respirar. Como una crisálida envuelta en su olor y en su calor. Fue la única forma en que dejé de sentirme tan perdida.

—Jude —oí en la distancia. Parpadeé. La habitación me resultaba extraña. Los contornos estaban bañados por la tenue luz de una lámpara sobre la mesilla. El rostro de Blake apareció ante mí. Me examinaba con detenimiento. Qué sueño tan bonito—. ¿Qué haces en mi cama?

Me senté de golpe. A través de la cabeza me llegaron unos horribles pinchazos hasta los ojos y me los tapé con la mano. Las paredes giraban. Me dejé caer de vuelta sobre la almohada y me tapé la cara con la colcha.

No podía ser verdad. Blake me había encontrado en su cama. Lo mejor sería que hiciera las maletas y me largara.

Tiró de la colcha. Una vez, dos.

La bajé un poco, lo suficiente para poder ver.

—¿Podrías salir otra vez? Así me voy discretamente y hacemos como si aquí no hubiera pasado nada —farfullé entre dientes.

Incluso antes de que hubiera expresado correctamente la pregunta, él negó lentamente con la cabeza.

—No voy a hacerlo.

Habría sido demasiado hermoso.

Miré a hurtadillas la mesilla. El despertador señalaba las once y media. Había estado durmiendo una hora. Y ahora, al prestar atención, advertí que la fiesta en el piso inferior todavía estaba en plena marcha.

—¿Cómo es que ya estás aquí? —le interrogué confusa.

Arqueó una ceja.

—¿Habías planeado marcharte antes de que me metiera en la cama? ¿O ibas a quedarte aquí toda la noche?

Di un bufido de indignación y volví a sentarme.

—No te montes ninguna historia rarita, yo…

—¿Es mi sudadera? —me interrumpió ladeando la cabeza.

Me miré. Las mejillas me ardían cuando reconocí el logo de los Woodshill Eagles. Todo me daba vueltas en la cabeza. Tal vez podía fingir que me desmayaba para evadirme de esa situación.

—¿No? —pregunté más que contesté.

Blake se echó a reír.

—Oh, qué divertido. Debo retener este momento para siempre.

Cuando hizo ademán de ir a sacar su móvil, se lo impedí.

—No empeores aún más las cosas.

Se detuvo y bajó la mano de nuevo.

—De acuerdo. Entonces conservaré el momento para siempre en mi mente. Tengo buena memoria.

Se dio unos golpecitos en la frente y yo me planteé por qué demonios encontraba eso tan divertido. Era la situación más ridícula de mi vida y temía echarme a llorar en cualquier momento. La sonrisa de Blake fue desapareciendo. Por lo visto se dio cuenta de cómo estaba yo. Señaló con la barbilla hacia un lado.

—Apártate.

Por un momento no supe qué quería de mí, pero pocos segundos después lo comprendí y me moví hacia el otro lado del colchón.

Blake se sentó a mi lado, con la espalda apoyada en el cabezal de la cama. Luego se quitó la gorra y la lanzó a través de la habitación. Aterrizó sobre la silla del escritorio como por milagro. Se revolvió el pelo aplanado con las manos y lo dejó de nuevo alborotado.

Me habría encantado tocárselo también.

Yo tenía un serio problema.

Dirigí la vista a toda prisa a la colcha y la estrujé entre las manos. La funda era suave y hasta el momento me había sentido bastante cómoda. Pero ahora que Blake había llegado me sentía de nuevo fuera de lugar. No tenía que estar en su cama, y menos aún cuando él estaba. De acuerdo, aún menos si no estaba, pero para eso ya era demasiado tarde.

—Debería marcharme —consideré retirando la colcha.

Me senté, y ya iba a impulsar las piernas por encima del borde de la cama cuando él me cogió del brazo. Emanaba un calor muy agradable, incluso a través de la sudadera. Pese a ello deseé que me soltara. Y al mismo tiempo quería que me atrajera hacia él.

—Quédate —murmuró mirándome con cariño; hacía siglos que no me miraba así.

De repente sentí los latidos del corazón hasta en las costillas.

Mierda. ¿Qué había pasado con mi firme determinación de ser su amiga y nada más? Estar en su cama, deseando sin cesar acariciarlo, no formaba parte de ella. Tampoco que se me acelerase el pulso con su sola presencia.

Blake se inclinó a un lado y cogió su portátil. Lo apoyó en el muslo y lo encendió. Luego abrió Netflix. Yo lo miraba embobada, incapaz de moverme ni un milímetro. Blake navegó entre las películas y las series, y al final se quedó en las comedias. Sondeó algunas hasta que detuvo el cursor en *Pretty Woman*.

Contuve la respiración. Antes, siempre que me sentía mal, conseguía que Blake y Ezra vieran esa película conmigo. Estaba segura de que no era la única que se la sabía de memoria, y pensé en si él se acordaría de todas las tardes que la habíamos visto juntos. Hay determinadas cosas que te consuelan cuando estás pasando por un mal momento. Para mí, *Pretty Woman* y los *caramel macchiato* eran dos de esas cosas porque las vinculaba a recuerdos positivos y épocas carentes de preocupación. Que Blake percibiera cómo me sentía y pusiera esa película me conmovió.

—Haremos simplemente como si fuera de lo más normal que estés aquí —indicó.

—Pero ¿por qué? —inquirí a media voz.

—Porque es evidente que no estás bien y yo no soy un cabrón que vaya a aprovecharme.

Lo miré de reojo.

—Pues acabas de decir que te acordarías perfectamente de esto.

—Eso no cambia nada. Me meteré contigo recordándotelo cuando estés bien, bien de verdad, y ya no te lo esperes.

—Qué caballero.

—Lo que soy. Un caballero que sabe cómo comportarse cuando se encuentra con una mujer en su cama.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme en ese instante.

Blake se deslizó un poco más abajo para tenderse y apoyarse en la almohada. Luego sujetó el portátil con una mano, extendió la colcha sobre nuestras piernas y apoyó el ordenador sobre sus muslos.

Pasaron los primeros minutos de la película. La serena respiración de Blake contribuyó a que me relajara un poco. El ardor de mis mejillas también disminuyó. Sin embargo, me zumbaba la cabeza con un millón de interrogantes.

—¿Por qué no estás abajo? —le sonsaqué con cuidado.

Blake dudó en responder, y yo le dejé tiempo para que pensara. Al final se removió inquieto.

—Te he visto tomarte dos vasos de ponche en la cocina.

Se me sonrojaron las mejillas de nuevo.

—¿Y?

—Y como al cabo de una hora no he vuelto a verte, he pensado en ir a buscarte.

Dudé sobre dónde habría estado antes de que se le ocurriera la idea de entrar

en su propia habitación. Miré la pantalla: Julia Roberts se subía al coche de Richard Gere.

—¿Por qué me buscabas? —pregunté en un momento dado.

Tardó un rato en contestar.

—Porque quería saber qué hacías.

—Pero ¿por qué?

—¿Vamos a estar jugando al juego del «por qué» toda la noche? Yo tengo tiempo. Y capacidad de resistencia.

Me limité a soltar un gruñido. La colcha crujió cuando él volvió a ponerse cómodo.

Seguimos viendo la película en silencio y, según iban pasando los minutos, más disminuía en mí la tensión. Sí, todavía era raro estar acostada en su cama, pero él quería estar a mi lado. De lo contrario no me habría buscado ni pedido que me quedase con él.

Cuando llegó la escena en la que Julia Roberts iba a comprar con Richard Gere después de que la vendedora la hubiera puesto en evidencia el día antes, suspiré.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de estar deseando vivir en una película?

Blake asintió.

—Pues sí. A mí también me gustaría ser Julia Roberts por un día.

Me puse de lado y le di con el puño.

—No me refería a eso.

—Ya sé a qué te refieres. Antes me habría gustado vivir en la película *Space Jam*.

Sonreía.

—Tuviste colgado el póster de Michel Jordan en tu habitación hasta que cumpliste dieciséis. Todavía me acuerdo.

—Ya, ya. Conoces mis secretos más oscuros. En cualquier caso, por aquel entonces me habría encantado ser una de las figuras animadas.

—¿Y Michel Jordan no?

Tomó aire siseando, como si le hubiese dicho algo que lo molestaba profundamente.

—Yo nunca sería tan arrogante.

—Bueno, en cualquier caso, yo preferiría ser tan fuerte como Vivian, pero con un marido como Edward a mi lado, que pusiera el mundo a mis pies.

Cuando empezó la canción de *Pretty Woman*, ya casi no podía quedarme quieta. Richard Gere tendía su tarjeta de crédito a Julia Roberts para que siguiera comprando.

—A lo mejor preferiría ser Julia Roberts. Un par de trajes nuevos, toda la gente de la calle mirándome como si fuera la persona más impresionante del mundo… —reveló Blake.

—Y no te olvides de la escena en que se venga de la vendedora asquerosa.

Era, con diferencia, una de mis favoritas, seguida de cerca por la de la carísima cadena y el vestido de noche que mamá y yo intentamos incluso recrear.

—¿Jude? —preguntó Blake al cabo de un rato.

—¿Mmm?

Como no hice ningún gesto de mirarlo, colocó la mano en mi cabello y me inclinó la cabeza hacia arriba, hasta que nuestras miradas se cruzaron.

Aguanté la respiración cuando me acarició la mejilla con el pulgar. Un cosquilleo me recorrió el cuerpo.

—La próxima vez, me avisas —susurró con gravedad—. Me refiero a cuando prefieras estar en una película que en el mundo real.

Quería saber por qué me pedía esto, pero no conseguí pronunciar palabra porque seguía acariciándome con suavidad. Porque con él me sentía más a salvo que con nadie. Y porque me miró como si yo ocupara un lugar estable en su vida. En ese momento desapareció la sensación que me roía por dentro, y la sustituyó una agradable calidez.

—Lo haré —contesté con un murmullo.

23

Alguien se movía delante de mí.

Parpadeé medio dormida. Todo estaba borroso. Necesité unos minutos para aclarar la visión. Mi nariz rozaba una camiseta y cuando inspiré percibí el olor a bergamota. Al reconocerlo me sentí como si me hubieran propinado un puñetazo.

Estaba en la cama de Blake. Y no sólo eso, él me había puesto un brazo encima y me estrechaba contra sí. Al igual que mi brazo derecho rodeaba su espalda y la tenía bien sujeta. No me lo podía creer. Después de *Pretty Woman*, habíamos empezado a ver *Space Jam* y nos habíamos quedado dormidos a media película.

Tenía calor. Demasiado calor. Sin embargo, no habría deseado estar en ningún otro lugar. Me sentía indescriptiblemente bien en brazos de Blake. Todavía recordaba la última noche que habíamos pasado juntos en Los Ángeles, habíamos dormido el uno al lado del otro igual que ahora, y de repente las lágrimas me anegaron los ojos. Porque lo añoraba. Extrañaba dormir con él y despertar abrazada fuerte a él. Echaba de menos su cercanía, su olor, sus besos y todo lo demás. Echaba de menos nuestras conversaciones, su risa, sus manos que me tocaban como si yo le perteneciera. Lo echaba de menos a él, aunque estaba justo delante de mí. Encontrarme entre sus brazos, sentir su calor, escuchar su respiración profunda sólo me confirmaban lo que no podía tener.

Sus palabras me resonaban en los oídos: «Yo… yo nunca más podré volver a salir contigo. Te lo digo para que quede claro».

Lo que había sucedido no estaba bien. Iba más allá de la amistad y él seguro que también lo entendería en cuanto se despertase.

Le pasé sigilosamente los dedos por la espalda e inspiré hondo una vez más antes de desprenderme, muy a mi pesar, de su abrazo. Aunque sabía que era la decisión correcta, me dolía en el alma levantarme. Con todo el cuidado que pude, retiré a un lado la colcha y me senté en el borde de la cama. Me aparté el

cabello alborotado de la frente y me puse en pie. Noté unos ligeros latidos en la cabeza cuando me quité la sudadera y la dejé sobre la silla del escritorio. Luego crucé la habitación sin hacer ruido en dirección a la puerta. Cuando llegué, me atreví a mirar hacia atrás.

Blake seguía durmiendo tranquilamente. Tenía los labios entreabiertos y había extendido mucho el brazo sobre mi lado en la cama como si faltara allí una persona. Pero esa persona no podía ser yo. No, si no quería destrozar todo lo que con tanto esfuerzo habíamos reconstruido. Me propuse firmemente conservar esa imagen en mi memoria. Blake, que era capaz de dormir en paz en mi presencia. Blake, que era más atractivo en la realidad que en mis más atrevidos sueños y en quien confiaba más que en cualquier otra persona del planeta.

Se me partió el corazón cuando me di media vuelta y abrí cuidadosamente la puerta. Cerré como a cámara lenta, giré sobre mis talones y me quedé helada.

Cam acababa de salir de su habitación y me miró. Yo me había quedado petrificada, y una sonrisa burlona se dibujó lentamente en su cara mientras me observaba de arriba abajo. Luego levantó la mano para chocar los cinco.

Me metí en el baño tan deprisa como pude, cerré la puerta y apoyé en ella la espalda. Respiré hondo. Qué mala suerte, joder.

Después de arreglarme, bajé.

Cam y Otis ya estaban en la cocina, ordenando los restos de la fiesta. Cuando entré en la estancia, Cam levantó la vista y empezó a sonreír como obedeciendo a una orden.

Intenté no hacerle caso, me fui directa a la cafetera, cogí una taza y la coloqué debajo de la máquina. Cuando me di media vuelta, de repente tenía a Cam pegado a mí.

—¿Y? —preguntó con un deje de complicidad.

Añadí la leche al café y tomé un sorbo largo. No es que el café me ayudara especialmente en mi situación actual, pero al menos tenía algo que hacer con las manos.

—Qué deprisa habéis limpiado —comenté señalando la reluciente sala de estar.

—Ezra nos advirtió que podíamos organizar una fiesta siempre que al día siguiente lo limpiáramos todo antes de que él se levantara —contestó Cam

poniendo los ojos en blanco—. Pero no hace falta que cambies de tema, *madame*.

—No cambio de tema.

—¿De qué tema está cambiando? —indagó Otis mientras llenaba de agua caliente el cuenco del ponche.

—De que la he pillado saliendo de la habitación de Blake.

A Otis se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Cómo? —Se olvidó del agua del cuenco, que empezó a desbordarse, y la montaña de espuma del lavavajillas fue creciendo.

Guardé silencio y bebí otro sorbo de café contestando a las miradas de Cam y Otis con toda la indiferencia posible. En la cama había tenido tiempo suficiente para prepararme mentalmente para aquella situación en concreto. Yo era un muro de piedra imperturbable.

—No habla. ¿Cómo es que no habla? —insistió Otis mirándonos alternativamente a Cam y a mí.

—Porque sabe que la han pillado in fraganti. Pero no hace falta que te sientas así, Jude. Blake estaba insoportable por tu culpa. Si volvéis a estar juntos, seguro que a todos nos va bien.

Otis asintió.

—Con toda la tensión que se produjo… —Dejó la elocuente frase en el aire.

—¿Estará todavía vivo? —apuntó Cam moviendo las cejas arriba y abajo.

—Y qué pasará en el futuro… —reflexionó Otis en voz alta—. ¿Te quedarás aquí para siempre?

Eso fue demasiado para mi muro de piedra. Intenté conservar la calma durante un segundo, pero luego las palabras surgieron de mí por sí solas.

—Primero: entre Blake y yo nunca más habrá nada. Y segundo: siempre he considerado Woodshill una escala. Éste no es mi sitio y seguro que no me quedaré.

Ambos, Otis y Cam, me miraron con el ceño fruncido.

—Oh —exclamó Otis al cabo de un rato. Acto seguido se percató de que el agua rebosaba del fregadero y se le escapó una palabrota. Se precipitó al grifo y lo cerró.

—Pero yo pensaba… —empezó a decir Cam, si bien se calló cuando en el pasillo resonó el arrastrar de unos pies.

Nos dimos media vuelta y vimos que Blake llegaba a la cocina. Contuve la respiración. Tenía el cabello alborotado de dormir y llevaba la sudadera que yo

me había puesto por la noche. Todo mi cuerpo se vio invadido por una sensación de calidez cuando él se acercó a nosotros.

Hizo lo mismo que yo: sin dejarse confundir, cogió una taza y la puso debajo de la cafetera.

Observé con el rabillo del ojo que Cam y Otis cruzaban una mirada. Cuando el primero se encogió de hombros, me alegré de que no volviera a tocar el tema.

Después de haberse servido el café, Blake se dio media vuelta y se apoyó sobre la superficie de trabajo. Fue entonces cuando se percató de que todos lo estábamos mirando.

—¿Tengo monos en la cara o algo parecido? —preguntó, y con su tono despreocupado soltó al instante el nudo que se me había formado en la garganta.

Otis siguió lavando el cuenco, Cam cogió una bayeta y se puso a limpiar la encimera.

—¿Qué tal ayer? —quiso saber Blake tomando un sorbo de café.

Yo lo imitaba, incapaz todavía de pronunciar palabra. Seguía viéndolo dormido, con un brazo firmemente tendido a mi alrededor. Volví a concentrarme rápidamente en Cam.

—Genial. Sawyer lamentó haber añadido la salsa de chili al vaso, fue de largo la gran perdedora del Dirty Pint y estuvo todo el tiempo maldiciéndose por eso. Fue muy divertido.

—Por otra parte, gané el duelo de *Tekken* —intervino Otis.

—Porque pegabas a todo el mundo unos gritos que nadie se atrevía a acercarse a ti —contestó Blake escondiendo una sonrisa tras la taza.

Por lo visto todo marchaba bien. Blake se comportaba con toda normalidad. Así que podíamos hacer como si en la noche anterior no hubiese sucedido nada. Estaba contenta de que me ahorrara el bochorno y no me recordara que me había encontrado en su cama. Ni que habíamos dormido abrazados. Seguramente veía toda esa situación igual que yo.

Animada por su actitud relajada y despreocupada, me apoyé a su lado en el mostrador. Mientras Otis y Cam seguían hablando de lo que había pasado durante la fiesta, le di un golpecito en el brazo con el hombro.

Blake se puso tenso.

—¿Te acompaño a rehabilitación?

Me miró. Luego negó con la cabeza, una vez y muy rotundamente.

—Ya no necesito chófer.

La negativa me sentó como un puñetazo en la boca del estómago.

Sin embargo, antes de que pudiera añadir nada, Blake se acabó el café, dejó la taza en el mostrador, encima del lavaplatos, y salió de la cocina. Lo oí trajinar unos minutos por el pasillo. Poco después, la puerta de la casa se cerró.

—Entonces, ¿qué cosas le gustan a tu madre? —preguntó Scott mientras deambulábamos entre las estanterías de Michaels.

—Le gusta todo lo *kitsch*. Purpurina, unicornios, colores chillones: todo lo que a uno le hace mover la cabeza sonriendo irónico cuando lo mira. Si le regalara un álbum de fotos con este aspecto —sostuve un pesado ejemplar granate—, me lo tiraría a la cabeza.

—¿En serio?

Asentí.

—Lo que más me importa es que se alegre de mi regalo. Así que tiene que ser superestupendo.

—Entendido. —Scott entrecerró los ojos y siguió explorando en las estanterías.

Ya era la segunda tienda por la que pasábamos. Había convenido con Ezra que yo me ocuparía de las manualidades para el regalo de mamá y él se encargaría del resto.

—¿Qué tipo de persona es tu madre? —indagó Scott levantando una hilera de cintas *washi*. Al verlas, le tendí inmediatamente la bolsa de la compra.

—No conozco a nadie tan trabajador como ella. Pero, fuera lo que fuese lo que hubiera tenido que hacer en el hospital, cuando volvía a casa, siempre nos dedicaba todos sus cuidados a Ezra y a mí, y nos animaba si habíamos pasado un mal día.

Sentí que me emocionaba al pronunciar estas palabras. Scott me miró con la cabeza ladeada. Quizá su mirada me resultaba demasiado penetrante.

—Y a pesar de eso… ¿no quieres ir a su cumpleaños? —preguntó con cautela.

Miré las cosas que ya tenía en la cesta de la compra. Mi plan era firme: comprar regalos, hacer un bonito álbum para mi madre y escribirle un texto muy cariñoso en una postal que le daría a Ezra cuando se fuera a casa en avión. Pero ahora, al mirarme Scott de ese modo y plantearme esa pregunta, mi decisión empezó a tambalearse. Yo sabía en mi fuero interno que eso no era suficiente y que mi madre se merecía más, pero mantenía a raya el sentimiento de

culpabilidad todo cuanto me era posible. Bastante tenía ya con esa rara atmósfera que había entre Blake y yo, desde que había estado en su habitación, y con la campaña de *crowdfunding* que habían montado los fans de *Twisted Rose*. No obstante, pese a todos los problemas que tenía en la cabeza, al menos quería hacer esto por mi madre.

—Mi dinero sólo alcanza para esto —afirmé a la ligera alzando la cesta ostensivamente—, y no para un billete de avión a Seattle.

—Entiendo —musitó Scott.

A continuación me detuve delante de las postales de felicitación. Revisé tema por tema despacio y con atención, para que no se me escapara nada.

—¿Qué te parecería ésta? —me consultó Scott sujetando una postal en lo alto.

Solté una breve carcajada. En la postal se veía a una mujer con un enorme sombrero de fiesta y unas gafas de sol en medio de una pista y bailando desenfadadamente.

—Es casi igual que mi madre. Ezra y yo siempre nos avergonzábamos en las fiestas familiares porque bailaba muy mal.

Le cogí la postal al tiempo que movía la cabeza y acaricié a la mujer con el pulgar.

—Estoy convencido de que mi padre superaría a tu madre en bailar mal —señaló Scott mientras miraba la siguiente hilera de postales.

—¿De verdad?

Asintió.

—Uy, sí. Hace tiempo asistió a un curso de *jumpstyle*. Qué bochorno. Una vez que había quedado con alguien, a mi padre se le ocurrió la genial idea de enseñarle lo que había aprendido en el curso. —Me eché a reír, tras lo cual Scott me miró con los ojos entrecerrados—. No tiene nada de divertido, Jude.

—Un poco sí. Nuestros padres deberían organizar un campeonato de baile.

Scott iba a replicar, pero se lo pensó mejor. En su lugar, cogió la siguiente postal.

—¿Qué tal ésta?

La postal era de un rosa chillón. Delante se veía un unicornio brillante que saltaba de un pastel de varios pisos.

—Creo que también me la llevaré. Y vámonos corriendo de aquí, antes de que compre más cosas.

Scott añadió la postal a los cachivaches que ya habíamos guardado en las

bolsas.

—¿Cuándo empezáis con las manualidades?

—Mañana por la tarde Ezra y yo seleccionaremos las fotos antiguas que tenemos y las pegaremos.

—¿Ezra también colaborará?

Asentí.

—Hace como si yo lo obligara, pero creo que en secreto está encantado. Con su obsesión por el orden debería divertirle seleccionar las fotos por años y recortarlas lo mejor posible.

Scott sonrió.

—Pues no parece un maniaco del orden.

—Hace poco dejé mi champú en la estantería de la ducha que no tocaba y tuve que aguantar un sermón. «Todo tiene su lugar, Jude. ¿Adónde iríamos a parar si nos saltáramos esa regla?» —cité imitando el tono profundo de mi hermano, y Scott soltó una sonora carcajada.

Habíamos llegado al final de la estantería, giramos a la derecha y enfilamos el siguiente pasillo.

—Por cierto, el sábado te eché de menos —comentó Scott lanzándome una mirada de reojo tan elocuente que no tuve que fingir que no sabía de qué me hablaba.

—No estaba para fiestas —respondí de la forma más vaga posible y ganándome un codazo en el costado.

—Blake estuvo todo el rato buscándote con la mirada. No podía parar. Poco después de que te fueras, y de que además me robaras el vaso, él también desapareció. No se le vio en todo el resto de la noche.

Suspiré abrumada.

—Tengo la sensación de que casi todo el mundo en Woodshill se ha enterado de eso.

—Tampoco es que fuerais muy sutiles.

—Tú tampoco cuando te quedaste pasmado mirando a mi hermano —contesté sonriendo.

Scott se puso como un tomate.

—Yo no me quedé pasmado mirando a nadie.

—Convéncete a ti mismo —contesté sonriendo.

Intentó darme otro codazo, pero fui más rápida y lo evité.

—Sin contar con que puedo quedarme mirando a quien a mí me apetezca,

ahora no estamos hablando de mí. Estás intentando eludir el hecho de que Blake y tú os habéis lanzado el uno en brazos del otro.

—No…, no fue así —murmuré.

Una sensación de debilidad se extendió por mi interior. Desde el sábado sólo había visto a Blake una vez, y había sido la mañana después de que pasáramos la noche juntos. Los últimos dos días ya no lo había acompañado a rehabilitación y si yo estaba en casa, él se había marchado o se había atrincherado en su habitación. Los demás no parecían sorprenderse de ello, pero yo me sentía fatal.

—Sólo estuvimos viendo unas películas. Y me quedé dormida en su cama, lo que fue un error enorme —confesé al cabo de un rato.

Ni siquiera la visión de los lazos de colores que había comprado para mi madre pudo distraer a mi mente del hecho de que Blake llevara dos días sin hablarme.

—¿Pasó algo? —preguntó discretamente Scott.

Enseguida negué con la cabeza.

—No. Ni tampoco pasará nada. Lo digo en serio. Blake me aseguró que nunca más volvería a salir conmigo. Somos amigos… o al menos lo intentamos. —Tragué con dificultad y me detuve en medio del pasillo.

Scott se volvió hacia mí.

—¿Qué ocurre? —El tono era cariñoso y dulce, y de ese modo parecía sacar a flote todo lo que yo intentaba contener.

—¿Qué va a pasar, si lo he estropeado todo? —pregunté asustada.

Negó enérgicamente con la cabeza.

—Menuda chorrada. No has estropeado nada.

—No sabes lo que pasó. Todo lo que arruiné.

—Deja el pasado donde le corresponde —contestó colocando una mano sobre mi brazo y dándome un breve apretón—. Todo irá bien.

Esbocé una leve sonrisa.

—Gracias, Scott.

—Para esto están los amigos —observó. Luego me dejó de repente y se volvió hacia la estantería de las cintas de colores—. Mejor dime cuáles son los colores favoritos de tu madre.

Me puse a su lado e intenté reprimirme unos segundos. Pero en lugar de ello apoyé la cabeza en su hombro, esperando que entendiera lo mucho que significaban para mí sus palabras.

24

Esa noche, cuando volví a casa, todos salvo Blake se encontraban en la sala de estar. Los chicos estaban repanchingados delante del televisor, sobre la mesa había unas botellas de cerveza y en la pantalla se emitía un partido de baloncesto que ellos miraban magnetizados. Ezra estaba sentado a la izquierda, en el sofá, y tenía las piernas extendidas, una encima de la otra, debajo de la mesa; a su derecha estaba Otis con las piernas cruzadas, y Cam se había apropiado del sillón.

—Hola —los saludé.

Ninguno me hizo caso, sólo Ezra me saludó a medias con la mano. Conocía a mi hermano en pleno éxtasis de baloncesto. Seguramente ninguno de los tres se habría movido aunque la casa estuviera en llamas.

—¿No está Blake? —pregunté metiéndome en la cocina para comprobar si quedaban restos de la cena.

—Sí —respondió Otis sin apartar la vista de la pantalla.

Abrí la nevera y descubrí un plato en el que había una masa informe que recordaba un gratinado de patatas. Saqué el plato y lo metí en el microondas. Luego me dirigí de nuevo a los otros.

—¿Dónde está?

—¡Jude! —Ezra me lanzó una mirada impaciente.

Lo contesté arqueando las cejas y cogí tranquilamente un tenedor del cajón de los cubiertos.

—Arriba —respondió Cam, flemático—. Por lo visto no le interesamos. Ni el baloncesto.

Refunfuñé y me volví hacia el microondas. Al parecer Blake tampoco se relacionaba con los demás y eso a pesar de que yo había estado medio día fuera con Scott.

Noté un malestar interior. Me preguntaba todo el tiempo qué había hecho yo para que me evitara de este modo. Me sentía mal, aunque no quería. Aunque

sabía lo absurdo que era.

Cogí la comida y me retiré con ella a mi habitación. La silla emitió un chirrido cuando me puse cómoda en ella, junto al escritorio, y cogí la *tablet*. Después de desbloquearla, me llegó toda una lista de notificaciones, todavía más que el día anterior.

El trozo de patata gratinada que tenía en la boca pareció aumentar de tamaño y convertirse en una especie de masa de cemento cuando leí el mensaje de Sam.

> Jude, mírate esto. ¡Me he quedado mudo!
> ¿Cuándo vamos a celebrarlo?

Hice clic en el enlace adjunto. El sitio de la campaña de *crowdfunding* estaba descargando una notificación tras otra. Iba a tomar otro bocado cuando me llamó la atención el guion verde en el margen derecho de la página. Me empezó a temblar la mano. El tenedor cayó ruidosamente en el plato y coloqué la otra mano en la *tablet* para acercármela más. Pensaba que no había leído bien. Pero ahí estaba, negro sobre blanco: una suma de siete cifras.

No podía ser.

Mierda, no podía ser.

Los fans habían conseguido alcanzar su objetivo de financiación en unos pocos días. No sólo eso: había cincuenta mil dólares más, y seguían recogiendo dinero. Era sencillamente increíble. Y algo con lo que yo nunca había contado.

¿Qué demonios tenía que hacer si alguien de la producción se ponía en contacto conmigo? ¿Qué tenía que hacer si realmente se compraba la segunda temporada?

Con los dedos temblorosos pulsé el *hashtag #SaveTwistedRose* y navegué por las imágenes y aportaciones de los espectadores.

> La historia de Sadie y Nathan no puede terminar. Me dio fuerzas cuando estaba en un pozo y significaría muchísimo para mí poder volver a verla.
>
> *Twisted Rose* tenía todo lo que a mí me gusta en un buen espectáculo: un guion bien pensado, unos giros inesperados ¡y unas historias de amor que te llegan al alma! ¡Por favor, devuélvannos la serie! La necesitamos.
>
> Inteligente, aguda y mordaz: Sadie Nelson era mi modelo. Me ayudó cuando sufrí *mobbing* en la escuela. Cada día intentaba ser un poco más como Sadie y no dejarme avasallar. Jude Livingston, en caso de que leas esto: gracias. Por todo.

El texto desapareció de mi vista. Ya no conseguí leer los siguientes comentarios y me tapé la cara con las manos. Las lágrimas me ardían en los ojos

para rodar un instante después por las mejillas. Yo amaba tanto la serie justo por los comentarios que la gente escribía.

Ya no podía seguir respirando. No quería sentirme así, no quería perder el control. Sabía que tenía que concentrarme en mi plan. Pero en ese momento sencillamente no podía. Sollozando a media voz, me apreté los ojos con las manos como si pudiera dominar así mis emociones.

No funcionó.

Por un breve instante un «qué pasaría si» germinó en mi mente.

¿Qué pasaría si volvía a probarlo?

¿Si realmente podía volver a interpretar el papel de Sadie Nelson?

Pero entonces me resonó una amenaza en los oídos. Un eco de lo que me había alejado de Los Ángeles y había conseguido que yo misma me diera por vencida.

«Me encargaré de que no vuelvas a poner un pie en este negocio. Te lo juro, Jude.»

«Qué pasaría si» no era más que una estúpida ilusión. Un sueño roto que no se recompondría, sin importar lo mucho que se empeñaran los fans. Incluso si la serie se llevaba a término, él se encargaría de que otra persona interpretara el papel. A él seguro que no le importaba lo potente que fuera el grito de los espectadores. Yo ya no era actriz. Para decirlo más exactamente: yo no era nadie. Y nada podría cambiarlo.

Cerré rabiosa la *tablet* y la empujé con tanta torpeza por el escritorio que cayó por detrás y se estrelló contra el suelo. Solté un juramento y lancé enfadada el tenedor detrás. Las lágrimas seguían rodando por mis mejillas. Odiaba no poder dejar de llorar. Y deseaba que me dejasen de salir lágrimas de los ojos de una maldita vez.

Me sequé las mejillas, furiosa, y distinguí unas manchas negras en las palmas de las manos. Renegando, cogí un pañuelo para limpiarme el borde inferior de los ojos. Cuando me miré en la pantalla del móvil, comprobé que así todavía lo había empeorado más. El rímel se me había corrido, además de por las manos, por toda la cara.

Sin perder más tiempo, crucé la habitación y me encaminé al piso de arriba. Ya iba a coger el pomo de la puerta del baño cuando ésta se abrió desde dentro.

Blake apareció ante mí.

Unos mechones mojados le colgaban por la frente y de sus hombros se deslizaban unas gotas de agua; en la cintura sólo llevaba una toalla enrollada.

Seguí las gotas con la mirada. Dejaban una estela sobre su pectoral y bajaban hasta el vientre. Por un breve momento mis pensamientos sufrieron un cortocircuito y me olvidé incluso de la tristeza. Pero cuando levanté la vista hacia él y nuestros ojos se encontraron, todo volvió a estar allí. Incluso el hecho de que llevara dos días seguidos apartándose de mi camino.

Me eché a un lado para que pudiera pasar. Pero no lo hizo. En cambio se acercó a mí. Sentí sus dedos bajo la barbilla e incliné suavemente la cabeza hacia atrás para que pudiéramos volver a mirarnos. Algo centelleó en sus ojos y el corazón me dio un vuelco. Sentí un peso en mi interior que me empujaba hacia abajo, pero que al mismo tiempo me hacía sentir infinitamente liviana.

—¿Has llorado? —preguntó preocupado.

Con el familiar sonido de su voz nació en mí la necesidad de abrirle mi corazón. Quería contarle todo lo que me agobiaba. Quería contarle lo que había ocurrido. Quería saber por qué me ignoraba, porque me hacía daño.

En mi mente daban vueltas miles de palabras. Quería pronunciarlas todas, pero ninguna de ellas me salía de los labios. Lo único que conseguí fue levantar la mano y coger su muñeca, sin saber si acercarlo a mí o separarlo. Todo en mí ansiaba su caricia. Su mano sobre mi cabello. Sus palabras en mi oído, como en la noche del sábado.

Antes siempre era Blake quien tomaba la iniciativa. Pero esa época ya había pasado. Me lo había dejado claro cuando llegué y ahora también lo notaba. No podía abrirle el corazón. Como tampoco debía dormir entre sus brazos. Porque eso sólo conseguiría estropear de nuevo todo lo que había entre nosotros. No podía arriesgarme. Si se enteraba de lo que había sucedido, me aborrecería más de lo que ya lo hacía. Estaba segura. Así que me aclaré la garganta.

—No pasa nada —musité.

Algo oscuro brilló en los ojos de Blake.

—Jude… —empezó, pero yo sacudí la cabeza e hice lo que había que hacer.

Con suavidad, pero con determinación, retiré su mano de mi barbilla. Me hacía un daño increíble, pero, a pesar de ello, di un paso a un lado, me metí en el baño y cerré la puerta tras de mí.

Ezra, con una sonrisa terrorífica, sostenía en lo alto un ejemplar decorado con un unicornio rodeado por un círculo de brillantina.

—¿Tiene que ser esto? ¿En serio?

—Le gustará —afirmé.

Contempló despectivo el álbum de fotos, hizo un gesto de ignorancia y miró el resto de las compras que Scott y yo habíamos hecho.

El suelo de mi habitación estaba abarrotado de distintas cintas adhesivas con dibujos de colores, confeti, papeles de regalo y cintas a juego, además de las dos postales que Scott había escogido.

—Si eso es lo que crees… Aquí están las fotos.

Ezra se había ofrecido a elegir las fotos para el álbum y mandarlas imprimir *online*, pero cuando me tendió el paquetito me pregunté cómo había podido fiarme de él. Posiblemente había elegido las peores. Cogí titubeante el paquete y lo miré.

—No tengas miedo. Quiero que mamá esté contenta, por eso sólo hay fotos bonitas —señaló él, y volvió a cogerme el paquete para abrirlo él mismo.

A veces me horrorizaba lo bien que me conocía.

Me deslicé a su lado por la alfombra para ver cómo iba sacando las fotos. Las dejaba en el suelo delante de él, separándolas unas de otras para tener una visión general.

—¿Cuántas has imprimido? —quise saber, ya que el montón era reducido.

—Casi todas las buenas que tenía en el ordenador —respondió concentrado, y ladeó la cabeza—. Por desgracia las han desordenado al imprimirlas.

—La verdad es que queríamos pegarlas por orden cronológico, ¿no?

Ezra asintió.

—Me temo que tendremos que confiar en nuestra memoria.

Me froté las manos, me incliné hacia delante y me puse a trabajar de izquierda a derecha. Ezra incluso había imprimido un par de fotos de cuando éramos bebés y no se distinguía del todo quién era quién. De niños éramos idénticos, sobre todo porque yo siempre llevaba su ropa vieja.

—En cualquier caso, éstas van al principio —indiqué.

—Y luego ésta —señaló Ezra con el ceño fruncido por la concentración, y me tendió una imagen en la que se veía cómo él me cogía por primera vez en brazos. Entonces tenía el cabello un poco más claro que ahora y los mofletes gorditos. Yo dormía tranquilamente en su regazo, mientras él estaba sentado en el suelo con sus minipiernas extendidas delante de él.

—Es tan tan mona… Ay, mírate ahora —dije pellizcándole la mejilla, ahora mucho más áspera y rasposa que en la foto.

Se retiró un poco y se limpió la mejilla como si yo hubiera tenido algo

pegajoso en los dedos.

—No te pongas sentimental o no acabaremos nunca —contestó inclinándose sobre la foto siguiente.

Suspiré y coloqué la imagen bajo las otras para que siguiera el orden. A continuación cogí las fotos de cuando íbamos a la escuela primaria; a veces aparecían algunas de fiestas de cumpleaños en las que mamá miraba sonriente a la cámara.

—Por cierto… Cam me ha venido con una historia —apuntó Ezra después de que hubiésemos seleccionado más o menos la mitad de las fotos.

Me interrumpí en medio de un gesto, pero seguí enseguida, esperando que él no se hubiera dado cuenta de mi titubeo.

—¿Ah, sí?

—Contó que la mañana después de la fiesta saliste de su habitación.

Hice una mueca.

—No recuerdo haber estado en la habitación de Cam. Para ser más exactos, ni siquiera sé cómo es.

—Jude.

Inspiré una profunda bocanada de aire. Desde nuestro encuentro la noche anterior, apenas me había atrevido a salir de mi cuarto. Sólo cuando Blake se fue por la mañana a rehabilitación, había ido a buscar algo que comer. Por lo demás, hasta que tuve que ir a trabajar pasé el tiempo navegando en el *hashtag* de la campaña, casi paralizada de desesperación, y mirando al techo, sobre el cual se encontraba la habitación de Blake. Y me había preocupado por qué estaría haciendo y si había avanzado en la rehabilitación. Pensar en él y en el abismo que había entre nosotros me traía el doloroso recuerdo de lo acogedores que eran sus brazos alrededor de mi cuerpo. De lo mucho que su olor me recordaba a mi hogar. De cómo me ardía la piel cuando me acariciaba, cuando me cogía suavemente de la barbilla.

Habría hundido el rostro en las manos, pero consideré que era mejor seguir actuando como si todo fuera estupendamente. Aunque en lo más profundo de mi ser sabía que las cosas no podían continuar así toda la eternidad. Mi vida en ese momento me recordaba al meme del perro que está en una habitación en llamas y afirma que todo le va genial.

—Tú tampoco me cuentas nada de tu vida privada. ¿Por qué iba yo a desvelarte algo de la mía? —repliqué.

Ezra me pasó las fotos siguientes.

—¿Porque tú eres una cotorra que normalmente me explica más de lo que yo quiero saber?

«*Touché*, idiota», pensé y levanté la siguiente foto con las dos manos.

No sabía si era Ezra o papá quien había hecho la foto. En cualquier caso, aparecíamos mamá y yo. Estrechamente abrazadas. Yo había hundido la cara en su hombro, como si buscara su consuelo. Ya no recordaba de cuándo era la imagen ni tampoco de por qué estaba yo tan afligida, pero, al verla, se me hizo un nudo en la garganta.

—¿La hiciste tú? —pregunté. De repente se me quebró la voz.

Ezra asintió.

—Ésta… ésta es mamá y tu relación con ella. Cuando pienso en vosotras es así como os veo. Por eso me cuesta comprender por qué llevas semanas sin hablar con ella.

De repente sentí en las manos un frío tremendo. Contemplé la foto de nuevo. Ezra tenía razón. Pero, al mismo tiempo, mi hermano no entendía lo que me pasaba. No sabía lo horrible que era para mí volver a casa como una fracasada. No tenía ni la más remota idea de lo que representaba para mí presentarme ante mamá después de todo lo que papá y ella habían hecho por mí. Pero la imagen me mostraba el apoyo que mi madre siempre me había dado. Era su cumpleaños, joder. Al menos por ese día podría controlarme. Tenía que hacerlo, eso era todo. Por mi familia. Y por mí misma.

—Quiero ir a casa contigo —susurré.

Ezra me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿De verdad?

Dejé la foto de mamá y de mí con las otras.

—De verdad.

Suspiró aliviado.

—Por fin. Ya pensaba que te había reservado para nada el billete de avión.

Me lo quedé mirando. No podía decirlo en serio.

—¿Has reservado un billete para mí? —pregunté sin dar crédito.

Ezra se inclinó hacia atrás y se apoyó con las manos en el suelo. Luego asintió.

—Sí.

—Estás totalmente chiflado.

—Sí.

—Te quiero —declaré, me arrodillé a su lado y le rodeé el cuello con los

brazos—. Gracias.

Levantó un brazo y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Y ya de paso, que sepas que Blake también viene con nosotros.

Tardé unos minutos en tomar conciencia de lo que me decía.

—¿Cómo es que no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque pensaba que entonces no te dignarías a venir. Os comportáis de una forma muy rara. Él apenas habla conmigo. Tú apenas hablas con él. Estáis raros, no me gusta.

Tragué con dificultad y volví a concentrarme en las fotos. Había algunas en las que Blake aparecía con nuestra familia. No sabía exactamente qué había sucedido, pero la noche que había pasado en su cama algo entre nosotros había salido mal. Algo había cambiado que no permitía que nos relacionáramos con la misma naturalidad que después de que nos sincerásemos.

Si viajábamos los tres a Seattle, tenía que hablar urgentemente con él otra vez. Para aclarar nuestra relación.

—Volveré a hablar con él —musité.

—Bien. Además tenemos que acordar qué les decimos a mamá y papá. Yo soy partidario de la versión de que nos has venido a ver antes para que pudiéramos viajar los tres juntos y dar la sorpresa.

Lo miré.

—Has estado dándole vueltas a qué excusa vamos a poner.

Se le levantaron un poco las comisuras de la boca.

—Porque esperaba poder convencerte.

—¿Por eso has seleccionado todas las imágenes más bonitas de mamá y de mí?

Ezra bajó la mirada a las fotos, pero su sonrisa de satisfacción ya era respuesta suficiente. Por lo visto mi hermano podía llegar a ser muy astuto.

25

Estaba comprobando mi equipaje de mano por enésima vez ese día, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —grité sentándome sobre la maleta y dando un par de botes arriba y abajo.

En lugar de mi hermano, fue Blake quien entró en la habitación.

Me detuve en mitad del movimiento. Cuando cerró la puerta tras de sí, se me desbocó el corazón y tuve que esforzarme por dominarlo. Había entre nosotros una atmósfera rara, y el hecho de que ahora estuviésemos, por vez primera desde hacía unas semanas, solos en una habitación aumentó la tensión. El aire se podía cortar con un cuchillo. El corazón me golpeaba contra las costillas.

—¿Qué sucede? —pregunté consultando el reloj. No íbamos con retraso. Aún nos quedaba aproximadamente una hora antes de marcharnos al aeropuerto de Portland.

—Todavía tenía esto en mi cuarto.

Blake sostenía en lo alto mis vaqueros. Los que me había quitado aquella noche en su habitación y que despreocupadamente había arrojado al suelo. Sentí al instante que se me encendían las mejillas.

Me levanté de un salto de la maleta, que al instante se abrió de nuevo, y le cogí los pantalones. Los enrollé, abrí la bolsa pequeña y los metí a la fuerza con otras cosas. Eso todavía dificultaría más la tarea de cerrarla, pero me daba igual. Así tenía una alternativa si la otra ropa que había guardado no me gustaba.

—Sólo estaremos el fin de semana y volvemos el domingo —señaló Blake a mis espaldas—. ¿Se puede saber qué te llevas?

—Un par de cosas —murmuré intentando cerrar de nuevo la maleta. Esta vez me puse encima de rodillas y tiré violentamente de la cremallera—. Ahora que estás aquí… Ezra opina que deberíamos hablar de algunas cosas.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

Me senté de nuevo en la maleta dando botes arriba y abajo.

—Porque mamá y papá no saben que vivo aquí —le contesté entre dientes—. Fingimos que os he venido a visitar antes del viaje.

—No está mal —contestó distraído—. ¿Qué estás haciendo?

—Cerrar la maleta.

Se quedó un rato observando mi lucha con la cremallera. Luego se acercó y se agachó.

—Déjame a mí.

Su mano rozó la mía cuando cogió la cremallera y tiró de ella. Se me cortó la respiración. Sin embargo, en lugar de levantarse después de haber cerrado la maleta, permaneció en esa posición. Su aliento me tocaba el cuello. Estaba tan cerca que su cabello me cosquilleaba la frente.

Como obedeciendo a una orden lejana, cerré los ojos. La proximidad de Blake me provocaba una sensación indescriptible. De nuevo apareció ese hormigueo en el estómago, inevitable en su presencia, junto con el calor que fluía por mis venas. Era incapaz de tener las ideas claras cuando estaba tan cerca. No sabía qué hacer. Por una parte, sentirse así era una equivocación, lo sabía. Por otra, me entregaba a ese sentimiento, porque, en contra de todo lo demás, que me salía al revés, no me resultaba ajeno y casi me embriagaba.

Moví un poco la cabeza. Mis labios rozaron su oreja y Blake emitió un sonido que parecía proceder de lo más profundo de su pecho. Todo mi ser se estremeció.

—Jude —murmuró.

Había tanto sentimiento en sus palabras que me arrancó del trance en el que me hallaba. Me desprendí de él y me levanté tan deprisa que unos puntitos negros empezaron a moverse ante mis ojos.

Blake esperó un momento y también se levantó. Me miró de una forma que no pude identificar en absoluto. Algo en sus preciosos ojos verdes se había agitado y entre sus cejas se formó una arruga. Parecía entender tan poco como yo lo que sucedía entre nosotros.

—No he venido sólo para traerte los pantalones —reveló seguidamente con voz ronca.

—¿No? —pregunté dándome media vuelta para buscar el bolso. Así podía comprobar otra vez si había empaquetado bien los líquidos que me llevaba. Acababa de hacerlo, pero necesitaba urgentemente tener las manos ocupadas.

Me acerqué al escritorio y levanté el bolso de la silla. Lo abrí como una autómata y coloqué mis cosas una al lado de la otra sobre el escritorio. Abrí la

bolsita de cremallera para mi desinfectante y la cerré. La volví a abrir y la volví a cerrar.

—¿Todo en orden? —preguntó Blake detrás de mí.

Con toda la pachorra que me era posible, me volví hacia él con la más convincente de mis sonrisas.

—Subir a un avión me pone nerviosa.

Por desgracia, la sonrisa no funcionó. Blake seguía frunciendo el ceño. Entonces, de repente, dio un paso hacia mí. Automáticamente, yo retrocedí un paso con el bolso vacío en la mano como si fuera un escudo protector. Blake se detuvo a mitad del movimiento. Su mirada se oscureció y la dirigió a la maleta.

—Ezra opina que tenemos que darnos prisa. No te demores demasiado —advirtió a media voz antes de cruzar la habitación, pasar junto a mí y volver a abrir la puerta.

Me estremecí cuando la cerró.

Blake sabía que le estaba mintiendo. Volar me gustaba más que cualquier otra cosa. Encontraba genial despegar del suelo, sentir esa extraña presión en el vientre, ir aumentando sin cesar de altitud y, por último, pero no por ello menos emocionante, contemplar el panorama sobre las nubes que se extendían por el cielo como un majestuoso imperio. Por desgracia, ni siquiera esa perspectiva consiguió enmendar un comienzo del día algo asqueroso.

Estaba embutida en el asiento de en medio, entre Ezra y Blake. A ninguno de los dos les gustaba ese viaje porque tenían las piernas demasiado largas, de cien metros como mínimo, y estaban a mi lado plegados como un sobre. Aun así, Ezra había logrado dormirse. Yo llevaba los auriculares y escuchaba la nueva canción de Ariana Grande en bucle mientras me resistía al impulso de mirar a Blake.

Camino del aeropuerto, me había hecho la dormida y ninguno de nosotros había hablado. En aquel momento ya no sabía entre quiénes había más tensión: si entre Blake y yo, o entre Ezra y Blake. Por lo visto, aquellos tiempos en los que los tres podíamos reír despreocupadamente habían desaparecido de forma definitiva, y la idea me dolía más de lo que me había podido imaginar.

Miré de reojo a Blake, pero él tenía la vista clavada en el frente. Llevaba auriculares, como yo. Además había cruzado los brazos en el pecho y no parecía interesado ni en Ezra ni en mí. Contuve el impulso de tocarle el brazo o cogerle

la mano. Quería que la sonrisa volviera a sus labios, que sus ojos centellearan y que le desapareciera de entre las cejas esa estúpida arruga de enfado tan inusual en él. Tragué con dificultad y escondí las manos bajo los muslos para que no se me ocurriera ninguna absurda idea.

Sólo cuando el avión aterrizó me atreví a moverme de nuevo. Me volví hacia Ezra y lo sacudí para despertarlo. Entreabrió los ojos. La gente que nos rodeaba recogía sus cosas.

—Ya hemos llegado —dije.

Emitió un gruñido y se frotó la cara con las manos. Me desabroché el cinturón y estiré los brazos hacia arriba antes de volverme a la izquierda. Blake ya se había levantado y sacaba nuestras cosas del compartimento superior. Al igual que Ezra, se había puesto de punta en blanco y llevaba una camisa negra y un pantalón a juego, en fuerte contraste con la ropa que solía vestir en casa.

Levanté lentamente la vista hacia su cara. Me recorrió un escalofrío cuando nuestros ojos se encontraron. Miré de inmediato hacia otro lado y empecé a enrollar los auriculares alrededor del móvil. Para mí era mejor no mirarlo. Pero el dolor era tan tan intenso que casi me doblegaba.

En cuanto estuve lista y hube metido todo en el bolso, me levanté. Las puertas del avión todavía no estaban abiertas y, justo cuando me ponía en pie, un hombre me empujó y me caí contra Blake.

En un acto reflejo, me rodeó la cintura con el brazo antes de lanzar una mirada asesina por encima de mi cabeza.

—¿Qué hace, hombre? Estamos todos esperando.

—Tengo prisa.

—Yo también. Pero ¿me ves empujar a las personas más frágiles que están a mi alrededor como si fueran bolos?

Iba a añadir algo más, pero puse mi mano sobre la suya. Eso pareció calmarlo. Bajó la mirada hacia mí. La piel de su cuello había enrojecido ligeramente.

—Ya está bien —susurré apretándole la mano.

La nuez del cuello se movió cuando tragó saliva. Luego deslizó ligeramente la mano por mi cintura de modo que su pulgar se metió por debajo del dobladillo de mi camiseta.

Cuando su piel rozó la mía me quedé sin aire. Un escalofrío me recorrió la espalda y me pregunté automáticamente si él lo notaría, si se percataría de lo que me estaba ocurriendo.

En ese momento se abrieron las puertas del avión.

Cuando los pasajeros avanzaron, Blake se separó de mí. Fue todo tan deprisa que me mareé. Yo caminaba, pero Blake iba demasiado rápido. Cuando Ezra y yo salimos casi uno detrás del otro del avión, ya se había colocado mucha gente entre nosotros.

—¿Estás bien, Panqueque? —me interrogó de repente mi hermano.

Asentí, pese a que notaba que me flaqueaban las rodillas. Al fracaso con Blake seguía ahora la emoción ante el encuentro con mis padres. En ese momento no era dueña de mis brazos ni de mis piernas. Mis pensamientos giraban a cámara lenta en torno a las mentiras y pretextos que tendría que contar a mis padres, y a la sensación que la mano de Blake me había dejado en la cintura.

Mientras recorríamos el aeropuerto, me sujeté con fuerza a mi maleta pequeña. Tras los cristales esmerilados distinguía siluetas, seguramente gente esperando a sus seres queridos. Tragué con dificultad e intenté dominarme. El corazón me latía desbocado.

—Todo irá bien —pronosticó Ezra a mi lado—. Piensa sólo en la cara de mamá cuando nos vea.

Lo intenté, pero para entonces ya habíamos llegado a la doble puerta de cristal y la cruzamos.

Tardé sólo unos segundos en descubrir a nuestro padre. Estaba allí, a un lado del gentío, con un cartel gigante en el que destacaban nuestros nombres escritos y que él sostenía en lo alto por encima de la cabeza. Al verlo con las gafas en el extremo de la nariz me escocieron los ojos con una intensidad tal que hasta a mí misma me extrañó. Nada podía retenerme: eché a correr hacia mi padre, que abrió los brazos y dejó caer el cartel. Lo abracé muy fuerte y hundí la cara en su hombro.

—Cielito mío. —Esa voz familiar resonó en mis oídos y tuve que contener un sollozo.

Me estrechó un momentito contra sí, me meció de un lado a otro antes de separarse de mí, cogerme por los brazos y mirarme resplandeciente. Luego se volvió hacia Ezra y también lo abrazó con fuerza. Mi hermano se desprendió mucho antes de papá, pero no se me escapó su sonrisa de felicidad.

Miré a un lado y vi a Blake, que había levantado a su madre por los aires. Justo en ese momento volvía a ponerla en el suelo. Ella se pasó la mano por los ojos y le sonrió. Luego se dio media vuelta, dio un paso hacia Ezra y lo abrazó

cariñosamente. Me pareció sentir un zumbido en los oídos cuando poco después lo soltó y me miró.

Yo solía abrazar a todo el mundo. A todo el mundo, tal cual. Pero había evitado a Linda Andrews en el último año y medio del mismo modo que había rehuido el contacto con Blake. Pocas veces había conseguido contestar a sus mensajes y lo que todavía era peor: le había roto el corazón a su hijo. Y aunque Blake me había perdonado eso no significaba, en absoluto, que ella también fuera a hacerlo.

Antes de que pudiera seguir analizando la situación, Linda se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Me sentí un momento desconcertada, pero luego conseguí responder a su abrazo.

—Qué alegría tan grande verte, Jude —dijo cuando se separó de mí, sonriéndome al menos con tanto cariño como a su propio hijo.

Le devolví la sonrisa y reprimí la presión que sentía tras los ojos.

—Yo también me alegro de verte.

Mi padre se acercó a nosotros y me pasó el brazo izquierdo por los hombros para apretarme contra sí, el otro lo tenía alrededor de Ezra.

—Qué contento estoy. Y esperad a que os vea vuestra madre. Ya he vaciado el armario para que los tres os podáis esconder en él.

—Pensaba que lo decías en broma. Seguro que no funciona —objetó Ezra.

Papá hizo un gesto de rechazo.

—Paparruchadas. Lo que no funciona funcionará. —Eso fue lo último que pronunció antes de conducirnos a todos hacia la salida.

Camino del coche meditaba sobre cómo podía haber sido tan idiota de no querer ir a casa. Sólo escuchar la palabra «paparruchadas» de labios de mi padre me resultaba algo tan familiar y bonito que casi me olvidé de todo lo demás.

—Era mi pie —farfulló Ezra.

—Lo siento —susurré.

—Como sigáis hablando vais a arruinar la sorpresa.

A mi lado, Blake se apretaba tanto contra la pared de la derecha del armario como si quisiera formar parte de ella. Por lo visto quería evitar el más mínimo contacto conmigo.

—Dime, por favor, ¿desde cuándo representas tú la sensatez? —inquirió Ezra.

Blake no le hizo caso. Como desde hacía semanas. Me preguntaba cuál sería su maldito problema y me moví inquieta de un lado a otro.

—Ése era mi pie —señaló Blake con sequedad.

—¿Qué tal si os guardarais vuestros enormes pies para vosotros? —sugerí.

No podía moverme ni un centímetro sin toparme con uno de los dos. Aunque prefería a Ezra. No quería tocar a Blake. No quería recordar cómo era la sensación. Simplemente quería salir de ese maldito armario. ¿Por qué estaban tardando tanto?

—Deja de achucharme tanto, Panqueque —siseó Ezra, pero yo no hice ademán de moverme de mi sitio. Mejor fundirme con mi hermano que correr el riesgo de acercarme demasiado a Blake.

Ezra se movió y con ello me empujó justo a donde yo no quería ir.

—¡Ay! Dejad ya de joder o…

—¡Chis! ¿No habéis oído? —interrumpí a Blake.

Oí la voz de mamá, bajita, y de repente se me encogió el corazón. Entonces habló papá, que carraspeó de modo exagerado.

—Quería saber si te ha gustado la tarta, cariño.

—Ha dicho tarta —susurré inquieta—. ¡Era la contraseña!

—¡Por Dios, ya te he dicho que sí! —exclamó mamá—. No hace falta que chilles.

Blake, Ezra y yo saltamos del armario y gritamos más o menos al mismo tiempo: «¡Sorpresa!».

Mamá se nos quedó mirando. Luego rompió a llorar.

Corrí hacia ella y le eché los brazos alrededor del cuello. Verla así, sollozando, agitó algo en mi interior. Le sequé las lágrimas de las mejillas y la abracé con tal intensidad que seguro que la dejé sin aire.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —susurré.

Todavía me tuvo un rato abrazada antes de soltarme, pero a medias. Con el brazo libre le hizo una seña a Ezra para que se aproximara y simplemente nos cogió a los dos del brazo.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no echarme a llorar.

Mamá nos abrazó un largo rato antes de dejarnos. Luego nos dio a los dos un fuerte beso en la mejilla y levantó la cabeza.

—¿Dónde está mi tercer niño? —preguntó en voz alta.

Blake se acercó a ella sonriendo y la abrazó con la misma intensidad con que

había abrazado a su propia madre. Oí que mamá le susurraba algo y que él asentía. Era un momento tan íntimo que debería haber mirado hacia otro lado, pero no lo conseguí.

—Estaba segura de que habías planeado algo —confesó mamá después de separarse de Blake y señalando a papá—. Pero nunca en la vida me habría imaginado esto.

—Pues ¿qué te pensabas? ¿Que íbamos a olvidarnos de tu cumpleaños? Nunca en la vida.

Ezra le echó un brazo por encima. Ella se estrechó contra él y se secó los ojos con la mano, donde el maquillaje había dejado unas huellas negras.

—Me puse tan triste cuando vuestro padre me comunicó que todos estabais ocupados… Pero pensé: así son las cosas cuando una tiene hijos estrella —dijo rebosante de orgullo.

Oír decir eso a mi madre y ver todo el trabajo que mi padre se había tomado en decorar la casa avivaron con tal vigor mi mala conciencia que ya no sabía cómo mirar a mi madre a los ojos. Cuando me tendió la mano y salimos juntas al jardín, hice cuanto pude para que no me notara nada. Pero para mis adentros hacía cábalas sobre cómo iba a sobrevivir a esa visita.

26

Papá había colocado unas antorchas, a poca distancia las unas de las otras, rodeando el jardín. Junto con unas pocas guirnaldas de luces que colgaban por encima, eran las únicas fuentes de luz y daban calidez. Papá insistía en lo contento que estaba de que hubiera hecho sol y de que su plan hubiese salido tan bien.

Repartidos por el jardín se congregaban numerosos amigos de mis padres. Muchos habían llevado a sus hijos, algunos de la misma edad que Ezra y yo. Pasé el primer par de horas sentada a una mesa con mamá y papá. Más tarde los invitados se levantaron de los asientos que se habían dispuesto, y Ezra y yo nos fuimos a una de las mesas altas que estaban al fondo del jardín, muy cerca del cobertizo, mientras las amigas de mamá se agrupaban a su alrededor para verla desenvolver los regalos. Chilló de alegría al abrir un sobre enorme de sus amigas y sostuvo en alto el abono para ir un fin de semana a un balneario.

—Creo que ha sido una buena decisión darle nuestro regalo más tarde —le comenté a Ezra, pero él estaba ocupado tecleando en su móvil con el ceño fruncido.

—Mmm.

Dudé de que me hubiera oído, pero lo dejé estar. Su móvil sonaba cada segundo.

Volví a mirar a mamá, luego a papá, que estaba sentado a su lado y la contemplaba radiante. Parecía el hombre más feliz del mundo y me planteé cómo sería experimentar un amor así y recibirlo en igual medida. Ambos parecían darse alas mutuamente. En el pasado, con Blake, yo me había hecho una idea de lo que era ese tipo de amor. Habíamos volado juntos por un tiempo, antes de la gran caída.

Me di una vuelta por el jardín buscando a Blake. No me llevó mucho tiempo encontrarlo; mis ojos dieron con él ellos solos, casi como si mi cuerpo estuviera programado para el suyo. Justo como antes.

Blake estaba sentado con su madre a una mesa; mientras conversaban, estrujaba una servilleta entre las manos. Le contó algo que la hizo reír y me pregunté si habría sido una indecencia, pues ella le pegó juguetona en el brazo y ocultó su sonrisa con una mano. Siempre se habían comportado así. Por las noches, cuando había estado con Blake en casa de Linda, los dos hablaban como si estuviesen conspirando. Se me formó un nudo en la garganta mientras los observaba.

«Yo… yo nunca más podré volver a salir contigo. Te lo digo para que quede claro», resonaron en mi mente las palabras de Blake.

Nunca más podría estar con ellos. Y mucho menos cuando Blake tuviera otra novia. Me costó un montón, pero logré apartar la mirada lejos de los dos. Estar ahí me recordaba cómo había sido todo antes.

Deslicé la mirada por el jardín y descubrí la cesta de baloncesto con la que Ezra y Blake jugaban casi a diario. Me acordé de cuando estaba en el baño pequeño tiñéndome el pelo. De que abrí la ventana para quejarme y de que, en lugar de ver a mi hermano, me encontré de lleno con la atractiva cara de Blake. Me acordé de que me tocó la nariz. De que por primera vez noté un hormigueo en la barriga. Me acordé de la barbacoa que nuestros padres habían organizado juntos. De la tarde en que Blake me cogió de la mano y me dio tantas vueltas bajo el cielo estrellado que me mareé. Me acordé de su sonrisa. De nuestras conversaciones, que duraban horas. De la primera vez que dormimos abrazados aunque hacía un frío tremendo fuera. De nuestro primer beso y de tantas otras primeras veces que siguieron… y que yo sólo había querido compartir con él.

Las lágrimas me inundaron los ojos. Dirigí la vista hacia mis padres. Hacia Ezra, a mi lado, que seguía ocupado con el móvil. Luego miré de nuevo a Blake.

«Yo… yo nunca más podré volver a salir contigo. Te lo digo para que quede claro.»

Esta fiesta todavía lo empeoraba todo mucho más. Estar con mi familia, pero aun así tener que guardar una tremenda distancia con ella porque le ocultaba demasiadas cosas y la engañaba. Estar cerca de Blake, pero saber al mismo tiempo que entre nosotros ya nada volvería a ser como antes.

En Woodshill lo había pasado fatal cuando, después de haber dormido entre sus brazos, me había ignorado varios días, pero aquí todavía me dolía más. En Seattle los recuerdos estaban mucho más presentes. Se deslizaban una y otra vez ante mis ojos como una película. Y no se detenían. Daba igual hacia dónde mirase, siempre había algo que me recordaba a Blake y nuestro pasado juntos.

Ya no soportaba más permanecer a esa mesa y hacer como si estuviera la mar de bien.

Susurré una disculpa, dudando que Ezra me hubiese oído. Luego me di media vuelta y recorrí el jardín entre los grupitos de invitados que se habían formado. Me encaminé hacia el cobertizo y lo rodeé hasta llegar a la parte posterior. De allí salté a la parcela del jardín vecino.

Entretanto el sol casi se había puesto. Anduve por el césped. Los recuerdos seguían amontonándose en mi mente como niebla espectral. Me pareció, incluso, que la silueta de Blake se recortaba sobre el césped, justo como aquella noche en la que fui a reunirme con él. La noche en la que me estrechó entre sus brazos y no me soltó durante un largo tiempo.

Me senté en medio del jardín y me eché hacia atrás hasta quedar tendida sobre la hierba. Luego estiré los brazos a los lados y contemplé los colores del cielo. Todo parecía girar a mi alrededor y, durante un par de segundos, me sentí diminuta e insignificante, pero no de una forma negativa. Todos mis problemas y yo no éramos más que un punto minúsculo en el universo. Esta idea me resultó en cierto modo balsámica. Cerré los ojos e intenté aferrarme a esa impresión… pero no funcionó. De nuevo las lágrimas me escocían en los ojos. De golpe todos mis errores parecían aplastarme con un peso casi inhumano. Aunque estaba al aire libre, tenía la sensación de no poder respirar.

Había destruido para siempre lo que había entre Blake y yo.

Twisted Rose volvería a emitirse sin mí.

Había decepcionado a mis padres.

Me presioné los ojos con los puños hasta ver estrellitas. No iba a llorar. Otra vez no.

Me quedé en esa posición hasta que desapareció el escozor. Bajé lentamente los brazos de nuevo. Luego volví a mirar el cielo. El granate fue desapareciendo y convirtiéndose en un azul oscuro hasta que los últimos rayos se disiparon y las primeras estrellas aparecieron en el firmamento.

En el jardín, mis padres iban poniendo un *hit* tras otro y yo oía el sonido de las risas de los invitados. De vez en cuando me parecía distinguir a mi madre hablando y sentía otra punzada.

No sé cuánto rato me quedé así en el jardín de los padres de Blake. En un momento dado oí el crujido de la hierba que estaba a mi lado. Volví la cabeza a un lado y me quedé sin respiración.

Blake se acercaba. Llevaba las manos en los bolsillos y se aproximaba

lentamente. Cuando llegó a mi lado, se detuvo y bajó la vista hacia mí. Los segundos pasaron con angustiosa lentitud.

—¿Prefieres estar sola? —preguntó al final.

Medité un instante si no estaría todavía en medio de la niebla de recuerdos. Luego comprendí que no era así. Me senté de golpe y ya iba a ponerme en pie cuando Blake movió la mano tranquilizador.

—No huyas de mí otra vez. Por favor. —Su voz era cálida y suave, y me invitó a interrumpir el gesto. No me moví del sitio cuando él se sentó a mi lado, dobló las piernas y apoyó relajadamente los brazos sobre las rodillas.

—Pensaba que de este modo te hacía un favor —contesté encogida. Me resultaba inexplicable por qué habían salido estas palabras de mi boca en ese instante.

Blake me miró de reojo, luego centró la vista en sus manos. Empezó a tirar de los dedos.

—¿Por qué?

Suspiré.

—No me lo dirás en serio, ¿verdad? Después de haber dormido juntos has estado varios días comportándote como si yo no existiera. Sólo cuando me has visto llorar te has interesado de repente por lo que me ocurría.

Él calló. Se rascó la nuca. Bajó de nuevo la mano. Entonces giró la cabeza y me miró a los ojos. En ellos centelleaba el mismo sentimiento que yo ya había visto antes, con una intensidad que me quitaba el aliento.

—¿Recuerdas lo que me dijiste entonces?

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Cuándo?

Permaneció indeciso unos segundos, como si quisiera encontrar las palabras adecuadas.

—Esa noche, hace tres años y medio. Cuando viniste a verme —evocó—. Me dijiste: «A mí me gustas siempre». —Tragué con dificultad. Me zumbaban los oídos. No tenía ni idea de dónde desembocaría esa conversación, pero la incertidumbre me consumía los nervios—. Poco importaba que estuviera fatal, daba igual lo que me sucediera, contigo siempre me sentía seguro. Bastaba con mirarte, con pensar en ti, para sentirme completo.

—Blake… —susurré, pero él movió la cabeza.

—Ahora ya no —afirmó con determinación.

Algo en mí se quebró. Su rostro se desdibujó ante mis ojos.

—Cuando ahora te miro, me hace daño todo. Cuando sonríes, tengo la sensación de que me torturas.

No podía seguir escuchándolo. Pero cuando fui a apoyarme en las manos para levantarme, Blake colocó su mano sobre la mía.

—No comprendes, Jude —insistió.

—¿Quieres dejarme todavía más claro que mi presencia significa una tortura para ti y que nunca más quieres estar conmigo? Ya hace tiempo que lo he entendido. Y cada vez que lo dices me duele. Así que te agradecería que parases de una vez.

—¿Recuerdas todavía lo que te contesté entonces? —insistió todavía con mayor afán.

Se me hizo un nudo en la garganta. No podía pronunciar ni una sola palabra más, sólo conseguí asentir con la cabeza.

—Sigues gustándome, Jude —confesó—. Te quiero incluso después de que me hayas roto el corazón. Incluso cuando he intentado odiarte. No he podido dejar de quererte. Y cuando reapareciste en mi vida… —Movió la cabeza—. Todo volvió a surgir. —Se volvió hacia mí. Levantó lentamente la mano y la colocó en mi mejilla. Me quedé paralizada cuando deslizó los dedos por mi piel hasta llegar a la barbilla, dejando una estela infinitamente suave sobre mi rostro. Dibujó el contorno de mi cara como si lo hiciera por vez primera. Un hormigueo se extendió por mi piel y de allí a todo mi cuerpo—. Cada vez que te veo, quiero besarte —musitó.

Creí no haber oído bien, era incapaz de pensar con claridad. Blake siguió mirándome. Luego bajó la vista hasta mis labios y sus ojos se oscurecieron. Tragué saliva.

—¿Y por qué no lo haces? —susurré sin poder explicarme de dónde salían esas palabras.

Blake volvió a mirarme a los ojos con una expresión atormentada. Entonces retiró la mano de golpe. Sentí la pérdida de su calor con tanta intensidad como si la temperatura hubiese bajado varios grados.

—Porque no puedo —respondió tras un par de segundos eternos. Inhaló y exhaló profundamente varias veces. Luego volvió a mirarme. El centelleo había desaparecido de sus ojos, volvía a controlarse—. Hemos dormido juntos en una cama por primera vez desde hacía más de un año y medio… y lo primero que haces es largarte y decirle a Otis que para ti Woodshill sólo es un lugar de paso y que en realidad perteneces a otro sitio. Haces exactamente lo mismo que antes.

En sus ojos había resurgido esa dureza a la que me había sometido una y otra vez desde que habíamos vuelto a encontrarnos… pero en ese momento no era capaz de soportarla. No ese día. De súbito me invadió una rabia indomable.

Llevaba semanas sin hacer más que satisfacer sus deseos. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para convencerlo de que me importaban él y nuestro nuevo comienzo. ¿Y de verdad que eso era todo lo que tenía que decirme?

—Fuiste tú el que afirmó que habrías deseado que yo no fuera a Woodshill. Fuiste tú el que me advirtió que no me hiciera amiga de tu mejor amiga. Fuiste tú el que dijo que le importaba una mierda lo que me pasara. Y fuiste tú también el que me dio a entender con toda claridad que nunca más volverías a salir conmigo —enumeré temblorosa—. Pero, al mismo tiempo, te metes conmigo en la cama y me apoyas. Me tocas como si todavía significara algo para ti. ¿Y ahora que estás aquí sentado, me dices que te gustaría besarme, pero que no puedes porque no lo he hecho todo exactamente como tú hubieras deseado? —Parpadeó, como si estuviera herido—. He intentado de verdad ser una buena amiga para ti. Llevo semanas caminando de puntillas por Woodshill por miedo a cometer un error que abra un abismo entre nosotros. Pero lo cierto es que da totalmente igual lo que haga, ¿verdad? Lo cierto es que ya no entiendo qué quieres de mí.

—¡Lo que quiero es que nunca más vuelvas a hacerme tanto daño, joder! —estalló él.

Me estremecí al oír sus palabras.

Blake se frotó el rostro con las manos. Volvió a mover la cabeza. Cuando buscó de nuevo mi mirada había en sus ojos una vulnerabilidad que nunca me había mostrado. La había escondido tras un muro impenetrable que había levantado a su alrededor y ésa era la primera vez que la dejaba ver.

—Tú eres la única persona capaz de hacerme algo así. Y yo… yo no podría resistirlo otra vez —concluyó afligido.

La ira que acababa de sentir fue evaporándose en oleadas. Lo único que quedó fue mi propia vulnerabilidad, tan frágil como la suya. Antes de darme cuenta de lo que hacía, levanté la mano. Esta vez fui yo quien le cogió la cara. Con tanta suavidad como pude, puse la mano en su mejilla mal afeitada.

—No tengo intención de volver a hacerte daño, Blake —afirmé con la voz velada. —Él movió la cabeza como si no pudiera creerme. Quería mirar hacia otro lado, pero levanté la otra mano y se la puse en la otra mejilla para atraer su mirada. Sus ojos brillaban desconfiados—. Lo digo en serio —susurré—. Nunca más volveré a desaparecer de tu vida como entonces. Nunca más. ¿Me has oído?

Blake cerró los ojos. Todavía estaba en tensión.

Hice acopio de todo mi valor y le acaricié las mejillas con los pulgares. La barbilla. Deslicé las manos hasta la nuca y le acaricié el nacimiento del pelo. Lentamente su espalda se fue relajando. Se inclinó un poco hacia delante hasta que dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Llegado allí, suspiró profundamente.

Sentía su olor, sus cabellos cosquilleaban mis sienes y notaba su aliento en la clavícula. El corazón me martilleaba imparable en las costillas. Volvió a invadirme una sensación de calidez. Los segundos se dilataron mientras yo lo sujetaba.

—Nunca más, Jude —susurró.

—Nunca más —repetí yo también en voz baja.

Seguí acariciándole el pelo y poco a poco fue desapareciendo la rigidez de sus músculos. En un momento dado, levantó el brazo y lo pasó con cuidado alrededor de mi cintura. Nos quedamos en esa posición justo en el lugar en el que había empezado nuestra relación. Y por primera vez desde hacía siglos la noche fue toda nuestra.

27

Fuera empezaba a hacer frío. Blake se separó de mí y, a pesar de que a esas alturas todo me hacía daño, me habría pasado la noche entera sentada sobre la hierba y abrazada a él.

Se puso en pie, levantó la rodilla y estiró un par de veces la pierna antes de volverse hacia mí. Me tendió la mano como a cámara lenta. La cogí sin dudarlo. Fue como si una auténtica llamarada me penetrase por las venas cuando los dedos de Blake se cerraron alrededor de los míos y me los apretó un momento. Yo respondí a ese gesto.

Luego atravesamos lentamente el jardín en dirección a la terraza. Por primera vez desde nuestra separación, la tensión entre los dos había desaparecido por completo. Aunque había muchas cosas sobre las que todavía teníamos que hablar, en ese momento mi mano estaba en la suya y probablemente me habría ido con él a cualquier lugar del universo. Porque, a pesar de tanta incertidumbre, estaba llena de confianza. Porque no había nada que me sentara tan bien como el contacto entre su piel y la mía.

Blake me condujo por las escaleras a la terraza, abrió la puerta y me dejó pasar primero.

Crucé el umbral de la casa en la que él había crecido y me detuve indecisa en la sala de estar. El olor a madera, que me era casi tan familiar como el de mi propia casa, me llenó la nariz. Olía a Blake, un olor ligeramente cítrico, y a las velas aromáticas favoritas de su madre. Salvo por la lámpara del pasillo, que confería al espacio una suave luz, todo estaba a oscuras.

Blake cerró la puerta de la terraza y volvió a cogerme de la mano. Luego atravesó la sala con calma. Al recorrer el pasillo pasamos junto a fotos de Blake y su madre. Otras mostraban a Blake jugando al baloncesto; Blake, Ezra y yo; y Blake con mis padres sonriendo en nuestro jardín. Casi me sentía como si volviera a tener quince años. Como si hubiésemos dado un salto al pasado, aunque al mismo tiempo todo había cambiado.

Blake se dirigió a las escaleras que llevaban al primer piso. Subimos juntos los escalones. No tenía ni idea de qué iba a pasar. De lo que ocurriría entre nosotros. Pero los interrogantes y la incertidumbre desaparecieron cuando giramos a la izquierda y poco después nos detuvimos delante de su habitación. Blake abrió la puerta y entró en el cuarto.

Todo estaba igual a como lo recordaba. Junto al escritorio había una pequeña canasta de baloncesto que le habían regalado cuando cumplió once años. En la pared de encima colgaba el panel de corcho en el que había fijado recortes de periódico sobre las victorias de los Blue River High en distintos campeonatos. Entre ellos reconocí algunos papelitos con notas y un par de felicitaciones de cumpleaños. Al otro lado de la habitación estaba el armario de Blake, delante del cual se hallaba su maleta. De la puerta del armario pendía una percha con una camisa, como si su madre la hubiese dejado allí para él.

—¿Linda te ha preparado la ropa? —Hasta yo podía darme cuenta de lo afónica que estaba.

Blake refunfuñó por lo bajo.

—Se temía que apareciera con chándal en la fiesta de tu madre.

Las comisuras de mis labios dibujaron una sonrisa, pero ésta desapareció de inmediato cuando mi mirada se detuvo en la cama de Blake. Las sábanas eran negras y estaba bien hecha. Aparté la vista enseguida y de repente me sentí tan insegura que ya no tenía ni idea de hacia dónde debía mirar. Exploré inquieta la habitación hasta que Blake volvió a cogerme de la mano y tiró de mí con cuidado. Me dejé conducir por él hasta su cama. En los oídos me retumbaban los latidos del corazón tan fuerte que casi sofocaban cualquier otro sonido.

Sin soltarme la mano, Blake se sentó en el borde de la cama y me atrajo hacia él hasta que me quedé entre sus piernas.

Se me aceleraba el corazón. Estar tan cerca de él lo trastornaba todo. No podía creer que fuera cierto que estuviésemos allí. En su habitación. Que sus manos me tocaran. El calor que emitía traspasaría en cualquier momento mi ropa, eso era seguro.

Volví a mirar su cama y sentí que se me secaba la boca.

—¿Miras así mi cama porque estás tan cansada que necesitas descansar urgentemente o porque tienes miedo de que me abalance sobre ti? —preguntó de repente Blake. Solté una risa nerviosa y me habría encantado taparme la cara con las manos. Cuando me acarició lentamente la muñeca con los dedos, el roce me

transmitió una corriente eléctrica a través del cuerpo y respiré temblorosa—. No has de ponerte nerviosa —susurró—. Sólo soy yo.

Lo miré moviendo la cabeza.

—Lo dices como si no fuera importante. Pero para mí eres lo más importante del mundo.

Los ojos de Blake brillaron cuando me examinó con atención.

—Ven aquí, por favor. Aquí mismo, quiero decir.

Al salvar la pequeña distancia que nos separaba, el pulso se me aceleró. Coloqué suavemente las manos sobre sus hombros y busqué su mirada. En ella no había más que franqueza y cariño. La incertidumbre y la cólera habían desaparecido, y mi único deseo era que no volvieran a aparecer. Así que reuní todo mi valor.

Blake contuvo la respiración cuando me senté en su regazo. Mis rodillas se hundieron en el colchón a ambos lados de sus piernas. Apenas me atrevía a respirar.

—¿Así? —susurré.

—Justo así —asintió con calma.

A continuación me rodeó con sus brazos. Me apretó tanto contra sí que cada milímetro de mi cuerpo estaba en contacto con el suyo. Cerré los ojos y hundí el rostro en su cuello. Noté de nuevo el escozor de las lágrimas tras los párpados, pero esta vez las dejé salir. Blake me había abierto completamente su corazón y yo no tenía la sensación de tener que seguir escondiéndome. Lloraba por el tiempo que habíamos estado separados. Lloraba por todo el dolor que nos habíamos infligido el uno al otro. Y lloraba porque, por primera vez en mucho tiempo, sus manos me acariciaban la espalda y yo volvía a sentirme viva.

—Jude —susurró él cerrando la mano alrededor de mi cuello hasta que levanté la cabeza y lo miré a la cara.

—¿Sí? —Tenía la voz ahogada.

Blake puso su otra mano en mi cara y me secó las lágrimas. Su mirada se deslizó por mis ojos y mi nariz hasta mi boca. Luego, a un lado, por las mejillas, el cabello y, para finalizar, se detuvo otra vez en mis ojos. Su pecho tocaba el mío con cada inhalación y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Todavía tengo ganas de besarte —murmuró.

Mi corazón dio un vuelco y sentí de golpe la garganta seca.

—¿Todavía tienes miedo de hacerlo?

Reflexionó un momento mientras me miraba como hipnotizado.

En mi interior, las emociones fueron expandiéndose hasta que tuve la sensación de que mi pecho era demasiado angosto para todo lo que pasaba en él.

—Tengo miedo. Pero considero que debo confiar en que lo que me has prometido va en serio.

—Va en serio. Claro que va en serio. Yo…

—¿Jude? —me interrumpió con dulzura.

—¿Sí?

—Deja que te bese —susurró.

Todas las explicaciones y promesas que le había dado se disiparon en el aire. Sólo logré asentir con la cabeza.

Blake me atrajo contra sí. Su aliento me llegó a los labios. Estaba tan cerca de mí que veía su rostro borroso. Su boca se posó dulcemente sobre la mía. Como por iniciativa propia, mis ojos se cerraron. Entre nosotros ascendió una ola que me arrastró cuando sus labios descansaron sobre los míos. Me perdí en el beso, me entregué totalmente a él. Eché los brazos alrededor del cuello de Blake y él me ciñó contra sí cuando me abrió los labios con una ligera presión.

El beso fue lento e intenso. Se volvió más ardiente cuando nuestras lenguas se encontraron. Un temblor me recorrió el cuerpo, lo que provocó que Blake todavía me abrazara más fuerte. Tenía la sensación de estar disolviéndome poco a poco. Su mano vibró ligeramente en mi mejilla. Nos separamos al mismo tiempo y respiramos con dificultad. Apoyé mi frente contra la suya.

—Ha sido precioso —murmuré tan bajo que ni yo misma me pude oír. Las lágrimas seguían escociéndome en los ojos.

Trazó una huella sobre mi mejilla.

—Casi había olvidado lo que se sentía —musitó. Lo miré levantando una ceja porque parecía como si no hubiese besado a nadie en años. Un ligero rubor cubrió su rostro—. Contigo, quiero decir.

Se me contrajo el estómago. Volví a inclinarme hacia delante y deslicé la punta de la nariz por el dorso de la suya, antes de atreverme a descender. Le di un beso en la comisura izquierda de la boca. Luego en la derecha. Blake jadeaba cuando volvió a apretar mi boca contra la suya. Primero muy ligeramente. Luego con más vigor. Emitió un sonido profundo y me cogió con las manos la cintura. Un momento después, se dejó caer lentamente hacia atrás hasta que los dos estuvimos tendidos en su cama.

No podía creer que eso estuviera pasando de verdad. Que fueran sus manos las que sosegadamente recorrieran mi espalda. Que fuera su aliento entrecortado

el que rozara mi cuello cuando me besó. Algo en mí se agitó y me aferré a él con fuerza. Blake me besó detrás de las orejas y se me puso la piel de gallina en los brazos. Luego volvió la cabeza y nuestras bocas se reencontraron, esta vez con pasión. Cuando nuestras lenguas se tocaron, por mis venas corrió auténtico fuego y me quedé sin aliento. Tenía la impresión de que me iba a estallar el corazón en cualquier momento. Cuando deslicé las caderas hacia delante y me apreté contra él, noté algo duro en medio y me quedé quieta de golpe.

Parece que Blake notó mi vacilación, pues nos desplazó un poco más encima del colchón y se puso de lado, de modo que yo resbalé por su cuerpo. Él tenía un brazo extendido bajo mi cuello, el otro descansaba con pesadez sobre mi cadera. Nuestros ojos se encontraban casi a la misma altura, teníamos la cabeza apoyada sobre la almohada. Aunque yo ya no estaba encima de él, no podíamos estar más cerca el uno del otro.

—Todavía tenemos mucho de que hablar —anunció acariciándome la cadera.

Las puntas de sus dedos me rozaron la piel entre los tejanos y la blusa. El contacto me provocó un hormigueo en todo el cuerpo, hasta en las puntas de los dedos de los pies.

—No quiero destrozar esto —susurré colocando las manos sobre su pecho. Sentí en las palmas los latidos de su corazón.

—Eh —dijo esperando a que lo mirase otra vez a la cara. Al hacerlo se me cayó un mechón sobre los ojos que él apartó con dulzura y sujetó tras mi oreja —. No destrozas nada, Jude. Si somos honestos el uno con el otro, esto sólo puede ayudarnos. Estoy seguro.

Apreté los labios y reflexioné intensamente. Luego tomé aire y moví la cabeza.

—Yo… tengo la sensación de que desde que he regresado no puedo permitirme cometer el menor error. Y que todo lo que hago o digo pesa el doble.

Blake pensó unos segundos en lo que le había confesado.

—¿Me lo puedes explicar con más detalle?

—Por ejemplo, cuando hablé en la cocina con Everly y me advertiste que no querías perder a tu mejor amiga por mi culpa. Desde entonces dejé de ser amable con ella… por ti. O lo ocurrido con Otis, cuando escuchaste a escondidas lo que decíamos en la cocina.

—No estaba escuchando a escondidas. Dio la casualidad de que estaba en el pasillo.

Arqueé una ceja, tras lo cual él me instó con un gesto de impaciencia a que

siguiera.

—Por favor, no me hagas sentir que todo lo que hago en tu presencia puede estar mal. De verdad que pensé que no deseabas que formase parte de tu vida. Y que tenía que irme, cuanto antes mejor.

Él tragó saliva con dificultad y ya quería evitar mi mirada, lo noté por el modo en que tensaba el cuerpo. Pero siguió mirándome a la cara, como yo a él. Cogió uno de mis mechones y empezó a juguetear con él. Poco después volvió a relajarse.

—Cuando te mudaste a nuestra casa… me quedé hecho polvo. Creí que podría protegerme comportándome así. De repente volvió a aparecer ese dolor enfermizo. Siento haberte hecho daño.

—Gracias. Me refiero a que… gracias por decirlo. Yo… yo sé que fue difícil para ti. Y ahora comprendo mejor por qué estabas tan distante.

—Pensaba de verdad que te volverías a ir en cuanto te surgiese una oportunidad. No sabía que lo querías hacer por mí.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero era eso lo que tú esperabas de mí.

—El Blake colérico no da ni con las palabras correctas ni con las buenas decisiones. Estaba ciego de rabia. Todavía no sabía que… —Resopló. Dejó la frase inacabada, pero yo le entendí.

Le golpeé la barbilla con la nariz.

—Estoy contenta de que hayas venido.

—Yo también. —Una sonrisa asomó a su boca—. Y te doy solemnemente autorización para hacerte amiga de Everly. Me ha hecho la vida imposible por eso, puedes creerme.

—Sabía que se podía contar con ella.

—No te pongas insolente, señorita. Estamos sosteniendo una conversación seria.

Los ojos le brillaban y las comisuras de los labios se le levantaron una pizca. Me sentía tan bien y tan segura al mirarlo que todavía me apreté más contra él y froté la mejilla contra su pecho. Aun así, volví a notar de golpe ese peso en mi interior. Todavía no sabía qué era lo que nos estaba ocurriendo ni adónde nos llevaría ni cómo reaccionaríamos ante esa situación.

—¿Y ahora qué hacemos? —le consulté al cabo de un rato.

Blake retuvo el aire y luego lo dejó escapar sonoramente.

—Yo sugeriría que nos quedásemos aquí acostados. Que hablásemos un poco

más. Y mañana ya veremos adónde nos lleva todo esto. Con calma, sólo nosotros dos. ¿Qué opinas?

Me separé un poco de él. La incertidumbre de sus palabras se reflejaba también en sus ojos. Ninguno de los dos sabía qué iba a ser de nosotros. Pero, al mismo tiempo, yo sentía que estar entre sus brazos era algo bueno. Había desaparecido la tensión que se interponía entre nosotros y, al parecer, no iba a regresar. Porque él no me apartaba de su lado y yo no tenía el propósito de huir. Nunca más.

—No me dejes, por favor —susurré.

—Y tú no desaparezcas antes de que me despierte —contestó en un jadeo.

—No lo haré. Prometido —respondí.

Se quedó mirándome unos minutos. Luego se inclinó y me besó. Nuestros labios se fundieron y él subió la colcha hasta que nos tapó a los dos. Nuestros brazos y piernas estaban tan entrelazados que no se podía decir dónde empezaba él y terminaba yo. Envuelta en su calor y los dulces besos que me daba, tenía la sensación de estar soñando.

28

Hacía mucho calor. Demasiado. Y algo me cosquilleaba la nariz. Quise apartarlo, pero en medio del gesto me cogieron la mano. Abrí los ojos somnolienta: Blake estaba a mi lado.

Por un momento creí que todavía estaba durmiendo. O aferrada a un recuerdo. Sin embargo, tras parpadear varias veces, él aún seguía allí. Llevó mis dedos a su boca y me dio un beso en el dorso de la mano. Era real.

Me moví más deprisa de lo que habría sido posible en un estado de somnolencia para abalanzarme literalmente sobre él, sin ninguna reserva. Me rodeó con los brazos. Su pecho vibró cuando se echó a reír suavemente.

—A juzgar por tu reacción has dormido bien.

—Sí. Hasta que alguien me ha hecho cosquillas en la nariz para despertarme. Además con mucha malicia, creo yo.

—Llevo aquí acostado más de una hora mirándote dormir. Era aburrido.

Me separé un poco de él para poder verle la cara. En la mejilla izquierda llamaba la atención la marca de la almohada. Tenía revuelto el cabello castaño y parpadeaba adormilado pese a que sus ojos resplandecían con viveza. Estaba tan guapo que por un momento me quedé sin respiración.

La noche pasada habíamos estado hablando. Sobre el tiempo que habíamos estado separados. Sobre su accidente. Sobre *Twisted Rose*. Sobre mi complicado comienzo en Woodshill. No transcurrió ni un minuto sin que nos tocáramos. Cada abrazo y cada caricia fugaz habían resultado tan familiares como si no hubiéramos pasado ni un día sin estar cerca. Era como si volviera a pertenecerme, a pesar de que habíamos quedado en que, en un principio, no se lo diríamos a nadie hasta saber en qué desembocaba nuestra historia. Lo que estaba surgiendo entre ambos era demasiado frágil para compartirlo. Salvo nosotros, nadie más debía participar.

—Podrías haberme despertado —dije adormilada.

Él hizo un gesto de impotencia.

—Era imposible. Estabas tan mona… Se te caía la baba.

Levanté una ceja.

—Qué tonterías dices.

—No, es cierto. La almohada está mojada.

Levanté la cabeza y miré la almohada. En cualquier caso, ahí no se veía ninguna mancha. Lo observé con los ojos entrecerrados. Sonreía.

No pude resistirme y le sonreí a mi vez. Luego levanté con cuidado la mano y le toqué la boca. El pecho de Blake se levantó con pesadez debajo de mí y su sonrisa fue desapareciendo poco a poco. Me incliné y lo besé con dulzura. En realidad iba a separarme de él, pero Blake me pasó un brazo por la espalda y me retuvo.

—Sé que tienes que irte enseguida —murmuró besándome otra vez—. Pero quedémonos un ratito más aquí como si el mundo ahí fuera no existiese. Sólo cinco minutos.

—Subo a diez —aposté sin respirar cuando me acarició la barbilla con sus labios y los paseó por mi cuello—. O veinte.

—Me gusta tu forma de negociar, Jude.

Acto seguido rodamos los dos hasta que él se colocó sobre mí y yo solté un tenue chillido. Esta vez, cuando me besó, ya no hubo más objeciones ni bromas ni chistes. Únicamente estábamos él y yo, y el fuego que ardía entre nosotros y que nunca había desaparecido.

Los veinte minutos pasaron demasiado deprisa.

Cuando Blake se fue a duchar, yo me deslicé a hurtadillas escaleras abajo. Sabía que todavía nos habría resultado más difícil separarnos si me hubiese acompañado fuera. Además, las probabilidades de que su madre nos hubiera descubierto habrían sido algo más altas y queríamos evitarlo a cualquier precio.

Después de cruzar en silencio y sin impedimentos la sala de estar y de salir por la puerta de la terraza, respiré aliviada. Linda no había aparecido. Caminé por el jardín y me quedé mirando unos minutos el lugar donde habíamos estado estrechamente enlazados la noche anterior. Aunque fuera hacía frío esa mañana, me ardían las mejillas. Me habría encantado girar sobre mis talones y subir a compartir la ducha con Blake. Aparté la mirada de la hierba aplastada y corrí al centro de la valla para saltar a nuestro jardín.

Estaba dando la vuelta al cobertizo cuando me detuvo un carraspeo. Me

quedé inmóvil y levanté la vista.

Ezra estaba junto a la mesa, con un cesto en una mano y un plato sucio en la otra. Me miró de arriba abajo arqueando una ceja. Luego movió la cabeza y dejó el plato con el resto haciendo mucho ruido.

Volví a mirar hacia el jardín de Blake y luego a mi hermano. Me acerqué insegura y empecé a recoger con él los platos y a colocarlos en el cesto.

—Por favor, no les cuentes nada a mamá y a papá. O a Linda —murmuré.

Se limitó a mover la cabeza de nuevo. El siguiente plato que colocó en el cesto tintineó fatídicamente.

—¡Ezra! —grité, y ya iba a cogerle el cesto cuando él lo dejó con brusquedad sobre la mesa.

—No voy a contar nada —farfulló.

—Ya, pero vas tirando platos a tu alrededor y eso es casi peor.

Volvió a mover la cabeza y luego se frotó la cara con las manos.

—He pasado una noche de mierda y ver una cara alegre lo empeora todavía más. Lo siento.

—¿Qué ha pasado? —quise saber recordando la expresión ansiosa que tenía la noche anterior cuando manipulaba el móvil.

Ezra resopló y se dejó caer en la silla junto a la mesa de la terraza. Fue a decir algo, pero se arrepintió.

—Me han dado calabazas.

—¿Qué? —exclamé.

Se frotó de nuevo la cara con tal fuerza que pensé que se pondría como un tomate.

—Yo… Mierda, Jude. Quería que viniese a casa. Bueno… aquí. Y decírselo por fin a mamá y papá.

Se me cortó la respiración. Ezra se tapó la cara con las manos. Enseguida me acuclillé ante él y le cogí suavemente los brazos para retirarlos de su rostro. En sus mejillas habían aparecido unas manchas rojas y había apretado con tanta fuerza los dientes que parecía totalmente contraído.

—¿Se lo querías decir a mamá y papá? —susurré.

—Ahora ya no —contestó con un gesto de impotencia.

Pensé que no había oído bien. Desde que Ezra había sabido que era homosexual, nunca habíamos siquiera considerado la posibilidad de comunicárselo a nuestros padres. Es más, sólo se había atrevido a decírmelo a mí cuando estaba claro que yo me iba a mudar a otro sitio. Casi nunca hablaba de su

sexualidad y tampoco quería que nadie lo supiera mientras no tuviera un contrato de profesional. Al menos ése había sido siempre su plan. Pero, por lo visto, había cambiado.

—Cuéntame qué ha sucedido —le pedí en voz baja.

Ezra exhaló el aire con fuerza.

—Ha esperado a que yo sintiera algo por él y entonces me ha dicho que para él yo no he sido más que un pasatiempo.

—Menudo idiota —lo insulté.

En los ojos de Ezra estalló una tormenta.

—Yo soy el idiota. Yo fui tan idiota de creerme que alguien como él iba a comprometerse realmente en una relación sólida conmigo.

—Ezra —lo llamé indignada cogiéndole la mano—. Cualquier hombre que esté contigo tiene una suerte enorme.

—Lo que me dices es amable, pero no es necesario que me des jabón. Sé que sólo soy suficientemente bueno para una cosa.

—¿Te lo ha dicho él? —pregunté y me hice el propósito mentalmente de averiguar quién había roto el corazón a mi hermano para poder matarlo despacio y haciéndole mucho daño.

—Le he propuesto que viniera aquí. Su familia vive cerca y pensé que sería una buena combinación. Yo… Bueno, no tengo ni idea. Pensé que sería un gesto romántico. No sé qué me imaginé.

—¿Y luego se ha roto la relación entre ambos? —inquirí frunciendo el ceño.

—Me ha dicho que para él no he sido más que un pequeño consuelo. —Su voz se transformó en un gruñido cargado de rencor y yo no iba a echárselo en cara.

—Dame su dirección y su nombre. —Ezra me miró alzando una ceja—. Sólo quiero hablar con él —añadí con una sonrisa agridulce.

Las comisuras de sus labios se levantaron un milímetro, pero el gesto no duró más que una fracción de segundo.

—Si hubiera sabido lo que se siente, nunca me habría metido en algo así.

Se frotó el pecho con la mano como si fuera justo allí donde le dolía. Estaba destrozado y triste, nunca lo había visto con ese aspecto. Me daba auténtica pena.

—Ez —musité inclinándome hacia delante para abrazarlo; tardó un momento en dejarse abrazar y entonces lo estreché contra mí tanto como pude.

Si hasta había querido hablar con nuestros padres de ese hombre, era porque

se lo había tomado en serio de verdad. Ezra solía atenerse firmemente a sus planes. Era un milagro que alguien hubiese llegado tan lejos con él como ese misterioso individuo.

—En cualquier caso, podrías hablar con mamá y papá a pesar de todo —sugerí con prudencia—. Si es que te sientes preparado, claro.

Movió negativamente la cabeza enseguida.

—No —contestó con determinación—. No así. No… no me parece bien.

Respondí a su mirada, en la que se entreveían sentimientos encontrados.

—De acuerdo. Pero si quieres hablar un poco más al respecto puedes hacerlo conmigo. Lo sabes, ¿no?

Intentó sonreír, pero únicamente consiguió mostrar una máscara desfigurada.

—Sí. Lo sé.

Un instante después su móvil empezó a sonar. Lo sacó con los ojos centelleantes de rabia. Cuando reconoció el número, rechazó la llamada y volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—¿Todo bien?

—No deja de llamarme porque tiene mala conciencia. Creo que se ha dado cuenta por el modo en que he reaccionado de que me ha hecho mucho daño. Pero yo ahora no tengo ninguna necesidad de hablar con él.

—Lo entiendo. Un poco de distancia seguro que ayuda.

Ezra resopló.

—Qué asco —farfulló.

—Lo sé. Pero todo se arreglará, estoy segura. Y yo te ayudaré —afirmé.

—¿Has pasado una noche con Blake y ya te crees una experta en el amor?

—Chis, no grites tanto —siseé mirando por encima de su hombro hacia la sala de estar. A mamá y papá no se los veía por ningún lado. Luego me volví de nuevo hacia él—. De verdad que no quiero que nadie se entere.

Él asintió lentamente, pero me miró con gravedad.

—Tienes cuidado, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—No quiero que os hagáis tanto daño como antes. Ahora que sé cómo se siente uno… —Dejó la frase sin acabar y bajó la mirada.

Realmente estaba afectado. Debería alegrarme que se preocupara por mí pero me dolía verlo tan hundido. Lo mínimo que podía hacer era quitarle esa preocupación.

—Tengo cuidado —confirmé.

Luego volví a abrazarlo e intenté consolarlo como había hecho él conmigo.

29

Por la noche, Ezra y yo, nuestros padres, Blake y su madre fuimos juntos a cenar. Anduvimos hasta el restaurante asiático al que solíamos acudir una vez al mes en otras épocas. Yo me había cogido del brazo de Ezra, aunque él caminaba muy tieso y no era muy cómodo seguirle el paso. Pero quería demostrarle que era cierto lo que le había prometido por la mañana.

Al mismo tiempo, la mirada de Blake me quemaba en la nuca. Aunque no habíamos cruzado ni una palabra desde la mañana, percibía totalmente su presencia. Me costaba un esfuerzo gigantesco no volver la vista atrás para mirarlo y me alegré de llegar al restaurante.

Papá ni siquiera tuvo que decir que habíamos reservado. El camarero nos reconoció al instante y nos llevó a nuestra mesa de siempre. Junto al perchero, cogí la chaqueta de Ezra y la colgué.

—Gracias —farfulló él y con expresión sombría se sentó en el banco lateral.

—Mira qué cariñosos son el uno con el otro nuestros bebés —señaló mamá. Se notaba que estaba orgullosa y yo la miré turbada.

—Son tan mayores… —convino papá.

Sostuve ostensivamente la chaqueta en alto.

—¿Confirmáis que soy mayor por el hecho de que le cuelgue la chaqueta? ¿En serio?

—Estoy muy pero que muy orgulloso de ti, Panqueque —dijo de repente papá pellizcándome la mejilla.

—Y estás guapísima —añadió mi madre y tiró feliz del vestido azul con ribetes de terciopelo en el borde y el escote.

—Gracias, mamá —contesté con voz quebrada.

Sentí una presión creciente en el pecho. Era la misma sensación que me había invadido al hablar por teléfono con mi padre. La misma que se había apropiado de mí al pensar en nuestro fin de semana en Seattle. Nada había cambiado. Qué más daba lo hermosa que había sido la noche anterior.

Reprimí esos lúgubres pensamientos y me concentré en el aquí y el ahora. Si empezaba a pensar en lo que no les había contado a papá y mamá, no sobreviviría. Debía mantenerme fuerte y no apartarme de lo que había convenido con Ezra y Blake. No íbamos a mencionar que vivía con ellos en lugar de en California.

Respiré profundamente y colgué también mi chaqueta. De repente noté a alguien justo detrás de mí. Supe de quién se trataba de forma instintiva: Blake.

Su largo brazo se extendió por encima de mí para colgar la prenda en el perchero. Su aliento me cosquilleó en la oreja.

—Tiene razón, ¿sabes? —susurró—. Estás preciosa.

Cuando bajó la mano, me acarició como por azar el hueco entre el cuello y el hombro y de repente ya no supe respirar. Todo me daba vueltas. Me habría encantado apoyarme contra él, pero, antes de que yo pudiera hacer nada, dio media vuelta y se fue hacia la mesa. Me alisé el vestido y, con las mejillas encendidas, fui a reunirme con los demás.

Mamá estaba sentada en el extremo de la mesa. Papá había tomado asiento a su derecha y Linda, a su izquierda. Al lado de esta última estaba Blake, justo frente a Ezra. El único sitio libre estaba en el otro extremo de la mesa. Controlé mi turbación y crucé el restaurante sonriendo para ocupar mi lugar.

Evité mirar a Blake, porque las mejillas me ardían de tal modo que se habría podido freír un huevo en ellas, y cogí la carta aunque ahí siempre pedía lo mismo.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo miraba Mike a Edith todo el tiempo? Desde su divorcio no deja de buscar presa —comentó papá inesperadamente.

—No será verdad —replicó mamá boquiabierta.

—No hace falta que te hagas la sorprendida, cariño. Ya me di cuenta de cómo cuchicheabais las dos.

Mamá se sonrojó y cerró la carta.

—Yo no sé nada.

—Mentirosa —murmuró Linda poniéndose una mano delante de la boca, a lo que mamá le dio una palmadita en el brazo.

No pude evitar sonreír. Por lo visto, la tensión entre nuestros padres había desaparecido del todo, lo que suponía un gran alivio.

—Bueno, ¿qué tomáis? —preguntó papá.

—Yo quiero el plato más picante de la carta —respondió Linda.

—¿Seguro, mamá? Acuérdate de lo que pasó la última vez —intervino

Blake.

Linda dejó con determinación la carta a un lado.

—También se adquiere fuerza con la práctica. Igual que has hecho tú en la rehabilitación.

Blake soltó un bufido, pero sonrió.

—¿Qué pasó la última vez? —solicité tímidamente.

—Mamá me abochornó, escupió en el plato.

—¡Blake Jonathan Andrews! —exclamó Linda dándole un codazo en el costado—. No puedo creer que me pongas en evidencia de este modo.

—¿Por qué no? Tú misma te pones en evidencia pidiendo un plato superpicante para el que no está hecho tu paladar. Te aseguro que esta vez no te traigo ningún vaso de leche.

Su madre movió la cabeza y cruzó una mirada con mis padres mientras señalaba a Blake con el pulgar.

—¿Os dais cuenta de lo que he criado?

—Él siempre tan insolente —convino mi madre.

—Pero no lo cambiaría por nadie —concluyó Linda apoyando la cabeza en el hombro de Blake.

Él levantó la mano y la colocó en su nuca.

—Ya, pero, a pesar de todo, vas a comer picante, ¿a que sí? —dijo con tono juguetón.

—Para mí es un reto y voy a asumirlo.

Todos en la mesa se rieron, incluida yo. Pedimos los platos y nuestros padres conversaron sobre la fiesta de mamá. Por lo visto, Blake y yo nos habíamos perdido varias cosas: una pareja amiga de mis padres se había encerrado en el baño durante largo rato. Al intentar hacer el pino, mi padre casi se había roto la muñeca. Y mamá había hecho de celestina para la prima de Linda, lo que había sido un fracaso total porque ya había tenido un encuentro horrible con ese hombre. Me enteré, además, de que mamá todavía no había desenvuelto todos los regalos simplemente por falta de tiempo.

—Aunque, de todos modos, ninguno puede compararse con el mejor regalo que ya me han hecho —dijo mirándonos radiante a Ezra, a Blake y a mí por encima de la mesa.

Su sonrisa, la cercanía de Blake y la presencia de nuestras familias me llenaron de una agradable calidez que ya casi había supuesto imposible.

—Dinos, Jude, he visto algo *online* —empezó a decir papá después de que

trajeran las bebidas.

Me puse rígida al momento.

—¿El qué? —balbuceé.

—¿Es cierto que van a continuar con *Twisted Rose*?

Estaba bebiendo un sorbo de Coca-Cola y me atraganté. La pregunta me cogió por sorpresa y me arrancó de la burbuja rosada en la que me hallaba pocos segundos antes. Se me encogió el pecho y empecé a toser.

Ezra levantó la mano y me dio decidido unos golpecitos en la espalda.

—Contrólate —me pidió en un murmullo apenas audible. Bebí un sorbo más para acabar con el ataque de tos.

—Todavía… todavía no es del todo seguro —respondí un poco después—. El que una campaña de *crowdfunding* haya tenido éxito no significa que haya una cadena que quiera comprar una segunda temporada.

—Pero ¿te han llamado a ti o a tu agente los productores? —quiso averiguar mamá cogiendo uno de los rollitos de primavera que habíamos pedido como entrante.

Tragué saliva con dificultad, tras lo cual Ezra me dio una patadita en la espinilla. Cuando le lancé una mirada asesina, él sólo levantó las cejas a la expectativa.

—No, por el momento no me ha llamado nadie —respondí con determinación.

Era algo de lo que me alegraba muchísimo, pero intenté que no se me notara.

—Estoy segura de que funcionará. ¿A que sería estupendo? Ese papel estaba hecho para ti —afirmó mamá entusiasmada.

Al ver esa expresión de felicidad en su rostro me sentí fatal. En ese momento vi claramente las consecuencias de mis mentiras. Ni mamá ni papá conocían la verdad de mi vida actual. No sabían que ya no tenía casa. No sabían que hacía tiempo que no interpretaba ningún papel. No sabían lo que me había empujado a ir a Woodshill y ni que decir de que vivía bajo el mismo techo que Ezra y Blake.

Noté un doloroso espasmo en mi interior. ¿Cómo podía estar ahí sentada sonriéndoles? ¿Cómo podía fingir que todo iba superbién aunque por dentro sucedía todo lo contrario?

En ese momento, Blake me puso una mano en el muslo, bajo la mesa. Me apretó un instante para darme ánimos y de repente empecé a respirar mejor.

—Primero veremos si es algo realista. Pero, en cuanto tenga novedades, vosotros seréis, por supuesto, los primeros en enteraros —comuniqué a todos

con una sonrisa.

—Fabuloso. Tu madre y yo habíamos pensado hacer una excursión con la caravana. Podríamos pasar primero por casa de Ezra y luego ir a Los Ángeles —anunció papá.

—Os echamos de menos —convino mi madre; percibía claramente la nostalgia en esa frase.

—Yo también os echo de menos —susurré.

—También podríamos pasar todos juntos un fin de semana en Woodshill —propuso Ezra—. Como hicimos poco después de que me mudara. Lo mejor sería cuando juegue un partido.

Ezra tenía un talento especial para fingir que todo marchaba sobre ruedas. Yo estaba contentísima de que él y Blake estuvieran a mi lado. Sin ellos no habría soportado esa conversación, habría contado toda la verdad y confesado a mis padres todos mis errores.

—¡Es una idea fabulosa! —exclamó papá—. ¿Qué tal os iría la semana que viene o la próxima?

Me tomé un buen sorbo de Coca-Cola para esconder el horror que con toda seguridad expresaba mi cara. Si los dos aparecían tan pronto, tendría que recoger mis trastos del baño y la habitación de invitados.

—Pinta bien —contestó Ezra.

En ese momento sirvieron la cena y por fortuna dejaron reposar el tema mientras yo me quedaba sentada comiendo sin apetito el *chop suey*. El estómago cada vez se me encogía más. No había manera de tragar bocado.

Estaba tomando conciencia de que no podría seguir mintiendo a mis padres por mucho más tiempo. No era honesto. Y poco a poco, pero con determinación, esa lucha me iba carcomiendo de dentro afuera. Pronto tendría que confesarles la horrible verdad. Y cuando lo hiciera… todo habría pasado. El mundo que con tanto esfuerzo y urgencia me había construido se desmoronaría hasta que ya no quedara nada de mí.

Blake volvió a presionarme de forma fugaz la pierna, casi como si sintiera exactamente lo que me pasaba.

Lo miré agradecida. Él me devolvió la mirada con sus ojos verdes y me acarició la parte interior del muslo. La sangre se me agolpó en las mejillas, pero al mismo tiempo agradecí que distrajera mis pensamientos.

Pasé el resto de la cena ahí sentada, asintiendo y fingiendo reír de vez en cuando, mientras mis padres charlaban con la madre de Blake y repetían lo

orgullosos que estaban de nosotros. Y cada vez que lo decían, algo en mí se encogía hasta que me sentí tan pequeña e insignificante que sólo la mano de Blake me retenía en el presente.

30

Removí por última vez el cazo y probé el líquido color marrón claro con una cucharita de té. Perfecto. Cogí el recipiente y llené dos tazas con el chocolate caliente. En una se reconocía una pelota de baloncesto descolorida en la que se leía «Eres un apestoso» y en la otra un montón de tortitas sobre las que estaba escrito con mala letra «Panqueque». Ezra y yo habíamos pintado los tazones con nuestros padres cuando teníamos siete y ocho años.

Cogí los dos y los llevé haciendo equilibrios por la cocina. Mamá y papá ya se habían retirado a su cuarto, pero todavía había luz en el de Ezra cuando pasé por allí. Subí con cuidado las escaleras hasta el piso superior y me dirigí a la habitación que estaba frente a la mía. Cuando di unos golpecitos con el pie contra la puerta, sólo recibí un gruñido como respuesta, pero era suficiente. Empujé la puerta con cuidado y descubrí a mi hermano en el sofá azul oscuro que estaba en la pared de la derecha.

Todo estaba superordenado. A diferencia de mí, Ezra había colgado con esmero todas las prendas que había metido en la maleta para el fin de semana. Habría apostado que hasta había distribuido metódicamente todo su neceser en el baño.

Crucé la habitación y me senté en el otro extremo del sofá doble, después de que Ezra levantara sus largas piernas para dejarme sitio. Me deslicé hasta el respaldo y le tendí el tazón con el rótulo de apestoso.

Cuando los ojos de Ezra se detuvieron en el rótulo, esbozó una leve sonrisa. Luego se inclinó y olisqueó el líquido del tazón.

—¿Me has preparado un chocolate caliente? —preguntó pasmado. Asentí—. ¿Qué he hecho para merecérmelo?

—No estás bien. El chocolate ayuda —contesté—. Además, te quería dar las gracias.

Sopló en el tazón humeante y tomó un primer sorbito. Su sonrisa se ensanchó un poco más.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Por todo, creo. Porque me has acogido en tu casa sin pedir explicaciones. Porque has confiado en mí. Y porque siempre estás a mi lado cuando te necesito. Como antes, durante la cena.

Ezra tragó con dificultad. Volvió a mirar el tazón y recorrió con el pulgar la pelota de baloncesto totalmente estropeada. Volvió a tragar.

—Como sigas dándome este palo tan sentimental, me pondré a berrear de un momento a otro. Y, hazme caso, no será nada agradable.

Extendí la mano y le di un apretón en el brazo.

—Te quiero, hermanito. De verdad.

—Te he dicho que pares.

—Vale, vale.

Ezra tomó un sorbo y soltó un gruñido de satisfacción.

—Has utilizado el chocolate bueno.

—Sólo lo mejor para el mejor apestoso.

Se dio la vuelta para coger un cojín y tirármelo.

—No hace falta que me hagas la pelota sólo porque tengo… los ánimos por los suelos.

Estaba segura al noventa y nueve por ciento de que había querido decir «penas de amor», pero que no había podido.

—Te envolveré entre algodones.

Ezra hizo una mueca y tomó otro sorbo antes de reclinarse hacia atrás y apoyar la cabeza en el respaldo del sofá. Se quedó unos segundos mirando el techo y luego volvió un poco la cabeza para mirarme.

—No te lo tomes a mal, por favor, pero creo que necesito estar un tiempo conmigo mismo. Para reflexionar.

Inhalé profundamente.

—De acuerdo. Estoy enfrente. Si necesitas algo, me lo dices enseguida, ¿vale?

Arqueó una ceja.

—No te lo tomes a mal, pero… ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No vas a empezar todas las frases con «no te lo tomes a mal» y luego añadir un «pero» con la esperanza de sonar así más amable.

Hizo un gesto de rechazo con la mano, que yo entendí como una señal para que me fuera. Después de levantarme del sofá me habría gustado abrazarlo otra

vez, pero retuve el impulso.

Cuando llegué a la puerta, Ezra carraspeó.

—¿Jude?

—¿Sí? —respondí volviendo la cabeza atrás.

Se quedó mirando el tazón que sostenía en la mano.

—Yo también te quiero.

Sonreí, salí al pasillo y cerré suavemente la puerta tras de mí.

Ya en mi habitación, me desvestí, me desmaquillé, cogí el móvil y me acerqué a la ventana para poder ver la casa vecina. En la habitación de Blake todavía había luz. Desbloqueé el aparato y accedí a los contactos. Me detuve al llegar a su nombre.

Volví a pensar en la noche anterior. En nuestra conversación en el jardín. En su mano cogiéndome la mía para conducirme a su habitación. En el momento en que me senté en su regazo y me besó con una dulzura sin igual. Y en las caricias que siguieron después.

Pensé en las palabras que murmuraba y en su mano en mi pierna, dándome ánimos en el restaurante. Esa noche no lo habría conseguido sin él, estaba segura.

Pulsé con el dedo tembloroso su nombre y me llevé el móvil a la oreja. Sonó una vez. Otra. Entonces distinguí movimiento en su cuarto. Otro pitido más.

—¿Hola?

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo al oír su voz grave. Me senté sobre el alféizar de la ventana.

—Veo desde aquí que hay luz en tu habitación.

Pequeña pausa. Entonces se asomó a la ventana, apoyó los brazos en ella y se inclinó hacia delante.

—Ya sabes lo horripilante que suena eso, ¿verdad?

—Puede que un poco —admití.

Estaba demasiado lejos para poder ver bien su cara, pero me pareció percibir que estaba sonriendo.

—¿Estás bien?

Suspiré.

—En realidad lo único que quería era oírte y no hablar de mi estado de ánimo.

—Me interesa tu estado de ánimo.

—Pelota.

Rió, pero enseguida se calló.

—¿Quieres que vaya a verte?

—¿No querías pasar la noche con tu madre?

—Se ha dormido a mitad de la película. Podría salir sin hacer ruido.

—No me parece una buena idea que escales la fachada de casa con la rodilla mala.

—Tal como lo dices, ni que tuviera noventa años —contestó con un resoplido.

—Lo digo como si te hubieras desgarrado el tendón cruzado hace unos meses y me estuviera preocupando por si te caes del tejado.

—Está bien. Tienes razón. Yo… —Vaciló un instante—. Es sólo que me gustaría estar contigo.

Me derretí al oírle decir eso.

—A mí también me gustaría estar contigo —susurré.

—¿Por qué no sales tú por la ventana? Estás a dos pasos. Podrías meterte conmigo en la cama.

Noté que se me encendían las mejillas.

—¿Quieres que me acueste contigo?

Se inclinó un poco hacia delante.

—Ayer a mi cama le gustó mucho tu presencia.

—A mí también estar en ella.

El silencio se dilató un momento entre nosotros.

—Me encantaría estar más rato aquí contigo y contemplarte con nostalgia, pero creo que tengo que acostarme.

—¿Todo bien?

Farfulló algo y se retiró de la ventana. Lo vi andar por la habitación y desapareció de mi campo visual. Un poco más tarde oí el chirrido del colchón.

—Se me ha vuelto a hinchar un poco la rodilla.

—Mierda. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Vamos al médico? —pregunté enseguida.

—No, no. No está tan mal como antes. Acabo de hablar por teléfono con el médico del equipo. Opina que mientras los dolores no sean fuertes está todo en orden. Las hinchazones son normales.

Suspiré aliviada.

—Menos mal. Me acabas de dar un buen susto.

—No lo pretendía.

Se oyó un crujido en el fondo. Cerré los ojos y me lo imaginé tendido en la cama: con los pantalones de chándal grises, una camiseta realzando la musculatura de su espalda y un brazo detrás de la cabeza. Suspiré suavemente.

—¿Qué ruido ha sido ése? —preguntó con un matiz de ironía.

—¿Qué ruido?

—Sonaba con toda claridad a un suspiro melancólico. ¿Todavía estás junto a la ventana?

—Mmm…

Volvió a sonar un crujido.

—Ahora vete a la cama. Es acogedora y está calentita. Y cuando ya estés ahí me cuentas lo que llevas puesto.

Di un bufido, pero al mismo tiempo noté que me sofocaba.

—Qué loco estás, Blake —dije, y corrí las cortinas de la habitación donde había pasado mi infancia. Luego me di media vuelta y apagué la luz del techo. Sólo una delgada línea luminosa se colaba por debajo de la cortina hasta el suelo cuando volví a la cama y abrí la colcha.

—Un loco con una fantasía muy viva.

Enderecé la almohada y me acosté con el móvil enganchado a la oreja.

—¿Qué aspecto tengo en tu mente?

—En mi mente todavía llevas el vestido de antes —contestó de inmediato.

Tomé nota mentalmente de volver a ponerme el vestido en Woodshill.

—En realidad llevo mi pijama de aguacates. Pero puedes seguir soñando.

—Oh, por supuesto. Sin embargo, el pijama ocupa un lugar especial en mi corazón. —Solté una breve risita—. Hazlo otra vez —murmuró Blake.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Reír?

—Justo eso.

Había tal anhelo en sus palabras que consideré seriamente la idea de salir a escondidas. Por otra parte, no quería poner a prueba nuestra felicidad. Habíamos acordado que al principio no diríamos a nadie lo que había entre nosotros. Así que teníamos que ser precavidos.

—No tienes ni idea de lo que eso supuso para mí —mencionó de repente.

—¿El qué? —inquirí en voz tan baja como la suya.

—Que de golpe estuvieras cada día cerca. Escuchar tu risa. Tu olor en el baño. Verte con ese maldito pijama. Yo… —Tomó aire de forma entrecortada—. Me hacía polvo.

—Si sigues así, salto por la ventana y me voy contigo.

Ahora fue él quien se rió. Carraspeé.

—A mí también me hacía polvo. Cada día. Cada vez que te veía o que te oía. Y cada vez que… —Me interrumpí cuando evoqué la imagen de él con la otra chica. Se me contrajo la mano alrededor del móvil.

—Me lo puedes decir todo —susurró con dulzura.

Reuní valor y me tapé los ojos con un brazo aunque Blake no podía verme. En cierto modo así me sentía menos expuesta.

—Cada vez que pasabas la noche con alguien sentía como si muriese algo en mí.

—Jude… —musitó.

—Lo sé, dijiste que eso no era asunto mío —repliqué—. Y tienes razón. De todos modos, me dolía.

Permaneció unos minutos en silencio. Oí el sonido del roce de la colcha, como si mis palabras lo hubiesen inquietado.

—No quiero justificarme —empezó vacilante—. Después de que cortaste conmigo yo estaba por los suelos. Hubo muchas noches en las que hice todo lo que estaba en mi poder para olvidarte. Y una parte de mí quería hacerte el mismo daño que me habías hecho tú a mí. —Las lágrimas me escocían y presioné los ojos con el brazo para contenerlas—. Lo siento, Jude —respondió afligido—. Y tienes que saber que ninguna de esas noches ha sido, ni por asomo, tan importante como esta última.

Sus palabras alejaron el frío que me había invadido de repente. El peso que llevaba en el pecho se aligeró un poco e inspiré hondo.

—De acuerdo —murmuré.

De nuevo se hizo una breve pausa. Me puse de lado y pegué el móvil bajo el oído.

—Mañana, cuando volvamos a Woodshill, habrá una nueva norma —anunció al cabo de un rato Blake.

—¿Qué dirá?

—Que duermas todas las noches conmigo.

Las comisuras de mis labios dibujaron una sonrisa.

—No pinta mal.

Estuvimos charlando un poco más por teléfono. Al final estaba tan cansada que apenas lograba construir una frase coherente. Pero daba igual. Porque oía su voz y la promesa de que a partir del día siguiente todo sería distinto. Con esa certeza me sumí en un sueño tranquilo.

31

La punzada que había sentido en mi interior durante la cena en el restaurante con nuestros padres todavía persistía cuando aterrizamos en Portland, subimos al coche de Blake y pusimos rumbo a Woodshill. Era como si ese dolor fuese un componente esencial de mí que no iba a desaparecer, incluso cuando Blake me miró por el retrovisor y me dirigió una cálida sonrisa. El hecho de haber conseguido ocultar a mis padres que me había instalado en Woodshill me causaba terribles remordimientos de conciencia. Pero intenté reprimirlos cuando llegamos a casa. Pensé en Blake, en nuestra conversación de la noche anterior y disfruté del feliz hormigueo en mi vientre.

Cuando bajamos del coche observé a Ezra, que dio la vuelta al vehículo con la cabeza baja y sacó su maleta. Me acerqué a él y le rocé brevemente el brazo. Se puso rígido con el contacto, giró sobre sus talones y subió por el camino de acceso sin pronunciar palabra.

Suspiré y me volví al coche para sacar mi maleta. Pero Blake se me había adelantado y seguía con la mirada y el ceño fruncido a Ezra.

—Es posible que ahora necesite a un buen amigo —advertí. Me había percatado de que los dos hablaban menos de lo normal. Y de eso ya hacía semanas.

—También yo necesitaba un amigo entonces —contestó frunciendo el ceño.

—¿Cómo? —pregunté desconcertada.

Parpadeó como si hubiera entendido en ese momento lo que acababa de decir. Luego sonrió y agitó la cabeza.

—Da igual. Ven, te llevo la maleta.

Cogí el asa con firmeza y me negué con determinación.

—Queremos guardarlo en secreto, ¿recuerdas? Otis y Cam enseguida se asombrarían de que, de repente, fueras cargando con mis cosas cuando hace apenas unas semanas más bien me las querías tirar a la cabeza.

Hizo una mueca y cerró el maletero.

—Tienes razón.

Miró luego un momento a la puerta, como para asegurarse de que no había moros en la costa, y cuando estuvo convencido de ello volvió la vista hacia mí. Acto seguido, extendió la mano y la puso en mi mejilla. Automáticamente moví el rostro contra la cálida palma de su mano. Cuando me pasó el pulgar por encima del labio inferior, se me cortó la respiración. Se apartó de golpe. Sus ojos se habían oscurecido.

—Por lo que yo sé, ellos tenían hoy un partido amistoso y luego salían con el equipo —advirtió.

Sonreí.

—Suena casi a invitación.

Lentamente se me iba aligerando un poco el peso que llevaba en mi interior. Bastaba con que me mirase de esa forma tan elocuente, que me tocara; y por unos instantes tenía la sensación de que todo a mi alrededor se disolvía y que sólo existían él y la felicidad que nos unía.

—Y lo es. —Sus labios adoptaron un gesto travieso—. Tengo un plan. Para ti.

Parpadeé.

—¿De verdad? ¿Cuál?

—Una cosita. No te hagas muchas ilusiones. Pero me alegraría que estuvieras libre esta noche y la pasaras conmigo.

Me habría puesto de puntillas y le habría besado en medio de la calle y delante de todos. Pero me limité a sonreírle e intentar respirar despacio para sosegar los latidos de mi corazón.

—Colin cuenta conmigo para un evento. Pero luego me encantará pasar el resto de la noche contigo.

Me miró y un instante después se separó de mí casi con violencia. Tirando de su maleta, recorrió el acceso a la casa sin apartar la vista de mí.

—Mira hacia delante, Blake —le pedí con las mejillas ardiendo.

—¡Quiero, pero no puedo! —respondió, tras lo cual sólo pude soltar una risa.

Si seguía comportándose así, la totalidad de Woodshill no tardaría en saber que había algo entre nosotros. Pero siempre había sucedido lo mismo y ésa era una de las características que más me gustaban de él.

Me asustó pensarlo. Pero era verdad. La sinceridad de Blake y su manera de expresar sin tapujos lo que sentía siempre me habían atraído. Mis sentimientos hacia él nunca habían desaparecido, aunque yo había hecho todo por

contenerlos. Pero ahora que me era tan cercano y que por fin nos habíamos desembarazado de todos los obstáculos que había entre nosotros, supe lo estúpido que había sido intentar destruir esa parte de mí. De esa manera no sólo lo había herido a él, sino también a mí misma. Y cuando Blake tropezó, pero seguía mirándome a mí y mostrándome esa sonrisa suya que aceleraba el ritmo de mi corazón, supe que nunca más quería volver a sentir ese dolor.

Tan sólo de pensar en Blake y en la velada que había planeado para ambos, me sentí animada para trabajar en la fiesta de aniversario de una pequeña empresa. Tras el viaje de regreso de Seattle y la jornada de trabajo de seis horas me dolía todo, pero al cerrar la puerta de casa, ya lo había olvidado.

Me llegó un dulce olor a mantequilla y la sonora protesta de mi barriga informó de que iba a comer lo que le estuviese esperando.

Ya me dirigía a mi habitación para dejar las cosas cuando alguien se acercó por el pasillo. Me quedé muda. Levanté la mano torpemente.

—Oh. Ejem… Hola —conseguí decir.

Everly también levantó la mano.

—Hola.

¿No había dicho Blake que íbamos a pasar la noche juntos? ¿Acaso lo había entendido mal? Antes de que pudiera seguir pensando en ello, Everly carraspeó.

—Me alegro de verte —dijo mientras yo todavía estaba intentando saber qué no había entendido de Blake y de nuestra cita.

—Yo… yo también me alegro —balbuceé vacilante—. ¿Has quedado con Blake?

Sus labios dibujaron una sonrisa cómplice.

—No. Pero nos ha pedido a Nolan y a mí que le echemos una mano. Curiosamente, parte de nuestro deber consiste en evitar que vayas a su habitación.

Parpadeé.

—¿Ahora?

Ella asintió, mientras mi pulso se aceleraba.

—No ha querido contarme la razón, pero estoy aquí cumpliendo mi cometido —me comunicó; se puso a un lado e hizo un gesto con el brazo en dirección a mi habitación. Moviendo la cabeza, pasé por su lado y entré. Me siguió y se quedó en el marco de la puerta mientras yo dejaba mis cosas en el interior.

En la habitación se extendió un incómodo silencio, hasta el punto de que me daba la impresión de que respiraba demasiado fuerte. Recordé lo que Blake me había dicho en Seattle. Ya no tenía que distanciarme de Everly y ser reservada con ella. Y ahora por fin podía disculparme por ello.

—Yo… —empezamos las dos al mismo tiempo.

Everly hizo una mueca y me indicó que siguiera hablando yo. Tomé una profunda bocanada de aire.

—Quiero disculparme por el modo en que me he comportado contigo.

Ella movió un poco la cabeza.

—No tienes que disculparte.

—Sí, he de hacerlo. La Jude que conociste en el café… ésa soy yo de verdad. No soy una persona desagradable ni arisca con la gente. Estaba deseando ser amiga tuya. De verdad. Pero al mismo tiempo no quería que Blake… —Hice un gesto de impotencia.

—Con su comportamiento casi lo echa todo a perder. Después de conocer vuestros antecedentes entendí cuál era la situación. Y en ningún momento pensé mal de ti. Sé lo que es aislarse de la gente cuando en realidad lo que uno necesita urgentemente es que formen parte de su vida.

—¿Sí?

Asintió.

—Sí. Así que, lo pasado pasado está. Empezamos de cero.

Suspiré tranquilizada.

—¿Significa esto que todavía está en pie la invitación para ir al cine?

Everly sonrió.

—Pues claro que sí. Siempre que no tengas nada en contra de las películas de terror.

Ya no pude contenerme más y me acerqué para darle un fuerte abrazo.

—No tengo absolutamente nada en contra —anuncié confortada.

Everly me devolvió mi efusiva muestra de cariño.

—Genial. Y cuando llegue la oportunidad, me cuentas qué demonios ha planeado Blake para hoy.

Me separé de ella y sentí que me ruborizaba.

—Lo haré.

Sonó un golpe y nos volvimos a la puerta de la habitación. Nolan estaba allí y levantaba la mano.

—Blake nos ha despedido por hoy. —Me miró sonriendo con la misma cara

de complicidad y misterio que poco antes mostraba Everly.

—Te escribiré para ir al cine —dijo y se marchó con su novio.

Mientras recorríamos juntos el pasillo, volvió a llegarme el estimulante aroma del horno.

—Esta vez contestaré. Prometido —afirmé cuando Everly y Nolan se ponían la chaqueta.

—Que os divirtáis mucho —nos deseó Nolan antes de poner la mano en la espalda de Everly y dirigirse a la puerta de la casa.

Me despedí de ellos pensando en qué demonios me esperaría allí arriba. Aun así, los seguí a los dos con la mirada hasta que llegaron a la calle. Entonces cerré la puerta y tomé una profunda bocanada de aire.

Se me había secado la garganta. No tenía ni idea de qué había preparado Blake y, ahora, cuando por fin nos habíamos quedado solos, no dudé ni un segundo más y subí las escaleras. Al llegar a la puerta de la habitación, di unos golpecitos.

—¡Espera! —resonó una voz desde dentro. Poco después entreabrió la puerta, se coló por ella para salir de la habitación y volvió a cerrarla. Se giró hacia mí. La comisura derecha de su boca se levantaba un poco—. Hola.

—Hola —respondí.

Aunque los demás no estaban, no me atreví a dar el primer paso. Por fortuna, Blake no parecía tener reparos. Con toda naturalidad me puso la mano en la cintura y me atrajo hacia él.

—Si no te gusta, me lo dices —me advirtió apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. ¿De acuerdo?

Asentí. Poco a poco empecé a sentir miedo. ¿Qué diablos me esperaba ahí dentro?

—Lo haré —prometí de todos modos.

—Bien. Entonces, cierra los ojos.

Hice lo que él me pedía y cerré los ojos. Blake abrió la puerta de su habitación y entró detrás de mí. Iba empujándome con cuidado, sin dejar de presionarme suavemente con las manos en la cintura.

—Así —dijo después de haber avanzado un par de pasos. Sus manos desaparecieron y de inmediato oí que la puerta se cerraba. Luego volvió junto a mí. Sentí su calor en la espalda—. Ahora ya puedes mirar.

Abrí los ojos con el corazón desbocado y… se me cortó la respiración.

Ya no reconocía la habitación de Blake. Había colocado gran parte de sus

muebles en un rincón y los había cubierto con una colcha gris. En el suelo había montado una especie de paraíso con un colchón, un sinnúmero de almohadones y mantas de aspecto acogedor. Una pequeña lámpara con un cálido resplandor bañaba de una luz tenue una parte del cuarto. Sobre la mesilla de noche, que había transformado en una mesa auxiliar junto al colchón, había un plato de galletas y un cuenco enorme con palomitas recién hechas que desprendían un olor estupendo. Pero lo mejor era la pared de enfrente. Había colgado allí una guirnalda de luces formando un gran rectángulo. La superficie enmarcada quedaba iluminada por un proyector.

Sin pronunciar palabra contemplé todo eso. Luego me volví hacia él.

—¿Has… has montado todo esto para mí? —susurré.

Asintió.

—En realidad quería contestar con un gesto de humildad, pero, aunque Nolan me ha ayudado a desplazar los muebles en muy poco tiempo, ha sido un trabajo de locos, por el que espero muchos halagos. Y besos.

Sólo podía mirarlo. Luego volví la vista al hospitalario paraíso en que había convertido su habitación.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta cuando Blake me cogió de la mano y me llevó al colchón. Se sentó allí y apoyó la espalda en la armadura de la cama, que también estaba cubierta con una manta, posiblemente porque había quitado el colchón y lo había colocado en el suelo. Acto seguido tiró de mi mano y me senté entre sus piernas. Cuando me rodeó el torso con el brazo, me apretujé contra él.

—Ahora no te enfades, ¿vale? —murmuró.

Consternada, me volví para mirarle a la cara.

—¿Por qué? Esto es lo más bonito que nadie ha hecho jamás por mí.

Levantó una mano para indicarme que esperase un momento. Luego abrió un portátil que estaba en el suelo, junto al colchón, y del que salía un cable al proyector y pulsó un par de teclas.

Y por fin conocí la causa de sus crípticas palabras. En la pantalla provisional de Blake apareció en unas letras blancas con arabescos y unas espinas de rosa esparcidas el rótulo *Twisted Rose*.

Se me tensó la espalda al momento. En realidad había esperado que podría evadirme de todo el estrés y de los oscuros pensamientos en torno a la serie. El fin de semana con mis padres no había sido de gran ayuda, al igual que las

notificaciones que me iban entrando a cada minuto. A veces hasta oía vibrar el móvil aunque ya había apagado desde hacía un tiempo los mensajes *push*.

—Siempre que se menciona el tema de *Twisted Rose* te bloqueas. Lo entiendo. La serie era tu sueño y te lo han quitado —me dijo al oído mientras me ponía la mano en el vientre—. Pero lo que hiciste ahí era formidable. No debes huir de ello o esconderlo.

Si bien sus palabras me afectaron en lo más profundo de mi ser, negué con la cabeza. No podía creer que realmente quisiera hacer esto conmigo. Y no sabía si lo soportaría.

Amaba *Twisted Rose*. Amé la serie en cuanto leí el primer guion. Y aunque la historia y la acción de los fans significaban mucho para mí, notaba al mismo tiempo que había un muro en mi interior que no podía saltar. No sólo había recuerdos positivos, sino también otros que me afectaban, que era incapaz de superar y que constituían la causa del final de mi carrera. Y de los cuales, además, hasta ahora no le había contado nada a Blake.

—No sé, Blake —respondí tras pasar un largo rato mirando aturdida el rótulo.

—Sólo el primer episodio. Quiero que recuerdes lo que has hecho. Un episodio y luego vemos lo que tú quieras.

Se me puso la piel de gallina en los brazos. Cuando él me susurraba de ese modo en el oído no podía negarle nada. No importaba lo que me propusiera. Así que asentí brevemente.

Blake pulsó la tecla espaciadora para empezar el episodio.

Sentía como si me abrasara la boca, y cuando apareció mi cara en la pantalla, me habría tapado la cabeza con la colcha.

—Tienes la espalda como una piedra —señaló Blake detrás de mí acariciándomela.

—Me resulta extraño verme a mí misma —respondí apretujándome contra él.

Blake atrapó un par de palomitas con la mano que tenía libre y se las llevó a la boca antes de coger una galleta y partirla.

—Come una galleta. Te relajará.

Levanté una ceja, pero abrí la boca cuando me puso delante el trozo. Era de mis favoritas, con chocolate blanco y pedacitos de nuez, y todavía estaba tibia. El chocolate se fundió literalmente en mi boca.

—¿Las has preparado para mí? —pregunté sorprendida.

Me pareció que Blake asentía a mis espaldas, sus cabellos me hicieron cosquillas en la nuca.

—En efecto.

Había hecho un esfuerzo enorme, había decorado su habitación y la había transformado en un cine en casa, me había preparado galletas y había estado lo suficientemente atento para darse cuenta de qué me ocurría cada vez que se mencionaba la serie.

Me di media vuelta para poder mirarlo bien a la cara. Luego le coloqué una mano sobre el pecho y di la bienvenida al calor que fluía por mi cuerpo antes de inclinarme y besarlo. Emitió un sonido de sorpresa, pero luego sus labios se abrieron y respondió a mi beso.

Blake sabía a palomitas, a mis sueños y a mis deseos más secretos. Ya iba a girarme del todo para besarlo con más intensidad cuando él se detuvo y apoyó jadeante la cabeza contra mi sien.

—Acuérdate de dónde nos hemos quedado —murmuró—. Cuando acabe el episodio continuamos a partir de ahí.

Yo resoplé y me giré de nuevo hacia delante.

—Bien.

En la pantalla, Sadie —yo— atravesaba el patio de la escuela cuando de repente la empujaban y se le caía la *tablet* de las manos. Como por arte de magia, Nathan —Sam— recogía la *tablet* en el aire y le sonreía con picardía antes de devolvérsela y proseguir el camino por el patio.

Recordaba perfectamente la de veces que habíamos repetido esa escena. Era el primer día de rodaje de Sam y mío. Todavía no nos conocíamos especialmente bien, pero enseguida conectamos, lo que hizo más fácil permanecer durante horas expuestos al frío y aparentar pese a ello que la temperatura era agradable.

El episodio continuaba y los primeros indicios de una presencia sobrenatural empezaban a manifestarse: en el instituto, en la habitación de Sadie o en el coche de su mejor amiga Hannah, donde de repente se encontraban las huellas de unas garras. Seguía una escena en la que Sadie practicaba *jogging* por la noche. Por los auriculares escuchaba música a todo volumen. Pero si uno se fijaba, distinguía unas sombras moviéndose detrás de ella que cada vez se acercaban más.

Blake se estremeció.

—Es terrorífico.

Yo asentí, pero era incapaz de pronunciar palabra. Cuanto más veía, mayor

era la grieta que se abría en mi muro interno.

A continuación se producía la primera auténtica conversación entre Sadie y Nathan en el instituto. Ella se comportaba con él con cierta reserva, pues, para su gusto, era demasiado desvergonzado, lo que su amiga Hannah celebraba a gritos. Me acordé de los ataques de risa que tuvimos durante aquella jornada. Aunque había sido el quinto día de rodaje, todos nos habíamos cogido cariño. Me acordaba muy bien de las bobadas que hacíamos en maquillaje y con las que a menudo llevábamos a los maquilladores al límite de su paciencia. Me acordé de los trabajos de mesa durante los cuales todos nos entusiasmábamos tanto que casi no podíamos permanecer sentados.

Pasaban los minutos y yo miraba la pantalla fascinada, presa de los recuerdos y de todos los sentimientos que participar en la serie había desencadenado en mí. Cuando al final del episodio encontraban el cadáver de Hannah en medio del instituto y Nathan abrazaba a Sadie para protegerla de esa visión, me escocían las lágrimas en los ojos.

—Mira eso —me susurró Blake al oído. Me cogió la mano y entrecruzamos los dedos—. Siempre fue tu sueño. Sé que Los Ángeles no te ha tratado como merecías. Pero, si quieres seguir actuando, puedes hacerlo. —Con la visión borrosa a causa de las lágrimas, negué con la cabeza. Ésa era la reacción automática que tenía con sólo imaginármelo. Blake me sentó en su regazo y me observó atentamente—. Me dijiste que yo no estaba acabado. Y lo mismo sirve para ti, Jude. —Me apretó la mano, que seguía entrelazada con la suya—. No estás ni mucho menos acabada.

Hundí la cabeza en su cuello y sollocé en silencio mientras sonaba la melodía de los créditos.

Blake me sujetaba con firmeza y murmuraba palabras tranquilizadoras y al mismo tiempo animosas, una y otra vez, hasta que el muro se derrumbó del todo y yo me agarré con todas mis fuerzas a él y a lo que decía.

Tal vez tenía razón.

Tal vez todavía no estaba realmente acabada.

32

Al día siguiente, cuando acompañé a Blake a rehabilitación, todo era igual que siempre, pero al mismo tiempo diferente. Se habían producido muchos cambios desde la última vez que habíamos acudido allí. Y aunque esa mañana había tenido que salir a escondidas de su habitación para que nadie me pillara y en el desayuno me había costado un montón que nadie se diera cuenta de nada, la relación entre nosotros marchaba bien.

Ahora estaba sentada en mi sitio habitual dentro del centro de rehabilitación, tenía la *tablet* sobre la mesa, abierta delante de mí, y justo al lado, el móvil. Pero en lugar de responder a los mensajes tal como me había propuesto, empecé a beber el agua a sorbos, apoyé la barbilla en la mano y me quedé mirando a Blake.

Mi Blake.

No podía creerme que volviera a pertenecerme. Y yo a él. Ahora tenía libertad para mirarlo mientras hacía sus ejercicios. Ya no tenía que fingir que verlo haciendo pesas me volvía loca.

En ese momento levantaba sobre la espalda la *slashpipe*, una barra llena de agua. Una y otra vez dejaba caer el tubo. Le temblaban las piernas y a veces se le doblaban cuando el líquido fluía de un lado a otro muy deprisa. Le brillaba la cara y se había puesto rojo, pero esa vez consiguió mantener el equilibrio.

Estaba a punto de vitorearlo cuando vi con el rabillo del ojo que el móvil se iluminaba. Un número desconocido. Aparté la vista de Blake y atendí a la llamada.

—¿Hola?

—¡Jude! Por fin, ya pensaba que tenía el número equivocado. —En el otro extremo se oía una voz masculina. Necesité un momento para reconocerla.

—¿Sam?

—El mismo que viste y calza.

De repente el corazón me dio un vuelco de alegría.

—Oh, Dios mío. Hola.

—Hola, forastera.

—No soy yo la que ha cambiado de número y sólo está accesible por Instagram.

—Glups. Sí. Después del último estreno se hizo público mi número *online* y mi teléfono explotó —contó. En el fondo se oía un leve crepitar—. Qué contento estoy de oírte. Ha pasado demasiado tiempo…

Sentí que sus palabras me reconfortaban.

—Lo mismo digo —contesté y empecé a toquetear la mesa de cristal del rincón donde sentarse. Presioné el pulgar contra la superficie fría, dejando una mancha que desapareció, sin embargo, en cuanto aparté el dedo.

—¿No crees que lo de la serie es una auténtica pasada? —Estaba tan entusiasmado que soltó un gallo—. Realmente, no doy crédito.

—¿Crees de verdad que puede acabar bien? —pregunté mirando por la ventana. En ese momento salían varios coches del aparcamiento.

—Por eso te llamo. Acabo de hablar con mi agente. Dice que ya han contratado a unos guionistas y que los primeros guiones ya están.

—¿En serio? —pregunté, pues me había dejado pasmada.

—Sí. Y también me ha contado que los productores están negociando con una cadena. Pero al parecer todavía no hay nada en firme. Ya sabes cómo funciona.

Me quedé sin palabras. Por un momento tuve serios problemas para ordenar mis pensamientos.

—De todos modos, suena como si hubieran avanzado mucho, ¿no?

—Desde luego. ¿Tu agente no se ha puesto en contacto contigo todavía?

Miré de nuevo la mesa de cristal y recorrí el borde con el dedo. Luego me tragué el nudo que tenía en la garganta y pensé en la noche anterior. En las palabras de Blake. En la esperanza que había germinado en mí.

—Yo… yo ya no tengo agente, Sam. En Los Ángeles no me fue bien y al final mi agencia me dejó tirada.

—Mierda, ¿cómo es que no dijiste nada? —Como no respondí, él siguió siseando—. Yo sólo volvería a trabajar en la serie si estás tú. Eso que quede claro. ¿Te parece bien que se lo cuente a mi agente? Apuesto a que te representará.

Entrecerré los ojos. Cuando los volví a abrir, vi a Blake a lo lejos, que volvía a bajar la *slashpipe*. Con una expresión obstinada en el rostro, la volvía a

levantar y tropezaba. Su entrenador lo ayudó a colocarla en la posición correcta. Luego inhaló aire profundamente dos veces antes de volver a subir con esfuerzo el aparato sobre los hombros.

«Todavía no estás acabada», susurró una voz traicionera en mi oído.

—Sería… sería realmente estupendo —respondí haciendo esfuerzos por conservar la calma.

—Si te parece bien, le daré tus datos para que contacte contigo, ¿estás de acuerdo?

Le respondí que sí. Sam prometió volver a llamarme por teléfono en cuanto supiera algo más sobre el regreso de la serie y colgó poco después.

Me apoyé en el respaldo de la silla y repasé brevemente la conversación.

Los fans habían puesto en marcha algo enorme. Se diría que había varias cadenas interesadas en la segunda temporada de *Twisted Rose*. La agente de Sam contactaría conmigo en algún momento.

No podía creer que hubieran surgido tantas cosas en tan pocos días. Y aún menos que al pensar en esa posibilidad sintiera miles de mariposas revoloteando en mi barriga y no el miedo gélido que solía apropiarse de mí cada vez que pensaba en Los Ángeles. Y sabía perfectamente a quién debía agradecérselo.

Levanté la vista y volví a mirar a Blake. El tubo de agua se le cayó de nuevo de la espalda y soltó una palabrota. Se frotó la cara con las manos e intercambió un par de palabras con el entrenador. Luego movió la cabeza y se dio media vuelta. Parecía tener todo el torso contraído y los músculos a punto de desgarrarse. Sin apartar la vista de él, metí las cosas en el bolso, lo cogí y atravesé el gimnasio.

Su entrenador se acercó a mí y me dirigió una sonrisa de disculpa.

—Hoy no es su día.

—¿La rodilla está bien? —me interesé mirando a Blake, que estaba más al fondo y se secaba el rostro con una toalla.

—La hinchazón ha vuelto a decrecer, eso es muy bueno. Por desgracia todo va un poco más despacio de lo que él desearía. Pero entra dentro de la normalidad.

Me acordé de la conversación que Blake y yo habíamos mantenido sobre el tema. De lo mucho que le molestaba que lo comparasen con otros deportistas.

—¿Puedo hacer algo?

Me miró reflexivo.

—El consuelo y el aliento siempre sientan bien.

—Eso seguro que se lo puedo dar —convine optimista, proponiéndome motivarlo tanto como él me había motivado a mí el día anterior.

—Muy bien —contestó y consultó su reloj de pulsera—. Haremos una breve pausa y luego empezaremos el siguiente ejercicio. Mientras, puedes hablar con él. Siempre que estás aquí parece contar con mayor energía.

Lo dijo de una forma tan significativa que noté que me ruborizaba. Luego se despidió con una breve inclinación de cabeza y desapareció de mi vista al fondo de la sala.

Me di media vuelta y me acerqué a Blake. Se había sentado sobre una colchoneta y entre las piernas dobladas le colgaban las manos. Yo me senté a su lado.

—Lo haces genial. —Soltó un gruñido. Su cuerpo todavía seguía en tensión —. Es normal que necesites tiempo para ponerte otra vez en forma —proseguí. Blake callaba, cogió la botella y bebió un trago—. Estás terriblemente atractivo cuando haces los ejercicios. A veces desearía ser la barra con la que haces flexiones.

Se atragantó. Le di unos golpecitos en la espalda mientras tosía. Me miró de reojo moviendo la cabeza. En su rostro se dibujaba una pequeña sonrisa.

—¿La barra con la que hago flexiones? ¿En serio?

Asentí.

—Sí. O todos los otros aparatos en los que pones la mano.

Su sonrisa se ensanchó transformándose en una mueca maliciosa. Yo le mostré una parecida. Luego miró de nuevo hacia la barra que yacía en el suelo y la seriedad volvió a su rostro. Frunció el ceño, se miró las manos y jugueteó con la botella de agua.

Con cuidado, extendí la mano y le aparté de la frente un mechón rebelde mojado de sudor.

—Creo en ti.

Volvió a mirarme. En sus ojos se reflejaba desesperación al mismo tiempo que incredulidad, como si él mismo no fuera capaz de hacer lo que yo acababa de decirle. Sin embargo, también sabía que había otros días diferentes. Días en que estaba lleno de confianza en sí mismo y en los que se sentía como si fuera capaz de conquistar el mundo en un abrir y cerrar de ojos. Yo sólo tenía que ayudarlo a recobrar esa versión de sí mismo. De la misma manera que el día anterior él me había ayudado a recuperar un poco la confianza en mí misma.

—Creo en ti —repetí con determinación.

Él cerró los ojos mientras yo seguía acariciándole el cabello. Se inclinó y se abandonó. Cuando concluyó el descanso y volvió el entrenador, aparté la mano enseguida.

Blake abrió los ojos. En ellos distinguí unas chispas de dolor.

—Gracias —murmuró.

—No hay de qué —le contesté en su mismo tono.

Nos pusimos en pie. Yo volví a mi sitio y contemplé que realizaba el siguiente ejercicio con renovada decisión.

De vuelta en casa, los compañeros de Blake lo bombardearon con noticias. Por lo visto, esa noche había una fiesta en Hillhouse y su presencia era imprescindible. Y él quería que yo lo acompañara.

Era la primera vez que me invitaba a salir con él y sus amigos, y mientras me arreglaba me invadió la emoción. Me puse el vestido azul que había llevado en la cena con mis padres y dediqué mucho tiempo a maquillarme y peinarme. Quería que la velada fuera perfecta.

—¿Podrías darte prisa? —gritó nervioso Cam desde fuera antes de golpear la puerta del baño con la palma—. Tengo que mear.

—Qué encantador, Cameron. Realmente encantador —le contesté, luego me revolví un poco el cabello ondulado para que no pareciera demasiado repeinado. Me apliqué mi brillo de labios favorito, abrí la puerta y salí.

Cam puso unos ojos como platos al verme. Di un paso a un lado y le señalé el baño.

—Todo tuyo.

No me quitaba la vista de encima. Me miró de arriba abajo y se puso rojo.

—¿No preferirías salir conmigo?

—Quizá otro día —contesté pasando por su lado en dirección al pasillo.

Masculló algo más que, de todos modos, no pude comprender porque ya estaba bajando a la sala de estar. Cuando vi a Blake a los pies de la escalera apoyado en la pared y con los brazos cruzados, fui más despacio.

—¿Quizá otro día? —preguntó levantando la vista hacia mí. Abrió la boca. Su mirada se deslizó incandescente por mi cuerpo.

Al instante, todo en mí pareció dilatarse e impregnarse de calor.

—¿Qué debería haber dicho? —repliqué cuando llegué al último escalón.

Era como si Blake no me oyera bien. Como obedeciendo a una orden lejana,

se separó de la pared y dio un paso en mi dirección. Sin comprobar si había alguien alrededor, me rodeó la cintura con sus brazos, me atrajo y hundió la cara en mi cuello.

—Quedémonos aquí —murmuró.

Su aliento me cosquilleó la piel y me flaquearon las rodillas, pero pese a todo negué con la cabeza.

—Para eso podría haberme quedado con el pijama de aguacates.

—Ya sabes que los aguacates me vuelven loco.

—Mmm —musité distraída cuando me cubrió el cuello de besos.

No entendía cómo era posible que pudiéramos volver a comportarnos así el uno con el otro. Que lograra que me sintiera tan deseada. Que me tocara como si sólo existiéramos nosotros dos y nadie más.

En el primer piso se cerró una puerta y Blake se apartó enseguida de mí. Se me formó un nudo en el cuello, sobre todo cuando él desvió la vista y fue al armario ropero.

—Yo estoy listo. ¿Dónde están los demás? —preguntó Cam sobre mi cabeza.

Todavía estaba concentrada en ordenar todo lo que la cercanía de Blake había revuelto e hice un ademán de ignorancia.

—¡EZRA! ¡OTIS! —gritó Cam un segundo después, tan fuerte que los oídos me empezaron a resonar.

Blake me tendió la chaqueta y me la puse. Poco después, Otis se unió a nosotros y también mi hermano se presentó en el pasillo arrastrando los pies y cabizbajo. Tenía aspecto de no haber pegado ojo desde nuestra llegada y yo me cogí de su brazo cuando cruzamos la puerta en dirección al club. En el camino le hablé de mi conversación telefónica con Sam, lo que al menos le arrancó una pequeña sonrisa.

No tardamos mucho en llegar a Hillhouse. Los amigos de Blake habían preparado una mesa al fondo del todo, lo que significaba que antes de llegar allí teníamos que pasar junto a la pista de baile y al lado de casi todos los que estaban en el club.

Primero descubrí a Everly y Scott, luego vi a Dawn, Spencer y Sawyer con Isaac. Me presentaron a dos parejas más —Monica y Ethan, y Allie y Kaden—, antes de que pudiera saludar a Everly. Ésta me saludó afectuosa y me abrazó. Por fin sentía que no tenía que reprimirme y respondí con firmeza a su abrazo.

Luego le llegó el turno a Scott, quien, ese día, de forma extraña y como excepción, se mantuvo en un segundo plano. Al llegar a su lado me llamó la

atención lo revuelto que llevaba el cabello, algo inusual en él, como si se hubiera pasado nervioso los dedos por él. Su mirada fue de mí a un punto detrás de mí, de vuelta a mí y por último al suelo.

Cuando le cogí el brazo, le susurré.

—¿Todo bien?

Se desprendió de mí y asintió con vehemencia.

—Claro. Ya me conoces. —Su sonrisa me pareció un poco forzada, pero antes de que pudiera insistir, me arrastraron a otro lugar.

Un poco más tarde estaba sentada frente a Ezra y Blake en un banco en uno de los dos reservados que nuestro gran grupo había ocupado. A la izquierda, en el extremo, estaba Otis, que seguía el ritmo de la música, y Scott hurgando en su cóctel. Cam había ido a buscar una primera ronda de bebidas para los recién llegados, y a la derecha se encontraban Sawyer e Isaac, ambos sentados en una misma silla.

—¿Cómo os conocisteis en realidad? —indagó Dawn por encima de Everly, señalándonos a Blake, Ezra y a mí.

—Blake se mudó a la casa de al lado cuando yo tenía seis años y Ezra siete —respondí.

—Qué bonito —exclamaron Everly y Dawn al unísono. Por lo visto, las dos pasaban tanto tiempo juntas que casi hablaban igual. «Qué chulo», pensé.

—Me gustaría haberte conocido cuando tenías seis años —le comentó Sawyer a Isaac pasándole la mano por los rizos.

Él sonrió irónico.

—No creo. Entonces no habría cruzado palabra contigo. Cuando conocía a gente nueva me ponía a tartamudear y empezaba a sudar.

—Da igual. Algo te habría sacado —contestó ella.

Isaac volvió a sonreírle con cariño.

—Si alguien lo hubiera conseguido, seguro que habrías sido tú. No tengo la menor duda.

—Pues Jude no tartamudeaba, pero en cambio siempre se escondía detrás de Ezra cuando nuestros padres nos obligaban a jugar juntos —recordó Blake.

Casi en el mismo momento noté que algo me acariciaba la pierna. No tuve que mirar debajo de la mesa para saber que se trataba del pie de Blake.

—Como contrapartida a los siete ya no me chupaba el dedo —respondí sonriendo.

Le di con la punta del pie y sólo con ese pequeño contacto ya me estremecí

de satisfacción.

—Habérmelo dicho, hombre, te habría conseguido un chupete —intervino burlón Otis.

Blake se presionó el pecho con la mano y me fulminó con la mirada como si lo hubiese traicionado. En ese momento, Cam llegó a nuestra mesa con una bandeja con las bebidas. Repartió los vasos y al final dejó un cuenco con palitos de *mozzarella* en medio. Luego se apretujó con nosotros en el banco.

Cogí un palito y lo mordí. El pie de Blake había seguido al mío cuando me había tenido que desplazar un poco a la derecha. Lo miré con el rabillo del ojo para comprobar que no despegaba la vista de mí.

—Yo no tengo contacto con nadie de mi época escolar. No me lo puedo ni imaginar —afirmó Scott en un momento determinado.

—¿Porque has cambiado mucho? —le interrogó Everly.

Él hizo un gesto de ignorancia.

—Eso, y porque con la mayoría de ellos no tengo nada en común.

—A las personas no se las puede meter en un cajón, decir que no están a tu altura y luego largarte. Si tratas a todo el mundo de este modo, no me extraña que no tengas amigos —intervino de repente Ezra sin apartar la vista de su cerveza.

Todos nos quedamos estupefactos, yo incluida. Entendía que mi hermano estuviera preocupado, pero no tenía que hacérselo pagar ni a Scott ni a los demás.

—Ezra —siseé.

Se encogió de hombros. Luego se llevó la botella de cerveza a los labios y bebió un par de tragos.

—Está bien —musitó Scott volviendo a dar vueltas a su cóctel, esta vez con tanto vigor que los cubitos de hielo tintinearon.

—Bien, puesto que el ambiente festivo ha caído en picado… ¿quién tiene ganas de ir a bailar? —propuso Cam, a lo que Otis reaccionó poniéndose en pie de un salto.

Sawyer e Isaac asintieron y también se levantaron, y Dawn se volvió al nicho que estaba al lado para darle a su novio unos golpecitos en el hombro. Como si Spencer tuviera un sexto sentido, se volvió a ella sonriendo antes de que lo hubiera tocado.

Me levanté del banco para dejarle pasar; no obstante, antes de que llegara a sentarme, Cam me cogió de la mano y tiró de mí. Miré a Blake pidiéndole

ayuda, pero ponerse a bailar con cien personas en una pista en parte mojada no era, estaba claro, algo que tuviera que intentar con su rodilla. Me miró y yo hice una mueca de disculpa con los labios cuando los demás me secuestraron.

Blake y yo habíamos acordado que en un principio nadie se enterase de lo nuestro, pero ahora me preguntaba por qué habíamos considerado que era una buena idea. En ese momento yo habría dado lo que fuera por estar con él. Sentarme en su regazo. Notar sus manos en mi cuerpo. Además de que Blake no apartaba la vista de mí ni un solo segundo. Ni cuando Otis y Cam me hicieron bailar un *beat* electrónico; ni cuando Dawn y Everly intentaron enseñarme una coreografía con la que se reían más que bailaban. Ni tampoco cuando estuve bailando sola sin dejar de mirar a Blake. Incluso desde la pista de baile podía distinguir cómo sus ojos se iban oscureciendo con cada nueva canción, cómo cada vez tragaba con más dificultad y su mirada se deslizaba arriba y abajo por mi cuerpo. Me ruboricé al pensar en las noches pasadas. En sus promesas. En sus palabras, que siempre agitaban algo en mi interior. En su boca sobre la mía. Tuve que mirar a otra parte. Porque estaba a punto de hacer una auténtica barbaridad.

—Oh —exclamó Otis de repente—. Por lo visto tiene ganas de bailar un poco.

Alcé la vista y el corazón se me paró: Blake se había levantado y se acercaba a nosotros. Avanzaba lenta, pensativamente, apartó a un par de personas y se abrió camino hacia la pista sin dejar de mirarme.

Pese a que todo el mundo estaba bailando a mi alrededor y se movía al compás de la música, yo estaba hechizada. Los segundos transcurrían a cámara lenta. Se me cortó la respiración cuando por fin llegó a mi lado. Quería decir algo cuando Blake me cogió la cara con las manos. Acto seguido se inclinó y puso su boca contra la mía.

Ahí. En la pista de baile. Delante de todos sus amigos.

Me abrió los labios con la lengua y deslizó la mano por mi cara, el cuello, la espalda y llegó al final a la cintura para ceñirme contra sí.

El beso no duró mucho tiempo, pero se quedó grabado en mi mente, siempre me acordaría de él.

Blake se separó de mí jadeante. Me zumbaban los oídos.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí lo suficientemente alto para que con algo de suerte lograra oírme.

Pero en sus ojos había claridad. Y una certeza sin límites.

—Besarte —respondió con gravedad.

Levanté la vista hacia él moviendo la cabeza.

—Lo de guardar secretos lo hacemos fatal.

—¡A la mierda el secretismo! —contestó—. Nos deberíamos haber quedado en casa tal como dije.

Como respuesta, le eché los brazos al cuello y volví a besarlo. Él jadeó en mi boca y a mí dejó de importarme que no estuviésemos solos. Noté que Cam y Otis gritaban y me llegaron a los oídos retazos de palabras. Pero no podía concentrarme realmente en ello. Porque lo que Blake acababa de decir y el hecho de que me hubiera besado de esa forma tan íntima delante de todo el mundo, era todo lo que de verdad contaba.

Primero habíamos querido saber adónde nos llevaba todo esto. Y ahora la respuesta se había desplegado ante nosotros con toda nitidez. Nuestro camino nos había llevado hasta aquí, yo entre sus brazos como debería haber sido siempre. Como si hubiésemos estado predeterminados para ello y ni el destino ni nadie hubiese podido hacer nada en contra.

—Vámonos —susurró Blake cuando volvimos a separarnos.

Sólo conseguí asentir con la cabeza, pero eso le bastó como respuesta. Me rodeó la cintura con el brazo y me condujo a través del club en dirección a la salida.

33

Cruzamos la puerta tropezando más que caminando. Blake le dio una patada y se cerró de un sonoro portazo. Luego me llevó hacia la escalera, al fondo. Tuvimos que separarnos para conseguir llegar arriba sanos y salvos, pero cuando estábamos delante de su habitación puso una mano en mi nuca y me besó otra vez. No sabía qué me sucedía, pero cuando me metió la lengua en la boca, todo me daba vueltas. Las rodillas me flaqueaban y me agarré a él con fuerza.

Se separó unos segundos de mí para tomar aire.

—Jude —susurró.

Con esta palabra lo decía todo. Lo mucho que le gustaba. Que me deseaba tanto como yo lo deseaba a él desde hacía meses. Y que me quería, en mi totalidad.

Blake tragó saliva con esfuerzo; me miraba a los ojos y a la boca alternativamente. Parecía como si fuera a decir algo más, pero después se lo calló. Cuando sus labios volvieron a posarse en los míos, me besó como si le fuera la vida en ello.

Y yo respondía a sus caricias con la misma pasión. Me rodeó la espalda con un brazo y me estrechó tanto contra sí que entre nosotros no quedaba sitio para nada más. Dimos unos pocos pasos para entrar en su habitación y la siguiente puerta volvió a cerrarse.

—Me has besado. Delante de todos tus amigos —susurré en sus labios.

—Mmm —murmuró cogiendo mi labio inferior entre sus dientes. Cuando me mordió ligeramente, jadeé en busca de aire y le clavé los dedos en la espalda, lo que le hizo gruñir de satisfacción.

—Tienes claro que ahora lo sabe todo el mundo…

Mis palabras surgían discontinuas, pero no me importaba. Ya no había entre nosotros espacio para la vergüenza.

—Me da completamente igual —susurró cogiéndome por la cintura. Me dio un beso en la sien. En la mejilla. Deslizó los labios hacia mi boca y se detuvo

unos milímetros antes de llegar—. Lo que hay entre tú y yo no puede ser secreto. Lo quiero todo de ti. Te quiero en mi vida. Y justo ahora te quiero urgentemente en mi cama.

Se me escapó una risa que se convirtió en un suspiro cuando él me agarró más fuerte y me apretó contra sí. Notaba su sexo endurecido contra mi vientre.

Hundí las manos en su cabello y lo besé.

Nos abandonamos en el beso, no pudimos contenernos más. Nuestras lenguas se frotaban sensualmente y los dedos de Blake se deslizaban por mi cuerpo. Lo agarré con fuerza del brazo y lo sujeté con firmeza, con mucha firmeza junto a mí. La sensación de tener sus músculos bajo mis manos y sus labios sobre mi piel me mareaba; pero, al mismo tiempo, estaba tan cargada de energía que temblaba.

—Yo también te deseo. Nunca he dejado de desearte —le susurré en los labios.

Al decírselo, un profundo sonido salió de su pecho. Acto seguido jugueteó con el borde de mi vestido y lo estiró despacio hacia arriba. Las manos le temblaban tanto como a mí las mías, pero se tomó su tiempo. Me recorrió un escalofrío cuando paseó los dedos por mis costados y se me cortó la respiración cuando me sacó el vestido por la cabeza y lo tiró al suelo.

Y luego me miró como si fuera la primera vez que me veía. No había palabras para describir el modo en que me miraba. En mi cabeza todo se fundió en una masa indefinida en la que sólo destacaba él.

Lentamente deslizó la mano desde el cuello, pasando entre los pechos hasta el vientre. Deslizó la mano lateralmente por encima de mi cadera y trazó un dibujo en mi ingle y en el comienzo de las bragas. Le brillaban los ojos al mirarme y toda yo tenía piel de gallina.

No me pareció justo que yo fuera la única que iba medio desnuda en la habitación, así que empecé a desabrocharle la camisa. Tuve que hacer varios intentos con algunos botones, pero a Blake ni se le ocurrió ayudarme. Estaba demasiado ocupado paseando lentamente la mano por mi columna vertebral desnuda.

Cuando por fin le desabroché la camisa, acaricié sus hombros y me incliné hacia delante. Con mucho cuidado empecé a besarle suavemente por el pecho y me puse de puntillas para llegar a sus clavículas. Todavía me acordaba muy bien de que era uno de sus lugares preferidos. Los dedos de Blake se hundieron en mi espalda cuando agarré la piel entre mis labios y la aspiré con firmeza. Era lo que

quería hacer con todo su cuerpo. Besarlo, lamer su piel cálida y dejar mi huella en él. Después de esperarlo, extrañarlo y consumirme por él, por fin volvía a pertenecerme y me habría encantado gritarlo para que el mundo entero lo supiese.

Blake me colocó las manos alrededor de las nalgas y comenzó a masajearlas, apretándome contra sí mientras que yo deslizaba las manos por los bien entrenados grupos musculares de su espalda. Desde la última vez, se había ensanchado mucho. Ya me había percatado en la rehabilitación, pero ahora también lo notaba. Y la sangre me fluía ardiente por las venas ante lo que sentía y veía.

Blake apoyó su frente contra la mía. Había cerrado los ojos y parecía entregarse completamente al momento.

—Lo había echado de menos —susurró mientras las yemas ásperas de sus dedos me acariciaban el cuerpo. Me tocó las nalgas. La espalda. Los brazos, la nuca. Deslizó la mano por mi cabello y me inclinó la cabeza hacia atrás para poder darme un beso. Sus dientes me rozaron el labio inferior y se me erizó el vello de los brazos.

Y luego ya no hubo más palabras, sino sólo unas manos anhelantes, su profundo jadeo cuando le desabroché el cinturón y lo liberé de los pantalones. El fuego que nos unía se fue transformando con cada segundo que pasaba en un incendio cuya propagación era imparable.

Toqué a Blake en todas partes, simplemente en todas partes, y él estaba igual de ávido que yo. No sé de qué modo conseguimos llegar a su cama, sin tendernos en ella, y lo orienté de tal manera que pude empujarle hacia abajo para que se sentara. Cuando lo hizo, la cama emitió un leve crujido y yo me coloqué entre sus piernas, igual que el fin de semana anterior, en su habitación de niño. Pero en esta ocasión ya no había incertezas de ningún tipo entre nosotros.

Le acaricié dulcemente el cabello. Sus manos, detrás de mis muslos, me frotaban de arriba abajo. Me incliné hacia él y lo besé en la frente. En la nariz. En la comisura izquierda de la boca. En la derecha. Gruñó de impaciencia y yo lo besé sonriente en los labios. Me senté con cuidado en su regazo. Le empujé el pecho para que se tendiera y lo hizo. Luego apoyé las manos a ambos lados de su cara y disfruté de su mirada candente. Me extasiaba, literalmente.

—He pensado todos los días en ti. Todos los días —susurré inclinándome hacia abajo para besarle el cuello—. Y todas las noches. —Su garganta se movió bajo mis labios cuando tragó con dificultad—. Estabas incluso en mis sueños.

Cuando me deslicé hacia abajo besándolo y bajé la pelvis, noté el miembro duro de Blake y él emitió un sonido gutural. De repente me cogió la cara y la atrajo de nuevo hacia él. Cuando metió la lengua en mi boca fue como si unas fuerzas naturales se enfrentasen. Una tormenta estalló y nos arrastró por entero a los dos. Había llegado al límite de su paciencia, lo noté por el modo en que se apretaba contra mí, casi con desesperación. Jadeé cuando sentí el contacto de su mano en mi piel por debajo de las bragas y me las quitó después de toquetearme el trasero. Percibí que una alegre expectativa me aleteaba en el pecho cuando las bragas cayeron al suelo y Blake me abrazó de nuevo. Tenía sus labios sobre los míos, su cuerpo bajo el mío y sus manos en mis zonas más íntimas. Me acarició la espalda, trazó huellas en mis costillas y me cogió los pechos. Luego su mano se deslizó hacia abajo. Pasó con decisión los dedos por las humedades que se habían acumulado entre mis piernas y al hacerlo emitió un sonido casi agonizante.

Yo jadeaba, puse una mano sobre su pecho y me incliné hacia delante. A medio camino salió a mi encuentro y me besó ardientemente. Yo seguía disfrutando de sus hábiles dedos y cuando los retiró gemí de frustración. Pero cuando se quitó los calzoncillos, enmudecí. Observé fascinada su miembro, lo cogí y empecé a acariciarlo. Era todo lo que podía hacer. También había echado de menos esa parte de él.

—Espera un segundo —advirtió Blake volviéndose hacia un lado para abrir el cajón de la mesilla de noche. Se oyó el sonido del papel de aluminio. Cuando volvió a tenderse en la cama, tenía un condón en la mano.

De repente noté una punzada. Intenté ignorarla, pero no lo conseguí. Aunque no quería, me asaltó la duda de con quién habría utilizado esos condones cuando yo no estaba.

—Eh —murmuró Blake inclinándose hacia delante. Me besó el hombro. Fue un roce breve, leve como una pluma, y a pesar de todo mi corazón dio un vuelco —. Mírame. —Hice lo que me pedía y lo miré a los ojos. Esos ojos que me eran tan familiares, que me miraban ardientes y amorosos, y en los que yacía un oscuro anhelo. Un anhelo que reflejaba el mío—. Estoy aquí —manifestó—. Estoy contigo. Y tú estás conmigo. Tal como debería haber sido siempre.

Asentí.

—Sí —musité.

—Esto es lo único que cuenta.

—Sí —susurré de nuevo esta palabra.

Y con ello desaparecieron los recelos que me habían asaltado hacía un instante.

Blake me pasó el cabello por encima del hombro y empezó a repartirme sus besos por la nuca y el cuello. Me rodeó el vientre con un brazo y me acarició el pecho, las ingles y todos esos lugares que él sabía que me enloquecían. Llegado un momento, ya no pudo resistir más. Me di la vuelta y me volví a subir a su regazo, poniendo cuidado en no tocarle la rodilla lesionada.

Blake me rodeó la espalda y se deslizó hacia atrás, hasta poder apoyarse en el cabezal de la cama. Nos besamos durante lo que me pareció una eternidad. Todo en mí latía y dolía, porque el anhelo era excesivo.

En un momento dado, Blake se separó de mí y abrió el sobre de aluminio. Lentamente desenrolló el condón mientras yo lo miraba a la cara. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y el cabello castaño revuelto porque yo se lo había estado alborotando. Se lo separé de la frente y él volvió a mirarme. En sus ojos había tal deseo que se me cortó la respiración.

Y luego ya no hubo más palabras. No tuve que plantearme si lo que hacíamos estaba bien. Lo distinguí en sus ojos. Lo oía en la forma en que mantenía en calma su respiración. Lo noté por la forma en que me colocó encima de él con un gesto fluido y acercó su miembro a mí. Ambos contuvimos la respiración cuando me penetró lentamente. Tenía el ceño fruncido a causa de la concentración y los labios algo abiertos, y yo le pasé dulcemente los dedos por ellos. Fui bajando paso a paso hasta que todo su miembro estuvo en mi interior. Sólo entonces respiramos los dos al mismo tiempo.

Blake me abrazó y yo a él con la misma intensidad.

Era una sensación increíble. Era increíble lo que los dos sentíamos.

Había pasado tantas noches despierta pensando exactamente en eso… Me había imaginado cómo sería si todavía tuviéramos una oportunidad. Cómo sería volver a experimentar esa intimidad. Había supuesto que nos abalanzaríamos el uno sobre el otro. Pero esto era mucho más. Superaba todas mis fantasías y no había nada comparable.

Dejé de abrazarlo para poder mirarlo, coloqué las manos sobre sus mejillas sin afeitar y dibujé una línea en su mandíbula.

—Eres perfecto —susurré.

Blake sonrió.

—Tú también.

Hice un movimiento tentativo arriba y abajo. Blake cerró los ojos y echó la

cabeza hacia atrás. Sentí en todo mi cuerpo el sonido de placer que emitió. Así que repetí el movimiento y cabalgué sobre él a un ritmo lento. Blake no dejaba un centímetro de mi piel sin tocar. Me acariciaba los pechos y empezó a masajearlos, lo que me arrancó un jadeo. Doblé la espalda y mis movimientos se volvieron más libres. Más salvajes.

—Oh, joder —susurró Blake cogiéndome las caderas. En ese mismo momento empujó hacia arriba hasta tocarme en un lugar sensible.

Solté un grito de desesperación que ni yo misma había oído jamás. Ocurrió por sí mismo. Y entonces perdí el control sobre mi cuerpo. Sólo existíamos él y yo, sólo su respiración rápida, sus dedos que se hundían en mi piel y los sonidos ásperos que emitía. En mi cabeza se agolpaban las palabras y cada una giraba en torno a él. Se las quería decir, quería expresar todo lo que sentía por él, pero no podía.

Como si notara que algo crecía en mí y que se lo escondía, Blake me cogió por la nuca y me obligó a mirarlo.

—No hay marcha atrás, Jude —afirmó escueto, penetrándome con fuerza.

Se acercaba mi orgasmo y lo abracé mientras aceleraba mis movimientos. Blake seguía embistiéndome sin apartar la vista ni un segundo de mí. Se le marcaron los músculos de la barbilla y soltó un gemido ronco. Cuando a mi alrededor todo se desdibujó nos cogimos con fuerza. Blake musitaba palabras vagas y confusas, y aunque yo no las entendía me acordaría de ellas toda mi vida.

34

A la mañana siguiente me desperté en los brazos de Blake. Se movía detrás de mí, y su tórax desnudo se pegaba cálido a mi espalda. Cuando me apreté más contra él porque quería sentirlo todavía más cerca, rió levemente. Sus mejillas sin afeitar me rascaron el cuello y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Buenos días —musitó junto a mi oído besándome el cuello.

—Buenos días —susurré.

Blake empezó a acariciarme, se apretó contra mí hasta que pude notar su miembro duro en mi trasero. Me balanceé contra él y de nuevo emitió ese sonido profundo que me fue atravesando poco a poco. Me encantaba su voz. Me encantaba ser la persona que lo conducía al éxtasis.

Su mano se desplazaba por mi vientre, entre las piernas, y me tocaba suavemente. Se me cortó la respiración.

—No sé cómo vamos a hacer para salir de esta habitación —me murmuró en el cuello.

—Menos mal que no me apetece nada —respondí jadeante y coloqué mi mano sobre la suya para aumentar la presión.

Hizo caso de esa muda indicación, hasta que su respiración se volvió tan entrecortada como la mía. Me sentía tan bien, tan indescriptiblemente bien… Pero su mano no me bastaba. Alargué el brazo hacia atrás y le cogí el miembro erecto.

Blake enseguida participó, se movió en mi mano hasta que su respiración se volvió irregular. Poco después cogió un condón de la mesilla, se lo puso y se colocó detrás de mí. Me incliné contra él y me penetró suavemente. Los dos respiramos temblando.

Blake me abrazaba por detrás e iba embistiéndome lentamente. Me encantaban los sonidos que emitía mientras tanto y me pregunté si llegaría a cansarme algún día de eso. Impaciente, hundí las uñas en su brazo, que rodeaba mi pecho, y me agarré con fuerza mientras él conservaba un ritmo atormentador.

—¿Tienes bien la rodilla? —susurré.

—Oh, Jude. —Succionó detrás de mi oreja—. Se me ocurren varias cosas que hacer con la rodilla.

—Ah, ¿sí?

—Mmm. —Me cogió entre los dientes el pabellón de la oreja, y yo intenté tomar aire cuando en ese mismo momento me embistió—. Puedo estar de pie perfectamente, podrías sentarte en una mesa o en la superficie de trabajo de la cocina. Por mí, también lo haríamos en el baño. Hay una ducha y un lavabo al que te puedes sujetar. Además…

Lo interrumpí con mis risas.

—Por lo visto has estado muy ocupado pensando en todo lo que puedes hacer conmigo.

Me besó el cuello con suavidad.

—He tenido mucho tiempo para imaginármelo con todo detalle.

Luego dejamos de hablar porque Blake ya había vuelto a deslizar la mano entre mis piernas y yo era incapaz de construir ninguna frase coherente mientras él nos llevaba a ambos al clímax. Hundí la cara en la almohada para no gritar demasiado fuerte.

Nos quedamos un rato los dos en la cama. Aunque no hacíamos nada más que reír y abrazarnos, fue una de las mañanas más bonitas de mi vida. Y cuando sonó el despertador de Blake para ir a rehabilitación, casi me dolía el cuerpo al levantarme.

—Podríamos ducharnos juntos —sugerí, pero Blake negó con la cabeza sonriendo.

—Mejor no. Llegaría muy tarde a rehabilitación.

—¿No te ves capaz de controlarte durante diez minutos y no ponerme ni un dedo encima? —quise averiguar mientras recogía mis cosas del suelo.

Blake me cogió de la muñeca y me atrajo hacia la cama. En sus ojos brillaba de nuevo algo y sentí un vuelco en mi interior.

—Nunca más podré dejar de tocarte. No, tras esta última noche —musitó y me dio un beso que enseguida se volvió más profundo.

Me aparté de él haciendo un esfuerzo. Cuando se dejó caer en la almohada con un suspiro, cogí mis cosas y me metí en el baño para ducharme.

Mientras el agua caliente resbalaba por mi cuerpo, la noche pasada se desplegó como una película ante mis ojos. Era una locura cómo las cosas habían cambiado desde mi llegada a Woodshill. Por primera vez desde hacía siglos

podía mirar hacia delante. Tenía a Blake a mi lado. Sam me había dicho que su agente se pondría en contacto conmigo. Y estaba pensando en serio en volver a dedicarme a actuar.

Sí, Blake y yo todavía teníamos que lidiar con lo que nos había pasado. Esos problemas no desaparecían simplemente porque estábamos juntos. Y mientras no contara la verdad a todos aquellos que significaban algo para mí, todo permanecería igual. Pero tal vez aprendería a manejarlo. Y a lo mejor algo sí cambiaría si conseguía hablar con Blake, Ezra y mis padres de lo que me agobiaba. A fin de cuentas, no podría animar a Blake a seguir luchando si yo misma era incapaz de hacerlo.

Acabé de ducharme y me vestí. A continuación bajé y preparé café para Blake y para mí. Luego volví a su habitación.

Blake estaba en la cama, tan guapo como lo había dejado un cuarto de hora antes. La luz matinal arrojaba pequeñas manchas de luz en la manta desordenada, el tórax desnudo y el cabello revuelto. Durante un rato sólo logré mirarlo, repasando mentalmente lo que habíamos compartido. Tras lo que me pareció una eternidad, logré separar la vista de él y acercarme. Coloqué el café sobre la mesilla y me senté al borde de la cama.

Entonces fue cuando se percató de mi presencia. Volvió la cabeza hacia mí y la sangre se me heló en las venas.

Sobre su cuello y las dos mejillas se habían extendido unas manchas rojas. Había arrugado el ceño y en sus ojos se reflejaba a un mismo tiempo incredulidad y una cólera incontenible.

—¿Qué diablos es esto? —me interpeló. Se interrumpió en medio de la frase. Me tendió el móvil.

En la pantalla se me veía a mí. Estaba desnuda de cintura para arriba y alrededor de las caderas tenía enrollada una manta. Un brazo me rodeaba y yo apretaba la cara contra un pecho desnudo. El pecho de Vincent Atkins, que sonreía a la cámara. Vincent Atkins había sido el productor de *Twisted Rose*. La imagen nos mostraba en una pose tan inequívoca que me produjo náuseas.

—¿De dónde has sacado esto? —chillé queriendo coger el móvil, pero Blake lo retiró antes de que yo lograra hacerme con él.

—Está *online* por todas partes. Y me la han enviado casi todos mis amigos —respondió él con voz temblorosa—, pero todavía hay más: «Atkins y Livingston tuvieron al principio de la serie un *affaire* que, supuestamente, acabó mal. ¿Amenazará esto la vuelta de la serie?».

El rostro de Blake era como de piedra. Se le marcaban los músculos de la mandíbula. Intenté de nuevo quitarle el móvil, pero él me agarró la muñeca y no me dejó.

—Esta foto… tiene un sello con la fecha —indicó Blake—. La hicieron en agosto. ¿Todavía estábamos juntos? —Negué con la cabeza y levanté las manos para explicárselo todo—. No… no me lo puedo creer —advirtió en un tono cansino.

—Fue después de que nos separásemos. No tuve ningún lío con él —contesté compungida.

—¡No me mientas! —gritó, y yo me estremecí.

Me miró con una expresión de asco y tan perturbada que tuve la sensación de que una mano se había cerrado en torno a mi corazón y lo apretaba con fuerza. Me dolía. Me dolía todo, sencillamente.

Blake negó con la cabeza. Volvió a mirar el móvil. Fue leyendo el artículo. Volvió a mover la cabeza.

—Así que por eso quisiste cortar. —Se rió de un modo tan frío y apagado que se me erizó el vello de la nuca—. Porque me engañaste con el condenado productor de la serie.

—No es verdad —musité.

—Entonces cuéntame qué es verdad, Jude —contestó con dureza—. Porque ya no sé qué tengo que creer.

—Quería hablar contigo de este tema.

Ni siquiera me entendía a mí misma, el nudo que tenía en la garganta había adquirido el tamaño de una pelota de tenis. Las lágrimas me escocían en los ojos.

—Pues habla.

Nada de su voz gélida me recordaba al hombre de la noche anterior. El que me acariciaba y me susurraba palabras de amor en el oído.

—Sé que te sientes engañado. Pero, por favor, no hagas que tenga la sensación de que estoy haciéndolo todo mal. Pensaba que estábamos de acuerdo…

Resopló con desdén.

—Esto no deja lugar a grandes dudas —me interrumpió alzando el móvil donde se veía mi imagen. Me ruboricé—. Así que explícamelo o lárgate de una puñetera vez de mi habitación.

Cerré las manos en puños.

—No tienes ni idea de todo por lo que he pasado, así que baja el listón.

—Al contrario. Creo que ahora tengo una imagen bien nítida de todo aquello por lo que tuviste que pasar.

Se me contrajo la espalda. Había creído que después de la noche anterior no habría nada que se interpusiera entre nosotros. Que juntos nos enfrentaríamos a nuestros problemas. Yo se lo habría explicado antes o después. Incluso ese mismo día. Pero me di cuenta de que no tenía ningún sentido. No, si él estaba tan alterado. No, si el colérico Blake de las primeras semanas en Woodshill había vuelto a sustituir al hombre a quien yo amaba. De este modo no llegaría hasta él.

—No puedo creer lo que acabas de decir —susurré.

Me miró. La rabia que había en sus ojos casi me derribó.

—Yo… —le temblaba la voz y tuvo que volver a empezar—. Yo no puedo pensar con claridad. Deberías irte antes de que diga algo de lo que después me arrepienta.

Las lágrimas me bañaban el rostro, pero eso no parecía interesarle. Retiró la vista y cogió el móvil, le dio vueltas, con los ojos fijos en la pantalla negra. Me percaté de que era demasiado tarde. Para nosotros y para lo que había vuelto a florecer entre nosotros. Algo se había roto irrevocablemente.

—Blake —murmuré desesperada. Todo lo que sentía por él se hallaba en esta palabra. Todo lo que nos unía. Todo lo que él me había dado y había enriquecido mi vida.

Me miró. Su mirada era dura, pero reconocí en ella el dolor que intentaba ocultar. Durante un largo rato sólo me miró. Pero el brillo que estos últimos días había aparecido en sus ojos se apagó lentamente hasta que no quedó más que frío. Justo como el día en que volví a aparecer en su vida.

—Márchate, Jude —farfulló.

En esa frase había algo definitivo. El dolor casi me impedía respirar, pero intenté dominarme. Me puse recta, giré sobre mis talones y obedecí sus deseos.

Me marché.

35

Ezra no estaba. Contemplé con la vista borrosa su habitación vacía y demasiado ordenada, y no sabía qué diablos tenía que hacer.

«Márchate, Jude.»

Di media vuelta y me metí en el cuarto de baño. Allí recogí todas las cosas que todavía estaban en el armario del lavabo y las metí en el neceser. Equipada con él, bajé a mi habitación. «A la habitación de invitados», me corregí mentalmente. La habitación nunca me había pertenecido.

Y pronto tendría que dejarla.

Sin tomarme la molestia de doblar mi ropa, la metí en la maleta y la bolsa de viaje. Luego me puse la chaqueta, me calcé sin anudar los cordones y dejé precipitadamente la casa.

Justo cuando salía por la puerta me encontré con Otis de frente.

—Jude —empezó a decir, y lo percibí enseguida por la forma en la que hablaba. Había algo alarmante en el tono que empleaba y, al mismo tiempo, empatía.

También había visto la foto.

Me pregunté si él, Cam y todos los demás daban por hecho que era una embustera. Sólo de pensar en ello la tierra se sacudía bajo mis pies. Me agarré con fuerza a la maleta.

Sin mirarlo, pasé junto a Otis.

—Que te vaya bien —murmuré alejándome.

No hizo ningún gesto de seguirme. Opinaba probablemente lo mismo que Blake. Yo había sido una decepción que ya no tenía nada que hacer allí.

Lágrimas ardientes rodaban por mis mejillas mientras cruzaba Woodshill con mi equipaje. No tenía ni la menor idea de adónde ir. Saqué el móvil del bolso, me ajusté la bolsa de viaje al hombro y abrí los contactos.

Ezra era el primero en la lista de favoritos. Con los pulgares temblorosos tecleé su nombre y cerré los ojos cuando me llevé el teléfono al oído.

Sonó. Una vez. Dos veces. Luego…

—¿Sí? —Se oyó en el otro extremo de la conexión.

—Ez. Yo… necesito tu ayuda.

Se oyó un crujido, como si se hubiese incorporado.

—¿Qué ha pasado?

—Yo… —no podía pronunciar palabra, de mi boca sólo salió un sollozo.

—¿Dónde estás? —preguntó alarmado.

Busqué el rótulo de la calle y le di la dirección.

—En diez minutos puedo estar en casa. ¿Quieres esperarme allí?

—¡No! —chillé—. No puedo volver.

Se hizo una pausa en la que Ezra parecía estar reflexionando sobre mis palabras.

—Espera un momento. —Tapó el micrófono de modo que su voz se oía velada. Luego volvió a hablar con normalidad—. Te envío una dirección. Está muy cerca. Ánimo, Panqueque, la cabeza bien alta. Saldremos de ésta.

No tuve oportunidad de decirle lo mucho que lo dudaba: Ezra ya había colgado. Unos segundos más tarde me envió los datos del lugar donde se encontraba. Movilicé mis últimas fuerzas y me puse en camino.

Un par de esquinas después, giré a la izquierda y entré en una calle con varias viviendas. Miré el plano y me dirigí hacia el punto que Ezra había marcado. Me detuve delante de un edificio con varios pisos. Antes de mirar en la placa de los timbres, oí el zumbido de la puerta. Tal vez Ezra me había visto llegar por la ventana. Subí dos pisos cargada con mi equipaje y descubrí a mi hermano en el marco de una de las puertas.

Cuando Ezra me vio, se acercó. Entre sus cejas se había formado una arruga de preocupación. Al aproximarse a mí, me cogió por los hombros y me escrutó por todos sitios, como si estuviera buscando alguna herida. Lamentablemente, todas eran internas. Pareció percatarse de ello, pues, cuando vio mis ojos llorosos, su expresión se suavizó. Acto seguido, me estrechó entre sus brazos.

Hundí el rostro en su pecho y todo el dolor que sentía se escapó de mi interior. Agarré con las manos su jersey y dejé correr las lágrimas.

—Chis, todo va bien. Todo va bien —susurraba en mi cabello.

Sólo conseguí negar con la cabeza.

—Nada va bien. Lo he destrozado todo. Todo, simplemente.

Estaba casi segura de que nunca me había abrazado así de fuerte. Pero ni siquiera el cariño que me transmitía podía mejorar lo ocurrido. Ni una pizca.

—Ven —dijo separándose de mí para cogerme la maleta. Luego me echó un brazo por encima y recorrimos unos pocos metros hasta la puerta por la que había salido. La abrió y carraspeó.

Me quedé plantada en medio del pasillo, mirando. Dicho con propiedad, me quedé mirando a la persona que estaba en el pasillo, apoyada en la pared, y que me observaba con preocupación.

—¿Scott? —apunté incrédula.

—Hola, Jude. —Se acercó a mí de una zancada y me rodeó entre sus brazos justo como había hecho antes Ezra. Luego me apretó contra sí, mientras mi cerebro sufría un cortocircuito temporal.

—Un momento —murmuré mirando alternativamente a mi hermano y a Scott.

Y de golpe acudieron a mi mente las palabras que Ezra había pronunciado la noche anterior y el modo en que había arremetido contra Scott. Pensé en lo que éste me había dicho sobre sus amores, y luego en lo que mi hermano me había contado del tipo que lo había calificado de pequeño consuelo y le había roto el corazón. Tardé unos segundos en encajar las piezas.

—¿Tú? —pregunté volviéndome a Scott—. ¿Tú le has roto el corazón a mi hermano?

—Pero he intentado poner remedio esta noche —contestó Scott compungido.

—Supongo que ya sabes que debería estrangularte ahora mismo, ¿no? —le amenacé.

—Ni te molestes. Me lo he ganado.

Me lo quedé mirando un rato y recordé la apatía con que removía su cóctel la noche anterior.

—No puedo creer que delante de mí te deshicieras en elogios hacia mi hermano. Es lamentable —acabé y me estremecí.

—Para ser sincero, todavía no sabía que era tu hermano. Me enteré en la fiesta que celebrasteis.

Ezra carraspeó. Ladeó la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Te deshiciste en elogios hacia mí?

—Pues claro que lo hice. —Los ojos de Scott brillaron.

—Y él también estaba encantado contigo —intervine, lo que me valió un codazo de Ezra.

—¿En serio? —preguntó Scott lanzando una mirada divertida a Ezra.

—Como si no lo supieras… —respondió.

En el rostro de Scott se dibujó una tímida sonrisa y por un momento me olvidé de mi propia historia. Ezra se aclaró la garganta e hizo un gesto con la barbilla en dirección a la sala contigua.

—Primero pasa aquí dentro, Panqueque.

Antes de que pudiera decir nada, Scott me cogió la bolsa de viaje y me condujo a la pequeña sala. Sobre la mesa había una botella de tequila y sobre el suelo un par de prendas de vestir que Scott recogió al momento y arrojó al dormitorio vecino. Con una sonrisa cohibida, me cogió del brazo y me llevó al sofá. Se sentó junto a mí, Ezra al otro lado.

—¿Te va bien que estemos aquí? —consultó vacilante Ezra.

Puesto que, en cualquier caso, no tenía idea de adónde ir y menos aún cómo tratar el tema, hice un gesto afirmativo con la cabeza. Luego señalé la mesa de la sala.

—¿Puedo tomar un poco de tequila?

En el mismo momento en que Scott respondía con un «claro», mi hermano contestaba a mi interrogante con un «no». Lo encontré tan divertido que se me escapó la risa. Aunque ésta pronto se convirtió en un sollozo sin que pudiera resistirme.

Sacudí la cabeza y me tapé la cara con las manos. Pero qué sentido tenía esconderme. Ninguno, lo sabía perfectamente. La foto rondaba *online* por toda la red, probablemente se habrían escrito un montón de artículos sobre ella. Y estaba convencida de que cuando volviera a coger el móvil y me conectara, me bombardearían miles de notificaciones.

Necesité un minuto para recuperarme mínimamente, luego me volví hacia Ezra mientras Scott me pasaba con delicadeza la mano por la espalda.

—Cuéntame qué ha sucedido —me pidió Ezra al cabo de un rato, ya que yo no hablaba—. ¿Ha hecho algo Blake? Dime una palabra y me voy a casa y acabo con él.

Le puse una mano en el brazo. Al oír el nombre de Blake, los ojos se me llenaron de lágrimas, pero volví a negar con la cabeza.

—No es culpa suya. No fui sincera con él. Ni contigo. Ni con nadie.

Al pronunciar esta última frase, miré a Scott. Su expresión era tan seria y, al mismo tiempo, tan cariñosa como la de mi hermano.

—¿Qué puedo hacer, Jude? —insistió—. Algo debe de haber que yo pueda hacer.

—Que nosotros podamos hacer —corrigió Scott.

No me lo merecía. No me merecía su amor y su cariño después de haber estado mintiendo todo el tiempo en Woodshill. Merecía perderlo todo. Al mismo tiempo, era consciente de que ésa era mi oportunidad de contar lo que me había ocurrido en Los Ángeles. La posibilidad, al menos, de sincerarme con ellos dos acerca de por qué había huido. Iba a abrirme, sin que nadie se adelantara y enseñara a Ezra la foto. Si es que los demás no se la habían enviado hacía ya tiempo.

—Tengo que contarte algo —susurré.

El rostro de Ezra no exteriorizó ningún sentimiento. Esperó hasta que reuní el valor para hablar y, mientras, fue frotándome la espalda en grandes y sosegadores círculos.

—Después de tu última visita a Los Ángeles, las cosas se pusieron difíciles. Había… había cortado con Blake. Después caí en un profundo agujero. Ya no podía pensar con claridad, la pifiaba en el plató y no conseguía hacer ninguna escena bien. Entonces Vincent acudió a mí.

—¿El productor? —preguntó Ezra frunciendo el ceño.

Asentí.

—Me consoló. Me apoyó. Me ayudó a aprenderme los textos y se ocupó de que pudiera superar lo suficientemente bien los días de rodaje. En un momento dado salimos a tomar una copa. —Ezra se puso en tensión—. Pese a que había sido uno de los peores días de rodaje de todos los tiempos, él me aseguró que lo hacía todo bien. Que a todo el mundo le ocurría algo así. Que tenía ante mí una carrera muy prometedora y que era una de las actrices con más talento que había conocido en mucho tiempo. Mientras yo pensaba sin cesar en si había cometido un error enorme con Blake, él aprobaba totalmente mi decisión. Afirmaba que había hecho lo correcto al acabar con la relación, que era una carga para mí. —El nudo que tenía en el cuello crecía y me dificultaba pronunciar las palabras—. Estaba ahí, ¿comprendes? Me apoyaba y me daba ánimos. Y yo estaba bebida y busqué… consuelo.

—¿Os fuisteis…? —quiso concretar con cautela Scott.

Asentí lentamente.

—Me apoyaba y fui tan ingenua que pensé que eso aliviaría mi dolor. Pero, por desgracia, ocurrió lo contrario. Después Vincent se presentaba cada día en el plató y estaba extremadamente desagradable. No dejaba de guiñarme el ojo y de hacer comentarios ambiguos. Cuando no le seguí la corriente, se volvió más ofensivo y un día me pidió que fuera con él después del rodaje; pero esta vez lo

rechacé. Entendía lo poco profesional que había sido involucrarme en esa historia. Y entonces… entonces no quiso aceptar un no.

En mi espalda, la mano de Ezra se tensó.

—¿Qué quieres decir? —indagó apretando los dientes.

—No pasó nada —lo calmé enseguida—. No… es eso. Pero empezó a amenazarme. Al acabar el rodaje me llamó a su despacho y me comunicó cómo iban a ir las cosas a partir de ese momento. Contó que yo lo había utilizado y que se vengaría. Al principio no entendí a qué se refería, pero luego fue más claro. —Tuve que toser y tomar aire para seguir hablando—. Me dijo que *Twisted Rose* sería el primer y último gran proyecto en el que yo participaría. Y que dejaría mi reputación por los suelos contando a todos sus contactos mi poca profesionalidad como actriz.

Los dedos de Ezra se hundieron casi dolorosamente en mi espalda. Acto seguido, se levantó de un salto y empezó a caminar arriba y abajo en la sala de estar de Scott.

—Estoy a punto de estallar.

—Eso no es todo —susurré afligida. Las lágrimas me escocían en los ojos. Las contuve con esfuerzo—. Recalcó… Recalcó su amenaza enseñándome las fotos que había hecho de nosotros aquella noche.

Ezra se detuvo de repente. Tenía la cara roja de cólera.

—¿Cómo? —preguntó afónico.

Recordé aquel momento. En el frío despacho con la alfombra marrón, los archivadores y Vincent, apoyado en el escritorio con una actitud casi de aburrimiento y con la pantalla del ordenador vuelta hacia mí. Allí se veían nuestros cuerpos desnudos y la sangre dejó de fluir por mi semblante.

«Ya me encargaré yo de que todo el mundo en Hollywood sepa quién eres en realidad, Jude Livingston. Y hasta dónde estás dispuesta a llegar cuando quieres algo», sus intrigantes palabras me resonaban en los oídos y me invadió su gélida frialdad. De golpe y con toda su fuerza. Tenía la sensación de no poder moverme ni un centímetro.

—Me amenazó con enseñar las fotos a todos sus contactos. Así se vengaba porque yo le había roto el corazón.

—¿Esperaba más de ti? —insistió Scott con la frente arrugada.

—Ni idea. Creo que más bien lo había herido en su orgullo. Le disgustó no salirse con la suya. —Me concentré para poder seguir contando el resto—. Pocas semanas después cancelaron *Twisted Rose*. Fue un golpe para todos nosotros,

pero al mismo tiempo yo me alegré porque así no tendría que seguir encontrándome con Vincent. A partir de ahí, todas las semanas acudía a algún *casting* y sólo recibía negativas. Mis ahorros iban disminuyendo. Pero entonces me aceptaron para el papel protagonista de una película, estaba bien pagado. No cabía en mí de alegría, hasta que mi agente me llamó y me comunicó que la compañía productora le había ofrecido de repente el papel a otra persona. Sonaba muy raro por teléfono, y cuando me convocó en la agencia, supe que algo no funcionaba en absoluto.

Scott me cogió la mano. Ezra había entrecruzado las manos detrás de la cabeza y me miraba a la espera. Los dos estaban en vilo.

«Ha llegado a nuestros oídos una noticia, Jude. No creemos que podamos proporcionarte otro papel más. Lamentablemente, tenemos que dar por terminada nuestra colaboración.»

—Vincent no sólo se encargó de que perdiera el papel. También incitó a mis agentes a que me dejaran en la estacada. De un día para otro —balbuceé—. Con ello se perdía cualquier posibilidad de tener trabajo. Y llegó el momento en que ya no pude permitirme pagar una vivienda. —Una vena se destacaba con claridad en el cuello de Ezra. Apretaba tan fuerte los dientes que podía oír un leve chirrido—. Mientras recogía mis trastos, me cayó en las manos un antiguo diario. Leí aquello en lo que había soñado y me acordé de nuevo de por qué había ido a Los Ángeles. Sólo que ya no quedaba nada de ello en mí. No había ni una chispa de valentía o de alegría. —Tragué saliva—. Siempre se dice que Los Ángeles o te destroza o la sobrevives y, convertida en una persona más fuerte, te pones por encima de toda la mierda que hay ahí. Yo pertenezco al primer grupo. Lo único que conseguí fue recoger mis cosas y venir aquí.

El silencio se extendió en la sala de estar de Scott. Durante unos minutos, nadie habló hasta que yo volví a carraspear.

—Una de las fotos en las que aparezco con Vincent ha empezado a circular esta noche por la red —declaré temerosa.

—¿Y eso? —articuló Ezra sin mirarme. En su lugar parecía estar observando un agujero de la pared.

—¿Cómo que «y eso»? —le contesté desconcertada secándome los ojos.

—¿Cómo es que las imágenes aparecen precisamente ahora? Tiene que haber una razón.

Scott se rascó la barbilla pensativo.

—Sí la hay. —Ezra y yo lo miramos inquisitivos—. Reflexionad un poco. La

campaña de los fans ha sobrepasado de lejos el objetivo de financiación. La acción ha despertado un gran interés entre los medios. Estoy bastante seguro de que la serie no tardará en comprarse. Y después de la historia que nos has contado —Scott me apretó la mano—, puedo imaginarme que ese tipo quiere cerrarte cualquier camino. Pero, al mismo tiempo, creo que también sabe que con esta forma de proceder ha echado por los suelos su propia reputación. Los creadores de *Twisted Rose* dependen de ti, Jude. Tú tenías el papel protagonista. Sin ti y sin Sam, la serie no se hará.

—¿Piensas que ha facilitado las imágenes a la prensa para evitar que la serie se emita de nuevo? —quiso aclarar Ezra cruzándose de brazos.

—Pienso que ese tipo hará todo lo posible por evitar que Jude vuelva a poner un pie en Los Ángeles.

—Pero Vincent debería saber que ya hace tiempo que ha conseguido su objetivo: estoy en la ruina. Por su culpa mi agencia rompió el contrato y nunca más me han dado un papel.

—¿Has pensado en participar en la continuación de la serie? —preguntó Scott.

Me encogí de hombros.

—En realidad, no, hasta… —Cogí aire—. Hace poco hablé por teléfono con Sam. Se ofreció a ponerme en contacto con su agente después de que le contara lo mal que me había ido al acabar la serie.

—Me apuesto lo que sea a que Vincent se ha enterado —señaló Scott.

Estaba sentada a su lado como aturdida y los acontecimientos de esa mañana se sucedían en mi mente. Como si Ezra hubiera notado lo que me ocurría, cruzó la sala y se sentó de nuevo en el sofá.

—Panqueque —dijo. Y ese maldito apodo consiguió que descendiera un poco el nivel de aturdimiento de mis extremidades.

—Blake ha visto la foto —susurré—. La ha visto y, por la fecha, ha supuesto que lo había engañado.

Sólo pude mover la cabeza porque me puse a llorar de nuevo. Me sequé incómoda los ojos.

—Si he entendido bien, te metiste en ese asunto porque buscabas consuelo después de haberlo dejado con Blake —resumió despacio Scott.

—Sí.

—Pues bien, explícaselo así.

Negué vehementemente con la cabeza.

—Deberías haberlo visto. Estaba indignado. Y cómo me miraba…

No lo mencioné, pero parecía como si Blake ya nunca más quisiera saber nada de mí.

«Márchate. Márchate, Jude.»

—Qué más da cómo te ha mirado. Blake no tiene ni la más remota idea de lo que te ha sucedido. Y no tiene ningún derecho a echarte —gruñó Ezra mirando mi maleta y la bolsa de viaje que estaban en el pasillo. Luego se volvió hacia mí con expresión grave—. Lo que a mí ahora me interesa es que te tomes una cosa en serio, ¿de acuerdo? Sólo porque te haya pasado esto y ese gilipollas te esté poniendo palos en la rueda no significa que seas una perdedora, Jude. Nada de lo que te ha ocurrido es motivo para que mamá, papá o yo te queramos menos. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Aunque estaba convencida de que ya no me quedaban lágrimas, éstas volvieron a rodarme por las mejillas al escuchar esas palabras saliendo de su boca. No podía creer que de verdad las hubiera pronunciado. Cuando llegué a Woodshill lo había hecho todo para fingir que las cosas me iban bien. No había querido contarle a nadie mis experiencias en Los Ángeles porque me avergonzaba de mi idiotez e ingenuidad. Pero cuando Ezra se inclinó y me rodeó con sus brazos, para mis adentros di la bienvenida a sus palabras.

—Gracias —susurré, aunque no me parecía suficiente.

—Te lo iré repitiendo hasta que te lo creas.

—Yo también os quiero mucho. Pero no sé si ayuda —intervino Scott.

Sonreí.

—Claro que sí, Scott. —Me sequé las lágrimas de las mejillas. La piel de la cara me tiraba y me ardía la nariz.

Scott me tendió un pañuelo y me soné ruidosamente.

—Ahora no sé qué tengo que hacer —musité al cabo de un rato. Dejé las manos colgando entre las piernas y estrujé el pañuelo con los dedos.

—Puedes quedarte aquí —me ofreció Scott mirándonos inquisitivo a Ezra y a mí alternativamente.

—No debería marcharse de nuestra casa. —Ezra parecía furioso, su voz había mutado en un gruñido.

—Lo sé. Pero posiblemente es mejor que se quede aquí mientras la relación con Blake sea demasiado tensa. Creo que ahora Jude necesita más a alguien que la cuide que a alguien que le haga reproches.

Volví a pensar en Blake. En la dureza de sus palabras y en el odio de sus

ojos. Sabía que había que calmar los ánimos antes de intentar conversar con él. Pero ¿cómo hacerlo si la foto estaba por todos sitios y seguramente continuaba divulgándose?

Había vivido todo ese tiempo con el miedo a que alguien se enterase. Me había planteado qué pensaría la gente de mí. Había encajado el fracaso en Los Ángeles porque había creído que aquí nunca me tendría que enfrentar a él. Y sin embargo había llegado así de lejos. Aunque lo único que yo había hecho había sido esconderme.

Había dado completamente igual que me marchase. Eso a Vincent no le había interesado lo más mínimo. Como tampoco se había interesado por ningún asunto referido a mí o a *Twisted Rose*. Al pensar en la posibilidad de que ahora mis fans me odiasen, me invadía el desasosiego. Me agarré a la mano de Scott y sentí que las lágrimas volvían a asomar a mis ojos.

—Tú te quedas aquí —declaró mi amigo con determinación, y me apretó contra su hombro—. Hasta que decidamos qué vamos a hacer a partir de ahora.

Gemí e intenté aferrarme a sus palabras y a las de Ezra. Quería aferrarme a ellas con todas las fuerzas que todavía me quedaban… pero, por desgracia, no lo conseguía.

36

Me despertó un zumbido. Pestañeé. Por un instante, me quedé desorientada porque la luz no procedía de la parte derecha de la habitación, como era habitual, sino de la izquierda. Además, no reconocía los muebles y la cama en la que estaba tendida olía de otro modo. Más acre. Precisé de un par de segundos para recordar todos los acontecimientos del día anterior.

Estaba en casa de Scott. Porque Blake me había echado. A causa de la foto que se había hecho pública de Vincent conmigo.

Después de que el día pasara insoportablemente despacio, Ezra y Scott me habían convencido para que me acostara. Pero más que dormir había dado vueltas y más vueltas en la cama, y ahora estaba hecha polvo. El apagado martilleo de mi cabeza se mezcló con el zumbido del móvil en la mesilla. Sentía el brazo entumecido y pesado cuando lo alargué para coger el aparato y pulsé el botón para responder.

—¿Hola? —Estaba afónica. Seguro que se me notaba lo mucho que había llorado.

—¿Jude Livingston? —resonó en el otro extremo una voz femenina.

—¿Con quién hablo? —respondí frotándome los ojos con la mano libre. Qué hora debía de ser…

—Soy Isabella Prince. La agente de Sam Ryan. —Me levanté de golpe. Durante unos segundos, vi flotar unas estrellas ante los ojos—. Sé que tal vez no es el mejor momento, pero ya hacía tiempo que quería llamarte.

Estaba hecha un lío. Aunque en un principio me había entusiasmado y me había alegrado de que Sam me pusiera en contacto con su agente, ahora no tenía ni idea de qué decirle. Tenía la mente confusa. En ella se alternaban Blake, el dolor en su rostro y las imágenes de Vincent conmigo en la red, todos mezclados con las frías palabras que Blake había pronunciado. No me encontraba en situación de mantener una conversación profesional.

—Gracias por llamarme, señorita Prince. Pero creo… Creo que este asunto ya está resuelto —declaré débilmente; al igual que mi cuerpo, mi voz también había perdido fuerza.

—Entiendo que pienses así, pero me gustaría explicarte las razones por las que me parece que se da el caso contrario. Yo creo en *Twisted Rose* y también creo en ti, Jude. Por eso me encantaría poder hablar personalmente contigo. Si estás abierta a mi propuesta, correré con los costes de tu viaje a Los Ángeles.

Cerré los ojos porque tras ellos asomaba ese peligroso escozor. Luego busqué las palabras adecuadas y arañé la poca energía que me quedaba.

—Me alegro de verdad por su invitación. Pero por el momento lo veo difícil. No puedo ir a Los Ángeles.

Pude oír al otro lado que Isabella Prince inspiraba hondo.

—Es una pena, pero puedo entenderlo. Tal sólo me gustaría insistir en que me encantaría colaborar contigo. Si no te importa, te envío mis datos. Si te lo vuelves a pensar, llámame cuando quieras.

—De acuerdo —musité.

—Muy bien. Hasta pronto, espero. Ah, y muchos saludos de Sam.

—Igualmente. Hasta la próxima.

Me controlé para colgar. En realidad habría arrojado el móvil al otro extremo de la habitación, pero me quedé sentada mirando la pantalla. Al caos que se había instalado en mi cabeza, se sumaba ahora la agente de Sam y la idea de qué pasaría si volvía a Los Ángeles.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación y apareció la cara de Scott. Cuando me vio sentada en la cama, sonrió con prudencia.

—Hola, te he oído hablar. ¿Tienes ganas de desayunar?

Asentí, aunque no tenía hambre. La compañía de Scott era como un bálsamo para mi alma y quedarme sola en ese momento no me haría ningún bien. Así que me levanté y crucé la habitación.

—Voy a asearme un poco —murmuré al llegar a la puerta del baño; Scott asintió y se metió en la sala de estar.

Ignoraba si Ezra todavía seguía allí. Cuando el día anterior le comuniqué que podía marcharse tranquilo a casa, me había mirado con las cejas arqueadas y cruzado los brazos delante del pecho.

Entré en el baño y me cepillé los dientes con el cepillo que me había dado Scott. Luego me lavé la cara con agua fría y me miré en el espejo. Me veía tal como me sentía: como una maldita zombi. Además, echaba de menos el baño de

la casa comunitaria. Echaba de menos el perfume del gel de ducha de Blake, el insoportable buen humor de Otis por la mañana. Joder, incluso añoraba las excusas de Cam para no vaciar el lavaplatos.

«Márchate, Jude», resonó en mi cabeza el eco del imperativo de Blake.

Había hecho lo que debía. Me había marchado. Igual que entonces.

Por lo visto, Blake y yo estábamos destinados a llevar vidas separadas. Seguro que era mejor así.

Resoplé al pensarlo. Tenía totalmente claro lo que estaba haciendo. Intenté serenar de algún modo mi maltratado corazón y convencerme a mí misma. Sin embargo, en lo más profundo de mi ser sabía que no era lo correcto. Blake me pertenecía, igual que yo le pertenecía a él. Estar de nuevo a su lado sólo me había mostrado que para mí nunca existiría nadie más. Pero cuando el día anterior vi la cara de Blake, comprendí que él no opinaba lo mismo.

Llegué arrastrando los pies a la sala y vi a Scott y Ezra sentados a la mesita. En el sitio que quedaba libre había un cuenco con una papilla de avena humeante y me instalé allí. Indecisa, me llevé una cucharada a la boca. Scott le había puesto sirope, como a mí me gustaba. Lo miré agradecida.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Ezra sirviéndome zumo de naranja.

—Con la agente de Sam. Ya hace tiempo que quería contactar conmigo —contesté haciendo una mueca.

—¿Y? —inquirió Scott.

No pude ignorar cierto entusiasmo en su voz. Hice un gesto de indiferencia.

—Nada. Le he dicho que en este momento no lo veía adecuado. Ya ves todo el follón que he montado.

Ezra y Scott se miraron. Luego Scott carraspeó.

—¿No crees que volver sería una posibilidad para poder aclararlo todo? Seguro que tiene contactos.

Se me encogió el corazón. Negué efusivamente con la cabeza.

—Precisamente es eso lo que no puedo hacer ahora. Tengo demasiadas cosas pendientes.

Scott apretó los labios y asintió despacio.

—Lo siento. No quería…

Hice un gesto de rechazo.

—No pasa nada. Creo que tengo que decidir cuál es el primer paso que debo dar. Creo que tengo que hablar de una vez por todas con mamá y papá, y explicarles lo que pasó. Antes de que lean la prensa amarilla.

Scott y Ezra cruzaron de nuevo una mirada. Esta vez casi me pareció un poco llamativo. Los miré a uno y a otro, curiosa.

—Está bien que empieces por ahí —indicó Ezra despacio, y se aclaró la garganta. Cuando me volvió a mirar enseguida distinguí en su cara la expresión de culpabilidad.

Lo señalé con la cuchara.

—¿Qué has hecho?

—Resulta que mamá me llamó ayer por la noche.

Cerré los ojos.

—Y me preguntó si sabía algo de ti. Una amiga le había enviado el artículo. No supe muy bien qué hacer.

Se me formó un nudo enorme en la garganta.

Mierda. Mierda, mierda, ¡mierda! Mis padres no deberían haberse enterado de esa manera.

—¿Qué le dijiste? —musité.

Ezra apoyó los brazos en la mesa.

—Le dije que no leyera nada hasta que no hablaras con ellos.

De repente tuve la sensación de que iba a vomitar la papilla de un momento a otro, me apreté el vientre con la mano. Al mismo tiempo sabía que debía una explicación a mis padres. Para ser más precisa, ya llevaba mucho retraso. El sentimiento de culpabilidad me había abrumado cuando había ido a casa para celebrar el cumpleaños de mamá. Pero luego la felicidad de estar con Blake lo había relegado todo a un segundo plano.

Odiaba haber mentido durante tanto tiempo a mis padres. Y si era sincera conmigo misma, sabía que ahora los necesitaba. Había tocado fondo y no podría salir sin ayuda. Ezra tenía razón: tenía que hablar con mis padres.

—Los llamaré.

Ezra asintió pausadamente.

—Lo encuentro bien. Y no le des tantas vueltas a la cabeza, Panqueque. Simplemente se preocupan por ti.

Asentí y dejé la cuchara a un lado. Ahora seguro que no podría tragar bocado.

Me senté en el sofá de Scott. Se había ido a sus clases después de que le asegurase dos o tres veces que podía dejarme sola sin tener mala conciencia.

Ezra ya se había ido a entrenar hacía dos horas, aunque estaba tan poco entusiasmado como Scott ante la perspectiva de dejarme sola. Por mucho que me conmoviera que ambos se ocuparan de mí, necesitaba tranquilidad si quería hablar con mamá y papá.

Desbloqueé el móvil. Tenía los dedos fríos de la emoción y notaba que el corazón me golpeaba las costillas. Doblé las rodillas mientras abría la carpeta de mis favoritos y detuve el pulgar sobre el nombre de mamá.

Había estado tanto tiempo distanciándome de mamá y papá que no sabía cómo empezar. Entendía lo mal que lo había hecho todo y tenía miedo. Temía que se enfadaran y colgaran. Que ya no volvieran a mirarme con los mismos ojos. Y que hubiera echado a perder para siempre la posibilidad de que se enorgullecieran de mí.

Conecté el vídeo con dedos temblorosos. Mientras sonaba tenuemente la llamada y aparecía mi cara en la parte superior de la derecha, recordé cómo mamá, papá, Ezra y yo manteníamos conversaciones de ese modo poco después de que nos hubiésemos mudado. Recordé cómo les había enseñado mi habitación de Los Ángeles y ellos lo habían contemplado todo con curiosidad y planteado preguntas. Recordé con qué orgullo me sonreían.

—¿Jude?

La voz de mi madre resonó por el altavoz del móvil. Poco más tarde apareció su cara pixelada en la pantalla. Se giró ligeramente para que pudiera ver también a papá a su lado.

—Hola a los dos.

Tenía la voz velada por las emociones que me invadían. Me sentí como antes, como cuando tenía que exponer un trabajo en la escuela a pesar de tener fiebre alta: inquieta, temblorosa, caliente y fría a la vez.

—Hola, cielo.

Esa calidez y la sonrisa que me dirigió rompieron todas las barreras que había levantado en mi interior. Bajé el móvil a toda prisa porque no quería que me viesen llorar, pero no podía remediarlo. Me sequé los ojos antes de que las lágrimas me resbalaran por las mejillas con la esperanza de que no se dieran cuenta.

—Cuéntanos —me animó papá a media voz, pero con urgencia.

Levanté de nuevo el móvil frente a mi cara, tomé una profunda bocanada de aire y la exhalé sonoramente. Luego me rodeé las rodillas con el brazo que tenía libre y las apreté contra mi cuerpo.

—La he pifiado.

Mamá lanzó a papá una mirada llena de preocupación. Entretanto, la imagen se había aclarado y sus caras se distinguían nítidas en la pantalla.

—Puedes contárnoslo todo, cariño. Siempre —insistió mamá.

Hice acopio de todo el valor que me quedaba y hundí los dedos en mi pierna esperando que ese ligero dolor me ayudara a centrar mis pensamientos. Por desgracia no llegó a funcionar. Todos mis sentimientos de culpabilidad salieron a la superficie y estallaron en un alud de palabras.

—Las cosas no fueron tan bien en Los Ángeles como os quería hacer creer. Después de *Twisted Rose* dejaron de darme papeles y mi agencia me despachó. Como ya no tenía más dinero, me vine a Woodshill, a casa de Ezra. Quería ahorrar lo suficiente para devolveros el dinero. Me sabe muy mal haberos decepcionado tanto y yo…

—Un momento —me interrumpió mamá—. ¿Estás en Woodshill?

—Desde hace un par de meses, sí.

—¿Desde hace un par de meses? —El móvil se tambaleó en su mano, pero distinguí lo seria que se había puesto de golpe. En su frente se habían formado unas arrugas de enojo.

—Deja que Jude se explique —intervino papá, tranquilizador, pero no se me escapó su cara de aflicción.

Mamá inhaló hondo y cuando volvió a hablar se esforzó por dominarse.

—De acuerdo. Explícanoslo, por favor. Despacio. Para que podamos entenderlo.

Tragué con dificultad y me sequé las mejillas con la manga.

—Yo… me gasté vuestros ahorros.

—Eso ya lo hemos entendido —dijo mamá con calma—. Pero el resto del resumen no.

—Lo siento —susurré otra vez mientras intentaba controlar el temblor que me sacudía todo el cuerpo.

Entonces me levanté, me senté en el suelo delante del sofá y apoyé el móvil contra la gran vela que había en medio de la mesita. Apoyé la espalda y miré a mamá y papá con la misma gravedad con que ellos me miraban a mí. Y aunque el corazón me latía desbocado y los pensamientos se me agolpaban en la cabeza, me sobrepuse. De nuevo tomé una profunda bocanada de aire.

Y entonces se lo conté todo.

Todo lo que había pasado después de que cancelaran *Twisted Rose*.

Todo lo que les había callado durante meses.

Todo lo que me desgarraba por dentro.

Les hablé de ese periodo que me había dejado destrozada. Les conté que había estado totalmente desesperada. Cómo me había sentido. Que Vincent me había amenazado. Cómo había metido precipitadamente todas mis cosas en la maleta y me había escapado a Woodshill en lugar de ir a su casa porque no quería decepcionarlos. Y no me detuve en esto. Les hablé de Woodshill y de que había intentado reunir dinero para devolvérselo. Les conté que, aunque había querido pasar página, en el último momento ese tormento había vuelto para acosarme de nuevo.

Con cada palabra que pronunciaba la cara de mis padres se iba ensombreciendo más y más. Y cuando hube acabado se extendió el silencio entre nosotros. Sólo se oía el ligero murmullo de la conexión.

Papá se pasó las manos por la cara. Mamá había bajado la vista. Yo no sabía qué estaba mirando, pero era como si ya no pudiera mirarme a los ojos.

Algo en mí se encogió dolorosamente hasta que tuve la sensación de que mis entrañas harían lo mismo y mi cuerpo se iría reduciendo hasta hacer de mí un ser diminuto. Sentía tanto dolor que no podía ni respirar. Entendí que no sólo había perdido a Blake. Estaba a punto de perder también a mis padres. Siempre había sido consciente de que eso podía pasar. Aun así, no estaba preparada para el dolor que me invadía en ese momento.

Pasaron unos minutos hasta que oí a mi padre carraspear. Tenía todo el pelo revuelto porque se había pasado enérgicamente la mano por él.

—Ay, Jude… —murmuró moviendo la cabeza.

—Lo siento tanto… —repetí balbuceante. Tenía la impresión de que lo decía con demasiada frecuencia, pero no lograba remediarlo. Los había engañado una y otra vez. Y ahora que por fin se lo había explicado todo, no podía parar de disculparme.

—Estoy tan enfadada contigo… —soltó de repente mamá clavándome una puñalada en el corazón. Quería mirar hacia otro lado, pero no podía. Me observaba con tal intensidad que me obligaba a aguantarle la mirada—. Estoy enfadada contigo porque no has confiado en nosotros. Y porque nos has mentido.

—No lo entiendo —confesó papá, y movió la cabeza—. ¿Te hemos hecho pensar en algún momento que no estamos aquí para ayudarte? ¿Qué clase de padres consideras que somos como para no confiar en venir a casa en una

situación como ésa? —Estaba afónico. Había en sus ojos tal desilusión que me llegó hasta la médula.

Se me formó un nudo enorme en la garganta y me ardían las mejillas. Sobre todo de vergüenza.

—Toda vuestra vida habéis estado a mi lado para ayudarme y habéis luchado conmigo para que mi sueño se hiciera realidad. Estabais tan increíblemente orgullosos de mí… Yo… yo simplemente tenía miedo de haberlo echado todo por los suelos con mi fracaso. Después de que hubierais hecho todo lo posible para que empezara mi carrera en Los Ángeles, no quería ser una carga para vosotros.

Papá volvió a mover la cabeza. Luego le cogió a mamá el móvil de la mano y su rostro llenó de golpe toda la pantalla.

—Así no funciona una familia, Jude —expresó con vehemencia—. ¿Qué te has creído? ¿Que te hemos ayudado, querido y apoyado en lo posible durante diecinueve años sólo para dejar de hacerlo en un instante para siempre? ¿De verdad es eso lo que te has creído?

Mi corazón latía enloquecido. Me sequé de nuevo los ojos. Abrí la boca para decir algo, pero volví a cerrarla. Finalmente hice un gesto de impotencia.

—Yo… yo no sé.

—¿Te hemos dado alguna vez la impresión de que no íbamos a hacer todo lo que estuviera en nuestras manos? ¿O de que no estuviéramos dispuestos a satisfacer todos tus deseos? —insistió mamá. Tiraba del brazo de papá para poder estar los dos a la vista en la pantalla. Parecía como si ella fuera a echarse la culpa por la decisión equivocada que yo había tomado.

—No —respondí—. Es más complicado. Pensaba que tenía que conseguirlo yo sola. Y sabía lo duro que sería. En mi interior me sentía preparada para hacerlo. Y entonces… —Moví la cabeza—. No quería decepcionaros y pensé que si me las apañaba todo iría bien. Pero ahora que lo estoy diciendo no me parece tan razonable —admití.

Mis padres guardaron silencio un rato.

—Pues sí, fue una verdadera estupidez —concluyó mi madre. Hice una mueca de disgusto—. Pase lo que pase, siempre te apoyaremos. Da igual lo que hagas, nunca nos vas a decepcionar tanto como para que no queramos que formes parte de nuestra vida. Lo que has pensado me llena de tristeza.

Sentí el cosquilleo de unas lágrimas en los ojos. Sus palabras me dolían más que si me hubiese reñido. Al mismo tiempo, ese dolor tenía algo de liberador. Mi

pecho contraído se iba relajando poco a poco y también el peso que llevaba en los hombros era ahora más liviano… sencillamente porque ya no tenía más secretos para mis padres. Porque por fin les había revelado la verdad. Sin embargo, todavía me sentía retenida en ese eterno y profundo agujero, aunque al menos ya no estaba sola. Scott y Ezra me habían demostrado que a ellos les daba igual lo que hubiese ocurrido. Y mamá y papá estaban decepcionados, pero sus palabras me hacían bien. Me apoyaban. Sin importar lo que hubiese ocurrido.

—Lo siento mucho —confesé con un tenue sollozo.

—Eso lo hemos entendido, cielo. No tienes que disculparte trescientas veces —contestó mamá con dulzura.

—Pero quiero hacerlo.

Papa resopló.

—Mejor estudiamos cómo podemos solucionar ese embrollo con Vincent Atkins. Voy a llamar inmediatamente a Jeff.

Jeff era el abogado de mis padres.

—¿De verdad opinas que tiene sentido, papá? —le consulté.

—¡Claro que tiene sentido! —exclamó mi madre con vehemencia—. A mí me resulta totalmente indiferente que ese hombre sea un mandamás en Los Ángeles: nadie tiene derecho a amenazar a mi hija. Nadie en absoluto. —Sus mejillas se habían enrojecido de cólera. Había pensado que estaba enfadada conmigo, pero en realidad dirigía su furia a Vincent.

—Y ya que estamos en ello, podemos llamar al mismo tiempo a la agente que ha contactado contigo. ¿Cómo se llama? —preguntó papá sacando un lápiz del bolsillo de la camisa.

Estaba conmovida. Aunque les había contado a mis padres toda la verdad sobre mi fracaso, su comportamiento conmigo no había cambiado. No me miraban como si yo fuera lo peor que les hubiese pasado en la vida. En vez de eso, estaban deseando pasar a la acción. No me habían abandonado, ni tampoco a la lucha que librábamos desde que yo había anunciado que quería ser actriz. Algo en mí se removió al ver la determinación de sus caras. El núcleo de lo que ya entonces había en mí y que durante los últimos meses se había marchitado volvía a florecer con una fuerza que me dejaba atónita. Ya cuando vi con Blake el episodio de *Twisted Rose*, el sueño volvió a germinar en mi interior. Justo como al hablar por teléfono con Sam. Y con la obra de teatro de la galería.

—No has de llamarla, papá —dije compungida.

Mis padres me observaron con atención. Pensé en el caos que desde el día

anterior había revolucionado mi vida. Era demasiado y me resultaba tremendamente difícil manejarlo. Pero, a pesar de eso, mi corazón empezó a latir en ese segundo un poquito más deprisa al pensar en hablar con Isabella Prince. Porque mis padres todavía creían en mí y estaban allí para apoyarme. Porque ellos no se rendían sin luchar, sino que estaban a mi lado aunque yo había pensado que iba a perderlos para siempre por ese asunto.

Con los ojos anegados en lágrimas, me aclaré la voz.

—No necesitas hacerlo porque yo misma me encargaré de ello.

Aunque todavía parecía muy preocupada, mi madre sonrió.

—Muy bien. Ahora nos pondremos en contacto con Jeff y veremos qué se puede hacer en relación con las fotos. Tú puedes consultar a la agente qué posibilidades considera ella que hay para que se retiren las imágenes de la red. A lo mejor ya tiene experiencia en situaciones similares. Seguro que no eres la primera actriz que se encuentra en esas circunstancias.

Asentí. Se me puso la piel de gallina en los brazos.

—Tengo miedo, mamá —susurré.

—Lo sé. Pero ya encontraremos una salida. Siempre encontraremos una salida. Juntos. —Sus palabras estaban impregnadas de mucha más fuerza que unos minutos antes. En su rostro había una decisión inquebrantable.

Yo sólo fui capaz de asentir.

—No quiero que pienses nunca más que no puedes acudir a nosotros —añadió papá con seriedad. De nuevo se disponía a acercar el teléfono a su cara, pero esta vez mi madre lo detuvo. Papá la miró de reojo y dio un leve suspiro—. Siempre te apoyaremos. En cualquier situación. Sea cual sea. Me gustaría que lo entendieras.

—Prometido —dije con toda mi alma.

Sabía que la red era un infierno y que seguramente habría miles de personas hablando de mí. Tenía el corazón roto y todavía me sentía invadida por el pánico, pero al mismo tiempo me notaba más liberada que nunca en esa situación. Porque por primera vez desde hacía mucho ya no tenía la sensación de tener que esconderme. Las cartas estaban sobre la mesa, boca arriba. Ahora tenía que decidirme y pasar a la acción. Pese a que me dolía todo, estaba lista para dar un paso adelante. Sin importar cuánto me costara.

37

Pocos meses antes, había esperado allí quieta y me había sentido herida cuando Blake había abierto la puerta y acto seguido la había vuelto a cerrar. Ahora me encontraba justo en el mismo sitio. Aunque ya hacía tiempo que había pasado el invierno y habían sucedido muchas cosas, sentía el mismo vacío en el estómago. Pero al menos Ezra estaba a mi lado y no tenía que aguantarlo sola.

—Todo saldrá bien —anunció.

Asentí cuando sacó la llave y abrió la puerta. Me resultó extraño entrar en la casa. El olor que me llegó resultaba tan familiar que se me encogió el corazón con dolor.

Había ido para hablar con Blake y también para recoger el resto de mis cosas. Con las prisas por marcharme, tres días atrás, había olvidado todos mis documentos en el cajón del escritorio, entre ellos el pasaporte, que necesitaba para volar a Los Ángeles. Esa tarde había quedado con Isabella Prince en un café para hablar de cuáles serían los siguientes pasos que dar. Mamá y papá habían querido acompañarme, pero yo había conseguido convencerlos de que no lo hicieran. En su lugar, habían enviado a Isabella la lista de interrogantes más larga de todos los tiempos que habían confeccionado mis padres y que ella había contestado solícitamente. Pero yo tenía que acudir sola a nuestra cita. Sí, estaban a mi lado y nos telefoneábamos cada día, pero tenía que enfrentarme sola a mi miedo a Los Ángeles y a lo que allí había sucedido. Intenté asumir la responsabilidad y no huir de todo. Incluso si todavía no me había atrevido a echar un vistazo en la red, simplemente porque me daba pánico, estaba preparada para encontrarme con Isabella. Eso significaba que había tomado seriamente en consideración mi vuelta al cine. Una idea que me producía al mismo tiempo miedo y euforia.

—Voy un momento a buscar la bolsa de deporte —advirtió Ezra señalando la escalera.

—De acuerdo. Hasta ahora.

Después de que él hubiera subido al piso superior, me concentré un par de segundos y recorrí el pasillo hasta la habitación de invitados. Giré el pomo de la puerta y entré en la habitación. Pero, tras dar un único paso, me detuve de golpe, sin respirar.

Blake estaba sentado junto al escritorio. Cuando me miró, se me encogió el corazón. Se me secó la boca. Estaba preparada para verlo, pero había supuesto que lo encontraría en su habitación. No en la mía.

Me llamó la atención, al contemplarlo todo más detenidamente, que la cama estaba sin hacer, como si alguien hubiese dormido en ella. Del respaldo de la silla colgaba una de sus sudaderas y todo el escritorio estaba lleno de cosas suyas. Por lo visto se había instalado allí. Sólo de pensarlo, me dio un vuelco el corazón.

—Hola —saludé con voz apagada.

No me respondió, sino que me repasó de arriba abajo. Sus ojos brillaban. Cuando me miró con esos ojos coléricos que ya me eran tan familiares como su sonrisa, algo se me encogió por dentro y mi valor se desvaneció. Yo quería hablar con él. Explicárselo todo para mantener mi promesa, no dejarlo o desaparecer otra vez sin haberlo intentado todo. Pero, por lo visto, él lo sentía de otro modo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Apreté los dientes. Lo miré justo del mismo modo en que él me miraba a mí. No entendía cómo había podido desplegarse entre nosotros ese opresivo fatalismo. Y eso sólo por una estúpida foto, de la que Blake desconocía las circunstancias en que se había tomado. Justo eso era lo que siempre me había dado miedo. Esa sensación de no poder estar a su altura; hiciera lo que hiciese, había hecho muy difícil el reencuentro. También ahora nos dividía. Y yo odiaba cada segundo que pasaba en esa situación.

—Blake… —dije dando un paso hacia él.

Él se retiró con la silla y movió la cabeza.

—No.

Me recorrió un escalofrío. Me recordé exasperada por qué estaba allí. Quería recoger el resto de mis cosas y enfrentarme a lo que me esperaba en Los Ángeles. Y deseaba poner punto final. Por él y por mí.

—Quería volver a hablar contigo. Por lo de la foto.

—Pero yo no quiero hablar.

Cerró el libro que estaba sobre el escritorio y en el que acababa de marcar

algo, y se levantó. Cuando pasó por mi lado, lo cogí espontáneamente del brazo.

Primero me miró a mí, luego mi mano.

Tenía la piel tibia, casi caliente. Literalmente me quemaba. Me volví hacia él para mirarlo de frente. Y aunque en ese momento me invadía una indignación asfixiante, conseguí hablar tranquila y con vehemencia.

—No tuve ningún lío con ese hombre —revelé con determinación—. Y no te engañé.

El pecho de Blake subía y bajaba rápidamente. Pasaron un par de segundos. Luego liberó su brazo y bajó la vista al suelo. Al parecer no lograba mirarme a la cara.

—Qué bien.

Un calor tremendo se apoderó de todo mi cuerpo, hasta tal punto que pensé que la sangre me iba a arder.

—No te importa lo que sucedió en realidad o lo que te estoy diciendo, ¿no? —farfullé entre dientes. Levantó la cabeza y me miró casi sorprendido—. Tú ya te formaste un juicio sobre mí cuando corté la relación. Haga lo que haga ahora o hiciera lo que hiciera entonces, ya lo habías dispuesto todo para que yo fuera quien deshizo la relación.

Me acerqué al escritorio y abrí el cajón donde estaban los documentos. Luego me volví hacia Blake. Sostenía los papeles en la mano. Notaba los latidos del corazón en el cuello. Cuando me aproximé a él, no hizo gesto de retroceder. Estaba allí, jadeante, con sus ojeras y el cabello revuelto. Aunque su rostro con la sombra de la barba era más marcado y era más alto que en aquel tiempo, yo todavía tenía ante mí al chico de entonces.

Al chico que me hacía reír incluso cuando las cosas me iban mal.

Al chico que me había besado bajo un cielo estrellado y me había prometido apoyarme siempre.

Al chico que había sido y siempre sería mi primer gran amor.

—Te amo, Blake —susurré, y él se estremeció. Me mordí el interior de la mejilla antes de atreverme a decir las siguientes palabras—: Sí, yo te oculté ese asunto porque estaba avergonzada. Porque me dolía tener que admitir que yo sola era la culpable de haber arruinado mi carrera. Siento mucho no haberte hecho partícipe de lo que ocurrió. De verdad. —Hice una breve pausa para que pudiera asimilar lo que le decía. Luego me aclaré la garganta—. Pero… no puedes estar haciéndome reproches toda la vida y dejarte llevar ante cada asunto

por la cólera que anida en tu interior. Lo destroza todo, a ti y a lo que te rodea. Tus amistades. Lo que hay entre nosotros. Y sobre todo a ti mismo.

Los músculos de su rostro se marcaron cuando apretó los dientes. Entonces bajó la vista.

—No necesito este discurso —murmuró.

Resoplé y contuve con todas mis fuerzas el dolor de mi pecho, mientras recordaba lo que le había prometido. «Nunca más volveré a desaparecer de tu vida como entonces. Nunca más.»

—Hoy cojo un avión para Los Ángeles —anuncié.

Blake se tensó, y noté que temblaba de ira.

—No hablarás en serio —replicó mirándome. En su rostro se reflejaba el mismo horror que hacía tres días.

—Tú has sido quien me ha recordado que no todo estaba perdido. Tenías razón. Tengo que aclarar algunas cosas. Tengo que protestar por el hecho de que se haya hecho pública en la red mi foto con Vincent. Además, la agente de Sam quiere verme para hablar de *Twisted Rose*. —Hasta yo me sorprendí de lo decidida que hablaba—. Te lo digo porque te prometí que nunca volvería a desaparecer sin más.

Blake emitió un sonido que pretendía simular una risa, pero que surgió horriblemente deformado. Movió la cabeza.

—Te libero de esa promesa. De todos modos fue una chorrada pedirte algo así.

—Contrólate, tío —se oyó desde la puerta a mi hermano.

Me di media vuelta sobresaltada y lo vi en el umbral, con la bolsa de deporte al hombro.

Blake levantó la cabeza a cámara lenta para mirarlo.

—No deberías meterte en esta conversación.

—Sí, debo hacerlo si haces daño a mi hermana.

Blake soltó de nuevo una risa ahogada.

—Es fácil decirlo, vanidoso gilipollas.

Ezra se puso rígido.

—¿Cómo?

Blake apretó los puños, tenía los músculos de los hombros tan tensos que parecían a punto de desgarrarse. Como si hubiera estallado de golpe la rabia que sentía hacia Ezra y que llevaba semanas reprimiendo.

—Ya me has entendido. —Lo miraba moviendo la cabeza—. ¿Qué es lo que

quieres de mí? Tú eres el culpable de este desastre.

—Yo… ¿Qué? —Ezra estaba totalmente perplejo. Nos miraba a uno y a otro desconcertado.

—Has pasado meses sentado a mi lado, contándome no sé qué mierda para consolarme aunque tú eres el único que la convenciste de que era mejor cortar conmigo. ¿Y ahora estás aquí y me mandas callar? —Blake resopló con desdén —. Todo esto seguro que te conviene. Nunca quisiste que estuviéramos juntos.

Ezra frunció el ceño.

—Menuda chorrada.

—Sabías lo que sentía por ella. Y te importaba un comino. Tan poco que le dijiste que era mejor que siguiéramos caminos diferentes —gruñó Blake.

—Tan sólo di mi opinión, ni más ni menos.

—Pero, maldita sea, ¡no tenías derecho a destrozar lo que había entre nosotros! —gritó Blake tan fuerte que tanto Ezra como yo nos sobresaltamos.

De repente se hizo un silencio tal que únicamente se oía la respiración entrecortada de Blake. Entonces Ezra se aclaró la garganta.

—Lo que sucedió entonces no me daba nada igual, en absoluto. Más bien al contrario. Sufría por cómo estabais. Y no me apetecía lo más mínimo ver a las dos personas que más quiero ser tan infelices —aseveró.

Blake abrió las manos y las volvió a cerrar en puños varias veces. En su cuello se habían extendido varias manchas rojas.

—Ezra nunca tuvo la culpa —intervine al cabo de unos minutos.

—Ah, vale. —Blake se volvió hacia mí—. ¿Así que estábamos destinados al fracaso?

—Yo no he dicho eso, Blake —susurré.

Sacudió la cabeza. En sus ojos, la rabia se había transformado en un profundo dolor. Sufría y atacaba con palabras porque no sabía de qué otro modo defenderse. Aunque yo era consciente de ello, me dolía. Era como si fuera a perder a Blake de nuevo, y esta vez, para siempre.

—Pero lo pensabas.

Sus palabras se erigían entre nosotros y yo ya no sabía qué decirle. Ignoraba cómo hacerle entender que mis sentimientos hacia él se mantenían firmes y que nunca cambiarían. Pero eso a él no le interesaba.

Nos miramos durante una eternidad. Luego tragó saliva.

—Está bien que los dos lo veamos así.

Fue lo último que pronunció; se dio media vuelta, cruzó la habitación y al

pasar al lado de Ezra lo empujó.

Se marchó, igual que ese día, cuando yo volví a aparecer en su vida. Sólo que en esta ocasión yo se lo había dado todo. Por desgracia y a pesar de ello, no había sido suficiente.

38

Al salir del avión, me calé bien hondo la gorra que Ezra me había regalado. Mientras que en Woodshill todavía se necesitaba chaqueta, aquí hacía ya calor suficiente para ir en camiseta. Brillaba el sol y, aunque me dolía todo por culpa del avión y seguro que pronto tendría manchas de sudor en las axilas a causa de la emoción, estaba contenta.

Me alegraba de verdad de volver a estar allí.

Ese lugar estaba unido a un dolor increíble, pero también a grandes sueños, y no solamente al mío. Todo el mundo llegaba a Los Ángeles con algún sueño, eso se percibía con claridad cuando uno recorría el aeropuerto. E incluso si los últimos días habían transcurrido como si me hubiesen abierto y vaciado viva, mi corazón dio instintivamente un pequeño brinco cuando me ajusté las gafas de sol en lo alto de la nariz y emprendí el camino a la parada de taxis.

Me coloqué en la pequeña cola que se había formado y, un poco más tarde, estaba sentada detrás del taxista más callado del mundo, lo que me iba la mar de bien. Estaba demasiado emocionada para una charla superficial. Había aprovechado el tiempo antes del vuelo para buscar toda la información posible sobre Isabella Prince. Era muy joven para ser agente, pero representaba a muchos actores y actrices famosos. En los últimos años su agencia había crecido y ella no había tardado en abrirse camino hasta ocupar un puesto en el tercio superior de las agencias de mayor éxito. Todas las entrevistas que le habían hecho y que yo había leído habían aumentado todavía más mi entusiasmo.

Camino de Groundwork Coffee Co., donde había quedado con Isabella, escribí a Ezra y Scott para comunicarles que había llegado bien. A continuación me quité la gorra e intenté arreglarme el cabello y el maquillaje delante de un espejito de mano. Cuando nos detuvimos en el siguiente semáforo, saqué el móvil para hacer una foto de las palmeras y el resplandeciente cielo azul. Luego abrí un mensaje para Sam, adjunté la imagen y empecé a teclear. Repasé varias veces el texto y pensé en si a Sam le resultaría extraño recibir noticias mías

después de haber visto la foto con Vincent en la red. Pero aparté ese pensamiento de la cabeza. Si ahora perdía el coraje y me ponía a cavilar de nuevo, no sería capaz de enviarle el mensaje. Así que apreté rápidamente la tecla de «Enviar».

Estoy de nuevo en Los Ángeles y he quedado con Isabella. Muchas gracias 😊

Luego volví a guardarme el móvil en el bolso y seguí mirando por la ventanilla. El viaje duró un cuarto de hora. Pagué al conductor y murmuré un breve «gracias» antes de bajar.

El café se encontraba en Main Street, muy cerca de la playa, y su fachada blanca destacaba entre un comercio de juegos pintado de azul y una tienda de tacos con una fachada turquesa. Al verlo, la inquietud se apoderó de mí y tuve que dominarme. Ahora que había llegado y que el sol me daba en la cara, la cita me parecía mucho más real que pocas horas antes, cuando Ezra y Scott me habían dejado en el aeropuerto de Portland.

¿Qué pasaría si lo empeoraba todo actuando así?

¿Qué pasaría si el abogado de mis padres no lograba nada y mi reputación quedaba por los suelos para siempre, tal como se había propuesto Vincent?

Cerré los ojos un momento. La frase que Blake había pronunciado me resonó en los oídos: «Es absurdo romperse la cabeza pensando en qué pasaría si…».

En los últimos meses yo había hecho exactamente eso. La decisión de engañar a mis padres y a Ezra era el resultado de esa forma de actuar. Me había inventado unas escenas terroríficas en las que me repudiaban y nunca más querían hablar conmigo. Esas imaginaciones me habían causado un miedo indescriptible, y aunque mi corazón estaba desgarrado y mi dolor amenazaba constantemente con arrastrarme hacia el fondo, intentaba estar al menos orgullosa de mí. Les había contado la verdad a mis padres. Y había reunido el valor para regresar a Los Ángeles, algo que nunca había pensado que volvería a hacer.

Abrí los ojos. Inspiré profundamente, cogí la maleta y me dirigí a la entrada del café. Dos chicas salían en ese momento del local y me aguantaron la puerta. Les di las gracias y entré.

—¡Jude! —sonó una voz femenina, y yo me puse de puntillas para poder ver por encima de la cola que había delante del mostrador.

Isabella Prince se hallaba junto a una mesita al fondo del café. Llevaba un traje a medida azul oscuro y el cabello rubio y largo recogido en una cola de

caballo.

Me abrí camino entre los otros clientes que aguardaban y recorrí el corto pasillo de ladrillo visto y con un montón de cuadros colgados hasta llegar junto a la agente.

—Hola, Isabella —saludé, y me di cuenta de que hablaba de forma entrecortada. Esperaba que ella lo atribuyese al viaje y no al hecho de que el pulso me iba a cien.

—Me alegro mucho de conocerte, Jude —contestó tendiéndome la mano para estrechar la mía con firmeza. A continuación me indicó que tomara asiento.

Dejé la maleta y el bolso, y me senté frente a Isabella. Delante de mí ya había un vaso que ella llenó de agua con cubitos de hielo de una jarra. Tomé un sorbo agradecida y miré a Isabella con más atención. Tenía unos rasgos marcados, una sonrisa amable y un par de lunares en la nariz. Si bien me había llevado una primera impresión de ella por teléfono, verla en persona resultaba totalmente diferente. Desde mi última experiencia con un agente no me fiaba demasiado de mi intuición, pero a primera vista parecía estupenda.

—Muchas gracias por la invitación y por haber respondido a cientos de preguntas de mis padres —dije volviendo a dejar el vaso sobre la mesa.

Isabella me dirigió una cálida sonrisa.

—Entiendo perfectamente que tuvieran tantas. Pero ahora que estás aquí, supongo que mis respuestas les satisficieron.

Asentí y traté de contestar a su sonrisa, porque no sabía qué más decir. Isabella debió de notar mi vacilación y se inclinó un poco hacia delante.

—No voy a andarme con rodeos. —Tragué con la boca seca y asentí—. Sam me ha hablado mucho de vuestra colaboración. Y con *Twisted Rose* van a ir a lo grande. El acuerdo está a punto de cerrarse, pero el productor quiere tener la garantía de que todos los actores y las actrices de la serie participarán en el nuevo proyecto.

Agarré el vaso mientras intentaba recordar las palabras que había escrito en el móvil durante el vuelo con la esperanza de que me ayudasen a exponer algo interesante en la conversación con Isabella.

—No hay nada que desee más que volver a ser Sadie Nelson. Pero después de… —balbuceé— de que haya salido a la luz la foto con Vincent Atkins, no estoy segura de si será posible.

Isabella parpadeó desconcertada.

—¿No te has enterado de lo que hay en la red estos últimos días?

Vacilé.

—En realidad, no. Primero tenía que hablar con mi familia y aclararme un poco. Y después tenía mucho miedo. No quería leer lo que la gente decía de mí.

También les había pedido a Ezra y Scott que no me contaran nada de lo que pillaran por la red, sin importar si era bueno o malo. Y, de todos modos, los mensajes que no procedían de ellos o de mis padres se quedaban en mi móvil sin leer. Cuando vi la expresión atónita de Isabella, me planteé si no habría tenido que preocuparme antes del viaje de echarles un vistazo para saber si mi nombre había salido muy perjudicado.

Entre sus cejas se formó una marcada arruga y asintió meditabunda.

—Lo entiendo. Lo que ha hecho Atkinson no tenía nada de profesional. Y todo el mundo implicado en las negociaciones sobre la serie opina lo mismo.

Sacudí la cabeza como impelida por un resorte.

—Que la foto saliera en la red ha entorpecido que se iniciara la continuación de *Twisted Rose*. La última vez que estuve aquí participé en cientos de *castings*, en muchos de ellos me rechazaron sin ni siquiera asistir a una audición. Mi anterior agencia me dejó en la estacada y rompió el contrato que había cerrado conmigo. Atkins saboteó mi carrera.

Isabella se movía inquieta en la silla y durante unos segundos se le crisparon los dedos. Era como si se contuviera para no cogerme la mano por encima de la mesa.

—Es horrible que hayas tenido que pasar por todo esto. Y sí, Atkins ejercía bastante influencia y, por lo que yo sé de él, puedo imaginar que no ha dejado escapar la menor oportunidad para ponerte trabas. Pero, como se ha descubierto que él es el responsable de la publicación de la foto, su reputación ha salido más dañada que la tuya. Ya nadie lo toma en serio, Jude.

Yo sentía la boca reseca.

—Me resulta muy difícil creérmelo —confesé al cabo de un momento.

—¿Me crees si te digo que, en la red, el noventa y cinco por ciento de la gente ha tomado partido por ti y te apoya? —Yo negué con la cabeza, tras lo cual ella esbozó una ligera sonrisa—. ¿Me crees si te digo que Vincent Atkins ya no se encargará de producir *Twisted Rose*?

Tuve que repetir mentalmente varias veces esas palabras para asimilarlas.

—¿Cómo?

—En realidad no debería haberlo planteado como un interrogante, lo siento. Vincent Atkins no va a producir el regreso de la serie —afirmó con

determinación.

—Yo… Pero ¿cómo? —fue lo único que salió de mis labios. Todas las palabras que me había preparado se habían evaporado. El corazón me latía desbocado.

—La empresa de *streaming* que va a comprar la segunda y la tercera temporada no quiere saber nada de un productor tan poco profesional.

Los ojos se me abrieron como platos. Isabella me miró y me dirigió otra cálida sonrisa. Intenté no dejarme obnubilar por ella, pero sentí de forma instintiva que no mentía. No podía mentir. No cuando se trataba de un asunto así.

—¿Habrá dos temporadas más? —susurré.

Isabella asintió y levantó la cartera que tenía en el regazo. Corrió la cremallera y sacó una carpeta.

—Te he traído el guion del primer episodio. Pensé que verlo te alegraría tanto como a Sam.

Cogí el *script*, sobre cuya cubierta estaba escrito en diagonal y con letras de color gris claro mi nombre, y acaricié el papel. Todo eso me parecía irreal. No supe reaccionar de otro modo más que moviendo la cabeza y mirando enmudecida a Isabella.

—Me gustaría mucho trabajar contigo, Jude —dijo—. A largo plazo. Sin tirar la toalla si las cosas se ponen feas. Ya les he enviado a tus padres el borrador de un contrato que están estudiando con su abogado.

—¿Me has hecho un contrato incluso antes de conocerme?

Asintió, una vez y escuetamente.

—A veces simplemente se trata de una sensación, y yo la tuve contigo desde el principio. Pero, por supuesto, eres tú quien tiene la última palabra en este asunto. Poco importa lo que opinen tus padres o lo que yo desee.

Volví a mirar el guion y leí el título del primer episodio.

> Twisted Rose 201: «El monstruo que hay en ti»

En mi estómago comenzó un hormigueo que se me fue extendiendo por todo el cuerpo hasta llegar a las puntas de los dedos de los pies. Todo el dolor que había en mi interior se mezcló con los pequeños rayos de esperanza que habían empezado a brillar en mi viaje hasta allí. No podía creer que todo eso me estuviera sucediendo y tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar.

—No estoy soñando, ¿verdad? —murmuré cogiendo el guion con ambas manos.

—No, no estás soñando —respondió Isabella.

Levanté la vista y me encontré con su cariñosa mirada. Lentamente mis labios dibujaron una sonrisa. Una sonrisa que procedía de lo más profundo de mi corazón.

Emprendí el camino al hotel como en éxtasis. Arrastrando la maleta, dejaba que la brisa del mar me inundara la nariz. El sol ya estaba bajo en el cielo y me propuse dejar mis cosas en la habitación lo antes posible para disfrutar del atardecer en la playa. Me sentaría en la arena, pensaría y, mientras, contemplaría los colores que teñirían el cielo. Y cuando realmente hubiera asimilado todo lo que había hablado con Isabella, llamaría a Ezra y a mis padres, pues, por el momento, todavía no acababa de creérmelo.

Isabella me había aconsejado que me tomara mi tiempo y que revisara tranquilamente el contrato con mamá y papá. A continuación me había dado su tarjeta y me había pedido que la llamara a cualquier hora del día o de la noche si tenía alguna duda. Además, podía ponerme en contacto con ella en cuanto acabara de leer el guion. Incluso me había sugerido que intercambiase impresiones con Sam y los demás actores involucrados; y eso aunque todavía no estaban del todo cerradas las negociaciones.

Era todo casi demasiado bonito para ser verdad. Por eso me sentía como embriagada cuando recorrí el muelle. Todo era tan distinto comparado con el día en que llegué a Woodshill… Entonces había sentido un miedo de muerte por lo que me había pasado aquí y, con cada día que seguía reprimiendo todo, el miedo iba creciendo. Pero ahora que contemplaba el agua con el sol reflejado en ella me sentía liberada.

—¿Jude? —resonó a cierta distancia.

Me volví y me quedé paralizada. Por un instante pensé que los ojos me estaban jugando una mala pasada. Que mi inconsciente me hacía ver precisamente a la persona que me faltaba para que la felicidad de ese día fuera completa.

Mientras Blake se acercaba, yo estaba petrificada. Sobre el cabello oscuro, llevaba una gorra con la visera atrás, una camiseta gris y una mochila a la espalda. Se plantó delante de mí con las manos en los bolsillos del vaquero.

No fue la primera vez ese día que pensé en pellizcarme simplemente para estar segura de que no soñaba y de que era cierto que estaba frente a mí. Por otra parte, tal vez fuera mejor pellizcarlo a él. Al fin y al cabo, se lo merecía.

Extendí el brazo y lo pellizqué.

—¡Au!, joder —exclamó frotándose el brazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté desconcertada.

El rumor del mar se mezcló con el murmullo que cada vez resonaba más alto en mis oídos. Blake dejó de frotarse el brazo y bajó la vista hacia mí.

—Estoy haciendo lo que habría tenido que hacer entonces —respondió con dulzura y suavidad a un tiempo, aunque con una determinación que me hizo estremecer.

—¿A qué te refieres?

Dio un paso más hacia mí.

—Yo también te amo, Jude —aseguró con convencimiento—. Ya te amaba cuando todavía no entendía lo que es el amor. Y nunca voy a dejar de amarte.

Lo miré sin poder pronunciar ni una sola palabra. Porque no podía creer que de verdad estuviera delante de mí, en medio de Los Ángeles y diciéndome esas cosas.

Ni siquiera podía recordar cómo se respira. Ni tampoco cómo utilizar las manos. Lo único que conseguí fue agarrarme a mi maleta.

Delante de mí, Blake apoyaba su peso primero en una pierna y luego en la otra, y como yo seguía callada, la expresión decidida y esperanzada de su rostro fue desapareciendo paulatinamente. La inquietud y la desesperanza fueron ocupando su lugar.

—Ya lo he echado a perder del todo, ¿verdad? —farfulló. Se frotó la cara con las manos y exhaló ruidosamente. Luego desplazó nervioso la mirada hacia el suelo—. Yo… —Sacudió la cabeza y el corazón me dio un vuelco cuando vi brillar lágrimas en sus ojos.

—Blake —musité.

—De acuerdo. No tienes por qué perdonarme. Pero deberías saber que lo lamento. Mucho. Nosotros… —Se le quebró la voz.

Mi mano se movió como por sí sola. Y se acercó con cautela a su mejilla, salvando de este modo la última distancia que nos separaba. Cuando mi piel tocó la suya, Blake abrió un poco más los ojos. Luego cedió al contacto y colocó su mano sobre la mía para envolverla. Nos quedamos así hasta que su respiración fue sosegándose.

—Me… me has hecho daño —dije pasado un tiempo.

Blake me miró afligido.

—Lo sé. Lo siento mucho. Cuando vi esa foto… Automáticamente pensé lo peor. Porque soy un idiota, Jude. Al parecer no reelaboré bien lo que sucedió entonces. —De sus ojos se desprendió una lágrima que rodó por encima de nuestras manos. Blake movió la cabeza y me apretó la mano con más firmeza—. He venido aquí porque quería decirte que todavía te quiero. No hay nada que desee más en este mundo que estar contigo. Y sé que podemos conseguirlo si todavía me das una oportunidad.

Sentí como si el suelo bajo mis pies se ablandase. Se volvió blandísimo, casi como la arena de la playa que teníamos al lado, y eso pese a que me encontraba sobre la acera dura. En mi interior luchaban un sinfín de sentimientos encontrados: la necesidad de lanzarme a sus brazos y la determinación de no volver a aguantar lo que me había hecho; y a todo ello se mezclaba la emoción de ese día tan lleno de acontecimientos.

—No puedes atacar verbalmente a quienes te rodean y tratarme así cuando te pasa algo.

—Lo sé. Me he comportado como un gilipollas. Eso ya me lo ha dejado claro Ezra después de que te fueras. Hemos estado hablando y me ha hecho un lavado de cerebro como Dios manda antes de confesarme dónde encontrarte en Los Ángeles. —Me miró con gravedad, inspiró y siguió susurrante, pero con urgencia—. Me duele de todo corazón. No quería hacerte daño. Y quiero seguir elaborando lo que nos sucedió. Contigo.

Lo miré con atención y exploré su rostro en busca de sus auténticas intenciones. En sus ojos todavía se reflejaba esa expresión afligida y perturbada que me conmovía de manera tan intensa. Y mientras lo miraba, comprendí que simplemente reconocía al hombre que él siempre había sido. Al igual que aquella mañana. Blake todavía era el chico de antes. Se había esforzado un montón, como yo. Pero seguía siendo él mismo. Poco importaba lo que hubiese sucedido: mi corazón siempre le pertenecería. Eso lo sabía desde hacía siglos. Yo le había hecho más daño de lo que él o yo jamás habíamos considerado posible, igual que él a mí. Pero asumíamos nuestros errores. Y eso era lo que contaba, ¿no? Asumíamos lo que habíamos hecho mal e intentábamos corregirlo. No renunciábamos. Ni a nuestros sueños ni a nosotros mismos.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —musité y, por primera vez en ese día, di vía libre a las emociones que había acumulado. Las lágrimas me ardían en los

ojos, así que sólo vi de forma borrosa que Blake levantaba un brazo y me estrechaba contra sí.

—Nunca más —repitió él contra mi oído mientras nos abrazábamos fuertemente—. Prometido.

Cerré los ojos y hundí el rostro en su cuello. Olía a hogar, un aroma a cítrico y a hierba, a mis sueños y a todo lo que deseaba.

Un temblor recorrió el cuerpo de Blake y nos abrazamos con fuerza mientras llorábamos por el daño que nos habíamos infligido. Murmuró unas palabras tranquilizadoras en mi cabello mientras yo dibujaba círculos en su espalda y, al final, clavaba con tal ahínco los dedos en ella que seguramente iba a dejarle marcas. Pese a la agitación que reinaba en mi interior, nunca más lo abandonaría.

Tuvimos que esperar una eternidad hasta que Blake dejó de temblar y mis lágrimas cesaron. Nos separamos lo suficiente para mirarnos. Blake todavía me rodeaba la cintura con los brazos, y mis manos descansaban en su espalda. Sus ojos estaban enrojecidos, como sus mejillas, y no me cabía duda de que yo tenía el mismo aspecto que él.

—Te amo —repitió Blake, y con esas palabras me llegó al corazón. Esta vez respondí al instante.

—Yo también te amo —susurré.

Se inclinó hacia delante y apoyó su frente contra la mía.

—Da igual lo que hayas hablado hoy con la agente: esta vez lo haremos bien. No importa dónde te instales. No importa adónde vaya cuando termine mis estudios. Nada me impedirá estar a tu lado. De todos modos, siempre estoy contigo. Mi pensamiento siempre está a tu lado, Jude.

Cogí su rostro con las manos y lo acerqué al mío. Entonces lo besé.

—Y yo al tuyo.

—Siempre y en cualquier lugar —murmuró. Y cuando volvió a besarme sentí la autenticidad de cada una de sus palabras.

Blake había venido. No había tirado la toalla. Estábamos en el mismo bando. Poco importaba lo que nos deparase el futuro: juntos lo superaríamos.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

—No creo que sea buena idea —leí.

Sam resopló a mi lado.

—Para ti, todas mis ideas son malas. Y sin embargo los dos sabemos que soy un genio —contestó, y se oyeron en *off* unas tenues risas.

—La escena termina con Nathan alcanzando a Sadie y caminando a su lado en dirección a la comisaría de policía. Le lanza una mirada de reojo que Sadie no ve. Fin del episodio cinco —leyó en voz alta Jamie, la directora de producción.

Resonó un pequeño aplauso. Sam me dio un codazo. Me volví hacia él y contesté a su sonrisa.

—Estoy impaciente. ¡Sólo faltan seis meses para el estreno! —Parecía tan entusiasmado que casi se atoró.

En realidad, había pensado que yo sería la persona que más se iba a alegrar por la vuelta de la serie, pero cada vez que llegábamos al plató y Sam hacía gala de toda su energía, quedaba patente que estaba equivocada.

—Ya hace tiempo que ha empezado la cuenta atrás —advertí levantando ostentosamente mi móvil para enseñarle la fecha iluminada en él… hasta que me di cuenta de la hora que era—. Mierda, tengo que irme.

—Ah, hoy es el partido, ¿verdad? —quiso saber Sam levantándose tan deprisa como yo.

—El chófer te está esperando, Jude —anunció Jamie por encima de las cabezas de los demás, que se habían incorporado para recoger sus cosas.

—Genial, ¡muchas gracias!

Sam me acompañó al guardarropa y me tendió la chaqueta. La cogí y noté la adrenalina volver a correr por mis venas. Primero había estado supermotivada en la lectura del guion y ahora estaba emocionada porque viajaba a Woodshill.

—Deséales suerte —dijo Sam—. *Go Eagles!*

—Lo haré —respondí y le di un rápido abrazo.

—Nos vemos el lunes, compañera de piso.

—Por favor, y no tengas los platos durante días en la cocina. La última vez que regresé a casa, las moscas habían anidado en el fregadero. Era asqueroso.

—No sabía que las lecciones gratuitas formaban parte de nuestro acuerdo —señaló levantando una ceja.

—Son un extra —sonreí burlona, a lo que Sam contestó con un gesto de rechazo con la mano.

—A ver si se te escapa el avión…

Lo abracé precipitadamente, me despedí de los demás y salí a paso ligero del estudio. Estábamos rodando la segunda temporada de *Twisted Rose* en Vancouver, lo que para mí era estupendo porque no tardaba más que tres o cuatro horas en llegar a Woodshill, aproximadamente la mitad del tiempo que necesitaba para ir a visitar a mis padres en Seattle. Me di prisa en salir y descubrí a Timothy, mi chófer, sonriéndome.

—¿Otra vez a ver a la familia? —preguntó.

—Sí. Estoy impaciente —confirmé antes de subir al coche.

El vuelo fue corto pero hubo turbulencias. Cuando llegué a Woodshill en el autobús, tenía las palmas de las manos frías y húmedas de los nervios. Le mandé corriendo un mensaje a Scott antes de bajar y me puse en camino.

Todavía recordaba perfectamente cómo había llegado aquí a principios de año cargando con mi maleta y maldiciendo cuanto se cruzaba en mi camino. Ahora todo era distinto. Me encantaban las callejuelas. La atmósfera acogedora tan propia de la ciudad. Y me alegraba de que tanta gente fuera en la misma dirección que yo, al pabellón polideportivo del campus universitario.

En los lavabos del propio aeropuerto me había puesto la camiseta con el número 11. Y por lo visto, no era la única que la llevaba. Muchos de los que fluían hacia el polideportivo vestían camisetas de los Eagles y resultaba llamativo que muchas de ellas mostraran el número 11.

En ese momento me vibró el móvil. Eché un vistazo y comprobé que Scott me señalaba dónde estaban sentados Everly, Nolan, él y los demás. Ahora tenía que buscarlos.

Entré en el pabellón. Estaba lleno a rebosar. Casi todos los espectadores lucían el azul oscuro de los Woodshill Eagles. Descendí por las gradas y me puse

de puntillas para buscar a Scott y al resto. Enseguida los descubrí en la segunda y tercera fila. Scott se había puesto en pie levantando el brazo para que lo viera. Cuando nuestras miradas se cruzaron, no pude contenerme y eché a correr. Me importaba un pepino si atropellaba a alguien. Corrí hacia Scott todo lo deprisa que pude y me lancé a sus brazos.

—¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó y me apretó tan fuerte que me dejó sin respirar.

—Y yo más —respondí.

—A nosotros también nos gustaría saludar a Jude —se oyó la dulce voz de Everly. Acto seguido fue ella quien me abrazó. Después de separarse de mí, me cogió por los hombros—. Qué sorpresa tan estupenda. Cuando te vea, le dará un síncope.

Moví las cejas arriba y abajo.

—Precisamente de eso se trata.

Ella sonrió y yo empecé a saludar, uno por uno, a todos los demás: Nolan, Dawn, Spencer, Allie, Kaden, Sawyer, Isaac, Monica y Ethan. Linda también había querido asistir, pero su jefe no había podido prescindir de ella. Yo sabía lo afligido que estaba Blake por eso, aunque nunca lo habría admitido. Así que había tocado todas las teclas para poder acudir hoy a su primer partido en siete meses. Y estaba contentísima de que todos sus amigos estuvieran allí para animarlo.

Una vez que hube concluido mi ronda de saludos, volví a mi sitio junto a Scott. Cuando las animadoras empezaron su espectáculo, Everly tuvo que bajar para apoyarlas. También ella llevaba una camiseta con el número de Blake, lo que me arrancó una sonrisa. En la camiseta de Scott, por el contrario, se hallaban el número y el nombre de Ezra. Sabía que su relación cada vez era más sólida. Mi padre cumplía años al mes siguiente y Ezra ya me había contado que iba a preguntarle a Scott si quería ir con nosotros para poder presentárselo a mis padres, lo que a mí me hacía inmensamente feliz. Además, mi hermano le había hablado a Blake acerca de su relación, lo que había significado un enorme paso. Después de haberse peleado, los dos habían conversado tan extensamente como Blake y yo. Nuestro trío seguía en pie, y ahora era incluso más sólido que antes porque ya no había ningún obstáculo entre nosotros. No había secretos ni sentimientos guardados que no supiéramos manejar.

—¿Estás nerviosa? —quiso saber Scott cogiéndome del brazo.

—Muy nerviosa. Pero ¿cómo estará él?

—Lleva más de siete meses entrenándose para este día, lo hará bien.

Scott me apretó el brazo y yo apoyé un momento la cabeza sobre su hombro. Sabía que Blake lo conseguiría, pero eso no reducía mi nerviosismo. De repente se encendió la luz de la pista y unos rayos de colores se proyectaron sobre las gradas trazando unos movimientos desenfrenados.

—¡Esto es Woodshill! —comenzó a decir el comentarista a través del altavoz, y unos fuertes gritos de júbilo llenaron toda la cancha. A nuestro alrededor se levantaron muchas personas, algunas agitando dedos de espuma en el aire, otras silbando con los dedos—. Cuando se oye este nombre, se piensa en una atmósfera pacífica y en un bonito paisaje. Pero estamos aquí para luchar. Empecemos con el número… cinco, ¡nuestro capitán Cameron Hayes!

Me levanté de un brinco y aplaudí con tanto brío como quienes estaban a mi alrededor cuando Cam apareció corriendo por la pista con una sonrisa insolente y levantó las manos para saludar. De fondo se oía un golpeteo rítmico a cuyo compás todos empezaron a aplaudir.

—Seguimos con los miembros de este fabuloso equipo. El número veinte, ¡Ezra Livingston! —gritó el locutor, y yo chillé tan fuerte que casi me quedé sorda.

Scott también se había puesto en pie de un salto. Sus ojos centelleaban cuando mi hermano llegó corriendo. Ezra miraba furioso y dispuesto a aniquilar al equipo contrario hasta que deslizó la vista hasta nuestra fila. Al ver a Scott, las comisuras de sus labios se levantaron casi imperceptiblemente y al reconocerme a mí abrió los ojos asombrado. Él tampoco sabía que yo iba a ir. Tenía miedo de que se lo contara a Blake y no había querido arriesgarme. Era la primera vez que lo sorprendía.

—Un animal, sobre todo en el campo de juego, ¡nuestro número treinta y cuatro, Otis Walker!

De nuevo estalló un aplauso atronador. La luz centelleó por la pista cuando Otis salió de la cabina y asintió brevemente con la cabeza.

—Y ahora tenemos algo muy especial para vosotros. Algo que algunos estáis esperando ansiosamente desde la última temporada —advirtió el presentador y ya en ese momento la muchedumbre empezó a agitarse. La gente que hasta ese momento se había quedado sentada, saltó y empezó a lanzar vítores. El ruido se mezcló con el rítmico pataleo de otros espectadores—. Nuestro jugador favorito ha renacido de sus cenizas y hoy prenderá fuego a todo. Un gran aplauso para nuestro número once… ¡Blake Andrews!

La muchedumbre estalló literalmente cuando Blake salió a la pista, pero yo ya no oía nada. Aunque la noche anterior había hablado con él por videollamada, verlo me fascinó. Hacía más de un mes que no lo veía y absorbí su imagen. Se había cortado el pelo, afeitado y estaba increíble con su uniforme.

Hice bocina con las manos y grité bien alto su nombre, como casi toda la gente del graderío. Pero, como si sólo oyera mi voz, volvió la vista hacia mí. Y al igual que Ezra, abrió los ojos como platos estupefacto. Sin embargo, al contrario que mi hermano, Blake no corrió a su puesto. En lugar de eso se detuvo y me miró. Sonreí mientras el público vociferaba su nombre: Andrews, Andrews, Andrews.

Y como si comprendiera en ese momento lo que estaba sucediendo, sus labios dibujaron una ancha y cautivadora sonrisa. Un instante después corrió en la dirección contraria a la que tenía que ir y se acercó a mí. Y antes de que fuera yo consciente, me levantó en brazos.

Ignoré totalmente a la gente que tenía alrededor y le rodeé la cintura con las piernas. Justo como entonces, cuando me dio aquella sorpresa y se plantó delante de la puerta de mi casa en Los Ángeles. En ese segundo sólo existíamos él y yo.

—Pensaba que tenías que trabajar —me susurró al oído.

Sentí que le temblaban las manos cuando hundió los dedos en mi espalda y todavía lo estreché más fuertemente contra mí.

—He venido directa cuando he acabado —expliqué—. Sorpresa.

Blake se separó de mí lo suficiente para poder verme. La punta de nuestra nariz casi rozándose. Luego sonrió.

—La mejor sorpresa de todos los tiempos.

Fue lo último que dijo después de poner su boca sobre la mía y besarme. Su lengua se abrió camino entre mis labios y yo suspiré porque lo echaba mucho de menos. Me habría encantado seguir así toda la eternidad, pero poco a poco fui percibiendo de nuevo el vocerío y los comentarios del presentador, y el mundo que nos rodeaba fue materializándose lentamente. Blake me colocó con suavidad en el suelo sin soltarme ni un segundo. Cuando inclinó la frente sobre mí, sentí lo que pasaba por su mente.

—Tengo miedo —admitió.

—Lo conseguirás —musité. Él asintió, aunque tenía los hombros en tensión —. Creo en ti.

—Y yo te amo.

Le sonreí y él me sonrió. Entonces se inclinó y depositó un último beso sobre

mi frente antes de apartarse a la fuerza de mí y correr a unirse con el resto del equipo acompañado de un aplauso atronador.

Mientras tanto, habían presentado al siguiente jugador, pero todavía resonaba entre el público el eco de su nombre, que tampoco cesó en los últimos minutos. Todos se alegraban de que Blake hubiera vuelto a la pista, sobre todo yo.

Al sonar el pitido inicial, no cabía en mí de orgullo. Blake lo había logrado. Había cumplido su sueño y volvía a jugar. Al igual que yo había luchado para volver ante las cámaras. Los dos habíamos aprendido lo increíblemente poderosos que podían ser los sueños. Algunos se cumplían. Algunos cambiaban. Algunos se rompían. Y algunos volvían, con mucho trabajo y mucho esfuerzo, a recomponerse. Había simplemente que ser decidido y no darse por vencido. Y cuando uno lo hacía, debía tener gente alrededor que lo ayudase a encontrar el camino de vuelta.

Al mirar a mi alrededor y contemplar emocionada a los amigos de Blake y a los míos, no les podía estar más agradecida. Sí, era duro estar siempre separados. Sí, era duro estar siempre luchando. Nuestras vidas eran lo contrario de la perfección, pero me daba igual.

Porque Blake estaba de mi parte. Porque él me apoyaba y yo lo apoyaba a él. Porque nunca más permitiría que algo se interpusiera entre nosotros. Porque amaba a Blake Andrews con toda mi alma y tenía la gran suerte de que él me amara en la misma medida.

Con él junto a mí, todos mis sueños podrían hacerse realidad. Y no habría nada que lo cambiara.

Agradecimientos

Blake me robó de inmediato el corazón y supe enseguida que tenía que plasmar su historia en un libro. En primer lugar, doy gracias a los lectores, a quienes está dedicado este libro. Muchas gracias por vuestras reconfortantes palabras y por todo el amor hacia Blake que me habéis hecho llegar después de *Again. Soñar*. Espero que Jude y Blake hayan conquistado vuestro corazón como lo han hecho con el mío.

Estoy muy agradecida a Justin Raffington, quien ha respondido a todos mis interrogantes acerca de su lesión, la rehabilitación y el baloncesto. Sin tu ayuda, Blake seguramente no habría mejorado su salud.

Doy las gracias a mi editora Stephanie Bubley, que siempre encuentra los puntos débiles de mis manuscritos y me lleva por el buen camino para sacar lo mejor de mis historias. Muchas gracias, además, a Melike Karamustafa, cuyo ojo sagaz ha mejorado tanto el texto. Gracias también a la editorial LYX por su preciosa colaboración. ¡Me alegra estar planificando ya el próximo proyecto con vosotros!

Doy las gracias a todas las personas que siempre estuvieron a mi disposición durante el periodo de escritura, sobre todo a Marah Woolf, Sarah Saxx y Lucie Kallies, cuyas animosas palabras me han ayudado a encontrar el camino en alguna que otra crisis.

A mis amigas Anna, Elisa, Jasmin y Jenni: gracias por estar siempre a mi lado. A mis agentes Gesa y Kristina: gracias por apoyarme tanto.

Y, por último, a mi marido, Christian, que me acompaña en todos mis sueños y me devuelve la fe en mí misma cuando la pierdo de vista.



MONA KASTEN (Hamburgo, Alemania, 1992). Antes de dedicarse a la escritura, estudió Biblioteconomía y Ciencias de la Información. Vive con su marido y sus gatos en el norte de Alemania.

Le encantan todas las formas de cafeína y dar largos paseos por el bosque. Sus dos aclamadas series de novelas, *Again* y *Save* se han convertido en todo un fenómeno editorial en su Alemania natal, donde ya han conquistado a más de un millón de lectores, llegando a los primeros puestos de las listas de ventas, además de haber cruzado fronteras y llegado hasta países tan diferentes como Italia, Francia, Holanda, Polonia, Rumania, Bulgaria, Serbia, Eslovenia, República Checa, Rusia o Hungría.